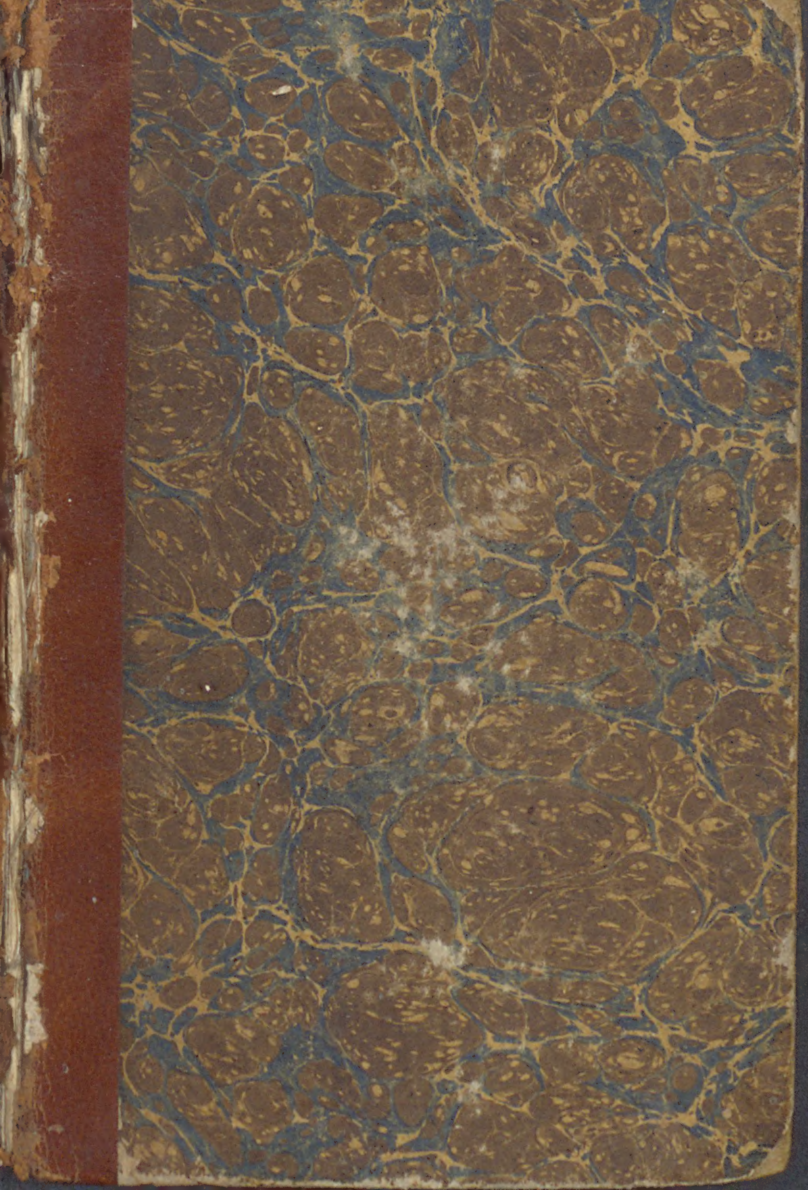
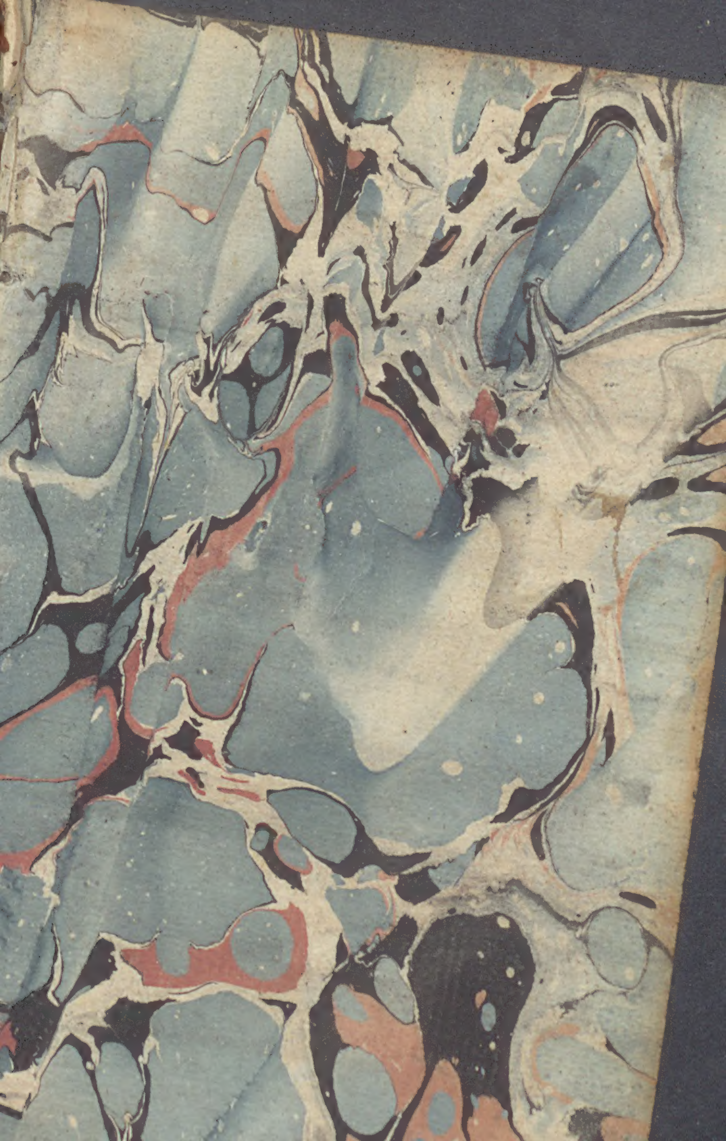






Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XXVIII.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA.

HISTORIA DE ESPAÑA

por D. Alberto Lista.

TOMO XXVIII.



MADRID: 1838.
IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑIA,
calle de Preciados.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA.

HISTORIA DE ESPAÑA

por D. Alberto Lista.

TOMO XXVII.

MADRID: 1838.
IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑIA,
calle de Preciados.

HISTORIA DE ESPAÑA.

CAPÍTULO XL.

Don Pedro el Cruel.

Don Pedro el Cruel, rey de Castilla y de Leon. Batalla naval de Constantinopla. Batalla naval de Alguer: combate de Cuart. Liga en Castilla contra el rey don Pedro. Rendicion de Toro: fin de la liga de Castilla: guerra entre Castilla y Aragon. Don Pedro I el justiciero, rey de Portugal. Guerra entre Castilla y Granada. Batalla de Guadix: asesinato de Abu Said: nueva guerra con Aragon: conquista de Calatayud. Sitio de Orihuela. Don Pedro el Cruel fugitivo de Castilla. Don Fernando, rey de Portugal: batalla de Nágera: restauracion de don Pedro: segunda espedicion de don Enrique á Castilla. Sitios de Córdoba y Toledo.

Don Pedro *el Cruel*, *rey de Castilla y de Leon* (1350). Cuando falleció Alonso el Onceno en el sitio de Gibraltar se hallaba en Sevilla con su madre la reina viuda su hijo y he-

redero el príncipe don Pedro, que á la sazon tenia poco mas de 15 años, y por tanto estaba sujeto á las inspiraciones de su madre doña María y de sus cortesanos, entre los cuales era el principal don Juan Alonso de Alburquerque, escelente soldado, y hombre perverso.

La pasion dominante de la reina viuda era el ódio á doña Leonor de Guzman, que le habia robado el corazon de su esposo: y así el primer consejo que dió á su hijo fué el de la venganza femenil. Doña Leonor que, despues de muerto el rey, se habia refugiado al castillo de Medina Sidonia, donde estaba como bloqueada, con un falso seguro, que le envió Alburquerque, vino á Sevilla, y fué puesta en prision. Desde ella trató el casamiento de su hijo don Enrique con doña Juana, hija de don Juan Manuel: lo que causó grande enojo en la corte, porque la reina la habia destinado para muger del rey don Pedro. Agravóse, pues, la prision á doña Leonor, y fué transferida á la fortaleza de Carmona. Entonces comenzaron las desavenencias entre el rey y sus hermanos, harto poderosos para sufrir pacientemente las persecuciones de su madre; pero no tan fuertes que no se viesen tal vez obligados á disimularlas así como las suyas propias. Las rebeliones fueron frecuentes, interrumpidas con avenencias pérfidas, cuyo quebrantamiento inmediato multiplicaba los ódios y los rencores, y acostumbraba entrambos partidos á la sangre, á la venganza, á todas las maldades.

El rey que debia respetar hasta las debilidades de su padre, y ocultarlas en algun monasterio como se habia hecho antiguamente con las mancebas de los reyes, llevó como en triunfo á Castilla á su presa doña Leonor, y la depositó en el alcazar de Talavera, donde poco despues de órden suya y de su madre se le dió muerte. Esta atrocidad no puede enteramente atribuirse á don Pedro: los celos de doña María fueron la principal causa de ella: mas ¿qué juicio puede formarse del carácter de un príncipe que por sugestiones agenas se ensangrentó en una muger indefensa, cuyo único delito era haber amado al padre de su homicida? Y si estas eran las primicias de su reinado, ¿cuál debia ser la cosecha?

Las alteraciones comenzaron entonces y con ellas los castigos. El asesinato de doña Leonor fué en 1351, y en el mismo año mandó el rey matar en Burgos á Garcilaso de la Vega, hijo del que pereció en Soria, y á otros tres caballeros por un alboroto que movieron en aquella ciudad. Don Alonso Fernandez Coronel, enemigo de Alburquerque, á quien se atribuian todas las determinaciones violentas de don Pedro, se encerró en Aguilar de Andalucía; desde donde empezó á estragar las tierras del rey. Don Enrique, que sabida la muerte de su madre, despues de haber hecho inútiles tentativas para mover la guerra civil en Castilla, se habia refugiado en Portugal, se reconcilió con don Pedro por mediacion del rey don Alonso IV, el cual

en las vistas que tuvo con el castellano en Ciudad Rodrigo dió á su hija y á su nieto consejos saludables que por desgracia no fueron seguidos.

Batalla naval de Constantinopla (1352). Este año incurrió don Pedro en el delito de amar, que tan cruelmente habia castigado en la manceba de su padre. Doña María de Padilla, tan desgraciadamente célebre en nuestra historia, jóven, hermosa y llena de gracias, era dama de la muger de Albuquerque, en cuya casa la vió el rey. El cortesano observó la impresion que su belleza habia hecho en él: y considerándola como un instrumento á propósito para asegurarse en la privanza, promovió y favoreció el amor de don Pedro, que la posesion, contra el uso ordinario, aumentó en tanto grado que no hubo consideracion alguna moral ó política que le impidiese cometer los mayores desaciertos.

Despues de hecha esta triste adquisicion, pasó á Andalucía á castigar la rebelion de Coronel: puso sitio á Aguilar, pasó bajo las tiendas el invierno; tomó la plaza á principios del año siguiente, y mandó matar á Coronel y á los principales cabos de la guarnicion: castigo justo, pero el delito habia procedido de la persecucion injusta contra doña Leonor de Guzman y sus hijos.

Los aragoneses y catalanes, que algunos años antes habian hecho alarde de su valor en el Oriente peleando contra los turcos bajo las banderas de Rugero de Flor, se presentaron ahora

por mar en aquellos paises remotos. Los venecianos, enemigos naturales de los genoveses por la emulacion del comercio, se coligaron con el rey de Aragon, ofendido de la república de Génova por el auxilio que daba á los rebeldes de Cerdeña. Al mismo tiempo el emperador de Constantinopla estaba en guerra con dicha república, que se habia apoderado de muchas plazas en sus ya reducidos dominios, y era dueña de Pera, barrio esterior de la capital.

Uniéronse, pues, las fuerzas navales de Venecia y Aragon contra los genoveses, que por su parte hicieron alianza con los turcos, señores ya de casi toda el Asia menor. Mandaba la armada aragonesa Ponce de Santa Pau, y la veneciana Nicolas Pisani. Reuniéronse estas fuerzas en las aguas de Sicilia, y navegaron al Archipiélago. Pagano de Oria, comandante de la armada genovesa que se hallaba apostada en Negroponto, viéndose inferior en fuerzas, entró por los Dardanelos, y se puso entre Pera y Calcedonia, creyendo que no le perseguirian los enemigos en aquel asilo. Pero los aliados, que habian recibido un refuerzo de 14 galeras venecianas y cuatro aragonesas, atravesaron el Egeo y los Dardanelos, se unieron en la Propóntide con la escuadra griega, y navegaron en demanda del enemigo; mas el viento les era contrario, y una tempestad que se levantó les impidió formarse en órden de batalla. Los genoveses, que se habian reforzado con algunas galeras turcas, salieron del puerto, y pelearon contra los alia-

dos con alguna ventaja; pero la misma tempestad los obligó á volverse á Pera. El dia siguiente, que fué el 13 de febrero, aunque no sosegada enteramente la borrasca, volvieron á pelear las dos armadas. Los catalanes tenian la desventaja de no conocer aquellas aguas, y muchos de sus buques dieron en los bajíos y escollos. Algunas galeras se abrieron: otras, acometidas por los genoveses, fueron tomadas. Los aliados fueron derrotados, y se refugiaron al puerto de Constantinopla, habiendo perdido los aragoneses 13 galeras y á su almirante Santa Pau, que murió en Constantinopla de las heridas que recibió en el combate. Los venecianos y catalanes, despues de reparados los buques que les quedaban, se volvieron á sus puertos.

Batalla naval de Alguer: combate de Cuart (1353). Este año fué tristísimo para Castilla, porque en él, declarado el amor frenético de don Pedro á la Padilla, se rompieron todos los vínculos morales, se quebrantaron todas las leyes divinas y humanas, se multiplicaron las disensiones, y se hizo una grave ofensa á la Francia, que supo al fin vengar en torrentes de sangre española.

La reina viuda habia tratado desde 1351 de casar á su hijo, é hizo eleccion para esposa suya de Blanca, hija de Pedro, duque de Borbon, princesa de la sangre real de Francia, y aventajada en hermosura, prudencia y virtud. Firmados los contratos, llegó la infeliz esposa á Valladolid, donde se celebraron las bodas con grande

aparato y con asistencia de toda la córte y de los hermanos del rey, que entonces estaban en su gracia, el 3 de junio; pero el 4 tomó postas don Pedro, y partió á Montalvan, donde habia dejado á la Padilla, y en ella su existencia.

Alburquerque recogia en este momento el fruto de su ruindad. En vez de serle favorables los amoríos del rey y la Padilla, se habian apoderado del ánimo de don Pedro Juan Fernando de Hinestrosa, tio de la Padilla, y don Diego de Padilla su hermano. El anterior valído perdió su privanza por los mismos medios inicuos que habia empleado para afianzarse en ella.

El rey don Pedro no disimulaba que su intencion era romper el matrimonio con Blanca. Las instancias de su madre, de su tia doña Leonor, de Alburquerque, del maestre de Calatrava y de todos sus cortesanos, adictos á la reina viuda, y las representaciones que le hicieron sobre el temor de la venganza de un rey tan poderoso como el francés, y de los anatemas de Roma, movieron su ánimo. Hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y volvió á Valladolid. Mas no pudo estar ausente de su sirena mas de tres dias, y se volvió á ella resuelto á que aquella ausencia fuese la última.

Dividióse, pues, el reino en dos parcialidades: la del Rey y los Padillas, y la de la reina madre y Alburquerque. Don Enrique y sus hermanos, que miraban en la viuda de Alonso el Onceno, el móvil principal de la muerte de su madre doña Leonor, siguieron la córte de don

Pedro: el cual por evitar que los partidarios de la reina adquiriesen poderío, mandó recluir á su esposa en el castillo de Arévalo, sin permitir la comunicacion con doña María: privó á Alburquerque de los empleos que obtenia en palacio, y los dió á la clientela de la Padilla.

Los aragoneses y venecianos vengaron la derrota de Constantinopla. Alguer, ciudad de la isla de Cerdeña, se habia declarado por los rebeldes, á cuya frente estaba el juez de Arborea, señor muy poderoso en la isla. Arimbao de Cervellon, gobernador de Cerdeña, puso sitio á la plaza; pero sabiendo el rey de Aragon que se preparaba en Génova una escuadra de 50 galeras y 5 navíos, al mando de Antonio Grimaldi, para socorrer los sitiados, envió á su amigo y valído don Bernardo de Cabrera con una escuadra de 45 galeras, 5 naos grandes y 4 pequeñas para que defendiese la isla contra los genoveses. Cabrera se unió con la armada veneciana de Pisani, y vinieron á las manos con los genoveses el 27 de agosto. El ímpetu de los aliados fué tal que del primer choque sumergieron cinco galeras de los genoveses. Prosiguióse la batalla con grande teson; pero al fin la escuadra de Génova fué vencida con pérdida de 8000 muertos, 33 galeras apresadas sin las que se fueron á pique, y 3200 prisioneros.

La plaza de Alguer, ya sin esperanza de socorro, capituló y se entregó á las armas del rey. Cabrera desembárcó su gente, buscó al juez de Arborea, le alcanzó junto á Cuart, y le dió

una rota considerable, matándole 2500 hombres. Pero esta victoria no bastó á sosegar los ánimos turbulentos de los sardos; y la guerra de los rebeldes parecia perpetuarse en aquella isla.

Liga en Castilla contra el rey don Pedro (1354). Al año siguiente pasó el rey de Aragon en persona á Cerdeña con egército y armada, y sometió las plazas rebeladas. El juez de Arborea se prestó á una transaccion, en virtud de la cual debia restituírsele el pais de Gallura y otros feudos que antes gozaba; pero el rey no cumplió este convenio, y el rebelde volvió á tomar las armas.

En Castilla comenzó este año la guerra civil, que ya mas, ya menos encarnizada duró todo el reinado infelicísimo de don Pedro. Don Juan de Alburquerque y el maestre de Calatrava, ofendidos del rey y ardiendo en ira contra los Padillas, empezaron á juntar tropas contra don Pedro. Esta primera tentativa no halló ni la nobleza ni las ciudades bastante preparadas para favorecerla. Alburquerque hubo de huir á Portugal, y el maestre á Aragon. El rey escribió al maestre que volviese á su servicio, y le envió seguro. El maestre confió, y volvió á Castilla; pero al llegar á Almagro fué preso y confinado en el castillo de Maqueda. El rey queria dar el maestrazgo á don Diego de Padilla: y como se moviesen dificultades sobre su eleccion por vivir su antecesor, mandó quitarle la vida, y Padilla fue maestre de Calatrava. Despues em-

pleó el rey sus tropas en ocupar sucesivamente las plazas que Alburquerque tenia en Estremadura y otras provincias de España.

A este acto de perfidia y crueldad añadió otro contra la religion, contra las costumbres, y contra la nobleza de su reino. El amor de la Padilla no escluia en don Pedro los caprichos de la incontinencia, que en un carácter violento como el suyo tomaban por algun tiempo el ardor de pasiones: y aun parece que la misma Padilla, segura de su dominacion sobre el corazon del rey, no se curaba de aquellos amores pasageros. Doña Juana de Castro, hija de don Pedro Fernandez de Castro, y viuda de don Diego de Haro, tuvo la desgracia de ser objeto de uno de estos caprichos, y la simplicidad de creer que podria ser esposa del rey, habiéndose hallado dos obispos bastante desalmados ó tímidos para declarar, como declararon en Cuellar, donde estaba la córte, que el casamiento con Blanca de Borbon habia sido nulo. Celebróse allí mismo con escándalo del mundo cristiano el matrimonio del rey con la de Castro, y poco despues la abandonó á la ignominia y al remordimiento.

La familia de los Castros poderosa en Galicia, irritada de este ultrage, tomó las armas: Alburquerque buscaba en todas partes enemigos contra don Pedro: muchos de la nobleza de Leon y algunos pueblos del mismo reino se levantaron contra el rey.

Don Enrique y sus hermanos, creyendo

oportuna la ocasion, se unieron á la liga precisamente cuando don Pedro confiaba mas en éllos. Está defeccion produjo entre el rey y los hijos de doña Leonor de Guzman aquel ódio mortal que no pudo estinguirse sino con sangre. Don Enrique no tuvo dificultad en ligarse con Alburquerque y con la reina viuda doña María, que desde Toro dirigia la confederacion, á pesar de que éllos habian sido los autores de la muerte de su madre, porque ya empezó á concebir esperanzas de derribar á don Pedro del trono y sucederle, y todo medio que se dirigiese á este fin le parecia bueno y decoroso.

La guerra comenzó: los sucesos de ella fueron de varia fortuna. El rey se apoderó de algunas plazas de los coligados: otras no pudo tomar. Como Arévalo, donde estaba confinada doña Blanca, era una fortaleza muy cercana á las tierras ocupadas por los de la liga, mandó el rey conducir á su triste esposa al alcázar de Toledo. Blanca antes de entrar en su nueva prision pidió á Juan Fernandez de Hinestrosa, que la acompañaba, que le fuese permitido entrar en la iglesia catedral á hacer oracion. Hinestrosa no creyó que podia negárselo sin nota de impiedad.

Apenas la reina se vió en el templo, declaró en alta voz que tomaba en él sagrado contra las injustas persecuciones de su marido, y contra la malicia de los que le rodeaban. Clero, pueblo y nobleza, conmovidos por su juventud, su hermosura, y mas que todo por su inocencia, se declararon en favor suyo, é Hinestrosa hubo de

tomar el partído de pasar adonde estaba el rey y darle cuenta del suceso.

Poco despues de la defeccion de Toledo, á instancias de don Enrique, se unieron á la liga los infantes de Aragon don Fernando y don Juan, que servian al rey de Castilla temiendo la condicion áspera y aviesa de Pedro el Ceremonioso: coadyuvando mucho á que tomasen este partido las cartas de su madre la reina viuda doña Leonor, que estaba en Toro con doña María. En este tiempo murió Juan Alonso de Alburquerque, tan empeñado en su ódio contra don Pedro, que mandó al morir no se diese sepultura á su cadáver hasta que se concluyese la guerra de la liga: y en el egército de ésta iba siempre el ataud que lo guardaba.

El rey, considerando cuán formidables eran las fuerzas de sus enemigos, no teniendo egército que oponerles, y viendo que algunas ciudades de Castilla y Andalucía, entre ellas Cuenca y Córdoba, se habian levantado contra él, determinó valerse de la maña y entrar en negociacion, esperando, no sin fundamento, que amortiguado el primer ardor, conseguiria deshacerla. La liga pedia que se separase de la Padilla, hiciese vida con su muger, y separase de su lado á los parientes de la manceba. El rey prometió los dos primeros artículos; opuso alguna resistencia al tercero, alegando los buenos servicios de los Padillas, y á instancias de su madre y su tia pasó á Toro, donde fué recibido con sumo respeto, pero guardado cuida-

dosamente para que no se escapase. Don Pedro prometió todo lo que quisieron, y aun permitió que se pusiese en prision á Hinestrosa que le acompañaba y al judío Samuél Leví, su tesorero; pero despues de haber dado un golpe mortal á la liga ganando secretamente á los infantes de Aragon y á otros señores principales, salió una mañana con pretesto de cazar, llegó á un sitio donde habian concurrido confidentes y tropas suyas en número suficiente para no temer á los que le acompañaban, y á favor de una niebla espesa que hacia se separó de su guardia, y se fué con los suyos á Segovia.

A principios del año siguiente de 1355 se pasaron al rey los infantes de Aragon y otros muchos señores de la liga, de modo que enflaquecida esta y reforzado el egército de don Pedro, fué preciso á sus gefes dispersarse para reclutar nuevas tropas: con lo cual pudo egercer don Pedro venganzas en varios caballeros, á quienes mandó matar en Medina del Campo. Púsose despues sobre Toro, deseoso de quitar á la liga aquella plaza fuerte, y la reputacion que daba á los coligados el nombre de la reina viuda; pero la ciudad fué valientemente defendida por don Fernando Ruiz Giron, y ademas don Enrique acudió desde Asturias con un cuerpo numeroso para socorrerla.

El rey levantó el sitio de Toro para someter á Toledo. En esta empresa fué mas feliz: porque ofreciendo recibir en su gracia á doña Blanca, se allanaron los habitantes á admitirle: y aunque

don Enrique y su hermano don Fadrique, maestre de Santiago, pasaron las sierras y campearon á orillas del Tajo para dar calor á sus parciales, nada mas pudieron hacer que entrar en la Alcana por la puente de Alcántara, y matar algunos judíos que encontraron en aquel barrio. El rey entró por otra parte en la ciudad, y don Enrique se retiró á Talavera y de allí á Toro.

Don Pedro mandó llevar su esposa al castillo de Sigüenza, hizo algunos castigos en Toledo, y encargando á sus lugartenientes que acometiesen los castillos y fortalezas que estaban por sus hermanos, se puso con el grueso de sus fuerzas sobre Toro, y la cercó en toda regla. Don Enrique era ido á Galicia á solicitar socorros y arreglar el plan de campaña con don Fernando de Castro.

Al mismo tiempo que pasaban estos horrores en Castilla, daba Portugal un atroz egemplo de la barbarie del siglo. El príncipe don Pedro, que habia quedado viudo de su muger doña Constanza Manuel, y que tenia de élla sucesion, no quiso volver á casarse á pesar de las instancias de don Alonso IV por el estraordinario amor que tenia á doña Inés de Castro. Irritado su padre, y cruelmente aconsejado por sus ministros Pedro Coello, Alvaro Gonzalez y Pedro Lopez Pacheco, resolvió dar la muerte á la que era causa de la inobediencia de su hijo, y pasó con este intento al monasterio de Santa Clara de Coimbra, donde residia doña Inés durante

la ausencia del príncipe, que habia ido á una montería. La vista de doña Inés, sus lágrimas y las de sus hijos, niños todavía, enternecieron al anciano rey; pero apenas volvió á su palacio, los ministros á fuerza de instancias y de representaciones acerca del peligro que corria si faltase el rey la sucesion legítima de don Pedro bajo el poder de una manceba querida y con hijos, le arrancaron la sentencia contra aquella hermosura infeliz. Ellos mismos la egecutaron pasando al convento de Santa Clara y matándola á estocadas.

Apenas supo el príncipe este trágico suceso, se reveló contra su padre; pero cuando el dolor dió lugar á la reflexion, atesoró toda su ira contra los consejeros que por evitar un mal contingente cometieron una maldad horrible, y disimulando su enojo, se reconcilió con don Alonso. Este año volvió don Pedro de Aragon al continente, despues de haber derrotado en un combate al juez de Arborea, que habia vuelto á tomar las armas indignado de que no se hubiese dado cumplimiento al convenio del año anterior.

Rendicion de Toro: fin de la liga de Castilla: guerra entre Castilla y Aragon (1356). Algunos ciudadanos de Toro, temerosos de la ira del rey, le dieron entrada en la ciudad: la reina madre entregó la fortaleza, y don Fadrique, maestre de Santiago, solicitó y obtuvo la gracia de su hermano. Dueño de Toro, cometió don Pedro la barbarie de mandar matar en

presencia de su misma madre á muchos caballeros de la liga. Doña María se desmayó y fué necesario conducirla al lecho. Apenas se restableció, pidió licencia á su hijo para pasar á Portugal, donde murió pocos meses despues con el remordimiento de haber sido élla misma la que enseñó á don Pedro á derramar sangre.

La liga estaba disuelta. Don Enrique huyó á Francia, y todos los castillos y fortalezas que estaban por él y sus favorecedores cayeron en manos del rey: el cual hizo rigorosos castigos en todos sus enemigos, principalmente en los que le habian tenido preso en Toro, de los cuales resolvió no perdonar á ninguno. A los males que el carácter del rey y de los perversos ministros que le aconsejaban causaron en Castilla se agregó poco despues el de la guerra con Aragon.

Perellós, almirante aragonés, pasaba al Océano con 10 galeras en auxilio del rey de Francia contra los ingleses, é hizo arribada en el Puerto de Santa María, donde encontró dos buques genoveses, con cuya república estaba en guerra el rey de Aragon, y los apresó y llevó consigo. Las representaciones del rey de Castilla contra esta infraccion del derecho de soberanía fueron sin efecto, porque el de Aragon reclamaba un buque mallorquin, cargado de fierro, detenido no se sabe por qué en las marinas de Vizcaya. Este incidente dió orígen á una guerra cruel.

Don Pedro I el justiciero, rey de Portu-

gal (1357). La guerra de Aragon se hizo en la frontera sin notable ventaja de ninguna de las partes. Don Enrique, hermano del rey de Castilla, pasó á servir bajo las banderas del enemigo de su patria. Ajustóse una tregua de quince dias por medio del legado del Papa: pero apenas la habia firmado el de Castilla cuando valiéndose del descuido de los aragoneses, sorprendió á Tarazona, y la conservó á pesar de las representaciones del legado, que á duras penas pudo conseguir que se hiciesen treguas por un año. En este tiempo hizo la paz con el rey don Pedro de Aragon su hermano el infante don Fernando, receloso siempre del de Castilla por haber sido uno de los que le tuvieron preso en Toro.

La incontinencia del rey de Castilla produjo una guerra civil en Andalucía. Don Juan de la Cerda, resentido de que el rey hubiese puesto sus torpes deseos en doña María Coronel, esposa suya, hizo desde Gibraleon graves daños en la comarca de Niebla mientras don Pedro estaba en la frontera de Aragon. Salieron contra él don Juan Ponce de Leon y don Gil de Bocanegra con los pendones de los pueblos vecinos, desbarataron su gente, y le trageron preso á Sevilla, donde el rey mandó matarle. Despues á ruegos de su muger revocó la órden; pero llegó el perdon cuando ya habia muerto don Juan. El rey no cesó por eso de requerir de amores á su viuda; la cual por librarse de sus persecuciones convirtió su rostro en una horrorosa llaga,

y se privó de su hermosura por conservar su castidad.

Este año falleció don Alonso IV de Portugal. Los tres ministros que habian muerto á doña Inés de Castro por consejo del rey moribundo huyeron á Castilla aunque el sucesor Pedro I habia jurado no hacerles ningun mal por aquella ofensa. Pero nadie creia en el juramento de un príncipe amante y ofendido. Tal era la moral de aquellos tiempos. Pedro I renovó los tratados de alianza y amistad con Castilla, porque tenia necesidad de su rey para conseguir su venganza.

La guerra con Aragon continuó hasta el año de 1361. Los acontecimientos militares de mas nota fueron una espedicion marítima del rey de Castilla á las playas de Cataluña y Aragon sin efecto alguno por lo bien prevenidas que estaban, y la toma de Nágera por don Enrique, que hizo invasion en la Rioja, aunque la desocupó al acercarse las tropas de su hermano don Pedro. En fin, á fuerza de instancias del sumo pontífice, hicieron las paces Aragon y Castilla conservando las antiguas fronteras, y despidiendo don Pedro de Aragon á don Enrique y sus hermanos, que se volvieron á Francia.

Pero el enemigo mas grande del rey de Castilla era su mismo carácter. Durante la guerra de Aragon no cesó de cometer atrocidades. No contento con haber triunfado de la liga de Toro, á lo cual le ayudaron las ciudades del reino, fatigadas de turbulencias en los reinados ante-

riores, tuvo el empeño tan necio como cruel de dar la muerte á todos los caballeros que habian entrado en aquella confederacion.

La primera víctima fué su hermano don Fadrique, á quien mandó dar muerte en el alcázar de Sevilla. Otros muchos fueron asesinados en varias partes por mandado suyo. Su primo el infante don Juan de Aragon, que no quiso seguir el egemplo de su hermano don Fernando, ni dejar el servicio de Castilla, fué degollado en Bilbao, y su cabeza arrojada á la plaza desde una ventana del alojamiento del rey. Doña Leonor, reina viuda de Aragon y tia del rey, fué presa, conducida al castillo de Castrojeriz, y asesinada en él: la muger de don Tello, hermano del rey, y la viuda del infante don Juan doña Isabel de Lara fueron conducidas, igualmente que doña Blanca, á la fortaleza de Jerez de la Frontera, donde á poco tiempo falleció doña Isabel no sin sospechas de veneno. Doña Blanca pereció asesinada de órden de su marido. Pocos dias despues falleció la Padilla, cuya muerte se atribuyó á castigo del cielo por la maldad cometida con aquella inocente princesa.

Habiendo tendido el bárbaro rey su segur sobre cabezas tán ilustres, no olvidaba á las de menor cuantía, y perecieron á manos de sus emisarios todos los que, no advertidos á tiempo ó por su conciencia ó por el semblante del tirano, no emigraron á Portugal ó á Aragon. A los de Portugal no valió su precaucion: porque sabiendo el rey de Castilla cuánto deseaba el de

Portugal haber á las manos á los asesinos de doña Inés de Castro, le entregó á Pedro Coello y á Alvaro Gonzalez que estaban en sus dominios: porque Diego Pacheco, avisado á tiempo, huyó á Aragon: y recibió del portugues, en premio del regalo que hacia á su venganza, muchos caballeros castellanos refugiados en Portugal, que fueron muertos apenas llegaron á la raya de su patria.

Pedro de Portugal sació su ira en Coello y Gonzalez mandándoles dar muerte á su presencia en medio de los mayores tormentos. Sin embargo sus vasallos le llamaron el *justiciero* y no el *cruel*: porque la atrocidad de los ministros de Alonso IV contra una muger inocente y desvalida era digna del último suplicio: y los tormentos en que perecieron fueron juzgados como pruebas no de la crueldad del ánimo del rey, sino de una venganza merecida.

No se juzgaba así al rey de Castilla. La muerte de Leonor de Guzman y el amor funesto de la Padilla, causas de tantos desórdenes, le enagenaron los ánimos de los castellanos. Él mismo los provocó á la rebelion con sus escesos. Ni le servia de disculpa el ejemplo de don Alonso el Onceno su padre: éste á la verdad siendo muy jóven hizo morir con perfidia á dos magnates; pero en el resto de su reinado solo castigó delitos averiguados, observó fielmente las amnistías que concedió, y aun usó de clemencia con don Juan Nuñez de Lara. Su espada era severa; mas solo caia sobre delincuentes. Para don Pe-

dro era delito toda oposicion á su voluntad. Descargaba su ira en personas inocentes: no respetaba á edad, á parentesco ni á sexo: bastaba infundirle sospechas para merecer la muerte: y el perdon que concedia á los que se fiaban de él era un artificio para matarlos mas á su salvo.

La primera sugestion de destronar al rey don Pedro de Castilla como á tirano procedió del consejo del rey de Aragon poco antes de hacerse la paz; pero con esta se desvaneció el proyecto, poco popular entónces por proceder de un rey enemigo, y que no tenia buen nombre en materia de justicia. Pero el castellano no quiso corregir su carácter, y cansó la paciencia de sus vasallos y de las naciones estrangeras.

Guerra entre Castilla y Granada (1361). A Jucef, rey de Granada, habia sucedido su hijo Muhamad en 1354, que conservó la paz con el rey don Pedro. Conspiró contra él su hermano Ismail, y le arrojó de Granada: Muhamad se hizo fuerte en Ronda con el auxilio de los marroquíes y del rey de Castilla su soberano: é Ismail buscó apoyo en la alianza del rey de Aragon, enemigo del castellano. Pero poco despues Abu Said, pariente de ambos reyes, quitó el trono y la vida á Ismail, y le sucedió en la corona con el peligro de defenderla contra un rey tan poderoso como don Pedro y contra las fuerzas de Aragon.

Muhamad, auxiliado por los maestres de Santiago, Calatrava y Alcántara, hizo entrada en la vega de Granada, derrotó la caballería de

Abu Said junto al puente de Vilillos, y siguió el alcance hasta el de Pinos: mas no observando en la gente de la capital ningun movimiento á favor suyo, se volvió á Ronda y los maestres á sus fronteras. El rey don Pedro estaba muy irritado contra Abu Said, porque el cuidado que le daba su usurpacion fué la causa principal para haber hecho las paces con Aragon.

Este mismo año declaró don Pedro, rey de Portugal, que habia estado casado en secreto con doña Inés de Castro despues de muerta su primera esposa doña Constanza Manuel, habiendo recibido la correspondiente dispensa del Papa, cuya bula se leyó en público, y que por respeto á su padre habia tenido oculto su casamiento. Mandó, pues, que al cadáver de la que llamaba su esposa se la hiciesen los mismos honores que á una reina: y lo hizo trasladar desde Coimbra al monasterio de Alcobenza estando lleno todo el camino de hachas encendidas. Labró para él un sepulcro de mármol blanco sobre el cual hizo poner su estátua con corona en la cabeza.

Batalla de Guadix: asesinato de Abu Said: nueva guerra con Aragon: conquista de Calatayud (1362). El rey don Pedro mandó al maestre de Calatrava que hiciese entrada en el reino de Granada y acometiese á Guadix. Hízolo así con 1000 caballos y 2000 infantes. Abu Said, tirano de Granada, envió en socorro de la plaza 600 caballos y 4000 infantes. Sucedió que los cristianos, acampados á la otra parte del rio, en-

viaron un destacamento á talar el valle de Alhama. Esta diminucion de fuerzas dió osadía á los moros de Guadix para atacar el campo de los castellanos. Saliéronles al encuentro 200 ginetes con tal ímpetu que en el primer choque les mataron 50 hombres, y obligaron á la caballería mora á guarecerse de su infantería, donde se rehizo, volvió á cargar, y cortó la retirada á los 200 caballos. El maestre, que hasta entónces solo habia sido espectador de la batalla, salió del campo á socorrer á los suyos; pero ya era tarde: la infantería mahometana, numerosa y valiente, triunfó de la caballería de los cristianos, y logró una completa victoria, quedando prisioneros en su poder con otros caballeros de cuenta el mismo maestre de Calatrava y don Enrique Enriquez.

Abu Said, aborrecido de los granadinos por su mal carácter tanto como era amado Muhamad, creyó que no podria sacar mayor fruto de su victoria que obligar al rey de Castilla enviándole libres y sin rescate al maestre y á Enriquez, haciendo por mediacion de éllos proposiciones de paz y vasallage; pero conocia mal el carácter de don Pedro, implacable para siempre con el que una vez le habia ofendido. En este tiempo se reveló Málaga contra Abu Said, y se entregó á Muhamad.

El usurpador, ostigado por su mismo peligro, pasó á Sevilla á conferenciar con don Pedro sobre la paz y á rendirle vasallage, pedido antes y obtenido el correspondiente salvoconducto;

pero apenas entró en la ciudad fué preso con toda su comitiva, y sacado con 36 de los suyos al campo de Tablada, donde todos fueron muertos. Don Pedro, mismo dió por su mano la primer herida á Abu Said, el cual esclamó: "¡Oh Pedro, ¡qué ruin cabalgada has hecho contra quien se fiaba de ti!" Esta maldad, que horrorizó al mundo, aseguró la corona de Granada en las sienes de Muhamad, que nunca dejó de ser fiel aliado del rey de Castilla. Los equipages y riquezas con que Abu Said y su comitiva concurrieron á las vistas de Sevilla cayeron en poder de don Pedro, tan codicioso como pérfido y cruel.

Concluída tan infame hazaña, celebró córtes en Sevilla, en las cuales imitando el ejemplo de don Pedro de Portugal, declaró que habia casado con doña María de Padilla antes de que doña Blanca viniese á España, é hizo reconocer como legítimo heredero de la corona á don Alonso, el hijo varon que tenia de su manceba. En fin, para mostrar que nada respetaba, ni la humanidad, ni las leyes, ni los tratados, entró al frente de su egército en Aragon, desprevenido con la seguridad de la paz hecha el año anterior, se apoderó de Ariza, sitió á Calatayud y la tomó, y puso su gente en cuarteles de invierno dentro de aquel reino. Don Carlos el Malo, rey de Navarra, que se vió con él en Soria antes de que entrase en Aragon, aceptó la alianza que le propuso don Pedro, temiendo su carácter y su poder, mucho mas cuando el navarro era aliado

del ingles contra Francia; y el rey de Castilla, receloso de esta potencia por el agravio que habia hecho á la familia real, tenia jurada alianza con el célebre príncipe de Gales, que en nombre de su padre Eduardo III de Inglaterra gobernaba los estados que el ingles poseia en Francia. Don Carlos de Navarra hizo entrada tambien en Aragon, y tomó á Sos y á Salvatierra.

Al año siguiente de 1363, habiendo muerto don Alonso, hijo de don Pedro, juntó el rey cortes en Bubierca, en las que fué jurada princesa heredera doña Beatriz, la mayor de las hijas que tenia de la Padilla. Se puso al frente de su egército en Aragon, tomó á Aranda y otras plazas, se puso sobre Tarazona y la rindió, ocupó á Borja, entró por asalto á Cariñena, revolvió sobre Teruel, se apoderó de ella, penetró en el reino de Valencia, donde se le entregaron Segorve y Jérica, y sitió á Murviedro, que se le resistió algo mas, aunque al fin hubo de rendirse. Don Pedro de Aragon, aterrado por las conquistas rápidas del castellano, contra el cuál no tenia fuerzas disponibles, llamó en su socorro á don Enrique, que estaba refugiado en Francia, y con el cuál vinieron todos los castellanos espatriados, pocos en número, pero valerosos.

Sin embargo, no bastando estas fuerzas para resistir al poder de Castilla, entabló negociaciones, y convinieron que el rey castellano casase con doña Juana, hija del aragonés, dándole

en dote la parte de Aragon que habia conquistado junto al rio Jalon, y las plazas de Orihuela, Alicante, Elda, Elche y Guardamar: que el infante don Juan, hijo y heredero del rey de Aragon, casase con la princesa doña Beatriz, heredera de Castilla. El artículo secreto de este tratado era digno de los dos monstruos que lo estipulaban, y consistia en dar muerte al infante don Fernando, hermano del aragonés, y á don Enrique y sus hermanos. Así España tuvo tambien sus triunviros que especularon con los parricidios.

Pero este infame tratado no tuvo efecto por dos sucesos que ocurrieron entonces. Uno fué que al rey de Castilla le nació un hijo de una manceba que entónces tenia, y deseando asegurar la corona al reciennacido no quiso ratificar el convenio que suponia heredera suya á su hija doña Beatriz. Otro fué que el infante don Fernando de Aragon, sabiendo lo que se habia estipulado contra él y contra don Enrique, intentó algunos movimientos en Aragon, por lo cual don Pedro IV su hermano le mandó prender, y como se resistiese, fué muerto. Este suceso obligó á todos los castellanos emigrados á unirse con don Enrique, á quien miraron desde entónces como al único heredero de la corona de Castilla, depuesto don Pedro como tirano.

El rey de Castilla, roto el primer convenio, prometia sin embargo hacer la paz siempre que se le entregase muerto ó vivo á su hermano don Enrique; y Carlos de Navarra, que se ofre-

ció por mediador entre los dos, de acuerdo con el de Aragon, propuso una conferencia con don Enrique por ver si podian prenderlo; en cuyo caso serian árbitros de la paz ó de la guerra los reyes de Aragon y Navarra. Don Enrique no dió en el lazo: pues aunque asistió á la entrevista, tuvo la precaucion de hacer que el castillo de Sos, señalado para la conferencia, se entregase durante ella á don Juan Ramirez de Arellano, y este leal caballero resistió á todas las promesas que le hicieron entrambos reyes para que pusiese á don Enrique en sus manos. El aragonés volvió á reconciliarse con don Enrique deseoso de volverse á Francia por el enojo que le causó aquella alevosía; al fin el de Aragon le dió rehenes, y con esta seguridad volvió á servirle con los emigrados.

La guerra de Cerdeña se habia interrumpido en los años anteriores, porque en la cuestion entre Aragon y Génova se habia nombrado árbitro al marques de Monferrato: éste dió su sentencia adjudicando á los genoveses la plaza de Alguer: don Pedro de Aragon no se convino á ello, y se prepararon unos y otros para continuar la guerra.

Sitio de Orihuela (1364). La guerra continuó. Don Pedro de Castilla hizo dos entradas en el reino de Valencia, en las cuales se apoderó de Alicante, Gandía, Denia y otras plazas, y puso sitio á Orihuela. El aragonés acudió en defensa de esta ciudad; pero don Pedro, aunque superior en número, no se atrevió á salir de sus

cuarteles porque no se fiaba de los cabos de su egército, exasperados con sus crueldades: justo castigo de un rey perverso. La armada castellana apareció en las aguas de Valencia, y una tempestad le impidió apoderarse de la aragonesa que tenia como bloqueada en la desembocadura del Júcar. Despues que se reparó de las averías sufridas en la borrasca, volvió á las playas de Valencia, y cerca de Denia derrotó á la de Aragon, apresándole cinco galeras. El rey de Aragon, viendo al de Castilla ocupado en el sitio de Orihuela, emprendió el de Murviedro, que estaba por el castellano.

Este año se vió un escarmiento lamentable de la fortuna. Don Bernardo de Cabrera, primer ministro y valído del rey de Aragon, perseguido por el ódio universal, mirado como causa de una guerra calamitosa y cruel, como autor de la muerte del infante don Fernando, y como obstáculo para el logro de los intentos de don Enrique de Castilla, fué preso y degollado por órden del rey sin forma alguna de juicio. Hubiera sido en efecto muy dificil probarle ningun delito contra su monarca, á quien siempre sirvió lealmente, sobre todo en las guerras de la Union y de Cerdeña: bien que en los consejos que le daba atendia mas bien al interés del príncipe que á la justicia ni á la humanidad. Pero este era defecto comun de todos los políticos de aquel tiempo, en que la razon de estado se miraba como superior á todas las leyes de la moral. Su muerte fué un

triunfo del ódio y de la venganza, no de la justicia.

A principios del año siguiente de 1365 se rindió Orihuela á los castellanos, y Murviedro á los aragoneses: sin que don Pedro de Castilla por la desconfianza que tenia en los suyos se atreviese á acometer en batalla campal al de Aragon: mucho mas viendo la desercion de su nobleza que en gran número se pasaba á las banderas de su hermano Enrique.

Este y el rey de Aragon, determinados á dar un golpe decisivo, aprovecharon hábilmente la ocacion que les presentaba el estado de Francia. Reinaba en ella Carlos V el Prudente, el cual hizo observar el tratado de paz de Pequigny hecho algunos años antes con los ingleses victoriosos: pues aunque fué dictado por éstos y desventajoso para Francia, la proporcionaba al menos poder respirar despues de una guerra larga y desgraciada. El primer cuidado de Carlos fué volver sus armas contra el rey de Navarra que, coligado con los ingleses, habia causado tantos males á su padre y á él: tuvo la felicidad de despojarle de gran número de plazas que poseía en Normandía y en las cercanías de París, y de obligarle á hacer una paz ventajosa para la Francia.

Hecho esto, volvió su atencion contra don Pedro de Castilla, contra el cual clamaba la sangre real de Francia tan altamente ofendida en Blanca de Borbon: y procuró vengarla haciendo un bien muy grande á sus vasallos. Ha-

bia entónces en Francia, como reliquias de la guerra civil y estrangera, un gran número de soldados que, reunidos en compañías, devastaban los campos, saqueaban los pueblos abiertos, y cometian en todas partes delitos horrorosos. El rey encomendó á su lugarteniente Beltran de Guesclin (á quien en España se dió el nombre de Beltran Cláquin) que les propusiese la espedicion de Castilla para destronar á don Pedro y dar la corona á don Enrique como un medio mas honroso de hacer fortuna que el latrocinio en su misma patria. Aceptaron con placer; Guesclin se puso al frente de éllos, y al fin de 1365 estaba yá cercana á la frontera de Cataluña la tempestad dirigida contra los campos de Castilla.

Don Pedro el Cruel, fugitivo de Castilla (1366). Don Pedro, amenazado de la guerra en su mismo reino, mandó que se le reuniesen en Burgos todas las tropas que tenia en Aragon y Valencia evacuando las plazas conquistadas, que volvieron al poder del rey de Aragon. Entretanto las compañías francesas al mando de Guesclin y de don Juan de Borbon, conde de la Marcha, iban entrando por Cataluña, y pasando á Aragon. Reunióse á éllos don Enrique con sus castellanos y un gran número de aragoneses que le acompañaron en su espedicion. Entró en Castilla por Alfaro, llegó á Calahorra, que se le entregó, allí se proclamó rey de Castilla y de Leon, y se puso en marcha para Burgos.

Don Pedro, á quien la historia no puede ne-

gar ni el valor personal ni los conocimientos militares de su siglo, perseguido por su conciencia y por la desconfianza que le inspiraba saber cuán merecido tenia el ódio universal, no quiso en ninguna parte venir á las manos con el enemigo: y así evacuó sucesivamente á Burgos, á Toledo, á Sevilla, dejando sus inmensos tesoros y cuerpos de egército en manos de su rival, que fué admitido con grandes muestras de alegría en las ciudades y en los campos, escepto algunas plazas fuertes que se conservaron por su hermano.

Don Pedro pasó á Portugal á solicitar socorros de su antiguo aliado don Pedro el justiciero; pero éste ni tenia fuerzas ni voluntad de esponer su reino por favorecer á un monarca aborrecido en el suyo. Pasó á Galicia, donde halló los ánimos mas dispuestos en su favór: mas no tardó en enagenarlos mandando dar muerte á su vista y á las puertas de la Iglesia de Santiago al arzobispo de esta ciudad por sospechas que de él tenia.

En fin, resuelto á implorar el auxilio estraño mas bien que deber nada á sus vasallos, pasó á la Coruña, y se embarcó en ella para San Sebastian; recogió algun dinero, y fué á Bayona, donde se vió con el príncipe de Gales, siempre dispuesto á pelear contra los franceses, é hizo alianza con él y con Carlos de Navarra. El héroe ingles se dispuso á entrar en la península para sostener al rey destronado de Castilla.

Entretanto don Enrique, despues de haber

visitado las principales capitales del reino, pasó á Galicia, donde se conservaba todavía un partido poderoso á favor de su hermano; pero sabiendo los preparativos de los ingleses y navarros, volvió á Burgos á celebrar córtes, donde se le dieron los subsidios necesarios para resistir al príncipe de Gales.

Don Fernando, rey de Portugal: batalla de Nágera: restauracion de don Pedro: segunda espedicion de don Enrique á Castilla (1367). A 8 de enero falleció el rey don Pedro de Portugal, célebre únicamente por su amor á doña Inés de Castro y la crueldad con que vengó su muerte. Sucedióle don Fernando, su hijo primogénito, habido en doña Constanza Manuel.

El príncipe de Gales y el rey don Pedro atravesaron el Pirineo por Roncesvalles al frente de los vencedores de Grecy y Maupertuis, y de los pocos, pero valientes castellanos, que se habian conservado fieles á la fortuna de su monarca legítimo: pasaron la Navarra, y penetraron en Álava. Gueselin y los demas capitanes franceses que militaban en el egército de don Enrique, y que sabian por esperiencia cuán aventajadas eran las tropas del ingles, aconsejaron que no se viniese con ellas á batalla; sino que se procurase cortarles los víveres. Esta guerra de contemporizacion no era del gusto de don Enrique, ni acomodaba á una lucha de opinion en que la presencia de los enemigos bastaba para dar aliento á los partidarios de don Pe-

dro. Resolvióse, pues, dar la batalla, alentados ademas los castellanos con la rota que dieron á un cuerpo ingles destacado para tomar víveres y forrages.

Los ingleses ocuparon á Vitoria, y se dirigieron á Logroño. Acampáronse en Navarrete, y don Enrique avanzó hasta Nágera para impedirles el paso: y el 6 de abril se dió la terrible batalla contra los dos hermanos. En el centro, donde estaba Gueselin, fué la accion reñidísima y disputada: el príncipe de Gales acometió la izquierda de don Enrique, donde estaba su hermano don Tello con la caballería, que huyó no pudiendo resistir el choque de la inglesa. Descubierto aquel flanco, cayó el ingles sobre el centro y decidió la victoria. El egército de Enrique quedó casi todo muerto ó prisionero escepto los pocos que se pudieron escapar á uña de caballo, entre éllos don Enrique, que huyó á Aragon y por las montañas de Jaca á Francia.

Este triunfo puso la corona en las sienes de don Pedro; pero en el mismo campo de batalla manifestó el uso que haria de la victoria á pesar de la palabra dada al de Gales de no ensangrentarse. Viendo pasar á Iñigo Lopez de Orozco, acérrimo partidario de don Enrique, y que iba prisionero de un caballero ingles, le quitó la vida con su propia mano: y reconvenido por esta accion, dijo al príncipe ingles que "nada se habia hecho si no se degollaba á todos los prisioneros."

El de Gales partió á Guiena á sosegar algu-

nos alborotos que se habian movido en aquella provincia, llevando consigo los despojos y un gran número de prisioneros, entre ellos al célebre Guesclin, y don Pedro recorrió las principales ciudades de Castilla, dejando en todas ellas rastros de sangre á pesar de que en ninguna halló resistencia. En Toledo hizo matar un caballero de la familia de Palomeque: en Córdoba fueron diez las víctimas: en Sevilla el célebre almirante Gil de Bocanegra, don Juan Ponce de Leon y Martin Yañez. Á doña Urraca Osorio, madre de don Alonso Perez de Guzman, mandó matar en ódio de su hijo. Muchos caballeros que habian escapado de la batalla de Nágera se hicieron fuertes en Alburquerque, y derrotaron un cuerpo de tropas que don Pedro envió contra éllos.

Don Enrique, cuya esperanza principal era el ódio de los castellanos contra el rey, viendo que este se aumentaba, resolvió hacer una nueva espedicion á Castilla. Con los socorros de la córte de Francia y de otros muchos varones de aquel reino que le eran afectos juntó un nuevo egército, atravesó el Rosellon, el valle de Aran y el territorio de Huesca, contra la voluntad del rey de Aragon que acababa de ajustarse con el de Castilla: porque don Enrique fiaba en que ningun caballero aragonés querria vibrar su lanza contra él: tan amado era de todos. Entró en Navarra, pasó el Ebro por Azagra, y apenas pisó la tierra de Castilla hizo una cruz en el suelo con la espada, y juró que

"no volveria atras de su empresa." Su egército aumentaba diariamente con las reliquias de Nágera y con los enemigos que habian suscitado á don Pedro sus recientes crueldades. Fué recibido con aclamaciones en Calahorra y Burgos, cuyo castillo se le entregó: de modo que al fin del año tenia á su obediencia un numeroso egército y casi toda la parte septentrional de Castilla.

El príncipe de Gales, el rey de Navarra y don Pedro de Aragon se ligaron entre sí para ver el mejor partido que podrian sacar de la guerra civil de Castilla. Los dos rivales prometian mucho á los que quisiesen auxiliarles; pero la esperiencia habia mostrado que ninguno de los dos cumpliria sus promesas. Ni don Enrique habia dado al aragonés el reino de Murcia, que le prometió en su primera entrada en Castilla, ni don Pedro habia puesto en manos del ingles la Vizcaya ni la plaza de Castro Urdiales como habia ofrecido para obtener su socorro. Así permanecieron casi neutrales mientras se decidió la contienda.

Sitios de Córdoba y Toledo (1368). Don Enrique tomó sucesivamente las plazas de Dueñas, Leon, Tordehumos y Rioseco que aun se conservaban por don Pedro: con lo cual la mayor parte de los pueblos de Asturias se declararon por él. Atravesó despues las montañas que separan las dos Castillas, tomó á Buitrago, entró en Madrid por inteligencia, mas no permitió que sus tropas saqueasen la poblacion. De

allí fué á Illéscas, plaza que se le habia conservado fiel aun despues de la derrota de Nágera. En ella estaba su esposa doña Juana, princesa de ánimo varonil. Despues emprendió el sitio de Toledo, que hizo grande resistencia, y que no se rindió hasta el año siguiente.

A pesar de las victorias de don Enrique, quedaban todavía al rey grandes medios de defensa en el norte de España: Rioja, Guipúzcoa, Alava, la plaza de Zamora y casi toda Galicia estaban por él; pero él mismo faltó á su causa por la desconfianza que tenia de los que tan leales se le mostraban. Los de Vitoria, Salvatierra y Logroño, molestados por los partidarios de don Enrique y por los capitanes del rey de Navarra, que trataba sacar partido de las calamidades de Castilla, pidieron á don Pedro que les enviase socorro, ó que á lo menos les mandase lo que habian de hacer. Don Pedro les respondió que "se entregasen á don Enrique antes que al navarro:" único rasgo de patriotismo que se observa en todo su reinado. Sin embargo no lo hicieron así: porque don Tello, hermano de don Enrique, y que no estaba bien con él, dispuso que se entregasen al de Navarra.

En Andalucía estaba por don Enrique la ciudad de Córdoba. El rey, que se hallaba falto de tropas, y propenso siempre á valerse del auxilio estrangero antes que de sus partidarios, solicitó el de su aliado Muhamad, rey de Granada, que acudió con un egército de 7000 caballos y 30000 infantes: muy superior á las fuerzas de

que podia disponer su soberano el rey de Castilla. La campaña fué infelicísima para la cristiandad de Andalucía: porque aunque los dos reyes sitiaron inútilmente á Córdoba, y los terribles asaltos que la dieron hasta alojarse en una torre y en el Alcázar viejo, fueron rechazados con gran mortandad de los moros por los maestres de Santiago y Alcántara que tenian la ciudad por don Enrique: despues de levantado el cerco se retiró don Pedro á Sevilla, y el de Granada continuó campeando, acometió á Jaen, obligó á esta ciudad á rescatarse del saqueo y ocupacion por una gran suma de dinero: saqueó é incendió á Úbeda: amenazó á Andújar, y se apoderó de los castillos de Ardales, Cañete, Belmes, Cambil y otros menos importantes de la frontera.

La guerra de Cerdeña fué mas viva este año. Los Arboreas tomaron á Cinco Iglesias y á San Lury, y ocuparon la mayor parte de la isla: mas habiendo llegado á Caller un egército de Aragon, mandado por don Pedro de Luna, se retiraron los rebeldes á Oristan. Luna los persiguió sin precaucion, y se presentó delante de Oristan. Arborea hizo una vigorosa salida de esta plaza, sorprendió y derrotó á los aragoneses, y en la accion perecieron don Pedro Luna, su hermano don Felipe y otros muchos caballeros.

El terrible drama de Castilla se acercaba á la catástrofe. A principios del año celebró don Enrique con Carlos V rey de Francia; que habia renovado la guerra con los ingleses, un tratado de alianza ofensiva y defensiva. En virtud

de él Beltran Guesclin, que habia conseguido su libertad, volvió á Castilla con un cuerpo auxiliar de 600 lanzas, que se reunió al egército de don Enrique.

Don Pedro salió de Sevilla para Estremadura, y habiendo recibido en Alcántara las tropas que le traia de Galicia don Fernando de Castro, volvió con ellas á Andalucía, convocó los pendones de Sevilla, Carmona y Jerez, recibió un cuerpo auxiliar del rey de Granada, y desembocó en la Mancha por Alcaraz para recoger la gente del reino de Murcia que estaba por él. Su intento era socorrer á Toledo, y concluir la querella en una batalla campal.

Sabidor don Enrique del proyecto de su hermano, dejó en los cuarteles de Toledo la tropa necesaria para contener á los sitiados, y salió con el resto de su egército á encontrar al rey. En Montiel se dieron vista los dos campos, con algun descuido del rey, porque al principio creyó que las banderas que se descubrian eran del maestre de Santiago que debia llegar á reunírsele. Al dia siguiente muy de mañana acometieron los de don Enrique, y el egército de don Pedro se disipó en un instante. Los moros granadinos fueron casi esterminados: los castellanos muchos huyeron, y otros muchos se refugiaron con el rey en el castillo de Montiel que no tenia agua ni víveres. Don Enrique lo rodeó estrechamente con sus tropas, de las cuales un solo hombre pereció en la batalla.

Don Pedro, viéndose sin medio alguno de

salvacion, entabló plática con Beltran Guesclin, prometiéndole grandes sumas si le daba escape: el francés se negó al principio; pero despues, consultando el negocio con los suyos, tomó una determinacion que manchó para siempre su fama de buen caballero. Prometió al rey darle escape; le recibió por la noche en su tienda, y le detuvo hasta que llegase don Enrique, á quien habia avisado.

Don Enrique se tiró á su hermano con la daga en la mano, le hirió en la cara, y entre él y los suyos le acabaron. Esta horrible escena se verificó el 23 de marzo de 1369. Así acabó su vida á los 35 años de edad y 19 de reinado el único rey de Castilla que ha sido destronado y muerto por sus vasallos. Fué sepultado sin pompa alguna en la iglesia del castillo de Montiel. Despues fué trasladado á Alcocer, y últimamente á Santo Domingo el Real de Madrid.

De doña María de Padilla tuvo á don Alonso, que murió á la edad de 4 años: á doña Beatriz, que entró religiosa en el monasterio de Santa clara de Tordesillas, fundado por ella: á doña Constanza, que casó con Juan de Gante, duque de Lancaster, é hijo de Eduardo III, rey de Inglaterra; y á doña Isabel, que casó con Edmundo, duque de York, hijo del mismo rey. De doña Juana de Castro, á quien engañó con fingido matrimonio, tuvo á don Juan, tronco del apellido de Castilla: de doña Isabel, aya de don Alonso su hijo, tuvo á don Sancho, que falleció sin sucesion, y á don Diego que tuvo una

hija que casó en la familia de los Carrillos de Acuña: de doña María de Hinestrosa, parienta de la Padilla, tuvo á don Fernando, que falleció de corta edad: de doña Teresa de Ayala, siendo príncipe, tuvo á doña María, que fué religiosa en el convento de Santo Domingo el Real de Toledo.

Otros reyes habian sido incontinentes, vengativos, pérfidos y aun crueles, pero ninguno convirtió estas horrendas pasiones en máximas de política sino don Pedro: ninguno fué causa de la muerte anticipada de su madre: ninguno dió muerte á su esposa, á su tia y á otras muchas señoras: ni se bañó en la sangre de tres hermanos y de un primo, ni persiguió á los demas para matarlos: ninguno en fin se portó con la nobleza de Castilla de tal manera que nadie se podia fiar del rey, ni el rey de nadie. Don Pedro fué mal rey, mal ciudadano, mal caballero. Sus maldades y escesos pasaron mucho mas allá de lo que podia sufrir la paciencia y la lealtad española. Se toleraron algunos actos de crueldad y de perfidia en Alonso el Onceno, porque su política se dirigia á libertar el reino de la prepotencia y arbitrariedad de los grandes: mas no se quiso tolerar los innumerables escesos de don Pedro, cometidos solamente con el fin de que fuesen respetados los caprichos de su incontinencia. El mismo matando á su hermano don Fadrique puso la daga que le asesinó en manos de don Enrique. El mismo, designando por herederos del trono á los hijos de su manceba,

dió osadía á su hermano bastardo para aspirar á la corona. El mismo, quebrantando todas las leyes divinas y humanas, rompió los vínculos de la obediencia y de la lealtad. Con su muerte pareció que la patria y la humanidad se libertaban de un gran peso, y Castilla, la nacion mas leal á sus reyes, la menos propensa á alborotarse, aplaudió su trágico fin con aclamaciones sinceras. Cuando los infortunios que proceden de la mala conducta de un rey llegan á un grado tan alto, cesan todas las leyes políticas y sociales, y se recurre á la fuerza brutal. Son insensatos los reyes que como don Pedro apelan á ella. Su poder, si es inmenso, es porque se funda en la fuerza moral. ¡Ay del monarca que mine con sus escesos este único cimiento de su autoridad!

Pero á pesar de estas reflexiones, nada puede disculpar la conducta de don Enrique, enemigo de su patria auxiliando al rey de Aragon en la guerra contra Castilla, conspirador para ceñirse una corona que en ningun caso le pertenecia, usurpador con el auxilio de las fuerzas estrangeras, y últimamente fratricida. Ni su bondad y afabilidad natural, ni su valor, ni su política, ni las virtudes verdaderamente reales que desplegó en el trono, despues de haber subido á él por tan sangrientos escalones, pueden libertar su nombre de la censura que le imponen la inflexible historia y la moral, mas inflexible todavía. La virtud no transige con la ambicion ni con la felicidad.

CAPÍTULO XLI.

Enrique II.

Don Enrique II, rey de Castilla y de Leon. Sitio de Carmona: paz con Portugal: batalla naval de la Rochela. Nueva guerra con Portugal. Invasion de don Enrique en Portugal: sitio de Lisboa: paz y alianza con Portugal. Espedicion de los castellanos en Navarra.

Don Enrique II, *rey de Castilla y de Leon.* Habiendo perecido el rey don Pedro de Castilla, cualquier descendiente legítimo de la dinastía de Borgoña tenia mas derecho que Enrique de Trastamara (llamado así por el condado de este nombre que poseía) á ceñirse la corona. Pero despues de una guerra civil tan prolongada y sangrienta, en que todas las leyes habian sido violadas, buscó la nacion el remedio de sus calamidades en un príncipe hábil, bien visto de la nobleza y del pueblo, que se hallaba posesionado de casi todo el territorio al frente de un egército poderoso, apoyado por la alianza de Francia, y capaz por su política de hacer frente á los enemigos esteriores manifiestos ó disimulados. Así el conde de Trastamara subió al trono con el

nombre de Enrique II y el consentimiento de la nacion, cuyo beneplácito cubrió en aquella ocasion estraordinaria todas las irregularidades legales.

Apenas se divulgó la muerte del rey don Pedro, se rindió Toledo á don Enrique; y Murcia, Sevilla y demas ciudades de Andalucía se declararon por él, escepto Carmona, donde estaba Martin Lopez de Córdoba y los hijos del difunto monarca. Molina y Requena se entregaron al rey de Aragon: Ciudad Rodrigo, Ledesma, Alcántara, Zamora y toda la Galicia occidental se declararon por el rey don Fernando de Portugal, á quien decian que tocaba la corona como representante de su abuela la infanta doña Beatriz, hija de Sancho IV de Castilla y esposa de Alonso IV de Portugal. Vitoria, Salvatierra, Logroño y otras plazas de Álava y la Rioja se habian entregado á Carlos el Malo, rey de Navarra, aun antes de la muerte de Pedro el Cruel. Muhamad, rey de Granada, fiel á la memoria de este rey, que le habia restablecido en el trono, continuó la guerra contra don Enrique, y tomó y desmanteló á Algeciras no pudiéndola conservar. La destruccion de esta plaza, que tanta sangre y dinero costó en los reinados anteriores, fué un acontecimiento casi imperceptible en una época de turbulencias.

Don Enrique hizo frente á todos los enemigos. Pasó á Toledo, desde donde envió tropas á las fronteras de Valencia que recobraron la plaza de Requena: entró despues con el grueso

de su egército en Galicia, arrojó de ella al rey de Portugal, le persiguió en su territorio, tomó á Braga, sitió á Guimaraens, intrépidamente defendida, se apoderó de Miranda y Braganza, y se volvió á Toro, dejando bloqueada á Zamora.

Al año siguiente de 1370, despues de una tentativa inútil contra Ciudad Rodrigo, sabiendo que los portugueses preparaban una armada para invadir las marinas de Andalucía, pasó á Sevilla para activar los armamentos navales. El almirante castellano Ambrosio Bocanegra rompió el bloqueo que tenia puesto Pezaño, comandante de los buques portugueses, al puerto de Sanlucar, pasó á Vizcaya, se reunió con las fuerzas marítimas de aquellas costas, y volviendo al golfo de Cadiz, apresó en el camino un navío portugues muy interesado que iba desde Lisboa á Sanlucar con el dinero para pagar la escuadra del bloqueo, dió despues sobre ella, y la hizo huir, apresándole tres galeras y dos navíos.

En este año premió generosamente el rey don Enrique á Beltran Gueselin y demas capitanes franceses que le habian servido en la guerra contra su hermano, y que se volvieron á Francia para asistir á su rey Carlos V en la guerra contra los ingleses. Al mismo tiempo se libertó de uno de sus enemigos firmando treguas con Muhamad, rey de Granada.

Sitio de Carmona: paz con Portugal: batalla naval de la Rochela (1371). Don Enrique,

viendo que don Martin Lopez de Córdoba, inflexible á las promesas y á las amenazas, no queria venir á su servicio, determinó sitiarle en Carmona. El suceso principal de este sitio fué que habiendo subido una noche á la muralla cuarenta soldados de la guardia del rey con el intento de sorprender una puerta, fueron hechos prisioneros, y don Martin mandó pasarlos á cuchillo. Esta accion inhumana fué causa de su ruina. Don Enrique indignado estrechó el sitio de manera que fué preciso capitular, y aunque se le prometió salvoconducto para ir donde quisiese, entregada la plaza, fué enviado preso á Sevilla, donde el rey le mandó matar contra la fé jurada. En Carmona halló don Enrique el tesoro del rey don Pedro y sus hijos, escepto doña Constanza y doña Isabel que se hallaban en Inglaterra como rehenes de la alianza hecha por aquel rey con el príncipe de Gales. Mandóles trasladar al alcázar de Toledo, donde sufrieron una larga cautividad, que duró hasta que dejaron de ser temibles á la rama reinante.

Sosegada la Andalucía, pasó el rey á Zamora: la ciudad se declaró por él y el castillo se rindió. Don Fernando de Portugal, reconociendo cuán cortas eran sus fuerzas para destronar á un príncipe tan poderoso como don Enrique, dió oidos á las instancias del Papa, é hizo la paz con Castilla. Las condiciones principales fueron la restitucion de las plazas que recíprocamente se habian tomado, y el casamiento del portugues

con la infanta doña Leonor, hija del rey de Castilla. Este matrimonio no se efectuó, porque don Fernando, enamorado de doña Leonor Tellez, muger de Juan Lorenzo de Acuña, caballero principal, hizo que su querida pusiese demanda de divorcio á su marido, fundada en el impedimento de parentesco de que no se habia dispensado; Acuña se defendió remisamente por no competir con el rey, y declarado nulo este matrimonio, casó el rey secretamente con doña Leonor. El pueblo de Lisboa se alborotó por esta causa, incitado por Fernan Vazquez, hombre turbulento y atrevido; y el rey para sosegarle hubo de negar su casamiento, y prometerlo satisfaccion; pero aquella noche salió de Lisboa, y se fué con su nueva esposa á Santaren. El motin se desvaneció por sí mismo, Vazquez y sus principales cómplices fueron presos y muertos, y Fernando coronó por reina á doña Leonor.

Entretanto el rey de Castilla acometió las plazas que los navarros le tenian usurpadas. Salvatierra y Santa Cruz de Campezu se le entregaron apénas se presentó. El legado del Papa intervino para que no hubiese hostilidades, y Vitoria y Logroño volvieron al poder de don Enrique despues de una larga negociacion. Entretanto los marinos españoles se ilustraban en las costas de Francia. En virtud de la alianza entre esta potencia y don Enrique, el almirante Ambrosio Bocanegra salió de los puertos de Andalucía con una escuadra de cuarenta bage-

les grandes y 13 tartanas, y se puso á vista de la Rochela. La armada inglesa, mandada por el conde de Pembrok, llegó con el intento de desalojar la castellana de aquel crucero. Dióse la batalla el 23 de junio, y duró gran parte del dia con notable valor de una y otra parte; pero los buques españoles eran mas altos y fuertes, y esto decidió la victoria en su favor. Rindieron varios navíos ingleses, y en ellos al almirante enemigo y á muchos caballeros de la principal nobleza de Inglaterra. El tesoro de la armada vencida cayó tambien en poder del vencedor.

Nueva guerra con Portugal (1372). Juan de Gante, duque de Lancaster, é hijo del rey de Inglaterra, estaba casado con doña Constenza, hija mayor de Pedro el Cruel y de María de Padilla. Este príncipe reclamó los derechos de su esposa, á quien creía legítima heredera del trono de Castilla, y preparó una espedicion y alianzas para conquistar este reino. Don Fernando de Portugal, voluble en su política, y no reconciliado enteramente con don Enrique, se coligó con este nuevo pretendiente, y renovó la guerra. Algunos partidarios antiguos de don Pedro, que estaban refugiados en Portugal, juntaron tropas y pasando el Miño, tomaron por sorpresa la plaza de Tuy; pero don Enrique acudió y la recobró con su actividad ordinaria, y al mismo tiempo Fernando Alonso de Zamora entró en Portugal con otro cuerpo castellano, y se apoderó de Viana.

Los disturbios entre Aragon y Castilla solo

habian producido una lid diplomática, porque don Pedro el Ceremonioso tenia llamada la atencion á la guerra perpetua de Cerdeña, y á la que le hacia en los confines del Rosellon el infante don Jaime, hijo del rey desposeido de Mallorca del mismo nombre, y marido de Juana, reina de Nápoles, el cual auxiliado por las tropas de su esposa reclamaba la herencia de su padre. Así, pues, el de Aragon no podia luchar contra Castilla; pero siempre reclamaba don Pedro el reino de Murcia, prometido por don Enrique cuando entró en Castilla la primera vez, pero que el aragones habia desmerecido por haberse declarado contra don Enrique despues de la batalla de Nágera, y unídose con sus enemigos. Las negociaciones proseguian siempre bajo la mediacion del sumo Pontífice.

Este año bloqueó por mar la armada castellana, á las órdenes de Ruy Diaz de Rojas, la plaza de la Rochela, que era de los ingleses, sitiada por tierra por los capitanes del rey de Francia, y contribuyó en gran manera á su rendicion. Concluida esta empresa, navegó hácia el norte, donde los ingleses, temiendo que los franceses atacasen á Soubise, habian reforzado su guarnicion con un cuerpo de tropas, mandado por el célebre Captal de Buch. Sabiéndolo el almirante castellano, hizo un desembarco, acometió al Captal, le derrotó y le hizo prisionero.

Invasion de don Enrique en Portugal: sitio de Lisboa: paz y alianza con Portu-

gal (1373). El rey de Castilla, que habiá hecho su plaza de armas á Zamora, penetró en Portugal en medio del invierno, rindió á Viseo, y se puso sobre Coimbra; pero sabiendo que en esta ciudad estaba la reina doña Leonor convaleciendo del parto de su hija la infanta doña Beatriz, por una galantería propia de aquella edad, y mas de don Enrique, que fué uno de los mas bizarros caballeros de su tiempo, se abstuvo de molestar aquella plaza, y por Torres-novas y Santaren se encaminó á Lisboa. Las tropas castellanas entraron en la parte no murada de la ciudad; pero hubieron de evacuarla por el daño que recibian de los defensores de la muralla despues de haber incendiado una calle, dos parroquias y la Judería, como tambien los buques de guerra que habia en el puerto, escepto cuatro galeras, de las cuales apresó dos Ambrosio Bocanegra que con la armada castellana se presentó en la embocadura del Tajo.

Otra division de tropas castellanas penetró por la frontera de Galicia, asoló el distrito de Barcelos y derrotó uno despues de otro dos cuerpos portugueses que le salieron al encuentro. El rey don Fernando, que inconsideradamente habia emprendido la guerra contra la voluntad de sus vasallos, se vió obligado á admitir las condiciones de la paz. Fueron estas que el rey de Portugal despidiese de sus estados á los castellanos enemigos de don Enrique: que asistiese á éste como aliado en las guerras que pudiese tener con tropas y navíos auxiliares: y en fin, que

casase don Sancho, hermano del rey don Enrique, con doña Beatriz, hermana del portugues: y don Alonso, conde de Gijon, hijo bastardo de don Enrique, con doña Isabel, hija natural de don Fernando. Poco despues se terminaron las negociaciones con Navarra, entregando Carlos el Malo las plazas de Logroño y Vitoria, y afirmándose la paz con el matrimonio de don Carlos, príncipe heredero de Navarra, con doña Leonor, hija del castellano.

Solo restaba para pacificar la España, despues de tantos infortunios y atrocidades, establecer la paz entre Castilla y Aragon. Don Enrique de Castilla, aunque superior en fuerzas al aragones, y mucho mas teniendo por aliados á la Francia y á Portugal, deseaba la paz no solo por afirmar su familia en el trono, sino tambien porque su hijo y heredero el príncipe don Juan amaba apasionadamente á la infanta doña Leonor, hija de don Pedro el Ceremonioso. Éste por otra parte ocupado en la guerra de Cerdeña y en la que le hacia don Jaime, rey de Nápoles, que en 1374 hizo una entrada, aunque inútil, en Cataluña, vino en firmar la paz. El tratado se concluyó el 12 de abril del mismo año. El aragones entregó á Molina, el de Castilla le pagó una suma de dinero, y quedó concertado el matrimonio del príncipe don Juan de Castilla con doña Leonor de Aragon.

Desembarazado don Enrique de las guerras de España, pasó á Francia, como fiel aliado, para auxiliar á Carlos V en el sitio que pensaba

este príncipe poner á Bayona, plaza entónces de los ingleses. Pero esta empresa no tuvo efecto, porque el rey no llevaba las fuerzas necesarias para someter una ciudad tan fuerte, ni el egército frances pudo acudir ocupado á la sazon en la conquista de Montalban.

Al año siguiente de 1375 volvió á entrar en los dominios de Aragon don Jaime de Mallorca; pero acosado por las tropas del rey, que le cortaron la retirada de los Pirineos cuando estaba entre el Gállego y el Ebro, atravesó rápidamente este rio, y se refugió en Soria, donde falleció poco despues, dejando libre de un gran cuidado al rey don Pedro de Aragon. En seguida se efectuó el matrimonio concertado el año anterior. Al mismo tiempo negociaba otro el rey de Castilla entre su hijo don Fadrique y doña Beatriz, hija del rey de Portugal y su heredera presuntiva, jurada ya en las córtes del reino, aunque todavía niña

Las cosas de Cerdeña, que iban muy mal para los aragoneses, reducidos casi á las plazas de Caller y de Alguer, se mejoraron con el fallecimiento de Mariano, juez de Arborea, hombre de valor, firmeza y capacidad. Su hijo Hugo, que le sucedió en sus dignidades y en el peligroso empleo de acaudillar el partido contrario á Aragon no tenia de las calidades necesarias para llenarlo mas que el valor. Su carácter áspero enagenó los ánimos de los suyos, y los preparó á someterse al gobierno del rey de Aragon.

En 1377 falleció Eduardo III, rey de Inglaterra. Habíale precedido su hijo el célebre príncipe de Gales, que falleció el año anterior, uno y otro terror y azote de la Francia, que volvió á levantarse de sus ruinas por la prudencia de Carlos V y la espada de Beltran Guesclin. Sucedió en la corona de Inglaterra Ricardo II, hijo del príncipe de Gales, nada semejante á su padre y á su abuelo. Carlos V proyectó entónces despojar al rey de Navarra de todos los estados que poseia en Francia. Carlos el Malo, viendo la tempestad que le amenazaba, recurrió al auxilio de Inglaterra, gobernada entónces por el duque de Lancaster, tio del rey: y como sabia las pretensiones del duque á la corona de Castilla, le prometió darle paso por sus estados para reclamar con las armas en la mano la herencia de Pedro el Cruel si le auxiliaba en la lid contra el rey de Francia.

El mismo año falleció Fadrique II, rey de Sicilia, en el cual faltó la sucesion varonil de la rama aragonesa de aquella isla. Dejó por heredera á su hija doña María, que fué reconocida por el Pontífice, á quien tocaba dar la investidura del reino; pero don Pedro de Aragon, gefe de la familia, pretendió que debia ser suyo el trono de Sicilia. Formáronse en esta isla dos partidos: uno que favorecia la causa de don Pedro, auxiliado por las escuadras aragonesas; otro que sostenia la independencia de la reina. Los disturbios á que dieron orígen estas pretensiones se terminaron por el casamiento de aquella prince-

sa con don Martin, nieto de don Pedro, é hijo de su hijo segundo don Martin, duque de Momblanc.

Espedicion de los castellanos en Navarra (1378). El rey don Enrique, avisado por la córte de Francia de la liga entre el duque de Lancaster y el rey de Navarra, determinó anticiparse, y comenzó á reunir su egército en Alava y Rioja. Don Carlos de Navarra, para precaverse de la tempestad que iba á caer sobre su reino, trató de adquirir á Logroño, sobornando á don Pedro Manrique, adelantado de la frontera, para que le entregase la plaza por cierta suma; pero él mismo cayó en el lazo que disponia: porque Manrique recibió el dinero, y cuando ya habian entrado en la fortaleza 200 de los hombres de armas navarros que debian ocuparla, cayó sobre éllos con la gente que tenia oculta, y los hizo prisioneros. Don Martin Enriquez, que llevaba el estandarre real de Navarra, se escapó arrojándose al rio con su caballo y pasando á la otra orilla.

El egército castellano, mandado por el príncipe don Juan, penetró en Navarra, se acampó á vista de Pamplona, saqueó el pais, se apoderó de Tiebas y de Viana, y obligó al navarro á pedir la paz, que se firmó al año siguiente bajo condiciones ventajosas para Castilla. En este falleció el sumo Pontífice Gregorio XI, que habia transferido su residencia de Aviñon á Roma: y por su muerte se originó el gran cisma de occidente que por tantos años afligió á la Iglesia, y

que dió el golpe mortal á la autoridad temporal de los papas. Urbano VI fué elegido en Roma sucesor de Gregorio; pero algunos cardenales, con el pretesto de que la eleccion habia sido nula, porque el pueblo gritaba que mataria á los electores si no nombraban un papa italiano, se retiraron á Fondi, y nombraron á Clemente VII: la cristiandad se decidió entre estos dos pontífices. Los reyes de España, despues de haber detenido mucho tiempo su resolucion, y tomado informaciones muy circunstanciadas sobre los hechos, dieron la obediencia á Clemente.

En este mismo año produjeron el amor y la ambicion una nueva catástrofe en la corte de Portugal. El infante don Juan, hijo de Pedro el justiciero y de doña Inés de Castro, enamorado de doña María Tellez de Meneses, hermana de la reina doña Leonor, se casó en secreto con ella. Súpolo la reina; y resentida del misterio que habian observado en sus bodas, ó por otras razones que la historia no refiere, tuvo la crueldad de indicar por medio de sus confidentes al infante don Juan que habia hecho muy mal en elegir una esposa que manchaba con liviandades su honor, cuando la reina le destinaba á su hija doña Beatriz, heredera del trono. Don Juan, engañado por los celos y aun por la ambicion, lo creyó todo: marchó á Coimbra, donde estaba su muger, hallóla descuidada é inocente en el lecho, y la cosió á puñaladas. Este suceso dió grande escándalo en el reino: y los Tellez de Meneses juraron que vengarian la

muerte de aquella desgraciada víctima en la sangre del homicida: la reina, autora del crímen, los sosegó; pero don Juan, engañado en sus esperanzas ambiciosas, y no seguro en Portugal, se pasó á Castilla.

Al año siguiente de 1379 falleció el rey don Enrique á los 10 años de reinado y 46 de edad. Su enfermedad última comenzó el mismo dia que se puso unos borceguíes regalados por un moro principal de Granada que vivia en su córte. De aquí nació la conseja de que le habian dado veneno en aquel regalo. Fué sepultado en la capilla de los Reyes nuevos de Toledo, fundada por él.

De su esposa doña Juana Manuel, hija del célebre don Juan Manuel, tuvo al príncipe don Juan, que le sucedió en la corona; á doña Leonor, que casó con el heredero de Navarra, y á doña Juana, que murió de corta edad. De una manceba; llamada doña Elvira Iñiguez de Vega, á don Alonso, conde de Jijon, tronco de la familia de los Noroñas; otra doña Juana, que casó con el marques de Villena, y fué madre del célebre marques del mismo título, tan aplaudido por su sabiduría en las ciencias matemáticas, y segun algunos autores á doña Constanza, que casó con don Juan de Portugal, el mismo hijo de doña Inés de Castro que habia dado muerte á su primera muger. De doña Juana de Cifuentes, señora aragonesa, tuvo otra Juana, que casó con don Dionís de Portugal, hijo tambien de doña Inés de Castro. De doña Beatriz Ponce

de Leon, á don Fadrique, primer duque de Benavente, á don Enrique, duque de Medina Sidonia y conde de Cabra, y á doña Beatriz, que casó en la familia de Guzman. De Beatriz Fernandez, á doña María, que casó en la familia de los Hurtados de Mendoza, y á don Fernando, que casó con doña Leonor Sarmiento. De Leonor Alvarez, una hija, llamada tambien Leonor, que no se casó. De madres desconocidas, á don Pedro que falleció de corta edad, y á doña Isabel y doña Inés que entraron religiosas.

No fué, pues, don Enrique II mas continente que su padre Alonso XI ni su hermano Pedro; pero fué mas cauto; y ni dió á los hijos de sus mancebas ni á éllas mismas tanto poder que perturbasen el estado, como hizo su padre, ni quiso erigir su sensualidad como Pedro el Cruel en ley del estado. Supo ganar los corazones con su afabilidad y con los bienes, llamados hasta hoy *mercedes enriqueñas*, que derramó con mano pródiga en los castellanos que se adhirieron á su partido. Los hizo ricos, pero no poderosos: y supo conservar con mano firme la dignidad del cetro que adquirió con malas artes. En su breve reinado triunfó de las armas de Portugal y Navarra y de la política de Aragon. Las prendas que mas sobresalieron en él fué la actividad en la guerra y en el gobierno, y la fidelidad á sus aliados.

CAPÍTULO XLII.

Don Juan I.

Don Juan I, rey de Castilla y de Leon. Guerra con Portugal: batalla naval de Saltes. Don Juan gobernador de Portugal. Espedicion del rey de Castilla á Portugal. Don Juan I, rey de Portugal: batalla de Aljubarrota. Carlos III el Noble, rey de Navarra: Juan I, rey de Aragon.

DON JUAN I, *rey de Castilla y de Leon* (1379). Juan I subió sin dificultades ni obstáculos al trono despues de la muerte de su padre: tan afianzados habia dejado don Enrique con su valor y su política los derechos de su familia que la pretension del duque del Lancaster al trono tenia en Castilla muy pocos valedores. El nuevo rey era amadísimo por su valor, prenda hereditaria en los príncipes de la dinastía de Borgoña, por su afabilidad y bondad, y por su juventud, que anunciaba un reinado largo y venturoso: sin embargo no lo fué: porque á este príncipe faltaba el tino y la prudencia política que adornaron á su padre. A la verdad la paz interior se conservó: los pueblos amaban la autoridad real, la nobleza contenta con los títulos y

rentas adquiridas en el reinado anterior se mantuvo sumisa, y se iba acostumbrando poco á poco á mirar el palacio como el centro del poder; solo hubo algunos disturbios pasageros, originados del carácter revoltoso de don Alonso, conde de Jijon, y hermano bastardo del rey, que se rebelaba con la misma facilidad que volvia á la obediencia. Pero las transacciones esteriores, hechas sin atencion á las máximas de una sana política, involucraron á Castilla en una guerra, de la cual salió vencida, con poca gloria y no sin gravísimas pérdidas.

El primer cuidado de don Juan fué renovar la alianza con el rey de Francia: y este mismo año la armada castellana desembarcó tropas en la costa de Bretaña que se apoderaron del castillo de la Rocheguyon, y lo entregaron á los franceses. Despues encontrando cuatro buques de transporte ingleses, que llevaban refuerzos al egército de aquella nacion que militaba en Francia, los apresó haciendo prisionera toda la genta. En la del año siguiente de 1380 las armadas castellana y francesa reunidas consiguieron el imperio del mar, é hicieron graves daños en las costas de Inglaterra.

Habíale nacido al rey don Juan un hijo, llamado Enrique: y desechando el contrato que su padre dejó entablado para el matrimonio de don Fadrique, hermano bastardo de don Juan, con la infanta doña Beatriz, hija y heredera del rey don Fernando de Portugal, la pidió para su hijo. La corte de Portugal entró en esta nueva ne-

gociacion, que llegó muy adelante, hasta el punto de convenirse en que si alguno de los infantes falleciese sin hijos, el consorte que le sobreviviese heredase ambos reinós: condicion desatinada y contraria al derecho público asi de Castilla como de Portugal; pero lo mas notable es que este proyecto de herència mútua fué aprobado en las córtes que se celebraron en uno y otro pais con este motivo.

Sin embargo, parece que esta propuesta no era muy sincera de parte del rey de Portugal: pues movido por las instancias del de Lancaster; por las intrigas de los castellanos emigrados, y por el influjo de Juan Fernandez de Andeiro, conde de Ouren, valído del rey y de la reina, y de ésta con tanta intimidad que el vulgo la calificaba de comercio adulterino, se preparó á favorecer segunda vez las pretensiones de Lancaster, y á hacer la guerra al mismo rey con quien acababa de firmar un contrato tan amistoso.

Guerra con Portugal: batalla naval de Saltes (1381). Don Juan, rey de Castilla, sabidor de los proyectos hostiles del de Portugal, determinó anticiparse á la llegada de la armada inglesa, que, segun las voces que corrian, debia conducir un egército á Lisboa: y así poniéndose al frente de un cuerpo de tropas, entró por Castilla en Portugal, mientras que los maestres de las órdenes militares entraban por la frontera de Estremadura.

Don Fernando de Portugal habia hecho un

grande esfuerzo para construir y tripular una escuadra respetable, y en efecto puso en la mar 21 galeras, 4 navíos y una tartana á las órdenes de don Juan Alonso Tellez de Meneses, hermano de su esposa. El almirante de Castilla Fernan Sanchez del Tobar avistó la escuadra enemiga cuando ésta doblaba el cabo de San Vicente. Bien quisiera el general castellano evitar el combate, porque si bien no era muy inferior en el número de buques, los portugueses eran mas nuevos y podian resistir mejor: y así se retiró; pero observando que cinco galeras enemigas se acercaron á la costa á hacer aguada, y las otras 16 seguian adelante, las acometió con tanto denuedo junto á la isla de Saltes, cercana á la desembocadura del rio Tinto, que las apresó todas, haciendo prisionero al almirante portugues: y de las 16 galeras ninguno escapó de muerto ó prisionero.

El rey puso sitio á Almeida, y la tomó, con lo cual terminó su campaña. Los maestres nó fueron tan felices. Cercaron á Yelves; pero tuvieron que levantar el cerco sabiendo que habia llegado á Lisboa una armada inglesa con muchos caballeros de cuenta de esta nacion y 3000 soldados, mandados por Edmundo, conde de Cambridge, hermano del duque de Lancaster, que encargado del gobierno de Inglaterra no podia asistir en persona á la espedicion. Don Fernando de Portugal, amante siempre de negociaciones y de contratos matrimoniales, prometió la mano de su hija Beatriz á Eduardo,

hijo de Eduardo, y aun se celebraron los esponsales.

Los portugueses llevaban muy á mal esta guerra, producida por las intrigas de la córte, contra una potencia cuya preponderancia conocian, y con el auxilio de tropas muy valientes á la verdad, pero que acostumbradas en las guerras de Francia á la licencia, trataban al Portugal como si fuera pais enemigo, y cometian todo género de atropellamientos en los pueblos donde se acantonaron.

En la campaña de 1382 el almirante Tobar se puso con una escuadra de 80 velas á vista de Lisboa: lo que obligó al rey don Fernando á abandonar su capital y retirarse á Santaren. Los castellanos desembarcaron alguna gente, quemaron varias aldeas y casas de placer, como tambien los arrabales de Palmela y de Almada, é hicieron grandes presas de ganados. Pero en una espedicion que proyectaron contra Cintra, de cuyo pueblo sacaron muchas reses con las cuales se volvian á la armada, cayeron en una celada que les puso Pedro Alvarez Pereira, prior de San Juan, y fueron derrotados con pérdida de mucha gente y del botin. Despues hubo otros reencuentros no tan considerables con vario suceso.

Don Juan de Castilla tenia su egército en las cercanías de Zamora; pero sabiendo que los portugueses é ingleses habian entrado en Estremadura y tomado los castillos de Lobon y del Cortijo, pasó á esta provincia, y los dos reyes

acamparon en las orillas del Caya. En esta ocasion creó el de Castilla dos mariscales, y el de Portugal un condestable y un mariscal: dignidades militares imitadas de los franceses, pero cuyos nombres, señaladamente el de mariscal, que equivale á capitan general de egército, no se aclimataron entre nosotros.

En el egército portugues se distinguia don Juan, maestre de Avis, hermano natural del rey, é hijo de don Pedro el justiciero, habido en una señora natural de Galicia. Este era enemigo personal del conde de Ouren, y por consiguiente de la reina doña Leonor, por cuyo influjo acababa de sufrir una prision de 20 dias: sin embargo la reina misma le hizo dar libertad por los clamores del pueblo que le amaba tanto como aborrecia á élla y á su favorito.

El rey de Portugal, viendo que sus fuerzas eran inferiores á las del castellano, y que los cabos principales de su egército opinaban por la paz, entabló negociaciones con mucho secreto para que no llegasen á noticia de los ingleses auxiliares hasta que estuviese concluido el tratado. Las condiciones fueron que la infanta doña Beatriz casaria no con el primogénito del rey de Castilla, sino con su hijo segundo don Fernando, niño entonces de poco mas de un año: que se restituirian á Portugal los buques apresados en la batalla de Saltes y los prisioneros hechos en ella; y que el rey de Castilla prestaria su armada para conducir á Inglaterra el cuerpo auxiliar de esta nacion. El conde de Cambrid-

ge llevó muy á mal la paz cuando se publicó; pero hallándose entre los dos egércitos castellano y portugues, hubo de resignarse, y partió con su egército á Inglaterra en la armada del almirante Tobar, que á este efecto arribó á Lisboa.

Poco despues falleció doña Leonor, reina de Castilla, de sobreparto de una niña que tuvo su mismo nombre. Este suceso fué infausto para el reino no solo por la pérdida de una princesa generalmente amada por sus virtudes, sino tambien por la nueva combinacion política que de él resultó. Porque el rey de Portugal, atendiendo á que su hija doña Beatriz estaba ya en edad de casarse, cuando su prometido esposo el infante don Fernando de Castilla acababa de salir de la cuna, propuso al rey don Juan que casase con su hija, y que heredase el trono de Portugal el hijo que tuviese de élla. Don Juan por su desgracia accedió imprudentemente á este convenio, esperando unir así entrambos reinos, sin advertir que la pasion dominante de los portugueses era la independencia; que jamas verian con gusto que los mandase un rey de Castilla; y que mas le convenia que fuese rey de Portugal el hijo que ya tenia que el que aun estaba por nacer. La especie de tutoría que se le encomendó por el nuevo tratado comprometia su dignidad, y le esponia á grandes peligros: pues una de las condiciones fué que cuando doña Beatriz heredase el cetro de Portugal no podria entrar en este reino con egército caste-

llano: y otra que mientras viviese la reina doña Leonor de Portugal élla fuese la que gobernase el reino en nombre de su hija despues de la muerte de su marido.

Este año conquistó don Felipe Dalmao, guerrero catalan, el ducado de Atenas y Neopatria para el rey don Pedro de Aragon. El infante don Luis de Navarra, que estaba casado con una hija de Carlos de Durazo, rey de Nápoles, pasó con tropas á aquel estado, donde se habia estinguido la rama de Aragon que reinaba en él; pero Dalmao, favorecido por los aragoneses y catalanes establecidos en Grecia, volvió á recuperar lo perdido: y durante algunos años estuvo sometida al cetro de Aragon la cuna antigua de las artes y las ciencias.

Don Juan, gobernador de Portugal (1383). Las bodas del rey de Castilla y de la heredera de Portugal se celebraron en Badajoz á principios de mayo. El rey don Fernando de Portugal acabó su ignominiosa carrera el 22 de octubre, despues de haber merecido el ódio de una nacion tan leal con su sumision á su ambiciosa muger y con la versatilidad de su política: y empezó al punto la grande lid entre los partidarios del maestre de Avis y los cortesanos de la reina viuda. Esta pagó la pena de su necia ambicion: pocos dias despues de muerto el rey y proclamada doña Beatriz reina de Portugal, se presentó el maestre en palacio con 40 hombres bien armados, y dió muerte al conde de Ouren con el pretesto de su torpe comercio con la rei-

na. Despues de este asesinato (que la historia debe llamar con su verdadero nombre) mandó cerrar las puertas de palacio, y echó voz por la ciudad de que estaba preso en él, y le querian matar los partidarios de doña Leonor.

La plebe, que toda estaba en su favor, se amotinó furiosa, y concurrió á palacio: y aunque el maestre se presentó á un balcon y la sosegó anunciándole la muerte de Andeiro, el impulso dado continuó adelante. El motin asesinó á don Martin, obispo de Lisboa, en la torre de la iglesia mayor, y arrojó su cadáver á la calle sin mas causa que la de ser castellano y amigo del difunto rey. Despues clamaron los furibundos que no querian por reina á doña Beatriz, y que se pusiesen las riendas del gobierno en manos del maestre de Avis. Doña Leonor mandó entregarle la fortaleza de la capital, y se retiró á Alanquer, ya sin mas esperanza que las armas de su yerno el rey de Castilla. Esta fué la revolucion que transfirió á la rama ilegítima de Portugal el cetro de aquel reino. El maestre don Juan que empezó su empresa ambiciosa con audacia y artificios poco laudables, la llevó al cabo con valor é intrepidez heróica. Las malas artes de sus principios se justificaron con sus hazañas y con el consentimiento de la nacion.

Espedicion del rey de Castilla á Portugal (1384). El rey don Juan, determinado á defender con las armas el derecho de su muger, entró en Portugal por la Guardia, donde vinieron á besarle la mano algunos caballeros

portugueses adictos á la causa de doña Beatriz. Pasó despues á Santaren á verse con la reina viuda doña Leonor, y su egército empezó á acercarse á Lisboa.

El maestre de Avis tomó las providencias que su situacion crítica exigia. Casi todo el Alentejo y el Algarbe estaban por él; Oporto y Braga se declararon entonces á su favor, y encargó la defensa de Evora al célebre Nuño Alvarez Pereira, hijo del Prior de San Juan, y uno de los mas grandes héroes que ha tenido Portugal: amigo íntimo del gobernador y su brazo derecho en los combates. Al mismo tiempo hizo el maestre alianza con el duque de Lancaster, proponiendo favorecer con todas las fuerzas de Portugal su pretension á la corona de Castilla.

El rey don Juan empleó parte de su gente en bloquear á Lisboa, y parte envió al Alentejo contra Nuño Alvarez Pereira, á quien hallaron junto á Otaleiros puesto en órden de batalla. Arremetiéronse castellanos y portugueses con increible furia, deseosos de mostrar entrambos pueblos en aquella primera accion el valor que los animaba. La victoria quedó por Pereira. Murieron en el combate el maestre de Calatrava, Pedro Fernandez de Sevilla, y otros 110 hombres. Pereira acometió á Arronches y á Monforte y los ganó.

Entretanto el rey de Castilla, que estaba esperando su armada para poner sitio formal á Lisboa, enagenó los ánimos de los portugueses adictos á su partido prendiendo á la reina viu-

da doña Leonor, y enviándola á Castilla, donde fué recluida en el monasterio de Santa Clara de Tordesillas. Parece que el motivo de este rigor fué no haber querido recibir tropas castellanas las plazas de Coimbra y Leiria que estaban por doña Leonor.

En fin la armada castellana llegó y se estrechó el sitio de Lisboa. La portuguesa que estaba en Oporto, vino en socorro de la capital, y á favor de un viento bastante recio logró entrar en la barra del Tajo; pero acometida por el almirante castellano Tobar, despues de un combate ostinado, hubo de retirarse al abrigo de la plaza, dejando tres navíos en poder del enemigo. Los portugueses quemaron los demas, escepto cuatro galeras, porque no cayesen en manos de los castellanos. Poco despues se rindió Almada á un destacamento que envió contra ella el rey don Juan.

Reforzóse considerablemente el egército castellano con el cuerpo auxiliar que trajo de Navarra el príncipe don Carlos, cuñado del rey; pero una epidemia que se manifestó en las tropas, y de que fueron víctimas, ademas de un gran número de soldados, muchos caballeros de cuenta, obligaron al rey á levantar el cerco y á volverse á Castilla, dejando la tropa acuartelada en Cintra, Torresvedras, Torresnovas y Obedos en las mismas cercanías de la ciudad, cuyas comunicaciones interrumpia con lo restante del reino. Despues de retirarse don Juan, el maestre de Avis recobró á Almada y á Alanquer, pu-

so sitio á Torresvedras, que no pudo tomar, y encargó al maestre de Cristo que acometiese á Torresnovas; pero este fué vencido y hecho prisionero por Diego Perez Sarmiento que salió contra él de Santaren.

Don Juan I, rey de Portugal: batalla de Aljubarrota (1385). A principios del año Vasco Perez, caballero portugues del partido de doña Beatriz, se apoderó de Alanquer, y la tuvo por el rey de Castilla. Al mismo tiempo dos galeras castellanas entraron de noche en la barra de Lisboa; apresaron un navío de Oporto ricamente cargado y quemaron tres galeras portuguesas. El maestre de Avis, obligado á levantar el sitio de Torresvedras, pasó á Coimbra adonde habia convocado las córtes generales del reino, que despues de muchos debates declararon que *era llegado el caso de que la nacion eligiese rey*, y le ensalzaron al trono de Portugal con el título de Juan I.

Su elevacion no disminuyó en nada la actividad para la guerra. Pereira pasó á Oporto, y tomó las plazas de Neiba, Viana, Cerbera y Camiña. El nuevo rey llegó poco despues, rindió á Guimaraens, ocupó á Braga, entró por inteligencia en Ponte de Lima, y volvió á Coimbra para hacer frente al rey de Castilla, que por Ciudad Rodrigo amenazaba á Portugal con numeroso egército que traia de refuerzo, ademas del que ya ocupaba las cercanías de Santaren y las avenidas de Lisboa. Un cuerpo castellano habia penetrado antes por Celorico hasta Visco

talando todo el pais; pero al volverse de esta espedicion de vanguardia fueron vencidos junto al Troncóso por un destacamento portugues con pérdida de mucha gente y de la presa que llevaban. Este reves se resarció con otro que sufrieron los portugueses del Alentejo y del Algarbe. Acometieron á Mértola que estaba por doña Beatriz, tomaron la ciudad y la guarnicion se refugió al castillo; pero acudieron en defensa de este 300 caballos y ochocientos infantes del pendon de Sevilla, mandados por don Alvaro Perez de Guzman, que derrotó completamente á los enemigos, y los arrojó de las orillas del Guadiana.

En fin la decision de la querella se acercaba. El rey de Castilla con todas las fuerzas de su reino penetró en Portugal por Celorico, cuyo castillo rindió, entró sin dificultad en Coimbra, y llamando á su grueso tódos los destacamentos castellanos que habia en Portugal, pasó á Leiria, arrasó los arrabales de esta ciudad, que fiel á la reina doña Leonor no quiso recibirle, y se dirigió á los funestos campos de Aljubarrota. El rey de Portugal, que le esperaba en Tomar con todas las tropas que habia podido juntar, y con su amigo Nuño Alvarez Pereira, á quien habia dado la dignidad de condestable, movió su egército á Porto de Maos, y se acampó en una colina cercada de dos valles. El de Castilla llegó en demanda suya desde Souria, y despues de algunas negociaciones inútiles, dió la órden de batalla á pesar de que la tropa estaba

cansada y sin comer despues de una larga marcha.

La accion comenzó á las tres de la tarde y solo duró media hora. Los portugueses pelearon con todo el furor que en todas épocas les inspira el amor de la independencia, y la rivalidad con los castellanos, y éstos no pelearon como de éllos debia esperarse fuese por estar cansados, fuese por la mala disposicion militar que habia tomado su rey. Estaba tan seguro de la victoria que habia destacado al maestre de Alcántara para que cortase la retirada á los enemigos: pero ésta medida fué útil á los castellanos vencidos, porque el maestre, viendo derrotados á los suyos, se mantuvo en su puesto y recogió á los fugitivos, que se retiraron á Castilla en buen órden. El rey don Juan de Castilla pasó á Santaren, y desde esta ciudad á su escuadra en un buque menor. La armada dió inmediatamente la vela para Sevilla.

Esta fué la célebre victoria de Aljubarrota, que aseguró la independencia portuguesa y el cetro de Juan I, y al mismo tiempo quebrantó las fuerzas de Castilla no tanto por la pérdida sufrida en la batalla, pues mayor fué la causada por la peste el año anterior en el sitio de Lisboa, como por el efecto moral que produjo en los pueblos ver destruido el inmenso poder que crearon Alonso XI y Enrique II ante un pequeño número de portugueses.

Casi todo Portugal, escepto algunas plazas fuertes, se sometió á su rey: y mientras éste re-

cobraba á Chaves y otras fortalezas de las fronteras de Galicia el condestable Pereira penetró en la Estremadura meridional hasta Mérida. Un cuerpo numeroso castellano salió contra él, é intentó cortarle la retirada; pero el héroe peleó intrépidamente, y se abrió paso para volverse sin pérdida á Portugal.

El duque de Lancaster, sabida la victoria de Aljubarrota, se preparó á la espedicion contra Castilla, creyendo favorable la ocasion para hacer valederos sus derechos: y en la primavera de 1386 desembarcó en el Padron, puerto de Galicia, con 1500 lanzas y otros tantos ballesteros. Ocupó á Santiago, Orense y otras plazas del mediodia de aquella provincia, mientras el rey de Portugal tomaba á Berganza y Almeida, penetraba en Castilla y ponia sitio á Coria, que no pudo tomar por la intrepidez con que se defendió su guarnicion.

El rey de Castilla, abatido con tantas pérdidas, pidió socorros á Francia y á Navarra. El noble príncipe don Carlos su cuñado acudió con un cuerpo escogido de navarros; y muchos caballeros franceses vinieron en auxilio de Castilla. Al mismo tiempo entabló negociaciones, que despues surtieron efecto, con el duque de Lancaster. La base de ellas era el casamiento del príncipe don Enrique de Castilla con Catalina, hija mayor del de Lancaster, confundiendo así los derechos de las dos ramas rivales.

Este año terminó la guerra de Cerdeña por una transaccion que hizo el rey de Aragon con

la casa de Arborea. Hugo, hijo de Mariano, habia perecido á manos de los suyos, que le detestaban por su crueldad y violencia. Su hermana Leonor, heredera de aquella familia, se sometió recobrando todos los bienes de su padre, y el rey de Aragon quedó pacífico poseedor de aquella isla que tanta sangre y tesoros habia costado.

Carlos III el Noble, rey de Navarra: Juan I, rey de Aragon (1387). Carlos el Malo, rey de Navarra, falleció de lepra el primero de enero de este año, y le sucedió su hijo Carlos el Noble, llamado así por sus escelentes cualidades. Su padre debió su perverso apellido á los daños que hizo en Francia: pero considerado como rey de Navarra no lo mereció. A pesar de las guerras que durante su largo reinado abrasaron á Castilla y á Aragon supo conservar á sus vasallos en paz y justicia.

A 5 del mismo mes murió Pedro el Ceremonioso, rey de Aragon. Fué príncipe hábil, y lleno de valor y actividad, pero sus prendas eran inferiores á sus vicios. Despótico, pérfido, ambicioso, cruel cuando su política lo exigia, estuvo en contínua lid con sus vasallos y con los príncipes vecinos. Fué sin embargo venturoso: unió la Cerdeña al reino de Aragon, y preparó la agregacion de Sicilia por el matrimonio de su nieto don Martin, hijo de su hijo segundo don Martin, con la heredera de aquella isla. Sucedióle su hijo don Juan, cuya córte fué la primera de España en el aprecio de la poesía y de

las artes de placer, no sin gran disgusto de los altivos aragoneses, que se indignaban de ver prodigadas las rentas de la casa real en trovadores, músicos y juglares. No estaba todavía al alcance de nuestros fieros antepasados, que solo respiraban para la guerra y los combates, la utilidad de los estudios y recreos que suavizan las costumbres.

El rey de Portugal habia casado con doña Felipa, hija segunda del de Lancaster, para estrechar mas su alianza con Inglaterra; pero las tropas inglesas se habian disminuido en mas de la mitad, porque los gallegos, aun de los paises sometidos á la dominacion del duque, mataban todos los que podian, irritados por la diferencia de idiomas y costumbres: de modo que habiendo proyectado una entrada en Castilla desde Braganza, solo pudo el de Lancaster reunir 600 lanzas al egército de su yerno.

El de Castilla no pudo resistir á esta invasion sino retirando los víveres, esquivando el combate, y haciendo la guerra de partidas, que acometian de improviso á los portugueses, les cortaban las subsistencias, y les imposibilitaban subsistir en un pais destruido. Parecia increible que una monarquía tan poderosa el año anterior no hallase otro medio para defenderse de enemigos tan poco numerosos que el sistema de las naciones débiles cuando son acometidas por un pueblo conquistador.

Por lo menos este sistema surtió su efecto. Los portugueses é ingleses despues de haber to-

mado á Valderas en el reino de Leon y otros castillejos insignificantes, faltos de víveres, asaltados y sorprendidos siempre que se separaban del grueso de su egército, y fatigados de una guerra sin resultados, pero con pérdidas efectivas, se volvieron á Portugal. El de Lancaster, convencido de la imposibilidad de someter á Castilla, oyó las propuestas que le hacia el rey, y pasó á Bayona de Fráncia, donde se firmó el contrato matrimonial de su hija Catalina con el príncipe don Enrique.

Al año siguiente fueron aprobadas estas estipulaciones en las córtes de Bribiesca, y pasó á Castilla la princesa doña Catalina, donde debia habitar hasta que los contrayentes llegasen á la edad nubil. En aquellas córtes se estableció que los príncipes herederos de la corona de Castilla tomasen el título de *príncipes de Asturias.*

La guerra con Portugal continuaba: en 1389 sitió y rindió á Tuy el rey de Portugal, y el maestre de Alcántara recobró á Valencia de Alcántara. Pero estas hostilidades carecian ya de objeto: porque se miraba como cosa imposible desposeer á don Juan de Portugal, y el de Castilla, condolido de los males que sufrian sus vasallos, estaba dispuesto á renunciar á los derechos de su esposa. Sin embargo, la animosidad entre las dos naciones era tal que entablada la negociacion solo se pudieron ajustar treguas por seis años. La condicion principal de este tratado fué la restitucion de las plazas que cada parte beligerante tenia en el territorio de la otra.

Aragon sufrió el mismo año la guerra que le hizo Bernardo, conde de Armagnac, señor muy poderoso en el mediodia de Francia, que penetró en Cataluña, taló la comarca de Ampurias y las confinantes, y se sostuvo en ellas durante seis meses. Auxiliábanle en esta invasion muchas tropas inglesas y francesas que habia tomado á su sueldo, y que estaban desocupadas por haberse hecho treguas entre ambas naciones.

Al año siguiente de 1390 falleció el 15 de octubre el rey don Juan I de Castilla de una manera lastimosa é imprevista. Vivian en Marruecos unos caballeros castellanos del apellido de Farfan, desnaturalizados de Castilla muchos años antes. Deseosos de volver á su patria, suplicaron al rey don Juan que intercediese con el de Marruecos para que les permitiese pasar á España. El rey lo hizo: y conseguida la licencia pasaron á Alcalá de Henares, donde á la sazon estaba don Juan, para darle las gracias. El rey los recibió con su acostumbrada benignidad: y sabiendo que eran muy diestros en la equitacion, salió con éllos fuera de la ciudad, acompañado del arzobispo de Toledo y otros señores para verles egercitar su destreza. Don Juan iba en un caballo muy lozano: y por mostrar tambien su habilidad le hizo correr por un barbecho. El caballo le arrojó de sí con tanta fuerza que quedó muerto del golpe de la caida. Don Juan I falleció á los 32 años de edad y 11 de reinado. Fué sepultado en la capilla de los Reyes nuevos de Toledo.

De su primera esposa doña Leonor de Aragon tuvo á don Enrique, que le sucedió en la corona, á don Fernando, que fué rey de Aragon, y una niña, llamada Leonor, que vivió poco tiempo. De su segunda esposa doña Beatriz de Portugal solo tuvo á don Miguel que falleció niño. No se cuentan de este rey enamoramientos ni mancebías. Fué benigno, de corazon piadoso y amante de sus vasallos, que pagaban su amor á pesar de los males que causó á la patria con la pretension impolítica de la corona de Portugal. Pero los hubiera resarcido á haber vivido mas tiempo: porque desengañado ya de las ilusiones de la ambicion se dedicó al fin de su reinado á las artes de la paz, mas conformes á su carácter bondadoso.

CAPÍTULO XLIII.

Don Enrique III el Enfermo.

Don Enrique III el Enfermo, rey de Castilla y de Leon. Combate de Legueda. Don Martin I, rey de Aragon: guerra de sucesion en Aragon. Sorpresa de Badajoz: renovacion de la guerra con Portugal. Tregua entre Castilla y Portugal. Guerra con Granada. Combates del Guadiaro y de Jugena.

Don Enrique III *el Enfermo, rey de Castilla y de Leon* (1390). Muerto el rey don Juan, don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, hombre prudente y ambicioso del mando, aunque estremadamente pertinaz en sus dictámenes, ocultó la muerte del rey por algun tiempo; mandando levantar una tienda en el propio sitio, y echando voz de que el rey se estaba curando en ella, y pasó á Madrid, donde levantó pendones por el príncipe don Enrique, niño á la sazon de 11 años, que fué reconocido sin dificultad.

Abierto el testamento del difunto rey, se vió que nombraba por tutores de su hijo y guardadores del reino á don Alonso de Aragon, marques de Villena, á los arzobispos de Toledo y de

Santiago, al maestre de Alcántara, al conde de Niebla, á don Pedro de Mendoza y á un vecino de cada una de las ciudades de Burgos, Leon, Toledo, Sevilla, Córdoba y Murcia. Como segun el Código de las Partidas el testamento hacia ley en esta materia, éstos debian ser los gobernadores de la monarquía; pero entre éllos solo habia uno de la sangre real, que era el marques de Villena. El duque de Benavente y el conde de Trastamara, hijo el primero, aunque bastardo, del rey Enrique I, y el segundo del infante don Fadrique, hermano de don Pedro el Cruel, aspiraban al mando. El arzobispo de Toledo queria mandar solo, ó á lo menos con pocos: y esperaba, si las córtes tomaban mano en el nombramiento de tutores, ser único regente, ó á lo menos uno de los tres ó de los cinco que segun la ley de Partidas podian elegir. Estos intereses opuestos hicieron que se faltase á la justicia, y de aquí procedieron todas las turbulencias que agitaron el reino en esta menoría.

Reuniéronse las córtes, trastornáron la disposicion testamentaria del rey don Juan: y fueron establecidos tutores el duque de Benavente, el conde de Trastamara, el marques de Villena, los dos arzobispos, los maestres de Calatrava y Santiago, y de los 16 procuradores de las ciudades, ocho que turnasen de 6 en 6 meses. Esta disposicion era contraria á la ley, segun la cual no debian pasar de cinco los regentes nombrados en córtes. El arzobispo de Toledo no quiso

acceder á esta determinacion, diciendo, que si se posponia el testamento, solo las córtes podian nombrar tutores, y estos en número de 1, 3 ó 5. Estas desavenencias, adormecidas algun tiempo, se irritaron despues cuando se entró en el manejo de los negocios. Tenorio y el de Benavente se salieron de la córte con varios pretestos: el de Villena no vino nunca á ella, y todos empezaron á allegar soldados para su defensa propia, ó para imponer la ley y sacar mejor partido á su favor de las turbulencias del reino.

El conde de Armagnac, enemigo del rey de Aragon, hizo entrada en Cataluña y puso sitio á Besalú; pero el rey estableció su cuartel general en Gerona, y envió contra los gascones á don Bernardo de Cabrera y á don Ramon de Bagis. El primero derrotó junto á Navarra una parte de la caballería de Armagnac, y el segundo en Cobiñas otro destacamento de enemigos. El rey marchó en persona contra éllos para darles batalla; pero el conde, muy inferior en fuerzas y escarmentado con los dos reveses anteriores, levantó el sitio de Besalú, y se retiró al otro lado de los Pirineos.

Los negocios de Castilla amenazaban una guerra civil. El arzobispo de Toledo se habia coligado con el duque de Benavente, el marques de Villena y el maestre de Calatrava. Solo habia al frente del gobierno una persona de la familia real que era el de Trastamara. Este formaba otro partido, al cual pertenecian don Alonso, conde de Gijon, hijo bastardo de Enrique I, el maes-

tre de Santiago, y el arzobispo de la misma ciudad don Pedro Manrique. Hubo entre unos y otros conferencias y convenios por medio de doña Leonor, reina de Navarra y hermana del rey difunto, que á la sazon se hallaba en Castilla quejosa del rey don Carlos su marido. En las ciudades se dividieron las poblaciones en bandos: decididos unos porque se observase el testamento, y otros por la resolucion de las córtes. De estos bandos los mas célebres fueron los de Sevilla y los de Murcia. De la primer ciudad arrojó el partido del conde de Niebla á los Guzmanes y Ponces de Leon, y de la segunda los Manueles á los Fajardos.

Un sermon fanático contra los judíos, que predicó en la catedral de Sevilla el arcediano de Niebla, habia escitado antes de morir el rey don Juan una sublevacion del pueblo contra los de aquella nacion. En 1391 volvió á repetirse el motin, y perecieron en él 4000 judíos. Este ejemplo fué harto imitado en Córdoba y otras ciudades de Castilla y Aragon. En uno y otro reino costó mucho trabajo á la autoridad real proteger aquellos infelices contra el ódio universal.

Los grandes de Castilla pertenecientes á los dos partidos opuestos tuvieron una conferencia en Perales: y se convinieron en que se observase el testamento, añadiendo á él tres tutores mas, el duque de Benavente, el conde de Trastamara y el maestre de Santiago: y que este convenio fuese propuesto para su aprobacion á las córtes que se convocaron para Burgos.

Estas córtes duraron hasta el año siguiente de 1392. Al principio decidieron que se gobernase el reino por dos prelados, cuatro grandes y seis procuradores; pero viendo que no por eso cesaban las discordias ni los disturbios, con mejor consejo determinaron que *se estuviese al testamento del rey*. El arzobispo de Toledo fingió que este habia sido siempre su dictámen, hizo que se le pagasen los costos que habia hecho para levantar gente, segun decia, en defensa del testamento, logró indemnizaciones pecuniarias para el duque de Benavente, y por lo tanto fué necesario tambien darlas al conde de Trastamara.

Así quedaron sosegados los disturbios principales; pero daba gran cuidado á la córte de Castilla el de Benavente, que escluido de la regencia y mal contento se habìa retirado á sus estados, y entablado negociaciones para casar con una hija del rey de Portugal. Esta intriga, que daba mucha fuerza á los portugueses contra Castilla, era contraria á la paz que entonces solicitaba con muchas ansias el gobierno castellano concluir con el rey don Juan de Portugal. No pudo conseguirse un tratado definitivo; pero se ajustaron treguas por 15 años.

En Cerdeña volvió á renovarse la guerra. Brancaleon Oria, adicto antes á la causa de los aragoneses, apellidó libertad, reunió la juventud del distrito de Gallura, se apoderó de Saser y de otras plazas, é hizo grandes estragos en el pais. Don Juan, rey de Aragon, que al mismo tiem-

po hácia guerra en Sicilia contra el partido que no queria el matrimonio de la reina doña María con don Martin, sobrino del aragonés, hizo nuevas levas y reforzó el egército que militaba en Cerdeña.

Un alcaide del reino de Granada entró en el territorio de Lorca con 700 caballos y 3000 infantes, y despues de hecha presa considerable de cautivos y ganados se volvia á su pais; pero Alonso Yañez Fajardo, adelantado mayor de Murcia, le alcanzó en Nogalete, le venció matándole muchos soldados, y recobró la presa. Tal fué el principio de la guerra que hubo despues contra los moros, con los cuales se habia estado en paz desde que empezó á reinar Enrique I.

La primera mitad del año 1393 se consumió en inútiles esfuerzos para atraer al de Benavente al servicio del rey, en desconcertar el proyecto de éste que era apoderarse de Zamora, aunque no se pudo impedir que entrase en Mayorga, que le entregó su alcaide Juan de la Cerda, y en fin, en apaciguar las desavenencias que á cada momento ocurrian entre los mismos gobernadores del reino. De estas la mas ruidosa fué la del arzobispo de Toledo. Este queria que se concediesen algunas gracias á Juan de Velasco contra el tenor del testamento del último rey: y como los tutores se opusiesen, el prelado naturalmente poco sufrido, manifestó intencion de separarse de la córte. Temiendo los del gobierno que su ausencia tenia por objeto reunirse con el

de Benavente y otros malcontentos, mandaron prenderle en el mismo palacio de Zamora, donde entonces se hallaba la córte. Obligáronle á dar algunas villas de su dominio en rehenes para ponerle en libertad. El arzobispo despechado puso entredicho en los obispados de Zamora, Palencia y Salamanca.

El rey don Enrique, aunque tan jóven que le faltaban todavía dos meses para cumplir los 14 años, que era la mayor edad prescrita por las leyes, viendo el estado miserable del reino y la discordia introducida entre los mismos gobernantes, resolvió encargarse de las riendas del estado, y empuñó el cetro con mano firme. Al punto hizo las amistades con el arzobispo de Toledo, á quien estimaba mucho, si bien hubo de someterse á la penitencia que le impuso el Papa por el arresto del prelado, y fué oir descubierto una misa en la iglesia catedral de Burgos. Poco antes se habia logrado reducir al de Benavente al servicio del rey.

Pero esta concordia duró poco. Reuniéronse córtes en Madrid: los procuradores de las ciudades, representantes de los intereses industriales, clamaron en ellas contra los grandes y exorbitantes acostamientos que gozaban muchos grandes y señores, concedidos durante la minoría, porque se les pagaban á título del servicio militar como en tiempo de guerra, cuando Castilla estaba en paz con todos los reinos vecinos. El resultado era que el erario público pagaba á los grandes del reino el mantenimiento de las tro-

pas que levantaban las mas veces contra el estado y por sostener sus intereses particulares. Este horrible abuso se corrigió en aquellas córtes, y se mandó hacer una considerable reduccion en los mencionados acostamientos.

Combate de Legueda (1394). La reina de Navarra, como señora de Roa, el duque de Benavente, y los condes de Trastamara y de Gijon se retiraron de la córte disgustados al ver disminuidos sus sueldos. Añadióse á esto que el arzobispo de Santiago, envidioso del favor que gozaba el de Toledo, con el pretesto de ir á su diócesis, se retiró á un pueblo de Castilla. Los malcontentos, sin esperar á que los contadores del rey liquidasen su haber y diesen órden de pagarles, cobraban de los pueblos á fuerza armada lo que les parecia. Todo era alboroto y confusion.

El rey, para evitar la guerra civil, emprendió el camino de las negociaciones, valiéndose del arzobispo de Santiago, que aunque no separado enteramente de su servicio, estaba en relaciones íntimas con los descontentos. Por su medio se ajustó la córte con la reina de Navarra y con el duque de Benavente, satisfaciéndolos aumentando sus acostamientos. El conde de Trastamara siguió el ejemplo de sus dos aliados, y se avino con la córte; pero el de Gijon se retiró á Asturias, y se hizo fuerte en aquella provincia donde tenia grandes estados. El rey dispuso una espedicion á Asturias para someterlo; pero al llegar á Burgos supo que el de Trastamara

sin permiso suyo habia pasado á Roa á verse con la reina de Navarra. Fácilmente se persuadió la córte á que esta visita fué hecha con acuerdo del de Benavente, y dirigida á concertarse los grandes en favor de sus intereses y en detrimento de la corona.

Enrique III, resuelto á acabar de una vez con la hidra de la aristocracia, desplegó todo el vigor de su carácter, aun no bien conocido de sus adversarios. Mandó prender al de Benavente, recluírle en el castillo de Monreal en Estremadura, y apoderarse de sus estados: marchó á Roa, y despues de haber reprehendido á su tia la reina de Navarra la conducta que habia observado, le quitó los señoríos que poseia en Castilla dejándole solo las rentas. Despues se dirigió á Asturias, entró en Oviedo á pesar de la gente que el de Gijon habia dejado en esta ciudad, puso sitio á Gijon, y por mediacion de la córte de Francia hizo avenencia con él, á condicion que no pudiese separarse tres leguas de aquella plaza, y que los lugares que el rey le habia tomado se pusiesen en fieldad de Ruy Lopez Dávalos, consejero del rey. Tanta energía aterró al de Trastamara y al arzobispo de Santiago.

Mientras estas cosas pasaban en el norte de Castilla, era la Andalucía teatro de un suceso trágico que demuestra el espíritu guerrero y supersticioso del siglo. Don Martin Yañez de la Barbuda, maestre de Alcántara, se dejó persuadir de un ermitaño visionario, llamado Juan Sago, á que con poca gente podria conquistar el

reino de Granada: pues el eremita le habia prometido de parte del cielo que ninguno de los suyos moriria en el combate.

El maestre envió á desafiar al rey de Granada, juntó hasta 300 lanzas y 3000 hombres de á pie, y acompañado de su Mentor, á pesar de las órdenes de Enrique III que no queria en la situacion que se hallaba el reino romper la tregua con los moros, y de todas las representaciones de los caballeros de Andalucía, entró en el reino de Granada, combatió la torre de Legueda, fué rechazado y herido en el primer asalto, y sobreviniendo el egército de los moros, vencido y muerto con todos los hombres de armas. De la infantería solo se libraron de muertos ó prisioneros 1500 soldados. Los moros perdieron 500 hombres en este combate.

Don Martin I, rey de Aragon: guerra de sucesion en Aragon (1395). Segun el convenio hecho con el rey de Francia sobre el negocio del conde de Gijon debia ser aquel monarca juez árbitro en su desavenencia con el de Castilla. El de Gijon pasó á París, y Carlos VI dió sentencia contra él, condenándole á pérdida de sus estados. Entretanto Enrique III se apoderó de Gijon.

Los bandos de Murcia entre Fajardos y Manueles se terminaron este año por la firmeza de Ruy Lopez Dávalos. Era procurador de aquella ciudad Andres García de Lara, afecto á los Manueles, el cual concitando la plebe arrojó á los Fajardos, y se apoderó del gobierno. Ruy Lopez Dávalos, comisionado por el rey para sose-

gar aquel alboroto, llegó á Murcia sin mas acompañamiento que algunos ministros de justicia, se alojó en el palacio episcopal, y mandó llamar á Lara, el cual para imponer respeto á Dávalos fué acompañado de mas de seis mil hombres del vulgo. Dejólos en la plaza, y creyéndose seguro, subió á palacio. Dávalos mandó cortarle la cabeza, y la mostró desde una ventana al tumulto, diciendo en alta voz: *Esta es la cabeza de un sedicioso. Cualquiera que le imite tendrá el mismo castigo.* El vulgo aterrado se retiró, y la tranquilidad pública se restableció en aquella ciudad y provincia.

Este año falleció casi repentinamente en una cacería el rey don Juan I de Aragon, segun algunos del susto que le causó haber visto una loba de estraordinaria magnitud: príncipe débil, entregado á los placeres, y que tenia abandonadas las riendas del estado en manos de su muger. Por su testamento, aprobado en los estados de Aragon, Valencia y Cataluña, le sucedió en el trono su hermano don Martin, á pesar de tener el rey difunto sucesion femenil: único caso en la historia de las monarquías españolas de ser preferido el varon colateral á la hembra hija del rey; pero en los estados de la corona de Aragon la ley de sucesion era el testamento del monarca aprobado por las córtes.

Don Martin estaba á la sazon en la isla de Sicilia haciendo la guerra con feliz éxito á los barones rebeldes que se habian levantado contra su hijo y su nuera: y se encargó del gobier-

no de Aragon su muger la reina doña María. El conde de Foix, marido de doña Juana, hija del rey difunto, con el auxilio del conde de Armagnac y de otros señores del mediodía de Francia, amigos y aliados suyos, quiso hacer valederos con las armas los derechos de su muger, y penetró con egército en Cataluña, tomó por asalto á Camarasa, é infestó entrambas orillas del Segre; pero uno de sus destacamentos compuesto de 300 lanzas fué derrotado en la orilla derecha del rio por Bernardo Buzot: las demas tropas aragonesas que se iban juntando cortaron los víveres al egército del conde, que tomada la ciudad de Barbastro, habia puesto sitio al castillo, é impidieron que le llegasen socorros de Francia; lo que le obligó á retirarse á Navarra observado siempre por los aragoneses.

Sorpresa de Badajoz, renovacion de la guerra con Portugal (1396). En las treguas últimamente firmadas entre Portugal y Castilla se habia asentado que algunos señores castellanos las firmasen, ó que en su defecto el rey don Enrique pagase cierta cantidad. Muchos de estos señores, que entónces estaban desavenidos con la córte, se negaron al cumplimiento de este artículo; y el rey don Juan de Portugal, para asegurar el pago de aquella suma, trató de sorprender alguna plaza de Castilla.

Gonzalo de Annes, hidalgo portugues, que estaba refugiado en Badajoz por una muerte, conservaba relaciones con Martin Alfonso de

Melo, general del rey don Juan en la frontera de Yelves: y proyectó entregar á los portugueses la misma ciudad que le habia servido de asilo. Para lograrlo prometió á un guarda de una puerta, con quien trabó amistad, que si dejaba entrar una partida grande de trigo que tenia apalabrada en Portugal, le daria la mitad de la ganancia. El guarda, deslumbrado por la codicia, aceptó; y fijada la noche, apenas entraron los fingidos acarreadores de grano, cogieron al guarda, le impidieron que gritase, y dieron entrada en la plaza á un cuerpo de tropas, mandado por Martin Alfonso, que se apoderó de la ciudad, é hizo prisioneros al gobernador y á los principales caballeros. En la misma noche Rodrigo Alfonso, hermano de Martin, trató de sorprender á Alburquerque; pero no con igual felicidad: porque sentidos por un viejo los soldados que iban subiendo á la muralla, acudió á sus gritos la guarnicion, y rechazó á los portugueses matándoles mucha gente.

El rey de Castilla, indignado de esta infraccion de la tregua, quiso probar al de Portugal que eran pasados los tiempos de Aljubarrota, y mandó á sus tropas que penetrasen en aquel reino. Don Ruy Lopez Dávalos entró por la frontera de Ciudad Rodrigo y llegó hasta Viseo talando toda aquella comarca. Los maestres de las órdenes militares hicieron lo mismo en las de Serpa, Moura y Ourique, al mismo tiempo que el almirante don Diego Hurtado de Mendoza, saliendo del Guadalquivir con su armada, in-

festó las playas de Portugal é hizo en ellas presas considerables.

Al año siguiente de 1397 don Juan de Portugal trató de tomar la ofensiva: y mientras su condestable Pereira infestaba la Estremadura septentrional y talaba todo el pais hasta Cáceres, atravesó el Miño, y tomó á Tuy antes que pudiesen acudir en su defensa las tropas castellanas. El maestre de Alcántara y el adelantado mayor de Leon pusieron sitio á Miranda de Duero en venganza de aquel reves; y no desistieron de su empresa aunque el rey de Portugal pasó en persona la frontera, y puso sitio á Alcántara. Los castellanos tomaron á Miranda, y el portugues inferior en fuerzas hubo de levantar el sitio de Alcántara y retirarse. Ruy Lopez Dávalos reforzó considerablemente el egército que operaba en Tras os Montes, descendió al Beira, tomó á Peñamacor, y taló el centro de Portugal hasta Torresvedras. El almirante de Castilla encontró en el estrecho de Gibraltar siete galeras portuguesas que volvian de Génova con armas y pertrechos; echó una á pique, y se apoderó de cuatro. Despues hizo en la costa de Portugal los mismos destrozos que el año anterior.

Entretanto el rey don Martin de Aragon, dejando compuestas las cosas de Sicilia, volvió á su reino; pero antes visitó la isla de Cerdeña, y algunas plazas y castillos que poseia en Córcega, donde las familias de Istria y Roza se habian declarado á favor suyo. Brancaleon Oria y Maria-

no Arborea continuaban siempre en Cerdeña la guerra contra los aragoneses.

En 1398 no hubo hostilidades entre castellanos y portugueses porque se movieron pláticas y negociaciones de paz, siendo plenipotenciario del rey de Portugal su condestable Nuño Alvarez Pereira, y del de Castilla Ruy Lopez Dávalos. En el mismo año concluyó la guerra de sucesion de Aragon, movida por el conde de Foix. Sus tropas no pudieron penetrar en Aragon por estar bien guarnecida la frontera. Poco despues murió el conde sin sucesion, y su viuda hizo la paz restituyéndole don Martin el condado de Castelbó que se le habia confiscado en Cataluña.

A este año pertenece la espedicion del almirante aragonés Hugo de Anglesola á la costa de Africa para castigar las piraterías de los berberiscos en las playas orientales de la península. Anglesola desembarcó cerca de Tedelino, se apoderó de esta ciudad y la saqueó; pero acudiendo un gran número de moros, hubo de volver á embarcar su gente: y como se quedase á retaguardia para proteger el embarque, murió como bueno peleando en defensa de los suyos.

Tregua con Portugal (1399). No pudiéndose ajustar una paz definitiva con Portugal, se firmó una tregua por 10 años, cuyas condiciones principales fueron que se restituyesen de una y otra parte las plazas y terrenos ocupados, y que el rey de Castilla no diese favor ni á doña Beatriz, viuda de su padre, ni á los príncipes

portugueses que estaban en su reino para hacer valederos sus derechos á la corona de Portugal.

El año de 1400 solo fué notable por la espedicion del almirante de Castilla contra Tetuan, cuyos corsarios infestaban las playas del reino de Sevilla. Los castellanos desembarcaron cerca de aquella plaza, la entraron por asalto, la saquearon y demolieron, y volvieron al Guadalquivir ricos con los despojos, y trayendo cautiva toda la poblacion de Tetuan.

El resto del reinado de don Enrique fué venturoso y pacífico, escepto la guerra de Granada, que quedó encendida cuando él falleció. Dedicóse especialmente á mejorar la administracion de justicia, muy estragada en aquellos tiempos, y á economizar las sumas necesarias para hacer guerra á los mahometanos. Entretanto fué jurado sucesor de don Martin en los estados de Aragon su hijo don Martin, rey de Sicilia, uniéndose asi ambas coronas, y preparándose, aunque por motivos muy diversos, la futura grandeza de la Monarquía española.

Guerra entre Castilla y Granada: combates del Guadiaro y de Jujena (1406). Este año volvieron del Asia los segundos embajadores que el rey don Enrique enviara á Timurbek, gefe á la sazon de los mogoles, llamado Tamorlan en nuestras historias. La primera le halló en Galacia cuando acababa de ganar contra los otomanos la célebre batalla de Ancira. El motivo de estas embajadas fué el deseo y curiosidad de don Enrique

de conocer á aquel conquistador y la clase de soldados que combatian bajo sus órdenes: y el resultado no fue otro que el de hacerse entrambos monarcas recíprocos regalos.

Desde el proyecto desatinado del maestre de Alcantara contra el reino de Granada, aunque habia treguas entre moros y cristianos, los que habitaban hacia las fronteras se hacian todo el daño que les era posible. En una ocasion arremetieron los moros á unos hombres de Murcia que hacian carbon en un monte, y se los llevaron cautivos: bien que habiendo acudido tropas cristianas soltaron la presa y huyeron con pérdida: otras veces los alcaides fronterizos preparaban tropas para entrar en tierras de Castilla: y solo dejaban de hacer correrías porque los cristianos estaban avisados y apercibidos para rechazarlos con denuedo.

Muhamad, VII del nombre, que habia sucedido á su padre Jucef en el trono de Granada, resolvió hacer una guerra mas activa á los cristianos, y envió un cuerpo de tropas contra Caravaca, y otro contra Ayamonte en la frontera de Córdoba. La primera espedicion no se logró porque la gente de Murcia acudió en defensa de la plaza. La segunda fue mas feliz; y Ayamonte cayó en poder de los infieles.

Por el otoño se puso Muhamad al frente de su egército, penetró en el reino de Jaen, sitió á Quesada, y no pudiéndola tomar, quemó sus arrabales y avanzó hasta el Guadiaro. El adelantado de la frontera don Pedro Manri-

que convocó todos los pendones y cabos para que se le reuniesen. La gente de Baeza antes de juntarse con el adelantado encontraron á los moros y los acometieron con grande ánimo: pero á causa de su inferioridad numérica fueron cercados y muertos casi todos aunque vendieron muy caras sus vidas.

Pedro Manrique habiendo reunido sus tropas dió sobre el real de los moros para vengar la muerte de los de Baeza; y á pesar del gran número de los infieles y la superioridad de la posicion que ocupaban en un repecho, los cristianos acometieron con tanto corage que los arrojaron del puesto. Sobrevino la noche, y los moros al favor de la oscuridad se retiraron á su frontera.

El rey don Enrique, á pesar de sus contínuos achaques, por los que se le dió el sobrenombre de *Enfermo*, se preparaba á hacer guerra vigorosa contra los moros. Por la parte de Murcia el mariscal Fernando García de Herrera, despues de rechazar á algunos moros que infestaban la frontera, entró con sus tropas en el reino de Granada y puso sitio á Vera: y aunque no pudo tomarla, saqueó toda la comarca, derrotó junto á Jugena un cuerpo de mahometanos de Baza que acudian en socorro de la plaza sitiada, y se volvió á Murcia cargado de botin.

El dia de Pascua de navidad falleció Enrique III á los 27 años de edad y 16 de reinado. Fue sepultado en la capilla de los Reyes nuevos

de Toledo. De su esposa doña Catalina de Lancaster tuvo á la princesa doña María, que fue jurada heredera del reino á falta de hijos varones, siendo el primero que la juró su tio el infante don Fernando, hermano del rey, en quien competian el valor, la capacidad y la virtud; esta infanta fue despues reina de Aragon: á la infanta doña Catalina, que casó con su primo don Enrique, hijo del infante don Fernando, y al príncipe don Juan que le sucedió en la corona.

Fue Enrique III de flaca complexion: pero de grande ánimo. Restituyó al trono su fuerza quebrantada con la desgraciada guerra que tuvo su antecesor con Portugal. Refrenó la ambicion de los grandes, recobró la antigua preponderancia de Castilla contra Portugal, sosegó y reprimió las facciones, y se preparaba á ensanchar los límites de su reino con la conquista de Granada cuando le sorprendió la muerte.

CAPÍTULO XLIV.

Don Juan II.

Don Juan II, rey de Castilla y de Leon. Batalla naval del Estrecho. Batallas de San Lurio y de Oristan. Sitio y batalla de Antequera: interregno de Aragon. Don Fernan-

do I, el honesto, rey de Aragon. Sitio de Balager. Conquista de Ceuta. Don Alonso V el magnánimo, rey de Aragon. Conquista de las Canarias. Principios de la privanza de don Alvaro de Luna. Sorpresa de Tordesillas: sitio de Bonifacio: descubrimiento de la isla de Madera. Combates de Nápoles: saco de Marvella: libertad del infante de Aragon: doña Blanca y don Juan, reyes de Navarra. El condestable separado de la córte. Guerra entre Castilla y Aragon. Espedicion de Granada: batalla de la Higuera. Don Duarte, rey de Portugal. Conquista de Huescar. Sitio de Gaeta: batalla naval de Ponza: batalla de Guadix. Espedicion de Gibraltar. Espedicion de los portugueses á Tanger. Don Alonso V, rey de Portugal. Batalla de Benevento. Sorpresa de Medina del Campo. Conquista de Nápoles. Libertad del rey de Castilla. Batalla de Olmedo. Guerra civil de Navarra: batalla de Aybar: combate de los Alporchones. Prision y suplicio de don Alvaro de Luna.

Don Juan II, *rey de Castilla y de Leon.* Cuando murió don Enrique III se hallaba su hijo y heredero don Juan II en la menor edad de dos años: y muchos señores de la córte, aterrados con la larga minoría que amenazaba al reino, y de la guerra contra los moros que estaba muy viva, y aficionados por otra parte á

las escelentes cualidades del infante don Fernando, se atrevieron á preguntarle *¿quién sucederia al rey difunto?* "¿Quién, respondió el héroe con algun enfado, sino mi sobrino don Juan?" Y al punto mandó levantar pendones por él en Toledo. Así Castilla tuvo tambien su Licurgo que supo despreciar una corona que tenia en sus manos por conservar ilesos los derechos de la justicia.

Enrique III habia nombrado gobernadores del reino durante la menor edad de su hijo á la reina viuda doña Catalina y á su hermano el infante don Fernando. Los dos regentes repartieron entre sí los cuidados del gobierno, encargándose particularmente el Infante de los negocios de la guerra. Algunos de los cortesanos y damas de la reina, prevaliéndose del carácter suspicaz y cortos alcances de esta señora, procuraron introducir rencillas entre élla y don Fernando: mas la prudencia del infante, y el ascendiente que le daba su carácter sobre el débil ánimo de doña Catalina, sofocaron todos los gérmenes de discordia apenas comenzaban á brotar, y la paz pública se conservó. El destino de Juan II fue que su reino se mantuviese pacífico y floreciente durante su menoría, y fuese despedazado con disensiones y guerras civiles desde que empezó á gobernar por sí mismo.

Batalla naval del Estrecho (1407). D. Fernando, habiendo reunido un lucido egército, se dirigió á Andalucía, donde ya habian comenzado las hostilidades apoderándose los cris-

tianos del castillo de Hurtal, cercano á Lorca, que despues recobraron los moros, derrotando un cuerpo de éstos cerca de Alanquer, y tomando la fortaleza de Pruna que pudieron conservar.

El rey de Granada, viendo la tempestad que iba á descargar sobre su reino, pidió auxilio á los reyes de Tunez y de Tremecen, que inmediatamente armaron sus escuadras para defender la causa de su religion en la península.

El infante don Fernando reforzó la armada castellana con 8 galeras y 8 navíos de las costas de Cantabria. El almirante cristiano se dió á la vela, y encontró en el Estrecho los bageles enemigos. Acometiólos con tanto denuedo que de las 23 galeras que tenian los infieles apresó ocho, sumergió otras tantas y obligó á las demas á refugiarse á sus puertos.

Reducido, pues, el rey de Granada á sus propias fuerzas, opuso sin embargo valerosa resistencia á los cristianos: y aunque llevaron lo mejor, como en fin mas poderosos y disciplinados, no dejaba de costarles mucho ganar un palmo de terreno. García Mendez, gobernador de Teba, derrotó en tres pequeños reencuentros á otros tantos cuerpos de mahometanos que salieron á quitar á los suyos la presa hecha en la frontera de Casarabonela. El rey de Granada por su parte acometió á Baeza sin mas efecto que quemar el arrabal, y á la vuelta á su reino se apoderó del castillo de Bedmar, cuyo gobernador, Sancho Jimenez, pereció en el ataque.

El infante don Fernando penetró con el cuerpo principal del egército por la frontera de Sevilla, tomó á Zahara y otros pueblos menos importantes, y se puso sobre Setenil; plaza que no pudo tomar. Lo mismo sucedió al de Granada con la de Jaen, á la cual acometió con todas sus fuerzas. El invierno sobrevino, y unos y otros se retiraron á sus cuarteles: dejando los cristianos guarnicion en Cañete, en Priego y en las Cuevas; lugares que habian ocupado en esta campaña.

En la siguiente de 1408 se anticipó el rey de Granada á comenzar las hostilidades, y se puso con el grueso de su egército sobre Alcaudete, cuya guarnicion resistió con valor heróico los asaltos contínuos de tres dias. El granadino envió dos destacamentos de su egército á forragear y cargar de trigo á los campos vecinos. Ambas espediciones fueron desgraciadas: porque uno de los cuerpos fue derrotado junto á la Higuera de Martos, y el otro junto á la torre de los Alarábes. Los cristianos por su parte hicieron entradas en los territorios de Ronda y Gibraltar, y despues de vencer á los moros que encontraron en pequeños combates, se retiraron á sus líneas con grande botin de gente y ganado.

El rey Muhamad, desanimado con estos reveses y viendo que acudian muchas tropas cristianas en defensa de la plaza, levantó el sitio y pidió treguas, que le fueron concedidas por ocho meses. Poco despues falleció, y le sucedió

en el trono su hermano Jucef II, que envió embajadores á Castilla para renovar las treguas.

Batallas de San Lurio y de Oristan (1409). Los mahometanos, á pesar de la tregua, acometieron á Priego, y se apoderaron de esta villa por capitulacion. Sin embargo, este suceso no dió motivo á hostilidades. Se entablaron negociaciones: el rey de Granada solicitaba treguas por dos años: el infante exigia que reconociese el antiguo vasallage á Castilla, á lo que se negó el moro. Al fin se asentaron treguas por ocho meses.

Entretanto los aragoneses cobraban en Cerdeña una superioridad decisiva. Don Martin, rey de Sicilia y heredero del reino de Aragon, despues que su armada hubo derrotado á la genovesa que llevaba refuerzos á Brancaleon Oria, desembarcó en la isla al frente de un lucido egército y derrotó al rebelde junto á San Lurio. Poco despues de esta victoria falleció; segun unos de los afanes escesivos de la campaña; segun otros de la destemplanza con que se entregó á los amores de una señora sarda.

Oria reforzado volvió á campaña, y salió de Oristan en demanda de los aragoneses: pero Pedro de Torrellas y don Pedro de Moncada que mandaban las armas de Aragon en la isla le salieron al encuentro, y en dos batallas le mataron 10000 hombres. Estas victorias restablecieron la paz en Cerdeña: pero la muerte del rey de Sicilia alentó las esperanzas de los que se creian con derecho al trono de Aragon.

El rey don Martin, aunque ya anciano, pasó á segundas é inútiles nupcias para apartar de sí por lo menos las importunas solicitudes de los pretendientes.

Sitio y batalla de Antequera: interregno de Aragon (1410). Llegado el término de la tregua, se renovó con mas ardor la guerra contra los moros de Granada. Los granadinos se anticiparon ocupando y sorprendiendo por inteligencia la villa de Zahara: pero Fernan-Rodriguez de Vallecillo se retiró á la fortaleza con 20 soldados que le quedaban, y se defendió en ella con tanto valor que los moros, saqueada la villa y quemadas sus puertas, se retiraron á la frontera.

La intencion del infante no era hacer sorpresas inútiles, sino conquistar una plaza importante. Asi el 27 de abril se puso sobre Antequera al frente de su egército que constaba de 10000 infantes, 2500 lanzas, y 1000 caballos. Su primera operacion fue ocupar el monte Rabita y un repecho que le dominaba. Mientras esperaba de Sevilla las máquinas é ingenios necesarios para batir la ciudad, llegó á Archidona el rey de Granada con 5000 caballos y 80000 infantes resuelto á dar batalla al castellano.

Los moros empezaron el ataque por el monte Rabita, que fue valerosamente defendido. Allí concurrieron las fuerzas de ambos egércitos, sin que el enemigo adelantase un palmo de terreno. La batalla fue muy encarnizada. Decidióla un ataque de caballería dado por Diego de

Zúñiga que al frente de 200 lanzas cayó sobre los moros y desordenó y arrolló su infantería. Los granadinos huyeron desbaratados, unos por el camino de Málaga, otros por el de Granada; y fueron perseguidos por los castellanos hasta que sobrevino la noche. Perecieron en el ataque y el alcance 15000 moros. La pérdida de los cristianos fue solo de 120 hombres. En el real del granadino, que quedó en poder del infante, se hizo riquísimo botin. Esta batalla que renovó las antiguas proezas de los leoneses y castellanos en la reconquista de España, casi olvidadas desde la muerte de Alonso el Onceno por las disensiones civiles y por las guerras con los reyes cristianos, se dió el 6 de mayo de 1410.

La alegría de la victoria se perturbó algun tanto por la rota que dieron los moros á Diego Alfonso. Este salió de Jaen al frente de 300 hombres é hizo entrada en tierras de Granada con tan poca precaucion que en Montegicar le rodearon 3000 caballos, y pereció con casi toda su gente. Entretanto don Fernando dispuso asaltar á Antequera, sitiada ya en toda forma. Dióse el asalto el 24 de junio, pero sin efecto por ser cortas las escalas traidas de Sevilla.

Mientras se construian otras envió el infante desde los reales varios destacamentos á talar los términos de Archidona, Loja y Málaga. Todas estas espediciones parciales fueron felices. Los cristianos batieron al enemigo en todos los puntos, y volvieron á los reales con inmenso botin. Solo fue desgraciado Fernan Arias que

mandaba en Cañete por ausencia de su padre. Entrando con 30 caballos en la comarca de Ronda fue sorprendido por fuerzas superiores, pereció en el campo de batalla, y ninguno de los suyos escapó de muerto ó prisionero.

Fernan Arias, su padre, que militaba entonces en el real sobre Antequera, vengó su muerte: porque pidiendo al infante algunos soldados para asegurar á Cañete, partió á esta villa, la dejó bien guarnecida, y enviando delante alguna gente de caballería para que recogiese ganado en la comarca de Ronda, la siguió lentamente y se puso en emboscada. Los moros salieron á rescatar la presa, y los ginetes cristianos retirándose los llevaron á la emboscada. Allí se trabó una escaramuza en que perecieron 300 enemigos y huyeron los demas. La presa que se hizo en el territorio ascendió á 1000 cabezas de ganado mayor.

El rey de Granada habiendo reunido las reliquias de su egército derrotado en la batalla de Antequera, y reforzádolas con nuevas tropas, se acercó segunda vez á la plaza sitiada; mas no se atrevió á hacer demostracion alguna contra los castellanos que estaban muy bien fortificados, y habian rodeado la ciudad con una tapia para que nadie pudiese salir ni entrar en élla. Bien quisiera el rey moro que se asentasen treguas á cualquier precio, y envió para ello á los reales á un caballero de su córte llamado Zaid Alemin: pero don Fernando no quiso dar oidos á ninguna plática hasta

tener rendida á Antequera: única indemnizacion, decia, de los gastos hechos en aquella guerra.

Alemin abusó del privilegio de embajador incitando á algunos moros, cautivos de los señores castellanos y que los servian en los ministerios mas bajos, á pegar fuego á los reales. Descubrióse la traicion por un moro convertido al cristianismo llamado Rodrigo Velez y pariente del embajador. Este quiso asociarlo á su proyecto, y Rodrigo lo descubrió todo al infante. En la misma tarde en que Alemin se volvió al rey de Granada para avisarle que estuviese pronto á aprovecharse del desórden y confusion que causaria el incendio en los reales cristianos, fueron cogidos los esclavos moros con los combustibles que iban á esparcir aquella misma noche, y castigados con el último suplicio. A Rodrigo, ademas de recompensas pecuniarias, se le premió mudándole el apellido de Velez, pueblo de su nacimiento, en el de Antequera.

Cuando ya el infante tuvo preparado lo necesario para el asalto, apostó ballesteros muy egercitados enfrente de las torres por donde se habia de acometer; y fingiendo el ataque, los mahometanos que se asomaban á rechazarlo eran atravesados con las ballestas. Arredrábanse los enemigos de subir á la torre: y cuando ya estaban bastante aterrados, y aunque oyesen rumor de acometida no se presentaban, dió el verdadero asalto. La ciudad fue entra-

da el 16 de setiembre. Los moros que pudieron se refugiaron al castillo, y lo entregaron por capitulacion el 24 salvas las vidas y las personas.

El infante se apoderó, para asegurar el territorio de su nueva conquista, de los castillos de Aznalmara, Cabeche y Jebar. Esta última plaza volvió á ser ocupada por los mahometanos: pero al fin la tomó Rodrigo de Narvaez, reparó sus murallas, puso en ella competente guarnicion, y la dejó á cubierto de todo insulto. Firmóse al mismo tiempo tregua por tres meses con el rey de Granada que se obligó á dar en tres plazos 300 cautivos cristianos.

Esta campaña gloriosa para las armas castellanas y para el infante don Fernando, que recibió el sobrenombre de Antequera, añadió á la corona de Castilla esta ciudad importante, llave del curso del Genil y de las montañas que separan el reino de Granada del de Sevilla, estrechando por aquella parte notablemente el poder de los granadinos. El valor y capacidad de don Fernando daban esperanzas de triunfos mas decisivos en las campañas siguientes. Pero sucesos de otra clase hicieron perder de vista la guerra contra los mahometanos.

Don Martin, rey de Aragon, falleció el 29 de mayo sin declarar quién habia de ser sucesor suyo: y todos los que se creian con derecho á la corona declararon sus pretensiones, Estos eran: el infante don Fernando de Castilla,

hijo de doña Leonor, hermana del rey difunto: el conde de Urgel, que descendia por línea masculina de la casa real de Aragon: el duque de Calabria, hijo de doña Violante y nieto del rey don Juan I, hermano y antecesor de don Martin. Estos eran los candidatos de mayor poder y derecho. Tambien se declararon pretendientes el duque de Gandía y el conde de Luna.

Muy crítica era en aquellas circunstancias la situacion del reino: pero la prudencia de los Moncadas y la santidad de Vicente Ferrer, religioso dominico que mereció por sus virtudes ser colocado en los altares de la Iglesia y de la patria, acallaron todas las pasiones pervertidoras del órden, y consiguieron por fruto de sus desvelos que se hiciese tranquila y legalmente la eleccion del nuevo rey.

La primera de las tres provincias del reino de Aragon que se constituyó en parlamento para examinar el derecho de los pretendientes fue Cataluña. Imitóla Aragon, á pesar de los bandos feudales y antiguos entre los Urreas y los Lunas. En Valencia, donde existian iguales bandos entre los Centellas y Villaragutes, no pudo conseguirse la concordia hasta principios del año siguiente: pero no tardaron en dividirse los ánimos y en formar dos parlamentos contrarios. Uno se estableció en Vinaroz, y otro en Trahiguera. El de Cataluña se transfirió á Tortosa para estar mas cerca de Alcañiz, donde se reunia el de Aragon.

Entretanto un crímen horrendo puso á esta

última provincia muy cerca de su perdicion. Don Antonio de Luna, caballero de la principal nobleza de Aragon, estaba por el conde de Urgel, y el arzobispo de Zaragoza por el infante don Fernando. Luna pidió al arzobispo una entrevista: y en ella, no pudiendo traerle á su dictamen, le dió un bofeton é hizo que le asesinasen los que le acompañaban.

Esta maldad, que se atribuyó al conde de Urgel, debilitó mucho su partido popular antes en Aragon. Las autoridades pidieron tropas al infante don Fernando, que se hallaba entonces en la raya de Castilla, para oponerse á las violencias del asesino. Algunas escuadras castellanas que entraron en Aragon restablecieron la tranquilidad y obligaron á Luna á retirarse al castillo de Loharte. El conde de Urgel entró tambien por el Pirineo con tropas de Gascuña: pero siendo muy inferiores á las castellanas nada pudo hacer. Luna y sus partidarios procuraron formar en Mequinenza un simulacro de parlamento: mas no se hizo caso de éllos.

En fin, á fines del año de 1411 se convinieron los diputados de los parlamentos reunidos en Alcañiz que cada uno de los tres estados nombrase tres compromisarios para decidir en derecho tan importante cuestion. La única dificultad que restaba era la de concordar y juntar en uno solo los dos parlamentos de Valencia, á fin de que la sentencia definitiva tuviese toda la legalidad deseable.

El infante don Fernando no abandonó el

cuidado del reino de Castilla por la solicitud de la corona de Aragon. En el mismo año de 1411 se firmó la paz definitiva con don Juan I, rey de Portugal: y á principios del siguiente se renovó la tregua con el rey de Granada, ocupado entonces en someter á Gibraltar que se habia entregado al rey de Fez. En el consejo de Castilla se examinó si la corona de Aragon seria solicitada para el niño rey don Juan II, cuyo derecho era en efecto superior al del infante su tio, como hijo que era de hermano mayor. No obstante se permitió y apoyó la solicitud de don Fernando ó en premio de sus hazañas y virtudes, ó porque no se creyese entonces posible la union de ambas coronas en una misma cabeza, ó por temor de que los aragoneses, que entonces se preparaban á hacer uso solemne de su derecho electoral, despreciasen á un niño apenas salido de la cuna.

Don Fernando I el Honesto, rey de Aragon (1412). Los dos parlamentos de Valencia se hacian la guerra entre sí. Un cuerpo castellano llamado por el de Trahiguera peleó unido con los valencianos de este partido contra el gobernador de Valencia que protegia al parlamento de Vinaroz, y lograron los aliados una completa victoria con muerte del gobernador y de gran número de los suyos. En Aragon tenian á raya las tropas de Castilla á don Antonio de Luna, al conde de Urgel y á sus secuaces: y aunque vencidas en la raya de Valencia por el conde de Urgel junto al Castellon de Burriana,

acudieron otras que hicieron inútiles todos sus esfuerzos.

Entretanto salvaba la patria la union entre los dos congresos de Alcañiz y Tortosa. Concédióse al primero la iniciativa para nombrar los jueces: pero los de Alcañiz comprometieron sus votos en Gil Ruiz Lihorri, gobernador de Aragon, y Juan Gimenez Cerdan, justicia mayor del mismo reino. Estos nombraron los nueve jueces: á saber, por Aragon al obispo de Huesca, á Frances de Aranda y á Berenguel de Bardagí: por Cataluña al arzobispo de Tarragona y á Guillen de Valseca y Bernardo de Galbes, los mas célebres jurisconsultos del principado; y por Valencia al general de la Cartuja, á san Vicente Ferrer, su hermano, y á Gines de Rabaza, que despues renunció con pretesto de enfermedad, y se nombró en su lugar á Pedro Beltran, tambien jurisconsulto.

Este nombramiento mereció la aprobacion de todos los habitantes del reino de Aragon, de tal manera que el congreso ilegítimo de Mequinenza se unió al de Alcañiz, y los dos de Valencia adhirieron á la eleccion despues que la hubo aprobado el de Tortosa. Allanadas todas las dificultades se reunieron los jueces en Caspe, oyeron á los abogados y defensores de cada uno de los pretendientes, y el 24 de junio dieron la sentencia definitiva. Seis jueces, tres aragoneses, dos valencianos y un catalan, votaron á favor del infante don Fernando de Castilla, y cuatro dias despues se hizo pública la

sentencia con universal alegría de las tres provincias que veian terminarse asi las calamidades del interregno. El nuevo rey don Fernando hizo su entrada solemne en Zaragoza á principios de agosto, juntó las córtes del reino, y en ellas fue reconocido por rey, y su hijo mayor don Alonso por su heredero.

El nombramiento de don Fernando produjo escelente efecto en la isla de Cerdeña: porque los genoveses temiendo el poder de un monarca que seria auxiliado en caso de necesidad por las fuerzas de Castilla, dejaron de hacer causa comun con los rebeldes de la isla; y éstos se vieron obligados á someterse con las mejores condiciones que pudieron. Sicilia reconoció al nuevo rey sin dificultad. El conde de Urgel, despechado del mal éxito de su pretension, fue el único que se mantuvo remiso en someterse á don Fernando: pero apenas vió á este príncipe ponerse al frente de sus tropas y amenazar las orillas del Segre, no preparado aun para la guerra, le envió embajadores que le jurasen en su nombre la obediencia.

Sitio de Balaguer (1413). Pero esta sumision no fue mas que aparente. Confiado en los socorros que le envió el duque de Clarence, hijo del rey de Inglaterra y gobernador entonces de la Guiena, levantó el estandarte de la rebelion contra el rey don Fernando. Pero esta asonada de una guerra de sucesion se sosegó en breve tiempo por la actividad del rey. Don Antonio de Luna, siempre parcial del conde y proscrito

por el homicidio del arzobispo de Zaragoza, no pudo tomar á Jaca: el de Urgel fue derrotado junto á Lérida por Rimbau de Corbera, gobernador de esta plaza: igual suerte tuvo Luna junto á Alcolea. El conde se encerró en Balaguer, donde fue sitiado por el rey en persona, y obligado á entregarse por falta de víveres. El rey mandó ponerle preso en el castillo de Lérida y agregó sus estados á la corona. Asi se terminó esta guerra, y con ella una de las baronías mas antiguas y poderosas de Cataluña.

Entretanto el rey don Juan de Portugal, asegurada la paz con Castilla, y no pudiéndose contener dentro de los estrechos límites de su reino el valor portugues que tan heróicas muestras habia dado de sí mismo en la guerra anterior, trató de aumentar su poder marítimo y llevar la guerra á los estados mahometanos del Africa. Hiciéronse los preparativos de la espedicion con el mayor secreto y disimulo. El prior de san Juan encargado de reconocer la plaza de Ceuta, que habia de ser la primera atacada, lo hizo con el pretesto de ir embajador á Sicilia á pedir la mano de doña Blanca, viuda del rey don Martin el jóven, para el infante don Pedro de Portugal. Echóse ademas la voz de que la espedicion iba dirigida contra Holanda por algunos agravios supuestos de los holandeses contra el comercio portugues: y aun se envió á Holanda un navío mandado por Fernan Fagaza á denunciar solemnemente la guerra.

Conquista de Ceuta (1415). La armada por-

tuguesa tripulada en Lisboa, Oporto y otros puertos, se reunió toda en Lagos, mandada por el rey don Juan, á quien acompañaban sus hijos don Duarte, don Pedro y don Enrique. Dirigió las proas al Estrecho, adonde llegó el 14 de agosto, dando vista á Ceuta. Los infantes don Enrique y don Pedro fueron los primeros que saltaron en tierra con sus mesnadas y se fortificaron en la playa.

El 21 habia ya desembarcado todo el egército y fue acometida la ciudad. Ruy Gonzalez fué el primero que entró en ella acuchillando á los mahometanos. Siguiéronle las demas tropas, y del primer ímpetu fue tomada la plaza. Los moros que la guarnecian se refugiaron al castillo; pero se retiraron de él no creyéndose seguros. Así cayó en poder de los portugueses aquella importante fortaleza. El rey don Juan, que fué el primer español que tuvo la gloria de fijar el estandarte de la Cruz en los arenales del Africa, mandó fortificar muy bien á Ceuta, y dejando en ella competente guarnicion, se volvió con la armada á Lisboa, donde fué recibido en triunfo. En esta espedicion comenzó la potencia naval de los portugueses que en breve tiempo llegó á engrandecerse de una manera increible.

Este mismo año se convocó por la solicitud del emperador de Alemania Segismundo el célebre concilio de Constancia en que se terminó el gran cisma de la Iglesia de Occidente. Tres pontifices se disputaban entonces la tiara: Gre-

gorio XII y Juan XXIII que estaban al frente de las dos secciones de cardenales que dividian la Italia, y Benedicto XIII, aragones de la familia de Luna, que reinaba en Aviñon, de donde pasó á los estados de Aragon por haberle negado la obediencia el rey de Francia. Los dos primeros hicieron su dimision ante el concilio de Constancia; pero Benedicto no quiso renunciar.

El emperador Segismundo tuvo una entrevista en Perpiñan con el rey don Fernando de Aragon en la que le persuadió la necesidad de obligar á Benedicto á renunciar la tiara. Don Fernando, cuyas pretensiones á la corona habia apoyado Benedicto durante el interregno, usó de todos los miramientos posibles: pero fueron inútiles con aquel hombre ostinado. Cuando meditaba usar de medios mas rigorosos para reducirle, Benedicto huyó á Peñíscola, se hizo fuerte en ella, y convocó un concilio de todos los paises de su obediencia.

Don Alonso V el Magnánimo, rey de Aragon (1416). Pero los reyes de Aragon, Castilla, Portugal y Navarra se sustrageron á su autoridad y enviaron embajadores al concilio de Constancia, no sin alguna resistencia de los estados de Cataluña, muy adheridos á la causa de Benedicto: de modo que éste vió reducida su jurisdiccion casi á los muros de la plaza donde estaba encerrado.

Poco despues falleció el rey de Aragon don Fernando, príncipe inmortal por sus virtudes

aun mas que por sus hazañas. Fué el primer monarca de Aragon de la dinastía de Borgoña, tan fecunda en héroes. Sucedióle su hijo mayor don Alonso que mereció y obtuvo el sobrenombre de *Magnánimo.* Poco despues de subir al trono dió un egemplo ilustre de esta virtud. Don Antonio de Luna, siempre desterrado de su patria, apenas supo la muerte del rey don Fernando renovó sus pláticas y negociaciones con muchos señores aragoneses para dar la corona al condé de Urgel. Estos tratos no fueron tan secretos que los amigos del rey no los supiesen; y le presentaron una memoria en la cual estaban los nombres de los parciales de Luna. Don Alonso la rompió sin leerla, imitando la grande y generosa accion de Pompeyo. Este rasgo de magnanimidad anunciaba ya un reinado feliz y glorioso, y una política mas ilustrada que la que se usaba en aquellos siglos.

La minoría del rey de Castilla, tan sosegada hasta entonces por el valor y prudencia del infante don Fernando, comenzó á ser turbulenta despues de la muerte de este héroe. Por el testamento de don Enrique el Enfermo, en caso de fallecimiento de uno de los dos tutores, pertenecia la regencia al que sobreviviese: y así recayó el gobierno en la reina viuda doña Catalina: la cual por consejo del arzobispo de Toledo nombró una junta de regencia compuesta del mismo arzobispo, del obispo de Burgos, el almirante, el condesta-

ble, Juan de Velasco y Diego de Zúñiga. No tardaron en desavenirse los nuevos consegeros y en sembrar los gérmenes de discordia que brotaron cuando el rey llegó á mayor edad. En Sevilla hubo bandos entre los Guzmanes y los Zúñigas de que resultaron encuentros, escándalos y muertes. Todo indicaba ya la falta de la mano vigorosa de don Fernando que habia conservado la tranquilidad en Castilla.

Conquista de las Canarias (1417). La reina viuda para terminar la guerra civil de Sevilla mandó venir á la córte los principales incitadores de ella, y los puso presos en diversos castillos, con lo cual se sosegaron las alteraciones. En este mismo año Rubí de Bracamonte, almirante de Francia, pidió permiso á la reina para que su pariente Juan de Betancourt, caballero de Normandía, conquistase las Canarias y obtuviese su señorío profesando vasallage á la corona de Castilla.

La reina accedió á esta súplica. Betancourt vino á Sevilla, tripuló algunos navíos, dió la vela para las Canarias, y ocupó las islas de Hierro, de la Palma y del Infierno. En la gran Canaria no pudo establecerse porque le resistieron la entrada los habitantes en número de 10000 hombres, y se retiró á la isla de Lanzarote, donde construyó una fortaleza. Algunos anticipan estos sucesos suponiéndolos acaecidos en 1402.

Los genoveses atacaron las posesiones de los aragoneses en Córcega: y aunque derrotados

con pérdida de su artillería por Ramon de Torrellas y Bernardo Martin, capitanes catalanes que habian desembarcado con alguna gente en la isla, recibiendo nuevos socorros de la república volvieron á recobrar los castillos quitándolos á Vicentelo de Istria, vasallo de Aragon.

Este año es célebre en los anales de la Iglesia; porque en él cesó el cisma de Occidente; elegido por sumo pontífice en Constancia el cardenal Odon Colona, que tomó el nombre de Martino V, y fué reconocido en todos los estados de la cristiandad. Benedicto desde el escollo de Peñíscola oponia inútilmente la inflexible ostinacion de su carácter á los deseos y al bien de todo el orbe católico.

Al año siguiente de 1418 falleció la reina doña Catalina, señora virtuosa, pero débil, y que daba fácil oido á las sugestiones de sus cortesanos y damas. El rey niño don Juan tenia á la sazon trece años; y habiendo faltado los dos tutores nombrados en el testamento de su padre, todos los grandes querian tener parte en la regencia. Sin embargo se adoptó un medio que por entonces puso fin á las ambiciones particulares: y fué el de proclamar al rey públicamente como si fuese ya de mayor edad, y componer su consejo de las mismas personas que habian formado el de su padre don Enrique.

A 20 de octubre del mismo año se celebró el desposorio del rey con la infanta doña María de Aragon, hermana de Alonso V é hija de Fernando el Honesto. Con élla vinieron á Castilla

sus hermanos don Juan, don Enrique y don Pedro. Estos son los célebres *infantes de Aragon* que teniendo en Castilla grandes heredamientos y dignidades, como hijos que eran del infante don Fernando, y protegidos por el poder de su hermano Alonso de Aragon, encendieron la tea de la guerra civil y contribuyeron á que el reinado de don Juan II fuese uno de los mas infelices de nuestra historia.

Principios de la privanza de don Alvaro de Luna (1419). El rey de Castilla habiendo llegado á mayor edad reunió córtes en Madrid, y tomó en ellas las riendas del gobierno. No tardó en conocerse su prediIeccion á don Alvaro de Luna, jóven perteneciente á la familia de este apellido en Aragon y que se habia criado al lado del rey don Juan. Esta prediIeccion que con el tiempo llegó á ser una pasion frenética y cierta especie de esclavitud, se justificaba por las prendas de buen caballero que adornaban á don Alvaro, destreza, gallardía é intrepidez, y por las de hábil estadista que desplegó despues. Unas y otras eran muy necesarias á Juan II, hombre de ánimo débil y apocado, y sin firmeza ni aptitud para el gobierno.

El primer síntoma de discordia que se manifestó en Castilla fué salir descontento de la córte el infante de Aragon don Enrique, maestre de Santiago, el condestable don Ruy Lopez Dávalos, el adelantado Pedro Manrique y otros señores á quienes su orgullo no permitia aca-

tar en el nuevo privado al dispensador de las gracias y favores del rey.

Entretanto el rey de Aragon daba principio á su gloriosa carrera militar. Dió á la vela con poderosa armada para la isla de Cerdeña, la pacificó enteramente ocupando las plazas de Terranova, Longosardo y Sacer, y pasó allí el invierno, resuelto en la primavera siguiente á visitar su reino de Sicilia. Al mismo tiempo se efectuó el matrimonio de su hermano don Juan con doña Blanca, hija de don Cárlos, rey de Navarra, y viuda de don Martin el jóven, rey de Sicilia. Este casamiento aumentó el poderío de la casa de Aragon y su influencia en Castilla.

Sorpresa de Tordesillas: sitio de Bonifacio: descubrimiento de la isla de Madera (1420). El infante don Enrique resuelto á apoderarse de la autoridad, y deseoso al mismo tiempo de casar con la infanta doña Catalina, hermana del rey, se atrevió á una empresa que escandalizó á Castilla y á toda Europa. Pidió licencia al rey para pasar á Aragon y llevar consigo 300 lanzas: y obtenida, volvió con aquella gente y con el condestable Dávalos y los Manriques, que eran de su parcialidad, sobre Tordesillas, donde á la sazon se hallaba la córte. Entró sin resistencia en esta villa, se apoderó de la persona del rey y de la familia real, sacó á la fuerza de un convento donde se habia refugiado á la infanta doña Catalina, que no queria casarse con él; llevó al rey á Segovia, desde allí á Avila, y

despues á Talavera. Teniendo á Juan II como cautivo se valió de su nombre para hacer en el gobierno todas las alteraciones que quiso. El mismo rey persuadió á su hermana que diese la mano á don Enrique, cediéndole en dote el marquesado de Villena.

Aunque el monarca se sometió á esta tiranía, imploraba en secreto el auxilio de todos los buenos castellanos y del príncipe don Juan de Navarra, que aunque hermano de don Enrique, llevaba muy á mal su prepotencia. Sirvió mucho al rey en esta ocasion la prudencia de don Alvaro de Luna, que nunca faltó de su lado, y que preparaba los medios de romper el yugo del infante. Por sus cartas se determinó el de Navarra á juntar tropas y fuerzas contra las que diariamente allegaba su hermano. Los grandes del reino se adherian á un partido ó á otro segun sus intereses y pasiones; y la infeliz Castilla estaba amenazada de todos los horrores de la guerra civil.

Evitóla don Alvaro de Luna con su arte y prudencia. El dia 28 de noviembre sacó al rey de Talavera con el pretesto de cazar, pasaron el Alberche, montaron en caballos prevenidos de antemano, llegaron al castillo de Villalba, que hallaron desprovisto y sin defensa; pasaron el Tajo en una barca con sumo peligro por la crecida de las aguas, y se hicieron fuertes en el castillo de Montalban. Allí fué sitiado por las tropas del infante don Enrique, mandadas por el condestable, que deslustró con esta accion

indigna la gloria de sus anteriores servicios. Pero acudiendo en socorro de la dignidad real ultrajada las tropas del de Navarra y las de otros muchos señores, los partidarios de don Enrique se retiraron con este príncipe á Ocaña, y el rey don Juan volvió á gozar de su libertad, aunque subyugado siempre por el ascendiente de don Alvaro de Luna.

El rey don Alonso de Aragon, pacificada la isla de Cerdeña, resolvió quitar á los genoveses la de Córcega, desde la cual era tan fácil que enviasen socorro á los sardos rebeldes. Los principios de esta espedicion fueron felices: pues apenas desembarcó se apoderó de Calvi por sorpresa: mas no le salió tan bien la empresa de Bonifacio, á la cual cercó por mar y tierra cerrando el puerto con bigas y cadenas.

La armada genovesa que venia en socorro de la plaza trabó batalla con la del rey de Aragon, y á favor del viento logró romper el obstáculo que le impedia entrar en el puerto. Al mismo tiempo un marinero genoves llegó nadando á la capitana aragonesa y cortó los cables de sus anclas. Empezando la nave á moverse hacia uno y otro lado, los demas buques temieron su choque, se hicieron al mar y dejaron el puerto desembarazado á los enemigos. Don Alonso embarcó toda la gente que tenia en tierra, y se preparó dividiendo su armada en dos escuadras á atacar á los contrarios en el puerto mismo: pero los genoveses enviando delante un brulote, medio de que se hi-

zo entonces uso por la primera vez, obligaron á los aragoneses á huir de aquel volcan que nadaba en medio de las aguas. Detras de él salió la armada genovesa que se volvió á su patria dejando bien provista la plaza de gente, víveres y municiones.

Don Alonso, frustrada la esperanza de apoderarse de Córcega, volvió toda su atencion á la empresa de Nápoles, cuya reina Juana II le prometia adoptarle por hijo y heredero si la defendia con sus armas contra Luis, duque de Anjou, que favorecido por el papa Martin V pretendia despojarla de la corona, habia ya tomado muchas plazas de su reino, y sus tropas, las de sus aliados los genoveses, y las de sus parciales napolitanos, que eran muchos y mandados por el valiente Esforcia, condestable del reino, ocupaban las avenidas de la capital.

Don Alonso habia enviado aun antes del sitio de Bonifacio una armada de 12 galeras y algunos navíos, á las órdenes de Ramon Perellós, en socorro de la reina. Apenas se presentó en el golfo de Nápoles la bandera aragonesa recogieron los genoveses su gente y se retiraron de aquellas aguas. Perellós desembarcó la suya, y Luis de Anjou dejó libre á Nápoles. La reina recibió con sumo agrado á sus libertadores, y el 16 de setiembre se proclamó en aquella capital con gran solemnidad el acta de adopcion del rey don Alonso y su derecho de sucesion á la corona. Este fausto principio movió á don Alonso á perfeccionar aquella em-

presa, y se dispuso á pasar el año siguiente á Nápoles con grandes fuerzas.

Entretanto los portugueses continuaban aumentando su poder marítimo. El año anterior habian sitiado los moros de Fez á Ceuta: pero el infante don Enrique de Portugal encerrándose en la plaza la defendió tan valerosamente que rechazados los infieles con gran pérdida en todos los asaltos, se vieron obligados á abandonar el cerco. En el presente se hizo á la vela el mismo infante deseoso de descubrir nuevas tierras en la direccion de las costas de Africa, y halló una isla que llamó de la Madera por el inmenso número de árboles que en ella habia. Tomó posesion de la tierra, y hallándola á propósito para el cultivo de la azúcar, determinó poblarla y cultivarla. Hasta el dia de hoy ha sido siempre considerada como una de las posesiones mas preciosas de la corona de Portugal.

Al año siguiente de 1421 envió don Alonso de Aragon desde Sicilia, donde preparaba su armada para pasar á Nápoles, á Juan Fernandez de Hijar por virey del ducado de Calabria que le pertenecia como heredero de la corona. Hijar se apoderó de Melito y Nicastro, plazas que estaban por los angevinos, y disipó las tropas de éstos que habia en aquella provincia. El 7 de julio llegó don Alonso á Nápoles con podorosa armada, y emprendió al momento el sitio de la importante plaza de Acerra, junto á la cual derrotó al condestable Esforcia mientras sus galeras vencian junto á la Foz Pisana las

genovesas que venian en socorro de Luis de Anjou. Acerra se defendió valerosamente, y se convino en que la tuviese en depósito el legado del papa.

Las calamidades de Castilla continuaban. El rey don Juan mandó al infante don Enrique que despidiese sus tropas. Don Enrique en vez de obedecer se apoderó de todos los pueblos que pudo del marquesado de Villena, alegando que eran la dote ofrecida de su muger la infanta doña Catalina. El rey se negaba á concederle aquellos estados, y decia que solo la violencia habia podido moverle á dar á su hermana un dote mayor que el que se acostumbraba dar á las reinas.

Don Enrique temeroso del poder del rey y desconfiando por otra parte de los consejeros de palacio, pidió permiso para pasar á verle y salvaguardia para él y los que le acompañasen. Don Juan despues de haberse negado muchas veces á la entrevista, consintió al fin en ella con tal que el infante viniese sin tropas, y no exigiese mas salvaguardia que la concedida por las leyes.

Don Enrique se decidió en fin, y acompañado solo de Garcia Manrique, porque el condestable Dávalos no quiso correr el riesgo de aquella visita, entró el 13 de junio de 1422 en Madrid, donde entonces se hallaba la córte. El rey le recibió al dia siguiente en su consejo, le afeó su conducta, le acusó de haber escrito cartas al monarca de Granada incitándole á de-

clarar la guerra á Castilla, y envió presos al alcazar á él y á García Manrique. Entrambos negaron la correspondencia con el granadino: y en efecto, puesto el negocio en tela de juicio se averiguó que habia escrito las cartas, falsificando la firma y el sello del condestable Dávalos, Juan García de Guadalajara, el cual sufrió la muerte por este delito sin descubrir la causa que le habia incitado á cometerlo.

No por eso fue mejor la suerte del infante don Enrique y de los principales de su partido. Permaneció preso: su esposa y el condestable se refugiaron en Aragon: y don Alvaro de Luna sucedió á Dávalos en su alta dignidad. Los empleos y destinos de los demas partidarios de don Enrique se dieron á los amigos de Luna. Así terminó, con aumento del poder de la corona, la primera disension civil del reinado de don Juan II: pero la envidia y el odio, principalmente de los grandes contra el nuevo condestable, creció tambien á proporcion del favor que le dispensaba un monarca débil, incapaz de hallar en sí mismo los recursos necesarios para humillar la prepotencia de los magnates.

Entretanto el rey de Aragon triunfaba de sus enemigos en Italia. La córte de Roma, á pesar de su afecto á los angevinos, confirmó la adopcion de la reina de Nápoles, y entregó á don Alonso la plaza de Acerra que tenia en depósito. Los aragoneses se apoderaron de Vico, Masa, Prochita y Sorrento. Estas victorias y el carácter del rey le adquirieron un gran partido

entre los napolitanos: pero su madre adoptiva celosa del afecto que se le manifestaba, empezó á mirarle con sospecha y desconfianza, que degeneraron muy pronto en ódio declarado y en hostilidades.

Combates de Nápoles: saco de Marsella (1423). Don Alonso deseaba volver á España para reconciliar á sus hermanos don Enrique y don Juan, cuya desunion habia causado la ruina del partido aragonés en Castilla, y procurar la libertad del infante; pero la situacion de los negocios de Nápoles éra cada dia mas dificil y escabrosa. La reina Juana II se habia encerrado en el castillo de Capua temerosa de que don Alonso quisiese embarcarla y enviarla á Cataluña, y don Alonso, avisado de que se le queria dar muerte, cuando vino á verle de parte de la reina su consejero y amante el Senescal Caracciolo con el pretesto de invitarlo á ir á ver á su madre, le mandó prender.

El pueblo de Nápoles se alborotó. El rey salió á sosegarlo, y acometió el castillo donde estaba la reina; pero hubo de retirarse por la resistencia que encontró. Juana llamó en su socorro á Esforcia, con quien hacia ya tiempo que tenia secreta comunicacion. Esforcia entró en la ciudad con 600 lanzas, reuniéronsele los angevinos y parciales de la reina, y hubo en las calles un terrible combate, en que los aragoneses llevaron lo peor por las piedras y armas arrojadizas que les tiraban desde las ventanas y altos de las casas. Don Alonso, habiendo perdido en el

combate 200 hombres de armas y ochocientos de caballería, se retiró á los castillos que poseía. Pero poco despues recibió socorros de Sicilia y la armada de Aragon mandada por el conde de Cardona: volvió á pelear con los enemigos en una batalla que duró dos dias. Esforcia fué arrojado de la plaza, la reina se retiró á Nola, y Nápoles quedó en poder de los aragoneses.

El resultado de estas hostilidades fué una liga entre la reina de Nápoles, el Pontífice y el duque de Milan contra el rey don Alonso, á tiempo que este príncipe se creia obligado á pasar á España para asegurar la suerte de su familia en la península. Dejó, pues, por su lugarteniente en Nápoles al infante don Pedro su hermano, que habia pasado á Italia por mandado suyo: y dejándole en la capital con suficiente guarnicion salió con la armada para España.

Pero antes de llegar á Cataluña, dirigió las proas contra Marsella, ciudad de la Provenza en Francia, y perteneciente á su enemigo el duque de Anjou. Los aragoneses rompieron la cadena que cerraba el puerto, y acometieron la muralla, que defendieron muy bien los ciudadanos. Duró el ataque hasta la noche, y despues de una breve interrupcion, se volvió á él con mayor corage. La artillería de la armada derribó una parte de la muralla: los aragoneses entraron por la brecha, y se hicieron dueños de la ciudad. El rey concedió el saco á sus tropas; pero prohibiendo bajo penas graves profanar las

iglesias y el honor de las mugeres. Las damas de Marsella, agradecidas á esta atencion, le enviaron un rico presente de joyas: mas don Alonso no quiso admitirlo.

Este año falleció el antipapa Benedicto XIII. Aunque solo le quedaban en su partido dos cardenales, éstos alentados en secreto por el rey don Alonso, irritado contra la córte de Roma aliada de sus enemigos, eligieron en Peñíscola un nuevo antipapa y le dieron el nombre de Clemente. Al mismo tiempo prohibió el rey de Aragon á sus súbditos, só pena de perdimiento de bienes, tener relaciones con Roma.

En Castilla fué jurada heredera del reino la infanta doña Catalina, primera hija de Juan II. Esta princesa falleció al año siguiente, y se prestó el mismo juramento á doña Leonor, segunda hija del rey. Pero esta jura quedó sin efecto, habiendo nacido á principios de 1425 el príncipe don Enrique, que sucedió á su padre Juan II en la corona.

Apenas don Alonso de Aragon llegó á sus estados, entabló negociaciones con el rey de Castilla para conseguir la libertad de su hermano don Enrique, y apoyó á sus agentes diplomáticos con aparatos de guerra. El castellano se preparó tambien, y mandó fortificar y guarnecer las plazas fronterizas. El de Aragon tenia necesidad de una resolucion pronta, porque le llamaban la atencion los negocios de Nápoles, cada dia menos ventajosos para él. Los genoveses adhirieron á la coalicion como súbditos que en-

tónces eran del duque de Milan. Su armada, mandada por Guido Torrello, y compuesta de 14 navíos y 7 galeras, se presentó en las aguas de Nápoles, y se apoderó sucesivamente de Gaeta, Prochita, Castelamar, Vico, Sorrento y Masa. El conde Esforcia, hijo y sucesor del condestable que habia fallecido, puso sitio á Nápoles al frente de las tropas de la reina; y favorecido de la poblacion, contraria entonces á los aragoneses, entró en la ciudad, se apoderó del castillo de Capua, y asaltó aunque inútilmente el castillo Nuevo, de modo que á fines de 1424 solo quedaban al infante don Pedro de Aragon los castillos de Nápoles el Nuevo y el del Ovo.

Libertad del infante de Aragon: doña Blanca y don Juan, reyes de Navarra (1425). La negociacion para la libertad del infante don Enrique continuaba, mezclada con amenazas de guerra de una y otra parte; hasta que al fin por mediacion del infante don Juan, príncipe de Navarra, á quien el rey don Alonso persuadió la necesidad de reconciliarse con su hermano si habian de contrastar el poder y valimiento del condestable don Alvaro de Luna, se transigió este negocio, poniendo á don Enrique en manos del de Navarra, y restituyéndole sus estados y dignidades. Poco antes de concluirse esta negociacion falleció Cárlos III el Noble, rey de Navarra, y le sucedió en el reino doña Blanca su hija: el marido de ésta don Juan, infante de Aragon, tomó desde este momento el título de rey de aquel pais. La firmeza de su carácter, su

valor acreditado, las grandes riquezas y estados que poseía en Castilla, y el amor de su muger le dieron en el gobierno de Navarra demasiada influencia; motivo de grandes calamidades y desastres para aquel pacífico reino.

Ni el rey de Aragon descuidaba por los de Castilla los negocios de Nápoles. Envió á su hermano el infante don Pedro, que se hallaba muy estrechado por los enemigos en los castillos de Nápoles, una armada, en que se embarcó el infante, dejando el mando de las fortalezas á Dalmao Calcirera. Los buques aragoneses se reunieron con los de los Fregosos, faccion genovesa opuesta á la dominacion del duque de Milan, infestaron la playa del genovesado, y se apoderaron de Sestri, Rapallo y otros castillos. Esta espedicion produjo el efecto que don Alonso deseaba; pues obligó al de Milan, cuya alianza anhelaba, á entrar en negociaciones con él.

En efecto al año siguiente de 1426 se verificó la alianza entre Aragon y Milan, entregando el duque á don Alonso la plaza de Porto Venere en la ribera de Génova, y las de Bonifacio y Calvir en Córcega, y obligándose don Alonso á no favorecer los disidentes de Génova. Hecha esta paz, el infante don Pedro abasteció los castillos de Nápoles con víveres y municiones, y renovó la guarnicion, esperando la venida de su hermano, que queria dejar asegurado el partido de los infantes en Castilla: donde, aunque habia cesado el estrépito de las armas, continuaba

la guerra de las intrigas palaciegas entre los partidarios del condestable don Alvaro de Luna, cuyo valimiento con el rey habia llegado á lo sumo, y los amigos de los infantes de Aragon.

El condestable separado de la córte (1427). Estas intrigas se aumentaron sobremanera por no haberse podido convenir don Alvaro y el rey de Navarra en el negocio de la restitucion de los estados del infante don Enrique; deseando el primero sacar todo el partido posible á favor de la corona, y el segundo aumentar las rentas y poder de su hermano. Al mismo tiempo hubo en Valladolid y Zamora dos asonadas, que aunque con diversos pretestos y motivos, tenian su verdadero orígen en la desunion de los ánimos. El rey las reprimió castigando con pena de muerte á los reos que cayeron en poder de la justicia; pero estos movimientos y la necesidad de contemporizar con el poderoso partido de los grandes, á cuya frente estaba el rey de Navarra, y que presentaron un memorial, pidiendo la separacion del condestable, obligaron al rey á formar una junta de cinco individuos para que decidiese esta cuestion, que entonces se miraba como vital, y lo era verdaderamente: pues se trataba de saber si era permitido ó no oponerse á la ambicion y poderío de los magnates. Don Alonso de Aragon, que estaba á favor de los grandes en Castilla, la habia resuelto en su reino á favor de la corona: pues pidiéndole sus ricoshombres que separase de su lado á los castellanos que servian en su palacio, les respondió

qué *nadie tenia derecho de intervenir en los asuntos de su familia*. Pero don Alonso era un héroe, y Juan II ni aun sabia ser rey.

Los cinco jueces fueron por parte de don Alvaro de Luna, el almirante de Castilla y Fernando Alonso de Robles: por la de los infantes el maestre de Calatrava y Pedro Manrique; y para que decidiese en caso de discordia el prior de San Benito de Valladolid. La sentencia fué que convenia que el condestable se separase de la córte por 18 meses. Partió, pues, don Alvaro á la villa de Ayllon; pero llevóse consigo el corazon del rey, que no cesó ningun dia de tratar con él por medio de cartas y mensageros.

Este acontecimiento ruidoso probó que el ódio de los grandes al privado no era *personal*, sino producido por la oposicion que hacia á sus desmesuradas pretensiones. El mismo ódio manifestaron á Robles, que sucedió á Luna en el gobierno, aunque no en el amor de don Juan II, el cual estaba irritado contra él por la ingratitud con que siendo hechura del condestable se habia declarado por su separacion en el juicio compromisario. El rey de Navarra y los de su partido, irritados contra Robles, que no podia menos de oponerse á las pretensiones de la grandeza, pidieron al rey que lo separase de sí: y don Juan, por vengar al condestable, le envió preso al castillo de Uceda, y recibió con sumo agasajo al infante don Enrique, á quien amaba mas que al navarro, porque no habia tenido parte ostensible en la separacion del valido.

La ausencia de don Alvaro de Luna produjo una verdadera anarquía en la córte del rey don Juan, que no siendo capaz de mandar por sí solo, estaba entregado á la versatilidad de las pretensiones opuestas de los grandes. Los desórdenes pasaban desde la córte á los pueblos y campo, donde los partidarios de los grandes se hacian guerra unos á otros; de que resultaron escándalos, latrocinios y muertes. Hubo tal cambio en la opinion de los hombres con respecto al condestable, que todos los señores, y el primero de éllos el rey de Navarra, aconsejaron al rey que volviese á su lado á don Alvaro de Luna: y en efecto en 1428 volvió á la córte el valído, no sin haberse escusado dos veces, con notable alegría á lo menos aparente de todos los cortesanos.

Pero poco despues despidió el rey don Juan al de Navarra y al infante don Enrique de su palacio: al primero con el pretesto de que hacia falta en su reino: y al segundo para que como maestre de Santiago fuese á la frontera de los moros donde su deber le llamaba. El rey se resolvió á esto, porque era imposible que permaneciendo en la córte dos príncipes tan poderosos dejasen de formar cabalas para aumentar su influencia y disminuir la del condestable.

Este año llegó á España el infante don Pedro de Aragon, y trajo á su hermano don Alonso noticias poco agradables de Nápoles. A la verdad la reina Juana y el Senescal Caracciolo estaban ya de mala fe con el duque Luis de Anjou

que deseaba tener en el gobierno el influjo que le pertenecia como heredero de la corona; pero este príncipe habia salido con sus tropas á Calabria, y arrojado las guarniciones aragonesas de las plazas que ocupaban en aquella provincia.

Guerra entre Castilla y Aragon (1429). Bien quisiera el rey de Aragon volver á Italia para restablecer en Nápoles su partido, que llevaba lo peor: mas no podia salir de España sin dejar antes asegurada la suerte de sus hermanos en Castilla, asentada concordia duradera con don Juan II, y asegurada la paz de la Iglesia con la estincion del cisma que continuaba aun el antipapa de Peñíscola: pues preveia que sin esta medida conciliadora no podia en ningun caso esperar que la córte de Roma favoreciese sus pretensiones en Italia.

Tuvo felicidad en esta transaccion: pues el antipapa Gil Muñoz se avino á renunciar á la tiara, y los tres cardenales de su partido rindieron obediencia á Martino V, y recibieron la absolucion. Pero los negocios de Castilla estaban cada dia mas revueltos. Don Alonso de Aragon, irritado por la separacion de sus hermanos, y movido por algunos señores y grandes de Castilla, que imploraban su proteccion contra la prepotencia de don Alvaro, en vez de concluir el tratado de concordia que se estaba negociando con don Juan II, juntó fuerzas en la frontera, y reunido con su hermano el rey de Navarra, la pasó y llegó hasta Jadraque, donde se le reunió

desde Ocaña el infante don Enrique; al mismo tiempo que don Pedro su hermano menor se hacia fuerte en Peñafiel, plaza de Castilla perteneciente al navarro, por el cual la tenia el conde de Castro.

El rey don Juan de Castilla llevó muy á mal estas hostilidades, y alentado por el condestable opuso á ellas todas las fuerzas de su monarquía. Mientras un egército, mandado por don Alvaro, marchó contra los aragoneses y se puso al frente de éllos junto á Jadraque, dispuesto á pelear Juan II en persona acometió á Peñafiel, y obligó al de Castro á entregarle la villa y el castillo, saliendo libres los defensores. El infante don Pedro se retiró á Medina del Campo.

El rey de Aragon y el condestable de Castilla, cuyas fuerzas eran casi iguales, hubieran venido á las manos á no haberse interpuesto la reina de Aragon, hermana de Juan II, y el cardenal de Fox, legado del Papa en la córte de Zaragoza, prometiendo solicitar de ambos reyes que entrasen en negociaciones para la paz. El de Aragon la deseaba; pero el de Castilla no quiso venir en ella hasta vengar la ofensa que se le habia hecho invadiendo su territorio.

Su egército, reunido con el del condestable, era brillante y numeroso, y segun algunos ascendia á 12000 hombres de caballería y 60000 de infantería. Alonso de Aragon se retiró con sus tropas para defender su frontera. El rey de Castilla entró en ella llevándolo todo á sangre y

fuego, tomó á Monreal y á Cetina, y puso sitio á Ariza. Otros cuerpos de egército penetraron en Navarra y en el reino de Valencia, y pelearon con vario suceso; pero no hubo accion alguna decisiva. Ni el cuerpo principal mandado por el rey en persona podia emprender nada de importancia. Faltábanle víveres, y no tenia artillería para sitiar las plazas. Por esta razon se volvió á Castilla dejando bien guarnecida la frontera: lo que no impidió al aragonés hacer nueva escursion en los estados de su adversario tomando á Deza, Ciria, Borovia y Vozmediano, y volviéndose á su reino despues de haber recogido los granos de aquellos contornos.

Los infantes don Pedro y don Enrique renovaron la guerra en Estremadura y en las plazas del maestrazgo de Santiago. Marchó el conde de Benavente contra don Enrique, que estaba en Ocaña con 300 lanzas y mucha infantería. El infante, no atreviéndose á pelear contra número superior, abandonó á Ocaña y á Ucles, y se retiró á Segura, de donde pasó á Trugillo, siempre perseguido por el contrario. En esta plaza se le reunió el infante don Pedro su hermano.

El condestable don Alvaro llevó un refuerzo considerable al egército del de Benavente, y tomó el mando de todas las tropas. Ocupó fácilmente la ciudad de Trugillo, porque los infantes se retiraron á Alburquerque; pero dejaron en guarda de la fortaleza á Pedro Alon-

so de Orellana y al corregidor García Sanchez Quincoces. El primero no tenia dificultad en rendirla; pero Quincoces estaba decidido á defenderla. Convidóle don Alvaro á una conferencia enmedio de la cuesta que baja del castillo á la poblacion. El corregidor la aceptó.

No pudiendo convencerle don Alvaro, se abrazó con él, y bajaron luchando y rodando por la cuesta. Ayudado el condestable de su escudero, ató á Quincoces á la mula, y entró en la villa con este singular trofeo. Orellana entregó el castillo al dia siguiente. El condestable acometió á Montanches, que no quiso entregarse sino al rey en persona: y Juan II hizo un viaje á Estremadura para tomar posesion de aquella fortaleza. Despues pasó al campo de Alburquerque, en cuya fortaleza tenian ya sitiados á los infantes el condestable y el de Benavente.

Al año siguiente de 1430, dejando el rey don Juan estrechamente bloqueada la plaza de Alburquerque, se movió con todas sus fuerzas para hacer entrada en Aragon. Alonso V, temeroso del gran poder del castellano, al cual no podia oponer egército tan numeroso, y al mismo tiempo llamado por la inconstante Juana de Nápoles, que enemistada con el duque de Anjou queria restablecer el acta de adopcion, movió pláticas de paz, á que Juan II, satisfecho su enojo con esta deferencia y deseoso de mover guerra á los moros de Granada, condescendió. Los plenipotenciarios de ambos mo-

narcas se reunieron en el Burgo de Osma, y convinieron en una tregua de cinco años, cuyas condiciones fueron éstas: los infantes don Pedro y don Enrique evacuarán á Alburquerque y saldrán de Castilla: se nombrarán jueces árbitros la mitad castellanos y la mitad aragoneses para decidir sobre los demas puntos litigiosos y pendientes entre ambas córtes.

Los infantes no se convinieron ni evacuaron la plaza confiados en la connivencia del maestre de Alcántara, encargado por el rey don Juan de bloquearla. Al mismo tiempo se iban acercando tropas á la frontera de Granada. El adelantado de Andalucía Diego de Ribera hizo entrada por la frontera de Jaen, taló la vega de Granada, y puso una doble emboscada en que cayeron los moros y fueron derrotados con pérdida de 300 muertos y 100 prisioneros. Fernan Alvarez de Toledo, frontero de Ecija, penetró hasta los territorios de Ronda y Málaga haciendo mucho daño en el pais: preludios de la campaña mas séria é importante que habia de hacerse al año siguiente.

Espedicion de Granada: batalla de la Higuera (1431). El rey don Juan, despues de haber tomado precauciones contra los infantes de Aragon, bloqueados siempre en Alburquerque, y contra la mala voluntad del maestre de Alcántara, dispuso la jornada á Andalucía con todas sus fuerzas. Ya Rodrigo de Perea, adelantado de Cazorla, y Pedro García de Herrera que lo era de Jerez, habian hecho entrada en

tierra de los moros; pero con muy diferente suceso: porque Perea, que solo tenia 300 caballos y 1000 infantes, fué sorprendido por mayor número de granadinos. Perea y muy pocos de los suyos escaparon de muertos ó prisioneros.

Pero Herrera, á favor de una noche oscura y tempestuosa, marchó sobre Gimena y la tomó por asalto. Ya el condestable don Alvaro de Luna, al frente de 3000 lanzas, penetraba por Alcalá la Real é Illora en la vega de Granada, y la taló á su placer sin hallar quien se le opusiese. Revolvió sobre Loja, haciendo en todas partes los mismos estragos, hasta que por falta de víveres y las murmuraciones de la tropa, se replegó sobre Ecija. De allí pasó á Córdoba, adonde habia llegado el rey con el grueso de su egército.

Los castellanos marcharon por Alvendin y Alcaudete, atravesaron el puerto de Lope y entraron en la vega de Granada. El maestre de Calatrava, encargado de allanar los barrancos y desaguar las acequías, fué acometido por un cuerpo de 3000 caballos y mucha infantería que salió contra él de la ciudad. El maestre peleó con denuedo: mas no dejó de pedir socorro á causa de la inferioridad de sus fuerzas. Acudieron en su auxilio las tropas mas cercanas. El rey de Granada Mahomad salió de la capital con 2000 caballos é innumerable infantería para dar valor á los suyos, y el condestable y el rey don Juan arremetieron en-

tonces. La accion se hizo general, y pelearon de poder á poder todas las fuerzas de Castilla y Granada.

En breve se decidió la victoria por los cristianos. Los moros se retiraron desordenadamente unos á la ciudad, otros á las huertas vecinas, y otros á la aspereza de las montañas. Estos últimos, perseguidos por los cristianos, fueron casi todos hechos prisioneros. En el campo de batalla y en el alcance perecieron 30000 mahometanos, y sus reales con todos los trenes y equipages, que eran de mucho valor, quedaron en poder de los castellanos.

Esta fué la célebre batalla de *la Higuera.* Tomó su nombre de un árbol de este género que habia en el campo, y que por casualidad sobrevivió á los destrozos de la guerra. En ella adquirieron mucha gloria el rey, que aunque indolente, estaba dotado del valor que caracterizaba su dinastía, y el condestable que era el alma de la guerra y de los consejos. Hubo diversos pareceres acerca de lo que debia hacerse: los cabos mas acreditados del egército, que eran el conde de Haro, el obispo de Palencia y Fernan Alvarez de Toledo, opinaban que debia aprovecharse el terror que á los moros habia causado su derrota para espugnar á Granada, último baluarte del mahometismo en España: pero otros, envidiosos de la gloria adquirida por don Alvaro, y temerosos del inmenso ascendiente que cobraria si lograba un triunfo tan señalado como era la conquista de

aquel reino, de acuerdo con los reyes de Navarra y Aragon, que llevaban muy á mal todo lo que fuese engrandecimiento de Castilla, no solo representaron en público la gran dificultad, que era cierta, de juntar los víveres y demas aparato militar necesario para una empresa como la de Granada, sino tambien susurraron al oido del rey y de su privado sospechas de colusion entre los gefes que votaban por la continuacion de la guerra y los infantes don Pedro y don Enrique de Aragon. Este recelo, aunque falso no inverosimil, movió á don Juan y al condestable á volverse á Castilla. Al año siguiente fueron presos Alvarez de Toledo, el de Haro y el obispo de Palencia: pero puestos en tela de juicio salieron ilesos; y se conoció que por la perfidia de los malsines se habia abandonado una empresa útil y gloriosa á Castilla y á la cristiandad.

Sin embargo la victoria de la Higuera no fué de todo punto infructuosa. Aben Muley, de la sangre real de Granada, pasó al campamento del rey de Castilla y le pidió socorros para quitar la corona á Mahomad. Don Juan recomendó este negocio al maestre de Calatrava y al adelantado Ribera, que quedaron mandando el egército de la frontera de los moros; y Aben Muley, auxiliado por éllos y por el partido que tenia en Granada, tomó algunos castillos, Archidona y Loja se declararon por él, venció las tropas de Mahomad, y fué proclamado rey en Granada. Mahomad escapó á

Málaga, é imploró el auxilio del rey de Tunez. Aben Muley se declaró vasallo de don Juan II.

Al año siguiente de 1432 cambió la escena. Mahomad con los auxilios de Africa se preparó á recobrar la corona, y Aben Muley á defenderla; pero antes de llegar á las manos murió este príncipe de enfermedad, y Mahomad volvió al trono, é hizo treguas con Castilla bajo la condicion de pagar vasallage. Entretanto se concluia la guerra de los infantes en Alburquerque.

El maestre de Alcántara, despues de haber permanecido largo tiempo indeciso entre el partido de los infantes de Aragon y el del rey, se declaró al fin por don Pedro y don Enrique, y entregó al primero la villa y fortaleza de Alcántara: pero un sobrino suyo, que era comendador mayor de la órden, ganado por las promesas de la córte, aprovechándose de un viage que hizo don Enrique á Alburquerque, acompañado del maestre, sorprendió al infante don Pedro, y le puso á buen recaudo en la fortaleza de Alcántara. Al mismo tiempo el almirante y el adelantado mayor de Castilla, que mandaban las tropas del rey en Estremadura, derrotaron cerca de Alburquerque las del infante don Enrique, el cual escapó con mucha dificultad de ser prisionero.

Ya en este tiempo los jueces nombrados para transigir todas las desavenencias entre Castilla y Aragon habian dado su sentencia. El

infante don Enrique, falto de todo auxilio, por recobrar á su hermano convino en evacuar á Alburquerque, y entrambos infantes pasaron á Portugal, donde se embarcaron para Valencia. Concedióse amnistía al maestre de Alcántara; pero á condicion que renunciase á su dignidad. En su lugar fué elegido su sobrino el comendador.

Don Alonso de Aragon, perdida por entonces la esperanza de mejorar la suerte de sus hermanos en Castilla, determinó volver á Italia, donde su presencia era necesaria por la muerte de Martino V y la elevacion al trono pontificio de Eugenio IV, adicto á la casa de Anjou y enemigo del duque de Milan. Juana, reina de Nápoles, habiendo sido asesinado su valído el senescal Caracciolo, habia dado todo su favor y valimiento á la duquesa de Sesa, que estaba por el aragonés así como los principales señores de aquel reino: pero el de Anjou dominaba en Calabria; y la reina, que tenia necesidad de las fuerzas de don Alonso, recelaba de ellas temiendo siempre darse un señor. En estas circunstancias era mas conveniente para don Alonso la prudencia que el valor. Era preciso vencer sin que sus triunfos diesen motivos de recelo á su madre adoptiva.

Encomendando, pues, el gobierno de Cataluña á su esposa doña María, y el de Aragon y Valencia al rey de Navarra su hermano, dió la vela con armada poderosa: y queriendo presentarse en Italia con algunos trofeos ilustres

de los infieles, pasó á la isla de los Gelves unida al continente del reino de Tunez por medio de un puente, la ganó por asalto, derrotó un egército de moros que quiso disputarle su conquista, y dejando guarnecida la isla navegó por Malta á Sicilia. De allí dió la vela á las aguas de Nápoles, pasó el invierno con su armada entre las islas de Ischia, Prochita y Lipari; sitio á propósito para dar calor á los partidarios que tenia en aquel reino sin despertar recelos en la reina.

Don Duarte, rey de Portugal (1433). Falleció en Lisboa el 14 de agosto don Juan I, rey de Portugal, de edad de 75 años: príncipe feliz, y que debió la felicidad á su valor y á su prudencia. Impidió la reunion de Portugal con Castilla, y fué el segundo fundador de su monarquía, asegurando la independencia de su patria y echando los cimientos del poder marítimo de los portugueses.

En Italia continuaba don Alonso aumentando su influencia por medio de negociaciones con el duque de Milan y con el emperador Segismundo; y aun trató de vencer la obstinacion del pontífice contra él afectando unirse al concilio de Basilea, declarado entonces contra Eugenio IV. A su hermano don Juan, rey de Navarra, encargó que no concluyese el tratado de paz con Castilla hasta haber sido restituido el infante don Enrique en sus estados y dignidades; y que para lograr esto hiciese otras peticiones mas exageradas, como la

de ceder á dicho infante la conquista del reino de Granada. Al mismo tiempo mandó al mismo don Enrique y á su hermano don Pedro que pasasen á Italia á reunirse con él.

Habiendo espirado la tregua con el rey de Granada, hicieron entrada en sus dominios Fernan Alvarez de Toledo, y Fernando de Quesada, comendador de Bedmar. El primero taló varias veces los campos, echó por tierra las atalayas que tenian los granadinos en la frontera, trajo muchos cautivos y ganados, y tomó á Benamaurel y Benzalema. Quesada se apoderó de Solera que tenia muy poca guarnicion.

Conquista de Huescar (1434). La campaña de este año fué mas sangrienta y tuvo resultados mas considerables. Juan Arias de Saavedra, alcaide de Gimena, despues de haber interceptado un convoy de víveres que pasaba de Ronda al Castellar, sabiendo por los prisioneros el mal estado de esta última plaza, la acometió y rindió con el auxilio de gente que le envió el consejo de Jerez. Payo de Ribera hizo entrada por la parte de Alhama y ganó á Iznajar: pero el adelantado Diego de Ribera pereció de un saetazo que le dispararon desde el adarve de Lora, plaza que tenia sitiada muy estrechamente, al acercarse á ella á ajustar la capitulacion. Igual suerte tuvo Juan Fajardo, hijo del adelantado de Murcia, que entrando á talar las mieses de los moros por aquella frontera fué vencido y muerto en un combate.

Pero la empresa mas importante fué la de

Huescar, plaza de mucha consideracion en la frontera del nordeste del reino de Granada. Rodrigo Manrique, comendador de Segura, con un cuerpo de 200 caballos y 600 infantes la acometió á escala vista y la tomó. La guarnicion se retiró al castillo esperando el socorro de Cazbani, alcaide de Baza; el cual, apenas supo la empresa de los cristianos, se presentó con 500 caballos á la vista de la fortaleza. Una puerta de ésta se abrió para recibirlos; pero el valeroso Manrique al frente de diez caballeros rechazó á los que salian á recibir á los de afuera, se apoderó de la puerta, é impidió que entrase el socorro.

Pero Cazbani, que tenia cercano su campamento, recibia continuos refuerzos: por lo cual pidió Rodrigo Manrique que le auxiliasen á los capitanes castellanos de Cazorla y Caravaca. Uno y otro acudieron con la gente de que podian disponer, suficiente para sostener á Manrique en su posicion, mas no para acometer al enemigo esterior. Pero sabedor de que Fernan Alvarez de Toledo venia con la gente de Jaen á marchas dobles, quedándose con la necesaria para observar á los del castillo, envió con las demas tropas á Rodrigo de Perea, adelantado de Cazorla, para pelear con Cazbani.

El encuentro fué terrible, y la batalla duró desde la mañana hasta las dos de la tarde sin que se reconociese ventaja por ninguna parte, confiados los moros en la superioridad del

número, y los cristianos en la del valor y disciplina. Pero á aquella hora empezaron á descubrirse las banderas de Alvarez de Toledo, y los granadinos desmayaron y se pusieron en fuga. Fueron perseguidos por los castellanos, que consiguieron una señalada victoria, é hicieron un gran número de prisioneros. El trofeo principal fué la rendicion del castillo de Huescar, cuyos defensores capitularon salvas las personas, con un vestido cada hombre y dos cada muger.

La alegría de este triunfo y de la adquisicion de una plaza tan importante como Huescar, se templó mucho con la pérdida del maestre de Alcántara don Gutierre de Sotomayor. Hizo entrada por la frontera de Ecija con 800 lanzas con el objeto de sorprender á Archidona; pero descaminado por sus guias ó inhábiles ó pérfidos, se halló cerrado entre montañas cuyas alturas y gargantas ocupaban los moros. Allí pereció toda su gente, escepto él y cien hombres que lograron salvarse sin venganza, porque eran muertos con las saetas y piedras que el enemigo disparaba desde lejos.

Juana de Nápoles, cediendo á su natural inconstancia, abandonó la causa de los aragoneses y volvió á la de los angevinos; y aunque este año falleció sin sucesion Luis, duque de Anjou, nombró por heredero á Renato, hermano del difunto, su sucesor en el ducado. Sin embargo, el rey de Aragon no desconfiaba porque se habia declarado á favor suyo el prínci-

pe de Tarento y otros muchos señores principales del reino.

Sitio de Gaeta: batalla naval de Ponza: batalla de Guadix (1435). A principios de este año falleció la reina de Nápoles, dejando un gran campo de batalla á las dos casas rivales de Anjou y de Aragon. Don Alonso, resuelto á continuar la guerra con vigor, envió un cuerpo de tropas aragonesas y sicilianas á los napolitanos de su partido, con el cual lograron apoderarse de Capua y otras plazas: y él mismo se embarcó en Mecina en una poderosa armada para sitiar á Gaeta por mar y tierra. Acompañáronle sus hermanos don Enrique y don Juan, rey de Navarra, que habia llegado entonces para persuadirle que volviese á España á destruir la prepotencia del condestable de Castilla.

Pero Alonso, menos resuelto que nunca á abandonar la empresa de Nápoles, no atendió á sus representaciones. El infante don Pedro quedó en Sicilia para activar los preparativos de una segunda armada, con la cual debia reunirse á su hermano. El rey desembarcó en la playa de Gaeta, donde se le juntó el egército napolitano, y estrechó tanto el cerco de la ciudad que sus defensores determinaron echar de la plaza todas las bocas inútiles. Aconsejaban á don Alonso que obligase á volver á la plaza los viejos, niños y mugeres arrojados de ella; pero el héroe respondió: *mejor quiero no ser dueño de Gaeta que cobrar renombre de inhumano;*

y acogió y socorrió á aquellos infelices con la mayor benignidad.

Entretanto la fortuna le preparaba una derrota la mas cruel. El duque de Milan, incitado siempre contra don Alonso por la córte de Roma, é indispuesto con él por algunas contestaciones sobre el tratado de alianza que antes habian hecho, no bien cumplido por parte del duque, hizo causa comun con los angevinos, y envió la armada de Génova mandada por Blas Acereto para hacer levantar el sitio de Gaeta. Don Alonso se embarcó con sus hermanos y la principal nobleza que le acompañaba para salir al encuentro á los enemigos. Dióse la batalla junto á la isla de Ponza. Acereto, aunque inferior en número, dirigió todas sus miras contra la capitana del rey: la acometió y rindió: y los demas buques aragoneses bajaron al momento sus pavellones. Los reyes de Aragon y Navarra, el infante don Enrique y gran número de señores españoles, sicilianos y napolitanos quedaron prisioneros.

Esta desgracia fué la verdadera causa del engrandecimiento de Alonso el Magnánimo. Primero mostró cuán justamente llevaba este título respondiendo á Acereto que exigia de su prisionero la entrega de la fortaleza de Ischia: *arrojadme, si quereis, al mar; pero no os entregaré ni una almena.* Despues, conducido á las playas de Génova y desde alli á Milan, supo demostrar al duque con tanta evidencia cuán poco convenia á sus intereses la preponderan-

cia de los angevinos, ni de ningun príncipe francés en Italia, que el duque no solo le dió libertad á él, á sus hermanos y á los que le acompañaban, sino tambien hizo alianza ofensiva y defensiva con él. A fines del año estaba libre don Alonso en Porto Venère esperando la armada de su hermano don Pedro. Este al pasar por junto á Gaeta se apoderó de esta plaza á favor del partido que en ella tenian los aragoneses.

La guerra contra los moros de Granada continuaba. Fernan Alvarez de Toledo, despues de un ataque infructuoso sobre Huelma, avanzó hasta ponerse á vista de Guadix, y dió la tala á sus campos en dos leguas á la redonda, á pesar de un cuerpo de 40000 moros de infantería y mucha caballería que habia en aquella plaza. Los moros salieron á pelear contra él, y hubo una batalla que duró todo el dia, en que perecieron 1500 granadinos, y dejando la victoria á Fernan Alvarez se vieron obligados á volverse á la plaza. De los castellanos no murió ningun hombre de cuenta sino Rodrigo Alvarez de Toledo, tio del general y que llevaba su estandarte. Concluida la tala se volvieron los cristianos á sus cuarteles con muchos despojos.

Espedicion de Gibraltar (1436). Este año se dió tala á los campos de Guadix y de Baza, y como el rey de Granada no tenia fuerzas para defender sus dominios de estas invasiones, muchos pueblos como Velez Blanco, Velez

Rubio, Galera y Castilleja entregaron sus fortalezas al rey de Castilla, y se reconocieron por vasallos suyos. Pero esta ventaja fué compensada con el desgraciado éxito de la empresa que hizo contra Gibraltar don Enrique, conde de Niebla, que mandaba las armas castellanas en la frontera de Sevilla.

Encargó el sitio de la plaza por tierra á su hijo don Juan, y salió del Guadalquivir con las fuerzas navales para atacarla por mar. Llegó á vista de Gibraltar, saltó en tierra con la gente que llevaba; pero los infieles se recogieron dentro de los muros, y no quisieron pelear hasta la hora de la baja marea, en que sería muy dificil á los cristianos volver á sus embarcaciones. En efecto, llegada aquella hora salieron con gran ímpetu y obligaron al enemigo á volverse al mar. La dificultad del embarque, y el deseo que tenia el conde de no dejar á ninguno de los suyos en poder de los infieles, hizo que se pusiese en una barca para sacarlos del riesgo; y fueron tantos los que se metieron en ella que se fué á pique con el conde y toda la gente que llevaba.

El rey don Juan de Navarra, dejando á don Alonso en Porto Venere, pasó á Aragon, y por órden de su hermano hizo un tratado definitivo de paz con el rey de Castilla; pues las negociaciones anteriores no habian producido mas que treguas. Las condiciones principales fueron: que don Enrique, príncipe de Asturias, casaria con doña Blanca, hija del navarro: que

á los infantes don Pedro y don Enrique les serian restituidos sus bienes y dignidades; pero que ni éllos ni el rey de Navarra pudiesen entrar en Castilla sin permiso del rey don Juan.

Apenas llegó la escuadra aragonesa á Porto Venere se embarcó en ella don Alonso, pasó al reino de Nápoles, se apoderó de muchas plazas, é hizo la guerra á los angevinos, llevando siempre lo mejor con el auxilio del duque de Milan su aliado. La adquisicion mas importante que hizo este año fué la plaza de Terracina, de que se apoderó el infante don Pedro; pues aunque pertenecia á los dominios del Papa, era un punto militar muy á propósito para dominar en la frontera del Garellano.

Espedicion de los portugueses á Tanger (1437). El rey de Aragon venció en varios reencuentros las tropas de los angevinos, que auxiliados por el sumo pontífice prolongaron la lid cuanto les fué posible: de modo que don Alonso emprendió sin efecto los sitios de Nápoles y Aversa. La guerra de Granada fué casi nula este año; porque la venida á España del rey de Navarra dió nuevos brios á los enemigos del condestable don Alvaro de Luna. Al frente de éllos estaba el almirante de Castilla, que empezó á salirse de la obediencia del rey don Juan y á levantar tropas.

Don Duarte, rey de Portugal, deseoso de estender sus conquistas en Africa, envió contra Tanger una armada con 14000 hombres de desembarco á las órdenes de los infantes don

Enrique y don Fernando sus hermanos. Sitiada la plaza acudió en su socorro innumerable multitud de infieles, que fueron vencidos y rechazados por los portugueses. Pero en fin llegó el rey de Fez con todas las fuerzas de su reino. Los infantes le esperaron en sus trincheras, y rechazaron dos ataques: el moro, en vez de dar el tercero, se limitó á bloquear los reales y á impedir que les entrasen víveres.

Los infantes, no pudiendo salir á pelear por el corto número de sus tropas, hubieron de capitular que entregarian á Ceuta si se dejaba volver libre el egército á Portugal; y don Fernando quedó en rehenes de la entrega de aquella plaza. Don Enrique consiguió embarcar sus tropas y conducirlas á Ceuta, burlando la intencion del de Fez, que proyectaba acometerlas en el momento del embarque. Sabido el suceso en Portugal, el rey don Duarte deseando libertar á su hermano, no se atrevió sin embargo á entregar á Ceuta sin la anuencia de las córtes; pero éstas determinaron que de ningun modo se entregase aquella plaza, sino que se solicitase la libertad de don Fernando por rescate á dinero. El bárbaro no quiso venir en ello, y el infante, despues de un largo y doloroso cautiverio, falleció agoviado de la miseria y de los trabajos á que le condenaron los moros. Este príncipe, víctima de la religion y de la patria, fué colocado por la Iglesia en el número de los santos.

Don Alonso V, rey de Portugal (1438). Se

activó algun tanto la guerra en la frontera de Granada. Iñigo Lopez de Mendoza, adelantado de Jaen, tomó á Huelma; pero el valiente Rodrigo de Perea, adelantado de Cazorla, engañado por sus espías, y creyendo que no habia moros en su frontera, hizo entrada con 400 caballos. Sorprendido por un cuerpo de 12000 moros, peleó valerosamente hasta morir él y toda su gente, escepto veinte soldados que se escaparon. La victoria costó cara á los infieles; pues perecieron muchos en el combate, y entre éllos su caudillo Aben Zarax, uno de los esforzados capitanes de la morisma.

Don Duarte, rey de Portugal, falleció de una enfermedad contagiosa que affigia su reino. Sucedióle en menor edad su hijo don Alonso bajo la tutela de su madre doña Leonor de Aragon, hermana de Alonso el Magnánimo. Este príncipe, teniendo sitiada la ciudad de Nápoles, despues de haber derrotado delante de esta plaza la armada enemiga, perdió á su hermano el infante don Pedro, que murió herido de una bala de artillería disparada desde la torre del Cármen. Su muerte fué muy sentida tanto por su valor y benignidad como por la corta edad de 27 años en que falleció.

En la campaña siguiente de 1439 perdió el castillo del Ovo de Nápoles, que aunque valientemente defendido por la guarnicion aragonesa, hubo de sucumbir á los esfuerzos de los angevinos; pero resarció esta pérdida con la toma de Castelamar y Salerno. Entretanto es-

talló en Castilla el partido de los malcontentos. El rey de Navarra y el infante don Enrique vinieron á este reino acompañando á la infanta de Navarra, prometida esposa del príncipe don Enrique de Castilla. El navarro se presentó en la córte; pero el maestre de Santiago pasó á reunirse con los del almirante que ocupaban ya á Leon, Valladolid y otras ciudades socolor de mediar entre los malcontentos y el rey. Aunque todo el reino estaba en armas, solo hubo algunas escaramuzas insignificantes en las cercanías de Roa; la guerra era mas bien diplomática: y despues de muchas negociaciones inútiles se celebró un congreso en Castro Nuño en que se ajustó la concordia. La principal condicion fué que el condestable saliese de la córte por seis meses, en cuyo intérvalo no habia de hablar ni escribir al rey ni por sí ni por interpósita persona; y que al rey de Navarra y al infante don Enrique se devolviesen los estados que habian poseido en Castilla, ó sus equivalentes.

Don Alvaro se retiró á Sepúlveda; pero la concordia duró poco: porque el rey de Castilla no quiso admitir en su córte á los infantes de Aragon, incitado á ello por el arzobispo de Sevilla, el obispo de Segovia, Alonso Perez de Vibero y otros oficiales de palacio, que como hechuras de don Alvaro de Luna no podian ni querian transigir con sus enemigos. Ni las cosas de Portugal estaban en mejor estado; porque los portugueses, enemigos de toda domi-

nacion estrangera, llevaban muy á mal el gobierno de la reina madre doña Leonor de Aragon, y empezó á haber turbulencias en el reino. No se calmaron hasta que reunidas las córtes se entregó la regencia del reino al infante don Pedro, hermano del rey difunto don Duarte.

Batalla de Benevento (1440). A principios de este año se pusieron mas encrespadas que nunca las turbulencias de Castilla. Los partidarios de los infantes de Aragon se apoderaron de Avila; el infante don Enrique ocupó á Toledo, habiéndose hecho de su partido Pedro Lopez de Ayala, alcaide mayor de aquella ciudad. Segovia, Zamora, Burgos, Plasencia y Guadalajara estaban en poder de los malcontentos, ó de grandes que solo obedecian al rey en lo que les acomodaba: todo anunciaba el triunfo de la aristocrácia y la caida de la autoridad régia.

Juntáronse córtes en Valladolid, á que acudieron todos los grandes y señores del reino. Habíalas convocado el rey á peticion de los malcontentos, pero solo produjeron nuevas discordias y calamidades; porque el príncipe de Asturias, que solo obedecia á las inspiraciones de don Juan Pacheco, hechura, pero enemigo encubierto del condestable, empezó á ladearse al partido de los malcontentos, y pidió á su padre que separase de palacio á Alonso Perez de Vibero, al doctor Periañez y á Nicolas de Villamizar.

El rey tuvo la debilidad de complacerle. Poco despues se celebraron en Valladolid las bodas del príncipe de Asturias con su prometida espo-

sa doña Blanca de Navarra: mas no pudo consumar este matrimonio; por lo cual la historia le ha conservado el triste y ridículo nombre de Enrique el Impotente. Pidió á su padre que le diese la ciudad de Cáceres ofrecida en el convenio de Castro Nuño: don Juan no pudo hacerlo porque los vecinos de Cáceres no querian ser vasallos sino del rey. El príncipe quejoso se separó de la córte y pasó á Segovia á unirse á los malcontentos.

Don Alonso de Aragon ganó este año una señalada victoria junto á Benevento contra el egército de Renato, duque de Anjou, y aun puede decirse que contra su voluntad propia: pues hallándose muy superior en fuerzas, no queria arriesgar su fortuna al trance de una batalla, y la rehusó: pero los angevinos le acometieron con tanta furia que le fué preciso salir contra éllos, aunque estaba enfermo á la sazon, llevado en unas andas. Animáronse á su vista los suyos, que hasta entonces llevaban lo peor, y rechazaron al enemigo del campo de batalla. Los castillos de Aversa y de Benevento se le rindieron poco despues.

Sorpresa de Medina del Campo (1441). La reina doña María de Aragon, muger de Juan II, se unió al partido de los malcontentos de Castilla, al cual pertenecian ya sus hermanos los infantes de Aragon, y su hijo el príncipe don Enrique. Tanto los de este partido como los del rey don Alvaro corrian las Castillas en todas direcciones y armados; y aunque los encuentros

fueron pocos é insignificantes, pues solo se redujeron al ataque de Maqueda, plaza del condestable, que fué valerosamente defendida, y á algunas escaramuzas y celadas en las cercanías de Toledo y Alcalá de Henares, los pueblos padecian infinito por el contínuo tránsito de gente poderosa y desalmada que, como sucede en las guerras civiles, nada respetaba.

En fin los coligados contra don Alvaro de Luna reunieron todas sus tropas cerca de Medina del Campo, donde á la sazon se hallaba el rey con fuerzas inferiores, por lo cual envió á llamar las que tenia el condestable bajo sus órdenes inmediatas. Servian en las tropas del rey dos caballeros, adictos en secreto á la causa del navarro, y una noche que les tocó estar de centinela en el muro permitieron á las tropas de los malcontentos entrar por aquella parte, de modo que antes de amanecer estaba llena Medina de los hombres de armas enemigos. El rey mandó al condestable y á los suyos que huyesen del peligro que les amenazaba. Hiciéronlo así, y abriéndose paso por entre las filas de los malcontentos, se retiraron á Escalona, donde se hicieron fuertes.

Así quedó el rey don Juan en poder de los enemigos de su autoridad y de su privado. Tratáronle con sumo respeto; pero le obligaron á renunciar por seis años á la compañía de don Alvaro de Luna, que no podria habitar en otra parte que en Riaza ó en San Martin de Valdeiglesias. Todas sus hechuras fueron arrojadas de

la córte; y el poder recayó en manos del de Navarra y del infante don Enrique. El rey don Juan, rodeado perpétuamente de los malcontentos y prisionero de éllos en su mismo palacio, conservó solo una sombra de autoridad. Como recibia con mas placer que á ningun otro de sus enemigos al almirante de Castilla, empezó á temer el ánimo suspicaz del rey de Navarra: pero el conde de Castro, para que no se desaviniesen entre sí los dos campeones de la liga, les aconsejó que se uniesen con los vínculos del parentesco. Blanca, reina de Navarra, habia fallecido este mismo año, dejando encargado á su hijo y heredero el príncipe de Viana don Cárlos que no tomase posesion de la corona sin el beneplácito de su padre don Juan de Aragon: determinacion contraria á las leyes. El ambicioso don Juan no dió nunca este beneplácito, y continuó gobernando el reino como si fuera suyo propio y no de su hijo. Hallándose, pues, viudo en esta ocasion, pasó á segundas nupcias con doña Juana, hija del almirante de Castilla, y asi consolidó el poder de la liga de los malcontentos.

Conquista de Nápoles (1442). Mientras la rama mayor de la dinastía de Borgoña, degenerada en Castilla, con un rey débil é incapaz, y un hijo desnaturalizado, anunciaba ya su próxima ruina, la rama menor, representada por Alonso el Magnánimo, se cubria de laureles en Italia, conquistaba un reino y hacia respetables en aquel centro de la cristiandad las armas y la política española.

Alonso V despues de haber derrotado un egército que el Papa, siempre adicto á los angevinos, enviaba en socorro de Renato, se apoderó de Masa, Puzol, Sorrento y otras plazas de la tierra de Labor, y puso sitio á Nápoles por mar y por tierra, de modo que empezó á sentirse grande escasez en tan populosa ciudad. Supo de unos prisioneros que se hicieron en una salida de un acueducto que desde la poblacion tenia salida al campo, y era el mismo que sirvió al célebre Belisario para tomar á Nápoles nueve siglos ántes. Los aragoneses se introdugeron por él en número de 250 hombres: mientras don Alonso daba el asalto general á la plaza desembocaron en lo interior de ella, y se apoderaron de una torre, en que se hicieron fuertes. Sorprendidos los enemigos con este ataque inesperado, acudieron á aquel punto mientras el rey abierta brecha en la muralla, penetró en la ciudad y se hizo dueño de ella. Poco despues se le entregaron los castillos. Las demas plazas del reino las acometió y rindió ya por sí, ya por medio de sus lugartenientes, y quedó pacífico poseedor del trono que tantos afanes y campañas le habia costado, haciendo admirar á la Europa asi su valor como su política ilustrada y perseverante que supo en medio de tantos enemigos ganar á los unos, neutralizar á los otros, y rendir con las armas á los que se ostinaban contra él.

El cautiverio del rey de Castilla no restituyó la paz á esta monarquía infeliz. Los in-

fantes de Aragon persiguieron á todos los amigos del condestable: en las montañas de Burgos hubo grandes alborotos y levantamientos de gentes sobre la posesion de Liébana que se disputaban el conde de Castañeda é Iñigo Lopez de Mendoza, señor de Hita: Juan Ramirez, comendador mayor del órden de Calatrava, habiéndose esparcido la voz de que el maestre de dicho órden, viejo y enfermo, habia fallecido, en vez de solicitar la eleccion legal, emprendió, auxiliado por las tropas del infante don Enrique, apoderarse de los lugares del maestrazgo: bien que fue vencido y hecho prisionero en un sangriento combate por Fernando de Padilla, clavero de la órden y lugarteniente del maestre.

El rey le pidió el preso; pero Padilla no quiso entregarlo, alegando las inmunidades de su profesion. Al mismo rey don Juan le costaba mucho trabajo ser admitido en algunas plazas: en otras se despreciaba enteramente su autoridad. La anarquía feudal, reprimida ya en otras partes de Europa, levantaba triunfante su cabeza en Castilla, donde nunca fuera muy poderosa.

Al año siguiente 1443 se movieron bandos civiles en Sevilla entre el conde de Niebla y el señor de Ayamonte sobre la pretension de este último señorío, que el de Niebla decia pertenecerle, y queria recobrarlo por las armas: habia tambien discordias civiles en Baeza. Para sosegar esta parte del reino envió el rey al infante don Enrique al Andalucía. Don Enrique fácil-

mente reprimió los alborotos con su autoridad y con sus armas, pero quitó los pocos gobernadores que habia adictos á la córte y puso otros de su devocion; de modo que vino á ser el verdadero rey de aquellos paises, escepto en Sevilla, que el conde de Niebla conservó siempre fiel á la autoridad real.

En este intermedio falleció el maestre de Calatrava, y la órden eligió por sucesor á don Fernando de Padilla; pero el rey de Navarra queria aquella dignidad para su hijo natural don Alonso, y su hermano el infante don Enrique pasó de Andalucía y puso sitio á Calatrava, donde Padilla se defendió con valor; pero una piedra disparada por un escudero suyo á los contrarios, le dió á él por casualidad y le dejó muerto. Quitado este obstáculo se entregó Calatrava, y don Enrique pasó á Andalucía á apoderarse de algunos lugares de la órden que estaban á devocion de don Juan Ramirez de Guzman. Este comendador, que recobró su libertad despues de la muerte del maestre, aunque amigo del infante don Enrique, no renunciaba enteramente á su pretension del maestrazgo.

En Vizcaya se amotinó el pueblo contra los señores, derribó sus casas, y cercó en Salvatierra á don Pedro Lopez de Ayala: pero acudió en su socorro el conde de Haro con 500 lanzas y 4000 infantes, hizo grande destrozo en aquel egército sin órden, y obligó á los restantes á huir. En la córte el rey don Juan era casi prisionero: constituyéronse guardas de vista suyos don Enrique

Enriquez, hermano del almirante, y Ruy Diaz de Mendoza, que no le dejaban sino en las horas de comer y dormir. Tanto era el recelo del rey de Navarra, motivado del cariño del rey á don Alvaro de Luna; cariño que manifestaba en todas las ocasiones que se ofrecia. El príncipe de Asturias, incitado por su suegro y por el almirante, contribuyó á aumentar los pesares de su padre, exigiendo que fuesen presos Alonso Perez de Vibero y otros tres que eran hechuras del condestable. Juan II, muy á su pesar, se vió obligado á obedecer.

Alonso de Aragon, asegurado en el reino de Nápoles, hizo jurár por heredero suyo en aquel trono á su hijo natural don Fernando, habido en una noble señora aragonesa. La córte de Roma, que siempre habia sido su enemiga, viéndole tan poderoso, le dió la investidura del reino, y legitimó á don Fernando para que pudiese sucederle. Entónces tenia el Pontífice necesidad de don Alonso, porque Francisco Esforcia, hijo del que habia sido condestable de Juana II de Nápoles, primer general, y despues yerno del duque de Milan, se habia apoderado de muchas plazas de la Marca de Ancona, pertenecientes al Papa, y algunas del Abruzo, pertenecientes al rey de Nápoles. Alonso V en premio de la investidura concedida emprendió la guerra á favor de Roma contra Francisco Esforcia, y conquistó este año mucha parte de la Marca.

Libertad del rey de Castilla (1444). En la campaña siguiente continuó con vigor y felici-

dad la guerra contra Francisco Esforcia auxiliado de las tropas pontificias. Para asegurar mas el trono que acababa de fundar, casó á su hijo don Fernando con Isabel de Claramonte, sobrina del príncipe de Tarento, y asi ligó á la familia real una de las casas mas poderosas del reino de Nápoles.

En Castilla se verificó una grande revolucion debida á un hombre que hasta entonces habia tenido muy poca influencia en los negocios públicos. Don Lope Barrientos, obispo de Avila, que habia sido ayo del príncipe de Asturias, compadecido de la suerte infeliz del rey y del reino, demostró con tanta energía á don Juan Pacheco, privado del príncipe, cuán vergonzoso era que el heredero del trono tuviese á su padre en una triste esclavitud por complacer á un príncipe estrangero como era el rey de Navarra; y á malcontentos ambiciosos, que Pacheco conmovido determinó aplicar todas las fuerzas del príncipe don Enrique á la libertad del rey. El príncipe adoptó fácilmente los sentimientos de su valído, no teniendo ninguno que le fuese propio.

El primer paso necesario fué la reconciliacion que se hizo muy en secreto entre el condestable y el príncipe: porque el uno sin el otro nada podian contra el de Navarra, que tenia fuerzas muy considerables en el reino. Empezó el príncipe á reunir todas las suyas, deslumbrando mientras pudo á su suegro, y diciendo que juntaba aquel egército contra el condesta-

ble: pero cuando ya hubo reunido 1500 lanzas, se quitó la máscara, y manifestó la resolucion de poner en libertad á su padre, á quien don Juan de Navarra tenia poco menos que preso en la fortaleza de Portillo. Las tropas del navarro y del príncipe se dieron vista en Pampliega, pero siendo casi iguales en fuerza no se atrevieron á acometerse, y solo hubo una pequeña escaramuza en que quedaron vencedores los del príncipe.

Mientras el rey de Navarra se hallaba al frente de los suyos, el rey don Juan salió de Portillo con pretesto de cazar, acompañado como siempre del conde de Castro y de los parciales de éste; y llegando hasta Mojados, donde residia el cardenal de Cervántes, quiso desayunarse en su posada. Apenas estuvo dentro de ella, la cercó gente armada de Valladolid avisada de antemano por el cardenal, y en número bastante para que el conde de Castro no pudiese emprender ninguna resistencia. El rey, despues de haberle mandado que se volviese á Portillo con los suyos, pasó á Valladolid, y despues á Dueñas, donde se le reunieron el príncipe su hijo, el condestable y los demas señores de su partido.

La libertad del rey fué el golpe mortal para la faccion de los infantes. Apenas se supo en ambas Castillas concurrieron á ponerse á sus órdenes todos los señores con sus mesnadas, escepto los que eran caudillos de los malcontentos como el almirante y el duque de Benavente. El rey de Navarra, viendo el súbito aumento de

las fuerzas del rey, no se creyó seguro en Castilla y se pasó á su reino. Todas las plazas que estaban por él, escepto Briones, Bilorado y Atienza, abrieron sus puertas al rey. El infante don Enrique, que entonces tenia puesto sitio á Sevilla para obligarla á someterse al gobernador que le queria dar, cuando supo los sucesos de Castilla, levantó el cerco para buscar su seguridad. Los sevillanos le persiguieron, lastimaron su retaguardia, le quitaron los bagages y volvieron á la obediencia del rey las plazas de Andalucía. El infante llegó á Toledo: pero ya el condestable habia entrado con grueso egército en Castilla la Nueva, y hubo de huir á Murcia, dejando en poder de don Alvaro todas las plazas del maestrazgo de Santiago y demas pueblos que ántes habia ocupado en el reino de Toledo y en la Mancha. Así recobró el rey á costa de muy poca sangre el territorio de su reino, y lo que es mas su autoridad ignominiosamente vilipendiada durante el tiempo que estuvo en poder del navarro.

Batalla de Olmedo (1445). A principios de este año falleció doña Leonor, reina viuda de Portugal, que se habia refugiado en Castilla huyendo del ódio de los portugueses, y su hermana doña María, reina de Castilla. La malevolencia atribuyó la muerte de estas dos princesas á veneno que les hizo dar el condestable: mas no hay documento alguno que lo pruebe: y este crímen atroz, á ser cierto, no se hubiera omitido en el manifiesto que publicó despues el

rey don Juan para justificar el suplicio de don Alvaro de Luna.

El rey don Juan de Navarra volvió á entrar en Castilla con 400 lanzas y 600 infantes para sostener sus derechos y el partido de su hermano don Enrique, que hacia la guerra en Murcia, y que apenas supo la llegada del navarro, atravesó la Mancha y se juntó con él en el reino de Toledo. Las fuerzas del rey y del condestable dieron vista á las de los infantes en las orillas del Henares. Pero el de Navarra para juntarse mas pronto con las tropas que le traian de Leon y Galicia el almirante, los condes de Benavente y de Castro, Pedro de Quiñones y otros gefes de su faccion, abandonó su puesto, pasó á Olmedo, que le abrió sus puertas, se reunió con las tropas que esperaba, y esperó á pie firme el egército del rey, que no tardó en llegar.

Despues de algunos dias de inaccion, que se emplearon en negociaciones inútiles, sucedió que el príncipe don Enrique paseándose una mañana con un trozo de caballería, llegó hasta las murallas de Olmedo. Los enemigos enviaron contra él mayor número de lanzas, y hubo de refugiarse al real de su padre. Este insulto hecho al heredero de la corona irritó de tal manera al rey que mandó sacar su pendon al campo y dar la señal de la batalla. Los enemigos salieron en buen órden contra él y se empeñó la accion. Decidió la victoria un ataque del maestre de Alcántara que acababa de llegar al campo del rey con 600 lanzas: desordenado el enemigo huyó

en todas direcciones. Solo murieron en el combate 37 hombres, y se hicieron mas de 200 prisioneros, entre éllos algunos de los principales caudillos de la faccion.

El de Navarra y su hermano don Enrique, que salió herido en una mano, no se detuvieron hasta llegar á Daroca. Allí se gangrenó la herida del infante, mal cuidada hasta entonces, de cuyas resultas murió este hombre célebre por su valor y buenas prendas de caballero, echadas á mal por su ambicion, por su espíritu faccioso y su imprudente empeño en someter á su voluntad y á sus intereses la autoridad del rey.

La batalla de Olmedo pudo haber emancipado al rey don Juan, y hacer que reinase tranquilamente en sus estados: pero la conducta de su hijo el príncipe de Asturias malogró estas esperanzas. Don Juan Pacheco que le dirigia, viéndose ya libre del partido de los malcontentos, le aconsejó manifestarse desavenido con su padre para no volver otra vez á sufrir el yugo de don Alvaro de Luna. En vano el rey le dió á Cáceres, á Jaen y otros pueblos para sosegarle, y nombró á Pacheco marques de Villena: en vano por contentarle perdonó al almirante, al de Benavente y á otros de la faccion de los malcontentos: don Enrique continuó siempre ligado con éllos, renovó sus antiguas conexiones con el rey de Navarra, ganó á muchos señores, que aunque siempre fieles al rey, miraban en él el sol naciente, ó aborrecian el poder de don Alvaro; y no pocas veces amenazó á Castilla con una

guerra civil mas impía y funesta que la primera.

El rey de Navarra por su parte buscaba enemigos á Castilla, y aunque los navarros y aragoneses no quisieron nunca auxiliarle con su influjo como rey de los primeros y gobernador de los segundos en nombre de su hermano Alonso V, á favor de Atienza y algunas otras plazas que conservaba en Castilla, no dejaba de continuar una guerra sorda en las fronteras. Al mismo tiempo se coligó con el rey de Granada para que éste hiciese guerra á Juan II; y las plazas de Benamaurel, Huéscar, Velez el Blanco, Velez el Rubió, conquistadas por los castellanos ántes de la guerra civil, cayeron en poder de los moros en las campañas de 1446 y siguientes, con gran mengua del príncipe don Enrique, á quien pertenecia la defensa de la frontera como señor de Jaen. Pero su sistema era entonces disolver la monarquía para desacreditar el gobierno de su padre, y con el pretesto de su ciega obediencia á don Alvaro de Luna quitarle la corona.

Don Alvaro de Luna por su parte hizo en esta época todo lo necesario para labrar su ruina. Irritado por su anterior desgracia, confiado en la fortuna que le habia vuelto á elevar, habiendo llegado ya á aquella edad en que los hombres no se corrigen de sus vicios, desplegó un orgullo y una avaricia que llegó á hacerse odiosa á sus amigos y al rey mismo. No contento con la dignidad de condestable ni con tantos estados como poseia, solicitó y obtuvo el maes-

trazgo de Santiago. Al rey, ya viudo, y que deseaba pasar á segundas nupcias con una hija de Carlos VII, rey de Francia, le obligó á casar con Isabel, hija del infante don Juan de Portugal, cuyo enlace habia contratado él mismo con el regente de Portugal sin dar noticia al rey de la negociacion. Juan II cedió, y el matrimonio se verificó en 1447: pero el rey no dejó de decir á sus amigos: "el maestre ha traido á Castilla á quien quizá le echará de ella."

En efecto, doña Isabel, jóven y hermosa, no tardó en ser dueña de la voluntad de su esposo, y por consiguiente en declararse enemiga de don Álvaro, mucho mas cuando éste, poniendo el colmo á su imprudencia, quiso arreglar, con el pretesto de cuidar de la salud del rey, no solo sus comidas, sino tambien las ocasiones en que habia de acercarse á su muger. Don Álvaro tenia razon, como demostró la esperiencia, pero era indecencia y atrevimiento entender en materias tan íntimas de la manera despótica que él lo hacia. Asi llegó á hacerse odioso al mismo monarca á quien dominaba, y que sufria ya con impaciencia su yugo.

En 1448 hubo un ajuste entre el rey y su hijo don Enrique, en el cual fueron sacrificados y presos algunos señores de una y otra parcialidad. El ódio de este golpe de estado recayó todo sobre el maestre, que era lo que solicitaba Pacheco en aquella transaccion, y los grandes que quedaron libres empezaron á confederarse entre sí para libertarse de la arbitrariedad, prin-

cipalmente el conde de Plasencia, que aunque siempre fiel á la causa del rey, vivia sospechoso del maestre por las insinuaciones de Alonso Perez de Vibero, amigo y hechura de don Alvaro, y que habia sufrido mucho por su causa durante la guerra civil: pero apenas conoció que iba enfriándose la voluntad del rey para con el privado, se unió con los enemigos de éste, y trabajó secretamente en su ruina.

Don Alvaro sin embargo no cesaba de dar muestras del valor intrépido que tanto habia contribuido á la victoria de Olmedo. Manifestólo en 1446 en la toma de Atienza, que estaba por el rey de Navarra, aunque no pudo apoderarse del castillo, y en 1449 en el sitio de Toledo, que se habia levantado contra el rey, y en la defensa de Cuenca amenazada por el navarro. En este último año perdió á su grande amigo y protector el infante don Pedro, regente de Portugal. El rey don Alonso V, habiendo llegado á su mayor edad, receloso del poder que afectaba el regente, le obligó á recelar tambien y á buscar medios de defensa. Don Pedro, despues de haberse encastillado en Coimbra, confiado en el amor que le tenian los de Lisboa, se dirigió con alguna gente á esta ciudad. Salióle al encuentro con la suya el rey su sobrino y yerno. Vinieron á las manos, y don Pedro fué vencido y muerto.

Guerra civil de Navarra: batalla de Aybar: combate de los Alporchones (1452). El rey de Castilla irritado de la guerra que no cesaba de hacerle el de Navarra en las fronteras de este

reino y del de Aragon, y de la intestina y civil que sus partidarios, señaladamente el almirante su suegro, promovian con frecuencia en las tierras de que eran señores, haciendo robos y muertes en las comarcanas, juntó un grueso egército, y acompañado de su hijo penetró en Navarra y puso sitio á Estella en 1451. Don Carlos, príncipe de Viana y gobernador por su padre, que estaba entonces en Aragon, del reino donde solo él tenia derecho de mandar, no quiso que los navarros fuesen víctima de las pretensiones de su padre en Castilla, y celebró un convenio, en virtud del cual se aseguró la neutralidad con Navarra, y el de Castilla levantó el cerco de Estella y se retiró á su reino.

Llevó muy á mal este convenio el rey de Navarra, deseoso de que toda España se armase en defensa de su causa, y el príncipe don Carlos que hasta entonces, como hijo sumiso, no habia dado oidos á los que le incitaban á tomar el título de rey que le correspondia, movido de los males que acarrearia á Navarra la guerra con Castilla, resolvió defender su tratado. Habia desde tiempos anteriores envegecida enemistad entre los Beamonteses y Agramonteses, familias muy ilustres. Era á la sazon caudillo de la primera parcialidad don Luis de Beamont, que favorecia al príncipe, y de la segunda don Felipe de Navarra, que estaba por el rey. Los ánimos enconados por las antiguas discordias y exaltados con las nuevas pretensiones llegaron al estremo de la guerra civil.

En 1452 puso el príncipe don Carlos su campamento en Aybar, y pidió socorro al rey de Castilla, que le envió algunas tropas de caballería. El rey de Navarra, sabedor de estos acontecimientos, juntó en Aragon toda la gente que pudo y marchó contra su hijo. La batalla se dió en los campos de Aybar con todo el furor que caracteriza las guerras civiles. El rey se vió en gran peligro acosado por la gente del príncipe: pero su hijo natural don Alonso de Aragon acometió con 30 lanzas el flanco enemigo, lo rompió y desordenó, é hizo prisionero á su hermano don Carlos. El rey mandó encerrarle en el castillo de Tafalla. Esta batalla se dió el 23 de octubre.

A principios del mismo año se rindió al rey la plaza de Palenzuela, sitiada desde el año anterior, y que servia á don Alonso Enriquez, hermano del almirante, como de punto de apoyo para hostilizar los paises vecinos. Esta fué la última accion de guerra en que se halló don Alvaro de Luna. En una de las surtidas de la guarnicion corrió mucho riesgo y peleó valerosamente. Acudieron los suyos y le salvaron: mas no sin haber recibido una herida en un brazo. Poco despues se puso el príncipe de Castilla sobre Briones, plaza que se conservaba todavia por el rey de Navarra, y la rindió por capitulacion.

Este año empezaron los cristianos á recobrar en Andalucía su antigua superioridad contra los moros, y á vengar las derrotas de las campañas precedentes. Don Juan Ponce de Leon, conde

de Arcos, destrozó junto á Mataparda un cuerpo de granadinos que habia entrado por Ronda y Setenil á estragar la tierra de aquel condado. Pero mas señalada fué la derrota que dió Alonso Fajardo, alcaide de Lorca, á Abdilbar, esforzado capitan granadino, que reunido con los alcaides de Almería, Guadix, Baza, Vera y otras fortalezas menores, hizo entrada por los campos de Lorca y Cartagena. Fajardo, habiendo recibido un refuerzo considerable de Murcia y de otros pueblos vecinos, salió de Lorca en busca de los enemigos, los encontró junto á los Alporchones, los rompió en tres ataques sucesivos que les dió, y los puso en fuga. Quedaron en el campo de batalla 800 muertos y 200 heridos, entre éllos muchos moros de cuenta. De los cristianos solo perecieron 40. Siguióse el alcance, y en él cayeron prisioneros muchos granadinos. La presa de ganado se recobró; pero no la de 50 cautivos cristianos que llevaban, á los cuales dieron muerte antes de comenzar la accion. La alegría de esta victoria se turbó con la pérdida de Villacarrillo, fortaleza del reino de Jaen, que los moros rindieron por asalto, en el cual murieron 60 vecinos. El pueblo fué saqueado y quemado, y la poblacion en número de 1500 personas llevada en cautiverio.

Prision y suplicio de don Alvaro de Luna (1453). En fin, la suerte de este valido, atacado por la grandeza, vendido por su antiguo amigo Vibero, y no defendido ya por el rey, se decidió. Hallábase la córte en Burgos; y don Al-

varo, siempre receloso, tenia mucha gente de armas á su lado. El rey don Juan, movido por las instancias reiteradas de la reina y de los cortesanos, determinó prenderle: y no atreviéndose á hacerlo por sí mismo, encargó la faccion al conde de Plasencia, enemigo mortal del privado. Éste que se hallaba enfermo de la gota en Bejar, envió en su lugar á su hijo y heredero don Alvaro de Zúñiga, que partió inmediatamente con gente armada á Curiel. Entretanto el rey en una conversacion que tuvo con el maestre trató de convencerle de la necesidad de retirarse de la córte para dar vado al furor de sus enemigos: mas don Alvaro, en vez de seguir este consejo, apenas volvió á su alojamiento mandó arrojar desde lo alto de la casa á Alonso Vibero, que aunque traidor á su confianza vivia aun á su lado: y cuya perfidia era ya conocida del maestre. Echóse voz de que habia caido por casualidad; pero nadie lo creyó.

Este acto de venganza atroz afirmó al rey, indeciso todavía, en la resolucion de perder al maestre, y dió órden á Zúñiga de pasar con su tropa á Burgos. Zúñiga, tomando muchas precauciones en su marcha para no ser encontrado por los batidores del maestre que corrian la campaña, entró con su gente en Burgos el 2 de abril á las 11 de la noche. Alojóse en la fortaleza: reunió tropa armada de la ciudad hasta el número de 200 hombres, y el 4 al amanecer fué sitiada la posada del maestre á los gritos de *Castilla y libertad del rey.*

Don Alvaro de Luna parecia prepararse á la defensa, y Zúñiga como jóven ardiente y apasionado deseaba acometerle; pero el rey lo impidió, y envió á decir á su antiguo amigo que se diese preso; y le escribió de su puño y sellado con su sello un salvoconducto de que no recibiria daño *contra justicia* en su persona, ni en sus bienes ni en sus dignidades. El maestre obedeció; y despues de preso quiso hablar al rey; pero don Juan le envió á decir: "cuando por consejo vuestro mandé prender á Pedro Manrique me digísteis vos mismo que nunca viese ni hablase á una persona presa por mi órden." Admirable documento contra el maquiabelismo de los consejeros: cuyos malos dictámenes son espadas de dos filos que hieren tambien, llegada la ocasion, al mismo que las usa.

El maestre fué llevado á Valladolid, y desde esta ciudad á la fortaleza de Portillo, mientras el rey ocupaba sus estados y se apoderaba de sus tesoros. Fulminóse contra él una especie de sumaria, en virtud de la cual se le condenó á muerte sin justificar los hechos y sin oirle: simulacro de justicia con que se enmascaró el rencor para perderle. Fué trasladado á Valladolid, donde subió al cadahalso con valor y entereza cristiana y caballerosa. Fué degollado, y su cabeza puesta en una escarpia.

Así falleció este insigne varon, víctima del ódio y de la envidia. Su ascendiente sobre el rey, de que se han buscado varias esplicaciones, no procedia de otra causa que de la superiori-

dad del talento y del carácter. Reinó en nombre de Juan II, y á él debió este príncipe la libertad del cautiverio en que le tuvo el infante de Aragon don Enrique, los dias de gloria y esplendor que gozó su reinado en la espedicion de Granada y batalla de la Higuera, y las ventajas que obtuvo la corona sobre los infantes de Aragon y los malcontentos del reino en la accion de Olmedo. El sistema político de don Alvaro de Luna fué el mismo que despues desplegaron en España el cardenal Cisneros, y en Francia el de Richelieu, á saber, libertar el trono y la patria de la prepotencia turbulenta de los grandes. Hasta cierto punto lo consiguió, demostrando á los reyes futuros que les bastaba querer para someter la nobleza. Pereció en esta empresa quizá por su ambicion. Si contento con el título y dignidad de condestable no hubiese acumulado en sí, en sus hijos y sus parientes tantos estados: si despues de la muerte del infante don Enrique no hubiese ambicionado y obtenido el maestrazgo de Santiago: si contento con una noble medianía no hubiese aspirado á fundar una gran casa semejante á aquellas cuya prepotencia trataba de destruir, no hubiera dado pábulo á la envidia, ni inspirado temor al rey, que tantas precauciones tomó para prenderle: y el temor de un monarca es mortal para el que lo excita. Ademas don Alvaro de Luna era propenso al enojo, y en los arrebatos de esta pasion cometia acciones, como la muerte de Vibero, que aumentaban la odiosidad contra él.

Pero ninguno de estos defectos basta á disculpar á Juan II del crímen, injusticia y aun falta de decoro con que procedió contra su privado. Fué vergonzoso en él no haberse podido libertar del yugo en que le tenia don Alvaro sino arrojándole del mundo. Este yugo era saludable para el mismo don Juan: pues apenas le faltó, se entregó á los desórdenes de la mesa, á los placeres del amor que le brindaba una esposa jóven, bella y amada, y falleció al año siguiente de una calentura maligna á los 49 años de edad y 47 de reinado. Su cadáver depositado en el convento de San Pablo de Valladolid fué sepultado despues en la Cartuja de Miraflores cerca de Burgos.

De su primera esposa doña María de Aragon, hija de Fernando el Honesto, tuvo las infantas doña Catalina y doña Leonor, que fallecieron de corta edad; al príncipe don Enrique, que le sucedió en el reino con el nombre de Enrique IV, y otra infanta llamada doña María, de la cual nada se sabe sino que falleció en mayor edad y fué sepultada en el convento de agustinos de Dueñas. De doña Isabel de Portugal, su segunda muger, tuvo á la Infanta doña Isabel, que tan gloriosamente reinó despues con el nombre de Isabel la Católica, y al infante don Alonso que murió jóven y sin sucesion.

El reinado turbulento de Juan II fué sin embargo notable por los progresos del lenguage, de la poesía y de los conocimientos. Cibdad Real, Fernan Perez de Guzman, y Mosen Diego

de Valera escribieron una prosa mas libre y menos grosera que la de los siglos anteriores. Juan II gustaba de la poesía, y aún se conservan algunos versos suyos. Este arte, pues, fué apreciado en la córte; y Juan de Mena, el Ennio de nuestros poetas, no solo dió valentía y animacion al pensamiento, sino formó ademas el atrevido proyecto de crear un lenguage particular para la poesía como le tuvieron los griegos. Jorge Manrique, el marques de Santillana y otros señores de aquel reinado, tan feroces en el campo de batalla, tan facciosos y turbulentos en la esfera de la ambicion, lo olvidaban todo en el seno de las musas, y pulian y perfeccionaban el idioma con sus composiciones. Todo anunciaba ya el renacimiento de la ilustracion en Europa; cuyo primer impulso fué dado por la toma de Constantinopla por los turcos y la emigracion de los literatos griegos á Italia. Aquel grande y triste suceso se verificó el mismo año de 1453 en que pereció don Alvaro de Luna.

CAPÍTULO XLV.

Enrique IV el Impotente.

Enrique IV el Impotente, rey de Castilla y de Leon. Don Juan II, rey de Aragon y de Navarra: conquista de Alcázar. Espedicion de don Enrique á Navarra: principios de la guerra civil de Cataluña. Batalla del Madroño: conquista de Archidona y Gibraltar: sitio de Gerona: batalla de Rubenat: toma de Balaguer y de Tarragona. Bandos de Castilla: sitio de Lerida. Segunda batalla de Olmedo. Conquista de Arcilla y Tanger: restauracion de Gerona y del Ampurdan. Sitio de Perpiñan.

Enrique IV *el Impotente, rey de Castilla y de Leon* (1454). Muerto el rey don Juan II subió al trono Enrique IV; príncipe en quien no resplandeció ninguna virtud ó siquiera prenda de hombre, de caballero ni de rey. Su aspecto, sin ser deforme, era desagradable; y lo hacia mucho mas su desaseo en el vestir, sumamente notable en una córte como la de Castilla donde la belleza del trage era una de las galas de los caballeros. Su trato era desapacible y uraño, como el de hombre que no se reconocia con

prendas suficientes para hacerse amar; mucho mas habiendo sido la caza su perpetuo entretenimiento.

Su impotencia física es todavía un problema histórico; pero su incapacidad moral é intelectual no lo es. Ni en los negocios públicos ni en los de su casa tuvo ideas ni sentimientos propios, sino los que le inspiraban sus valídos, que á su advenimiento al trono eran el marques de Villena, su anterior Mentor, y el maestre de Calatrava. Parecia negado á los afectos mas dulces ó mas vehementes de la naturaleza. Fué mal hijo, y tuvo esclavizado á su padre sin remordimiento: contribuyó despues á su libertad sin gloria: perturbó el reino en los últimos años de Juan II sin miras políticas: porque todo esto fué hecho en obsequio del de Villena, á quien solo guiaban los intereses de su engrandecimiento personal.

Sin embargo el primer acto de su reinado fué muy útil á Castilla, porque á los valídos acomodaba entrar á mandar en una monarquía sosegada. La concordia con Aragon se hizo bajo las condiciones siguientes: que el rey de Navarra, su hijo don Alonso de Aragon, y su sobrino don Enrique, hijo del infante del mismo nombre, no poseyesen nada en Castilla ni pudiesen venir á este reino, dándoles indemnizaciones pecuniarias: que al almirante y demas señores castellanos del partido del navarro se les restituyesen sus estados, y que sobre las diferencias del rey de Navarra con el príncipe de Via-

na su hijo se decidiese en un congreso que se celebraria en Agreda.

El rey don Juan de Navarra llevó muy á mal este convenio; pero fuéle preciso acceder á él, ya porque así lo queria la reina de Aragon, y aun era la voluntad espresa de Alonso el Magnánimo, que habia establecido en Italia el teatro esclusivo de su política, ya porque los negocios de Navarra, cuya corona temia perder, no le permitian atender á los de Castilla, ya en fin porque toda reconciliacion entre él y el rey don Enrique era imposible. En efecto, este príncipe antes de morir su padre habia interpuesto ante la autoridad eclesiástica demanda de nulidad de su matrimonio con Blanca de Navarra por motivo de impotencia relativa. La sentencia fue favorable á sus deseos: y la infeliz princesa hubo de volver á la casa de su padre el rey don Juan, donde la aguardaban nuevos infortunios, despues de haber consumido inútilmente en la córte de Castilla sus años mas floridos. Don Enrique determinó pasar á segundas nupcias con doña Juana, infanta de Portugal y hermana del rey Alonso V: envió embajadores á pedirla, y su demanda fué aceptada por el portugues á pesar de la fama que corria de su impotencia.

Don Enrique, viendo sosegado su reino y hallándose al frente de un egército poderoso, determinó hacer entrada en el reino de Granada. En la primavera de 1455 taló las vegas de la capital, de Archidona y de Málaga: pasó á Córdoba á recibir á su nueva esposa doña Juana de

Portugal, y concluidas las fiestas de las bodas, volvió á entrar en la vega de Granada, y la taló de nuevo. En esta ocasion dió muestras de su valor personal en una escaramuza, esponiéndose á riesgo de ser muerto: pues una saeta disparada desde el muro de Moclin le dió en un estrivo.

Acaso el sistema de hacer la guerra por medio de talas era á propósito para destruir los recursos de Granada en caso de ponerla sitio; pero se repitió en las dos campañas siguientes: y los que entendian algo del arte militar se indignaban de ver fatigarse las tropas en una guerra de latrocinio, sin emprender nada que fuese glorioso ni aumentase las fuerzas de Castilla: pues las únicas conquistas que se hicieron en esta guerra fueron las de Estepona y Fuengirola, plaza la una desierta y la otra con muy poca guarnicion. Al fin en 1457 se hicieron paces entre Castilla y Granada con las siguientes condiciones: que el moro pagaria cada año 12000 doblas, y entregaria 600 cautivos cristianos: y que la frontera de Jaen quedaria esceptuada de la paz.

En este mismo año emprendieron los cristianos de Murcia la guerra contra Alonso Fajardo: el cual, aunque de una familia tan noble y valerosa, se habia levantado con las plazas de Lorca, Alhama, Mula y otras que se le habian dado en tenencia; auxiliado por los moros de Granada, hacia estragos en los lugares del rey, y vendia en Granada mismo los ganados y cautivos de toda edad y sexo que cogia en sus escursiones. Este latrocinio habia comenzado en los últimos

años del reinado de Juan II, sin haber sido posible reprimirlo hasta el presente: en el cual, hecha la paz con Granada, pudieron reunirse en Murcia bastantes fuerzas para apoderarse de Albacete, derrotar á Fajardo junto á Molina, recibir á composicion la plaza de Alhama, y entrar por fuerza de armas la de Lietor. Alonso Fajardo, viéndose ya sin medios de defensa, entregó á Lorca al año siguiente, y fué perdonado.

Ya en esta época era grande el disgusto de los magnates de Castilla por la conducta del rey. Ocupábase casi esclusivamente en la caza, y dejaba el manejo de los negocios á sus ministros, siempre elegidos en familias oscuras ó pobres con el objeto, decia, de oponerlos á la soberbia de los grandes. En la campaña de 1456 dejó á su egército en la vega de Málaga por pasar á Ceuta, plaza de los portugueses, con el objeto de hacer una cacería de leones: mas no pudo lograr este placer por las tropas de moros que se presentaron hácia las montañas. Dejaba hacer cuanto querian á los moros que militaban en sus banderas. Uno de éllos robó á una jóven de Sevilla: el padre de élla se quejó al rey, y éste le amenazó que le mandaria azotar por no haber tenido cuidado con su hija.

Los nuevos ministros, atentos á hacer en breve tiempo su fortuna, no se curaban del buen gobierno, y la justicia era muy mal administrada. El rey, á pesar de su fama de impotente, tenia mancebas; y una de ellas llamada doña Guiomar de Castro, dama de la reina,

se atrevió con las alas que la daba su amante á desobedecerla. La reina la tomó de los cabellos, la echó en el suelo, y le dió muchos golpes en la cabeza con un chapin. El reinado de don Juan habia sido turbulento : el de su hijo fué indecoroso y ridículo.

El marques de Villena y el maestre de Calatrava se vieron algunas veces en peligro de perder la gracia del rey; pero siempre volvian á ella, porque eran el único punto de contacto entre él y los grandes : pues Miguel Lucas, á quien hizo condestable, envileciendo esta dignidad sin ennoblecerlo á él, don Beltran de la Cueva, su mayordomo mayor, y el arzobispo de Sevilla, que no se avergonzaba de hacer su córte á doña Guiomar, eran personages harto despreciables por su nacimiento ó por sus costumbres para hombrearse con los altivos magnates de Castilla.

Ni era mas sabio don Enrique en su política esterior que en el gobierno de su reino. Despues de la batalla de Aybar el príncipe don Cárlos de Viana fué puesto en libertad por mediacion de las córtes de Zaragoza, que miraban como injusta la persecucion que le movia su padre por retener el cetro de Navarra que no era suyo: mas no por eso se acabaron las desavenencias entre los dos, ni las hostilidades entre Beamonteses y Agramonteses que desolaban á Navarra. Don Enrique de Castilla envió al marques de Villena para que ofreciese su mediacion ; pero nada hizo sino procurar ganar para sí el afecto de don

Juan de Navarra en el caso probable de caer de la gracia de su soberano.

La infanta doña Blanca de Navarra, cuando volvió á este reino despedida de Castilla, incurrió en la indignacion de su padre por haberse adherido á la justa causa de su hèrmano Cárlos: y don Juan, hombre de pasiones vehementes y perversas, formó desde entonces el proyecto de dar la herencia de aquella corona á su hija doña Leonor, casada con el conde de Foix en perjuicio de sus hermanos mayores Cárlos y Blanca. El conde de Foix, alentado con tan altas esperanzas, auxilió al rey su suegro con todas sus tropas: lo que hizo descaecer mucho en Navarra el partido de los Beamonteses. El príncipe don Cárlos perdió en 1457 casi todas las plazas que estaban por él, salió del reino, y pasó á París y despues á Nápoles á quejarse á su tio Alonso el Magnánimo de la injusticia de su padre. Enrique de Castilla, creyendo arruinado para siempre al príncipe de Viana, trató de ganar la amistad del navarro para que no favoreciese á los grandes de su reino que se manifestaban descontentos de su gobierno, y él mismo tuvo vistas con él en la raya del Ebro, y trataron de ajustar concordia entre sí casando á Isabel y á Alonso, infantes de Castilla, hermanos del rey don Enrique, con Fernando y Juana, hijos del navarro, de su segundo matrimonio con doña Juana Enriquez. Pero esta amistad, contraria á los intereses de Castilla, que consistian entonces en reprimir la ambicion de don Juan, fué de muy corta duracion.

Don Juan II, rey de Aragon y de Navarra: conquista de Alcázar (1458). Este año falleció Alonso el Magnánimo, uno de los héroes mas ilustres y de los estadistas mas capaces que ha producido España. Su prudencia y habilidad en las negociaciones era igual á su valor en los combates. Su política consistió siempre en la perseverancia y en la fidelidad inalterable á sus aliados. Por ella fué en cierta manera árbitro de la Italia desde la conquista de Nápoles, y logró pacificarla despues de tres siglos de contínuas guerras que produjo en aquel pais el establecimiento de la casa de Anjou.

Como no dejó sucesion de su esposa doña María de Castilla, sus estados hereditarios de Aragon, Mallórca, Cerdeña y Sicilia pasaron á su hermano don Juan, rey de Navarra, que tomó el título de Juan II, y dejó el reino de Nápoles, que él habia ganado aunque con el oro y la sangre de los aragoneses, á su hijo natural don Fernando. Cárlos, príncipe de Viana, que se hallaba á la sazon en su córte, hubo de salir de ella por no dar sospechas al nuevo rey que temia los derechos de un individuo legítimo de la familia de Aragon; y se refugió en Sicilia, desde donde, hecha concordia con su padre, pasó á Mallorca y despues al continente.

En Castilla no se gozaba tranquilidad en parte alguna. Ademas de las entradas frecuentes y recíprocas de los moros y cristianos por la frontera de Jaen, hubo en Galicia una guerra feudal entre el conde de Trastamara y don Rodrigo

de Luna, arzobispo de Santiago, desacreditado por sus vicios. Otra en Castilla entre el conde de Paredes don Rodrigo Manrique y la condesa viuda de Treviño sobre la tutoría de don Pedro Manrique, hijo de ésta. El rey intervino, y despues de algunas hostilidades, se puso la diferencia en tela de justicia. Al mismo tiempo disgustó el rey soberanamente á toda la grandeza por su empeño en casar á su condestable Miguel Lucas, hombre nuevo y sin mas recomendacion que el favor, con doña Teresa Solier, de la casa de Haro, una de las mas altivas y poderosas de Castilla. Solicitó tambien hacer donaciones de estados á sus favoritos; pero no se verificaban, porque las villas y lugares se negaban ostinadamente á ser enagenadas de la corona, en lo cual tenian á su favor las leyes.

Ya en estos tiempos habian estendido los portugueses su navegacion, comercio y conquistas á lo largo de la costa de Africa hasta el golfo de Guinea. Deseoso Alonso V, rey de Portugal, de hacer guerra á los mahometanos fronterizos de Ceuta, pasó con poderoso egército y armada á esta plaza, y emprendió el sitio de Alcázar de Ceguer, que se le rindió despues de valerosa resistencia. Volvióse á Lisboa, dejando en su nueva conquista buena guarnicion, y por gobernador á Duarte de Meneses. Este héroe se inmortalizó defendiendo á Alcázar contra el rey de Fez, que con todas sus fuerzas la tuvo sitiada este año y el siguiente, hasta que cansado de la invencible resistencia de los portugueses, hubo

de levantar el cerco despues de haber sufrido en el inmensas pérdidas.

En 1459 mandó el rey de Castilla degollar en Medina del Campo á Alonso de Córdoba, cuyo único delito era galantear á doña Catalina de Sandoval, dama de don Enrique. A ella la hizo abadesa en un monasterio, arrojando violentamente á la que lo era: y mandando que no se observase el entredicho puesto por el arzobispo de Toledo para reprimir aquellos escándalos. Al mismo tiempo se apoderó de Guadalajara, perteneciente al marques de Santillana, y quitó a Juan de Luna, pariente del condestable don Alvaro, las plazas de Ayllon y San Esteban de Gormaz, restos que quedaban á la familia de aquel célebre privado de su inmensa fortuna. Empeñóse tambien en casár á Beltran de la Cueva, el mas querido de sus cortesanos, con doña Beatriz de Ribera, de la familia nobilísima del mismo nombre en Andalucía: mas no lo pudo conseguir: y para casarle con una hija del marques de Santillana hubo de restituir á éste la tenencia de Guadalajara.

El rey don Juan de Aragon, sin atencion alguna al convenio celebrado con don Enrique, se coligó contra él con los grandes de Castilla, á cuyo frente estaban el arzobispo de Toledo y el almirante, y que ya habian presentado al rey un memorial pidiéndole que remediase los males de la monarquía. Don Enrique lo recibió con enojo, y para buscar apoyo contra el de Aragon, ofreció al príncipe de Viana la mano de su her-

mana Isabel y su proteccion para que recobrase el reino de Navarra. Cárlos de Viana no cesaba de importunar á su padre para que se le jurase príncipe heredero del reino de Aragon en las córtes que se iban á celebrar. Don Juan que le aborrecia porque le miraba como una viviente acusacion del título de rey de Navarra que él llevaba, le mandó venir á Lérida, le arrestó y le envió preso al castillo de Aytona, de donde le trasladó al año siguiente al de Zaragoza. Esta prision se verificó en 1460. Este año sufrió Meneses un nuevo sitio en Alcazar, y lo sostuvo con el mismo valor y felicidad que los dos anteriores.

Espedicion de don Enrique á Navarra: principios de la guerra civil de Cataluña (1461). La prision del príncipe don Cárlos, acto de violencia y arbitrariedad, le produjo á don Juan de Aragon dos guerras, una con don Enrique de Castilla, y otra con los catalanes que idolatraban al príncipe, cuyos infortunios y virtudes habian ganado los corazones de todos los de la corona de Aragon.

Don Enrique dejando á su muger la reina doña Juana, declarada ya en cinta, en Aranda de Duero, y para acompañarla á don Beltran de la Cueva, á quien con razon ó sin ella se atribuia generalmente aquel embarazo, pasó á Logroño cuando sus tropas se habian apoderado de San Adrian, Azagra, Andosilla y otros lugares de Navarra. El rey, ocupados san Vicente y Arcos, puso sitio á Viana, y aunque valien-

temente defendida por su gobernador don Pedro de Peralta, hubo de rendirse por capitulacion habiéndosele acabado los víveres.

Esta guerra no daba mucho cuidado al rey de Aragon: porque el marques de Villena y el maestre de Calatrava, principales consejeros del rey, estaban en secreta inteligencia con don Juan y con el partido del almirante. En efecto, movieron á don Enrique á que emprendiese el sitio de Lerin, plaza muy fuerte y muy bien guarnecida. El rey lo emprendió, y como se habia previsto tuvo que levantarlo con mengua de su reputacion. Volvióse á Castilla, y el conde de Foix entrando con sus tropas en Navarra, recobró algunos de los lugares ocupados por los castellanos.

Mas no fué tan fácil á don Juan neutralizar los catalanes. Estos le enviaron diputados, así como los aragoneses y valencianos, pidiéndole que pusiese en libertad al príncipe. En vez de hacerlo le envió desde Zaragoza al castillo de Morella: pero cuando supo que en Barcelona se habia tremolado la bandera de la diputacion; que todo el principado estaba sobre las armas; y que ya la vanguardia del egército catalan que venia en demanda de su príncipe habia penetrado en Fraga, mudó de dictámen, y encargó á su muger doña Juana que sacase al preso de Morella, le llevase á Barcelona, é hiciese concordia con los catalanes bajo las mejores condiciones que pudiese.

Los catalanes recibieron al príncipe con las

mayores demostraciones de regocijo: mas no permitieron á su madrastra entrar en Barcelona. Pidieron que se le jurase inmediatamente heredero del principado: que se le nombrase lugarteniente de Cataluña durante la vida del rey don Juan: y que éste no pudiese entrar nunca en aquella provincia. Condiciones duras, pero que las circunstancias obligaron al rey de Aragon á aceptarlas.

El príncipe don Cárlos gozó poco tiempo de su felicidad. Una calentura maligna le arrebató al amor de los pueblos. Creyóse que habia muerto de veneno, preparado por un médico de órden de su madrastra. ¡Desdichados los reyes de quienes pueden creerse semejantes atrocidades! Habiendo fallecido don Cárlos sin sucesion legítima, pues nunca se casó, fué jurado sin dificultad heredero de Aragon y Sicilia don Fernando, hijo del rey y de su segunda muger: mas los catalanes no quisieron consentir en que don Juan volviese á gobernarlos temerosos de lo que habian hecho á favor de su hijo. La herencia de Navarra pertenecia ciertamente á la infanta doña Blanca, hermana mayor de don Cárlos: pero don Juan la aborrecia tanto como aborreció á este malogrado príncipe, y deseaba dejar esta corona á doña Leonor, hermana menor de Blanca, y á su marido el conde de Foix. En esta cuestion intervinieron como mediadores Enrique de Castilla y Luis XI, rey de Francia.

Batalla del Madroño: conquista de Archi-

dona y Gibraltar: sitio de Gerona: batalla de Rubenat: toma de Balaguer y de Tarragona (1462). El rey don Juan decidió esta cuestion llevándose al otro lado de los Pirineos á su hija Blanca, y entregándola en manos de su rival y hermana doña Leonor, que mandó encerrarla en la fortaleza de Ortez. En vano la infeliz princesa invocó en su auxilio los derechos de su madre y las armas de don Enrique de Castilla, á quien nombró por sucesor suyo en el reino de Navarra, en atencion, decia, á los socorros que habia suministrado al príncipe don Cárlos. Blanca falleció en la prision dos años despues ó abandonada por el peso de sus infortunios, ó del veneno que segun muchos historiadores le mandó dar su hermana. La reina de Castilla dió á luz una infanta que fué jurada princesa de Asturias. Llamábase Juana: el vulgo y los parciales del arzobispo de Toledo, ostinados en creerla hija de don Beltran de la Cueva, le dieron el inmundo nombre de *la Beltraneja.*

La tregua con los moros estaba para concluir. Ismael, rey de Granada, envió á su hijo Abul Hacen con 2500 caballos y 10000 infantes á hacer entrada en las tierras de Estepa y Osuna, é hicieron grande presa en ellas. El conde de Cabra y don Rodrigo Ponce, hijo del de Arcos, aunque solo pudieron juntar 300 caballos y 600 infantes, se apostaron en el paso del rio Yeguas junto á la atalaya del Madroño para cortar la retirada al enemigo, y apenas

llegó le acometieron con tanta intrepidez, sin reparar en el número, que le obligaron á volver la espalda dejando en el campo de batalla 1500 muertos, muchos heridos y prisioneros, y tódo el ganado que llevaban, el cual se volvió á sus querencias. Otra entrada que hicieron los moros por tierra de Écija no fué mas feliz. Salió contra éllos Martin Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, los ahuyentó con gran pérdida y les quitó la presa.

Don Miguel Lucas, condestable de Castilla, que aunque hombre nuevo poseia las prendas de valiente soldado y hábil capitan, hizo dos entradas desde Jaen: en la primera taló los campos de Cambil y Alabar: en la segunda penetró por el puerto del Celemin, esguazó el rio Alhama; pasando de noche sin ser sentido por cerca de Guadix y Baza, penetró en el territorio de Cenete, lo devastó, revolvió sobre la vega de Guadix, hizo lo mismo en élla, y se volvió á Jaen con inmensos despojos. Al mismo tiempo don Pedro Giron, maestre de Calatrava, se apoderó de la importante plaza de Archidona, que los moros rindieron por avenencia.

El vulgo de Granada, indignado de tantas calamidades, se quejó á su rey Ismael y al gobierno de que por no entregar las parias que debia á Castilla resultaban aquellos daños. El rey les envió á decir que los Abencerrages, familia muy poderosa, recogian las parias y no las pagaban. El tumulto respondió que *¿por qué no los castigaba?* El rey pidió que le auxi-

liasen para ello, á lo que se ofrecieron los tumultuados.

Ismael mandó llamar á los mas principales Abencerrages como para consultarlos acerca de la guerra, y conforme iban entrando en la Alhambra eran degollados por gente apostada. Mahomet, gefe principal de la tribu, y los demas Abencerrages que tuvieron noticia de esta maldad, se refugiaron á Málaga, y llamaron á todos sus amigos y valedores para que se reuniesen con éllos. Gran parte de la guarnicion de Gibraltar que se componia de Abencerrages y de sus aliados concurrió á Málaga: lo que sabido por Alonso de los Arcos, gobernador de Tarifa, sitió aquella plaza y la dió un asalto en que fué rechazado: pero acudiendo sucesivamente Rodrigo Ponce con su tropa y los consejos de Jerez y Sevilla, los pocos defensores que quedaban á Gibraltar hubieron de entregarse salvas las personas y los bienes. Así esta plaza, ante la cual consumió inútilmente Alonso XI tanta sangre, tantos tesoros y su misma vida, volvió á muy poca costa al poder del rey de Castilla. La campaña se concluyó con otra entrada que hicieron en el reino de Granada el condestable y el maestre de Calatrava, en la cual atravesando la vega de Granada llegaron hasta el territorio de Almuñecar, y se volvieron por la misma vega á Jaen con grandes y ricos despojos.

Entretanto los catalanes resueltos á no volver al poder de don Juan de Aragon levantaron

el estandarte de la rebelion, y enviaron embajadores al rey don Enrique de Castilla reconociéndose por vasallos suyos. La reina de Aragon doña Juana que estaba con su hijo don Fernando en Barcelona, salió con él de esta ciudad y se refugió á Gerona, donde fué sitiada por el conde de Pallars, general de la insurreccion catalana. El rey don Juan que habia reunido ya su egército en Aragon, marchó en defensa de su esposa. Lérida le cerró las puertas: pero Balaguer que quiso hacer lo mismo fué entrada por asalto. Mas no pudo penetrar hasta Gerona para libertar á su esposa é hijo.

Don Juan habia hecho un convenio con Luis XI, rey de Francia, en virtud del cual este príncipe debia darle 700 lanzas, recibiendo por prenda de la paga de su sueldo los condados de Rosellon y Cerdania. Las tropas francesas estuvieron prontas en esta época; y el conde de Foix que las acompañaba con los suyos, penetró por el Rosellon en Cataluña, y obligó al conde de Pallars á levantar el sitio de Gerona. Entonces penetraron franceses, aragoneses y gascones en el principado, y lograron una manifiesta superioridad sobre los catalanes. La guerra ardia en todos los puntos de esta provincia. La accion de armas mas notable que hubo fué la batalla de Rubenat, en que los aragoneses acometieron al enemigo atrincherado, y no pudieron forzarle en su campo sino despues de tres ataques infructuosos. Pero

de los catalanes pocos escaparon de muertos ó prisioneros. Despues entró el rey don Juan por asalto en Villafranca del Panadés, y tomó por capitulacion á Tarragona.

En ésta época empezaron á entrar fuerzas castellanas en el principado. Don Enrique aceptó la oferta que le hacian los catalanes, á pesar de que sus consejeros, ganados por el rey de Aragon, ó convencidos de la inutilidad de la empresa, pues de nada podia servir á Castilla la posesion de Cataluña sin la de Aragon ó Valencia, fueron de contrario dictámen. Con este auxilio recobraron los catalanes la superioridad. Villafranca volvió á declararse por éllos, y Cruillas reunido con Mendoza, general castellano, sitió segunda vez á Gerona: pero defendida valerosamente por Rocaberti hubieron de levantar el cerco.

El auxilio del rey de Castilla duro poco. El arzobispo de Toledo y el marques de Villena persuadieron facilmente á don Enrique, hombre sin carácter ni instruccion, que admitiese la mediacion del rey de Francia que se ofrecia á ser juez árbitro en las desavenencias entre Castilla y Aragon. Enrique tuvo la debilidad de enviar aquellos dos consejeros parciales manifiestos de don Juan para que defendiesen su causa ante Luis XI. La sentencia compromisaria de éste se dió el 23 de abril de 1463. Sus principales condiciones fueron que el de Castilla retirase sus fuerzas de Cataluña y no prestase auxilio á los rebeldes, y que se le die-

se la plaza y merindad de Estella en resarcimiento de los gastos que habia hecho para defender la causa del difunto príncipe don Cárlos.

Enrique cumplió la sentencia. Don Juan de Aragon la aceptó: pero en virtud de sus órdenes secretas entró don Pedro de Peralta con fuerte guarnicion en aquella plaza, alegando que no era lícito al rey don Juan enagenarla de la corona de Navarra. El rey de Castilla penetró en aquel reino hasta Lerin: pero viendo que Estella era muy fuerte y no podria tomarla á fuerza de armas, se volvió desairado á Castilla; y juguete á un mismo tiempo del artificio de sus enemigos y de la traicion de sus consejeros hubo de contentarse con la miserable compensacion á que se avino el rey don Juan cediendo á Monjardin, Dicastillo, Lárraga y otros lugares de la raya de Aragon que se disputaban las dos coronas. Desde entonces miró don Enrique con ceño al marques de Villena y le separó de los negocios: y el marques por su parte se confederó con los grandes de Castilla resuelto á evitar que hiciese con él Enrique IV lo que Juan II habia hecho con don Alvaro de Luna.

Los catalanes privados de los socorros de Castilla perdieron este año las plazas de Urgel, Solsona y Cervera, y se vieron obligados á levantar por tercera vez el sitio de Gerona. Resueltos á admitir el dominio de cualquier príncipe que no fuese el rey don Juan, ofrecieron el principado á don Pedro, infante de

Portugal, hijo del príncipe del mismo nombre que fué regente en la menor edad de Alonso V, el cual sin dar parte á su rey aceptó la propuesta, y pasó con algunas tropas á Cataluña.

Bandos de Castilla: sitio de Lérida (1464). Ya la confederacion de los grandes de Castilla habia tomado cuerpo y tenia una bandera: á saber, la exheredacion de la princesa doña Juana, reputada por ilegítima á causa de la impotencia, verdadera ó supuesta, de su padre, y la proclamacion del infante don Alonso, hermano del rey, por príncipe de Asturias. El egército de la confederacion se reunia en Villacastin: y el marques de Villena hizo tres tentativas, una en Madrid, otra en Segovia, otra en el convento de san Pedro de las Dueñas, situado entre Villacastin y Segovia, con pretesto de una entrevista, para apoderarse de la persona del rey, que escapó de estos peligros avisado á tiempo.

Entonces se quitaron la máscara, y reuniéndose en Burgos, cuyo alcaide era el conde de Plasencia, uno de los principales de la liga, hicieron juramento y pleito homenage de no desistir de su empresa hasta que don Alonso fuese jurado príncipe heredero. Al mismo tiempo se confederaron con el rey de Aragon, siempre dispuesto á aprovecharse de las disensiones de Castilla.

El astuto marques de Villena resuelto á engañar hasta el fin á don Enrique, suponiéndose mediador entre él y sus vasallos rebelados, le

propuso como un medio de conseguir la paz que fuese don Alonso declarado legítimo heredero: pero con la obligacion de casar con la princesa doña Juana. Don Enrique, tímido, incapaz de sentimientos enérgicos, y sometido siempre al ascendiente del marques, transigió con su deshonor, y entregó en manos de sus enemigos al infante don Alonso.

La guerra de Cataluña continuaba con vario suceso, pero siempre mas favorable al rey don Juan que á los catalanes. Estos no pudieron tomar á Gerona, acometida por la cuarta vez; y don Juan, habiendo asentado sus reales junto á Lérida, la sitió tan estrechamente que no socorrida por los de Barcelona se rindió á los 38 dias de cerco. El infante don Pedro, nuevo señor de los catalanes, afectaba un predominio que los alhagaba muy poco: y algunos de los caballeros mas poderosos del principado hicieron su paz separada con el rey y se pasaron á su servicio.

En la campaña siguiente de 1465 se apoderó el rey don Juan de la plaza de Cervera despues de un sitio largo y porfiado, durante el cual hizo muchos esfuerzos el infante don Pedro de Portugal para introducir socorros en la plaza; pero siempre fué rechazado con pérdida. En la primera de estas espediciones en que don Pedro llevaba 500 caballos y 2000 infantes, hizo sus primeras armas el príncipe don Fernando de Aragon, que le salió al encuentro en Calaf, y le derrotó con pérdida de muchos

prisioneros, entre ellos algunos caballeros de cuenta.

En tanto daba la liga de Castilla un grande escándalo al mundo. Prevaliéndose de la debilidad del rey, que pasó por todo, hasta por quitar á su favorito Beltran de la Cueva el maestrazgo de Santiago que le habia dado, quisieron en fin reducirle al vano título de rey y apoderarse de toda la autoridad. No pudiendo don Enrique consentir en ello se reunieron en Avila, le destronaron en estatua, y proclamaron rey al infante don Alonso: mas no por eso cesó la correspondencia secreta entre don Enrique y el marques de Villena; porque don Enrique no creia que hubiese esperanzas de paz sino en el influjo de aquel intrigante, y Pacheco no queria que ninguno de los dos partidos triunfase definitivamente, sino que uno y otro tuviesen necesidad de él.

La farsa de Avila fué la señal de la guerra civil. Los hombres ambiciosos y turbulentos variaban de partido segun sus pasiones ó intereses: los amigos de cumplir sus obligaciones, como las ilustres familias de Toledo, Mendoza y Velasco, se adhirieron á la causa del rey, aunque siempre disgustados por el influjo que tenia el de Villena en sus determinaciones y por la debilidad ó inepcia de su carácter, generalmente reconocida. Las ciudades se dividieron tambien segun el partido que seguian los prohombres de ellas. Todo era confusion y desórden. Las treguas y convenios que de cuando

en cuando se hacian aumentaban las calamidades: porque las tropas licenciadas se convertian en cuadrillas de ladrones: y para libertarse de éllas los pueblos formaron *hermandades* entre sí con magistrados particulares y fuerza armada que prendian y castigaban á los malhechores. El imperio de la ley habia cesado: solo se reconocia el de la fuerza: pero como ninguno de los dos partidos tenia la suficiente para lograr el triunfo definitivo, los males se perpetuaban sin esperanza alguna de remedio.

Al año siguiente se mejoró algun tanto el partido del rey. La ciudad de Valladolid se declaró por él, y Alonso de Monroy, clavero de la órden de Alcántara y enemigo personal de su maestre que era de la liga, despues de haberle derrotado en varios encuentros, se apoderó de Coria y la redujo á la obediencia de don Enrique. El condestable Miguel Lucas, fielmente adherido á su monarca, y que siempre residia en Jaen, quitó varios pueblos á los partidarios de don Alonso. Ademas la córte de Roma, cuyo influjo era todavía muy grande en la cristiandad, y mayor en España, señaladamente en el clero, se decidió por la causa del rey.

El marques de Villena, temiendo que don Enrique tomase una superioridad contraria á sus intereses, propuso al rey el matrimonio de la infanta doña Isabel con el maestre de Calatrava. Este era hermano de Pacheco, y uno y otro sobrinos del arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo, alma de la liga: y la esperanza de

acabar con ella pudo mas en el ánimo del rey que toda consideracion del decoro debido á su augusta sangre.

Doña Isabel, cuya prudencia era superior á su edad, aficionada por la fama al príncipe don Fernando de Aragon, primer marido que su hermano quiso darle, habiéndole propuesto despues el casamiento con don Alonso, rey de Portugal, respondió: que *las personas de su clase no casaban sin el consentimiento de los grandes del reino.* Pero en esta ocasion vió tan empeñado á don Enrique que no pudo oponer mas resistencia que la de sus lágrimas. Ya el maestre de Calatrava estaba en camino para Madrid, en donde le acometió una fiebre maligna de que murió dentro de pocos dias. El de Villena, el arzobispo de Toledo, los Acuñas, los Carrillos y todos los individuos de aquellas poderosas familias que venian á reunirse con don Enrique, sabida la noticia se volvieron á don Alonso; el cual se vió obligado á recibirlos porque sin éllos nada era. A tal grado de envilecimiento habia llegado la dignidad real: y tanta era la perversidad y corrupcion de aquel siglo. La guerra civil continuó mezclada con propuestas de congresos que se celebraban y en que nada se decidia.

La de Cataluña era mas franca. Don Juan de Aragon tomó á Amposta y Tortosa, plazas muy fuertes y baluartes de la insurreccion. Don Pedro de Portugal falleció este año, y los catalanes eligieron por príncipe á Ranerio, duque

de Anjou, cuyo hijo Juan se preparó á venir á Barcelona con un cuerpo considerable de tropas. La armada de los catalanes navegó á Provenza para recibirlas: pero en el camino la alcanzó la aragonesa, la derrotó, y sus restos se refugiaron en Marsella.

Segunda batalla de Olmedo (1467). Pero el príncipe Juan halló medios para entrar en Cataluña por el Rosellon con sus tropas, ocupó el Ampurdan y sitió á Gerona. Obligado á levantar el cerco por las fuerzas superiores que trajo en socorro de la plaza el príncipe don Fernando de Aragon, entró en Barcelona, donde juró conservar los privilegios de los catalanes, y recibió en nombre de su padre el vasallage de la provincia.

No fué dificil al marques de Villena lograr que el infante don Alonso, maestre de Santiago despues del desestimiento de don Beltran de la Cueva, renunciase á esta dignidad para dársela á él: pero necesitaba de la confirmacion del rey, y no tardó en presentársele una ocasion oportuna para conseguirla.

Los partidarios del infante se apoderaron por inteligencia de la plaza de Olmedo, y espertecharon á Medina del Campo que estaba por el rey. Don Enrique salió con su egército á socorrerla; y al pasar por Olmedo le salieron al encuentro los enemigos y se trabó una batalla que duró tres horas: pero no fué decisiva como la que en el mismo campo ganara don Alvaro de Luna á los partidarios de los infantes de

Aragon. La pérdida fué casi de 300 hombres entre muertos y prisioneros por cada una de las partes. Don Enrique llegó á Medina del Campo, y unos y otros se atribuyeron la victoria.

Pero en esta época empezó á descaecer el partido del rey, por lo menos en Castilla: porque en Estremadura y en el reino de Jaen le sostenian valerosamente Alonso de Monroy que se apoderó de Cáceres, y el condestable. Valladolid cayó en poder del almirante: el infante don Alonso se apoderó de Segovia á pesar de la resistencia de los habitantes, bien que el castillo donde estaban los tesoros del rey se le conservó fiel. Don Alonso encontró en el palacio de aquella ciudad á su hermana doña Isabel, y no volvió á separarse de élla hasta su muerte. El rey sabida la sorpresa de Segovia intentó por su parte sorprender á Olmedo: pero apenas salió de Medina la guarnicion de la fortaleza que estaba por el infante, se apoderó de la ciudad.

Cansado de tantos disgustos se presentó mas que nunca dispuesto á la paz. El de Villena que solo esperaba esta ocasion, le propuso un nuevo congreso que se celebró en Segovia; y se vieron con admiracion y escándalo los dos reyes competidores habitando pacíficamente en una misma ciudad, don Enrique en el castillo, y don Alonso en el palacio. Ambos tenian el título de monarcas, y ninguno la autoridad. Mientras habia esperanzas de paz pidió al rey el marques de Villena que le confirmase la dignidad que ya tenia de maestre de Santiago, y

don Enrique vino en ello facilmente. Cuando el ambicioso privado hubo logrado lo que queria, empezaron á ser mas duras las condiciones del convenio. Exigióse del rey que abandonase la fortaleza de Segovia, transfiriendo á Madrid el tesoro y joyas que en ella tenia, y que se entregase en depósito al nuevo maestre: tambien se sometió á esto don Enrique con asombro y disgusto de todos sus partidarios; y á pesar de tan gran sacrificio no pudo conseguir la paz: hasta que al año siguiente de 1468 falleció repentinamente su hermano en el lugar de Cardeñoso, distante dos leguas de Avila, á la edad de 15 años: príncipe desgraciado por haber servido de pretesto á los hombres ambiciosos para perturbar y afligir la monarquía.

Los de la liga quisieron hacer instrumento de su ambicion á la infanta doña Isabel, y la propusieron despues de la muerte de don Alonso jurarla por reina; pero esta jóven, que habia recibido de la naturaleza el instinto del gobierno, conociendo que todo desacato contra la persona del rey cederia en desdoro de la misma corona, declaró que no empuñaria el cetro viviendo su hermano don Enrique: y solo aceptó ser jurada heredera suya, suponiendo cierta, como entonces se suponia generalmente, la impotencia absoluta del rey, é ilegítimo por consiguiente el nacimiento de la infanta doña Juana.

Esta resolucion heróica hizo variar las miras de los confederados. El arzobispo de Tole-

do se adhirió á doña Isabel y aprobó su determinacion: el marques de Villena, que no esperaba con una muger de aquel temple agitar de nuevo la patria para lograr acrecentamientos en su fortuna, trató de conservar lo que tenia volviendo á la córte y al favor de don Enrique, que no le fué dificil recobrar. La necesidad general de todos era la paz; y no tardó en hacerse. El rey tuvo vistas con su hermana en los Toros de Guisando, y se publicó el convenio, cuyas principales condiciones fueron las siguientes: que la infanta doña Isabel fuese jurada heredera del reino, y que se le diesen las ciudades de Avila y Ubeda, y las villas de Medina del Campo, Olmedo, Escalona y Molina: que no pudiera casarse sin el consentimiento del rey, y que la infanta doña Juana y su madre fuesen enviadas á Portugal.

Esta última condicion no se cumplió: porque el marques de Santillana, que tenia en Buitrago á la infanta doña Juana como en rehenes de que el rey no aceptaria la paz contra los intereses de la casa de Mendoza, tuvo medios de sacar á su madre la reina de Castilla de Alaejos donde residia, y reunirla con su hija, declarándose protector de una y otra. Tampoco se verificó la anterior condicion; porque el arzobispo de Toledo, contemplando cuán grande monarquía podria formarse reuniendo los reinos de Aragon, Castilla y Sicilia, auxiliado tambien por los deseos de la princesa Isa-

bel, promovió su matrimonio con el príncipe don Fernando de Aragon.

Este enlace, que daba tantas fuerzas á la monarquía, disgustaba por lo mismo al marques de Villena acostumbrado á engrandecerse á costa de la autoridad real, y persuadió al fácil é inepto don Enrique que se opusiese á este casamiento. A pesar de esto se verificó el 25 de octubre de 1469 en Valladolid, á donde concurrió don Fernando, ya rey de Sicilia, cuyo cetro le habia cedido su padre don Juan, y doña Isabel, acompañada del arzobispo de Toledo y de todos los señores de su partido, mientras el rey estaba en Andalucía para pacificar aquella provincia.

Apenas supo don Enrique el casamiento de su hermana, se apartó del convenio de los Toros de Guisando, y declaró heredera del trono á la princesa doña Juana á instigacion del de Villena, que hizo entonces las paces no solo con el condestable don Miguel Lucas, su antiguo amigo, sino con don Beltran de la Cueva, su perpetuo rival, á quien el rey habia hecho duque de Alburquerque en resarcimiento del maestrazgo de Santiago. Asi, pues, se temia una nueva guerra civil: pero aunque hubo grandes desórdenes en todas las provincias, la prudencia de doña Isabel evitó muchos males templando el enojo de su hermano, á quien escribió declarándole que no tendria nunca vasallos mas sumisos que á élla y á su esposo; pero recordándole al mismo tiempo la obliga-

cion de cumplir las condiciones del convenio de Guisando.

La guerra de Cataluña continuaba con alguna desventaja para los aragoneses; porque Luis XI, rey de Francia, cuando hubo consolidado su poder en el Rosellon, en vez de auxiliar al rey de Aragon, envió tropas que se unieron á las de Juan de Anjou, y ocuparon á Besalú. Al mismo tiempo se apoderaron los catalanes por inteligencia de la importante plaza de Gerona.

Abul Hacen, que habia sucedido á su padre Ismael en el trono de Granada, deseando aprovecharse de las disensiones de los castellanos, envió un cuerpo de 900 caballos y 3000 infantes que hizo entrada en el reino de Jaen, taló la campiña de Quesada, y puso cerco á esta villa. Lope Vazquez de Acuña, gobernador de Cazorla, salió contra éllos con 100 caballos y 400 infantes: y habiendo dejado pasar por unos desfiladeros 1000 infantes y 300 caballos que iban á saquear los campos vecinos, dió sobre ellos por la espalda, y los derrotó tan completamente que hizo prisionera toda la caballería y 500 infantes, ádemas de los cadáveres que dejaron en el campo de batalla. Ganóse esta accion en 1469.

Las desavenencias entre el rey y su hermana, aunque no llegaron á un rompimiento declarado, pusieron en combustion todo el reino por la licencia que se tomaron los grandes y poderosos de decidir por las armas sus enojos

é intereses particulares. Peleábase á un mismo tiempo en el reino de Sevilla, en Córdoba, en Estremadura, en Toledo, y en casi todas las ciudades de Castilla divididas en bandos que, socolor de seguir los unos la causa del rey, y los otros la de doña Isabel, solo pugnaban por adquirir poder y estados unos y otros. La mas notable y larga de estas guerras fué la de Sevilla, en la cual se disputaban la supremacía de la provincia el duque de Medina Sidonia, que era dueño de la capital, y el marques de Cádiz, hijo del conde de Arcos, y que entonces trataba de casar, como despues lo hizo, con una hija del de Villena. Los sucesos de estas lides particulares, aunque muchas veces sangrientas, se reducian á sorpresas, convenios violados tan pronto como se ajustaban, defeccion de las guarniciones que tremolaban ya una bandera, ya la contraria, y tal vez desafíos particulares. La anarquía feudal iba á ser el principio político de Castilla si una mano poderosa no la reprimia. Pero esta mano no podia ser la de Enrique IV, sometido á la voluntad del de Villena, cuyo interés era la ruina del poder regio como uno de los magnates mas poderosos. El proyecto con que en 1470 tenia entretenido al débil monarca era el de casar á su hija doña Juana con Carlos, duque de Guiena, hermano del rey de Francia, persuadiéndole que con las armas de este reino podria fácilmente desheredar á su hermana. En efecto, Luis XI queria casar á su hermano en Castilla

para apartarle de la liga de Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, enemigo del rey de Francia; á la cual coligacion, que estalló despues, se mostraba inclinado el de Guiena. Luis se reconcilió con él, y envió al cardenal de Alby por embajador á Castilla para pedir la mano de la infanta doña Juana. El cardenal fué recibido por el rey en Lozoya, donde se habia reunido toda la córte. Tanto don Enrique como la reina juraron en presencia del embajador que doña Juana era su hija. Presentóse ademas la informacion que algunos años antes habia mandado hacer don Enrique ante dos obispos, y en la cual constaba la declaracion del médico que habia asistido al rey desde que nació. Esta informacion desmentia los rumores de su impotencia. En el mismo pueblo fué jurada doña Juana princesa de Castilla, y casó por poderes con el de Guiena.

Conquista de Arcilla y Tanger: restauracion de Gerona y del Ampurdan (1471). Nada de lo ajustado en Lozoya tuvo efecto. El duque de Borgoña ofreció al de Guiena la mano de su única hija y heredera María, y este príncipe, renunciando á las esperanzas poco seguras de la corona de Castilla, aceptó la oferta, y se confederó con el enemigo de su hermano. El marques de Villena volvió entonces los ojos á Alonso de Portugal, cuya alianza habia preferido siempre á todas las demas.

Pero Alonso V preparaba entonces su gloriosa espedicion al Africa, á donde pasó con po-

derosa armada y un egército de 30000 hombres, y puso sitio á Arcilla. Muley, valí de esta plaza, se habia rebelado contra su soberano el rey de Fez, y á la sazon le tenia sitiado en su capital. Apenas supo el desembarco de los portugueses, acudió con las tropas que pudo á defender á Arcilla; pero los portugueses se dieron tanta prisa en los ataques que en tres dias derribaron dos lienzos de muralla; y mientras se trataba la capitulacion entraron en la plaza y se apoderaron, no sin perder bastantes soldados, de la mezquita y del castillo. Tanger, abandonada de sus habitantes, cayó en poder del vencedor. Don Alonso, despues de fortificar y guarnecer muy bien ambas plazas, volvió triunfante á Lisboa.

Allí recibió la propuesta del marques de Villena; pero la rehusó no queriendo fiarse de este hombre perverso é intrigante. Entonces se ofreció la mano de doña Juana y la herencia de Castilla á don Enrique, sobrino del rey don Juan é hijo del célebre infante de Aragon del mismo nombre. Este tuvo la sandez de aceptar la peligrosa oferta, abandonó los estados que tenia en Aragon, se hizo enemigo irreconciliable de su tio y de su primo el rey de Sicilia don Fernando, y no logró lo que apetecia.

La guerra civil de Cataluña tocaba ya á su término. A fines de 1471 falleció el príncipe Juan, y vino á gobernar á los catalanes rebeldes, en nombre del duque de Anjou, otro príncipe llamado tambien Juan, hijo bastardo del

primero: llamábanle el bastardo de Calabria porque su padre tenia el título de este ducado. Pero los catalanes estaban ya cansados de la guerra que habia asolado su pais: y el rey don Juan, presentándose siempre con nuevas fuerzas, recobró á Gerona, tomó á Hostalric, Peralada y Rosas, arrojó los enemigos del Ampurdan, y bloqueó por mar y por tierra á Barcelona, única fortaleza que ya quedaba á la rebelion.

Resistióse á las armas del rey durante casi todo el año siguiente á pesar del asedio: al fin, el hambre, las calamidades y los consejos de algunos hombres virtuosos quebrantaron la ostinacion de aquellos ánimos constantes en todo lo que emprenden, y admitieron las condiciones que don Juan les propuso, reducidas las mas principales á una amnistía general y á la conservacion de sus privilegios. Este convenio se firmó el 17 de octubre de 1472. Reducida Barcelona, y lanzados los franceses del principado, el infatigable rey de Aragon hizo los preparativos necesarios para arrancar el Rosellon de manos del rey de Francia.

Las guerras de Andalucía y de Estremadura continuaban, igualmente que el desórden en casi todos los dominios de Castilla y Leon. Cada dia era mayor el ódio al marques de Villena, el desprecio al rey, y por consiguiente el aumento del partido de doña Isabel, que tuvo arte para ganar al marques de Santillana y á su poderosa familia por medio del cardenal

de Mendoza, obispo de Sigüenza, que habia debido la púrpura romana á la recomendacion de la princesa, aunque no sin celos y disgusto del arzobispo de Toledo, que no podia sufrir igual en el partido á que se arrimaba. Jactábase de ser quien pusiese y quitase reyes en Castilla.

Sitio de Perpiñan (1473). Don Enrique de Aragon llegó á Castilla llamado por el rey con la esperanza de dar la mano á doña Juana; pero su orgullo y arrogancia disgustó á los grandes del partido de esta princesa, y despues al mismo rey don Enrique, que detuvo las bodas con el pretesto de enviar por la dispensa necesaria del parentesco. Entretanto el marques de Villena volvió á sus negociaciones con Alonso V de Portugal, que surtieron ahora mejor efecto: porque el aumento del partido de doña Isabel y el temor de ver junto á su pequeña monarquía un poder tan grande como el de los reinos de Castilla y Aragon reunidos, le movieron á dar oidos á la proposicion del casamiento con la hija del rey don Enrique.

Este príncipe, débil é inconstante, se reconcilió al mismo tiempo con su hermana doña Isabel. Andres de Cabrera, alcaide del castillo de Segovia, hombre leal al rey, pero afecto á la causa de la princesa, le persuadió fácilmente que la permitiese visitarle en el mismo alcázar. Doña Isabel, tomadas las seguridades convenientes, vino á verle, y vivió con él como con un hermano. El de Villena huyó á la

primera noticia de esta entrevista, temiendo su ruina de la reconciliacion de los dos hermanos; pero depuso su temor apenas vió que don Enrique no daba á Isabel ninguna respuesta categórica acerca de la herencia de la corona; y que siempre que se le tocaba esta materia la remitia al consejo. Volvió, pues, á egercer sobre él su acostumbrada influencia.

En esta época no estaba en Castilla el rey de Sicilia: habia salido para Perpiñan, donde se hallaba su padre sitiado por los franceses, con 500 lanzas que le dieron sus amigos y los de su esposa. Fué asi: que los habitantes del Rosellon, indignados de la insolencia de la soldadesca francesa que ocupaba aquel condado, se convinieron con don Juan en sacudir el yugo del rey de Francia, y volver al dominio de su antiguo príncipe. Don Juan se puso al frente de sus tropas, pasó el Pirineo, se acercó á Perpiñan, y en un mismo dia estalló la conspiracion en esta capital y en Elna.

En Elna cayó tambien el castillo en poder de los naturales, y se escaparon muy pocos franceses de la guarnicion. En Perpiñan fueron degollados los que no pudieron refugiarse al castillo. El rey de Aragon entró en la plaza enmedio de las aclamaciones de los habitantes, la fortificó muy bien no solo contra las surtidas del castillo, sino tambien contra las tropas que no dejaria de enviar el rey de Francia para recobrarla, pidió socorros á los aragoneses, catalanes y valencianos, y se quedó en Perpiñan

resuelto á sepultarse entre sus ruinas contra el parecer de sus generales y cortesanos.

El rey de Sicilia apenas supo estas noticias, aunque era incierto el estado de sus negocios en Castilla, no dudó en volar al socorro de su padre, sitiado en breve por un egército frances de 40000 hombres. Su pequeña tropa de 500 lanzas se reforzó en el camino con los aragoneses que de todas partes concurrian á aquella gloriosa jornada; de modo que cuando pasó el Pirineo se hallaba con 7000 infantes y 1300 caballos.

El sitio de Perpiñan fué porfiado y sangriento, de tal manera que cuando llegó el rey de Sicilia los franceses, disminuidos por los combates y por una epidemia que habia afligido su egército, se creyeron obligados á levantar el cerco y retirarse á Salinas. Los españoles les picaron la retaguardia y les hicieron mucho daño. El rey de Sicilia se volvió á Barcelona con sus tropas creyendo concluida la guerra: pero sobrevino un nuevo egército frances que puso cerco á Perpiñan, ademas de otro cuerpo de la misma nacion que entró en Aragon por Ribagorza. El valiente anciano don Juan sostuvo intrépidamente la plaza, y en las salidas que hizo causó tanto daño á los enemigos que los obligó á retirarse. El cuerpo que habia penetrado en Aragon, cogido por la infantería aragonesa entre las estrechuras de las montañas, fué casi enteramente esterminado.

Luis XI, poco amigo de luchar con las ar-

mas contra la fortuna, hizo las paces con el rey de Aragon, cediéndole las plazas que tenia en Rosellon y Cerdania, y recibiendo, como era justo, una suma equivalente á los sueldos que devengaron las tropas francesas auxiliares enviadas por él al rey don Juan de Aragon al principio de la guerra civil de Cataluña.

A las calamidades que affigian á Castilla se agregó este año la persecucion contra los *cristianos nuevos*. Llamábanse asi los judíos y moros que vivian en el reino convertidos al cristianismo, las mas vèces no por conviccion, sino por evitar el mal trato que recibian de los cristianos viejos; pero siempre eran mirados con sospecha, y aun con ódio y envidia: porque empleados esclusivamente en el comercio y en las artes que alimentaban el lujo de los grandes, juntaban grandes caudales, aunque condenados al ilotismo político.

Una leve centella en materiales tan bien preparados levantó grande incendio. En una procesion que hubo en Córdoba cayó alguna agua sobre el palio que cubria á una de las efigies. El pueblo clamó que habia sido vertida de la casa cercana de un cristiano nuevo, y esto bastó para que alborotada la plebe saquease todas las de su misma clase, dando muerte á los infelices que encontraba en ellas. Igual atrocidad se cometió en Jaen, y el condestable Miguel Lucas, que salió á sosegar el tumulto, pereció á manos de los alborotadores. El egemplo cundió á otras ciudades de Andalucía y Casti-

lla: y tal vez sucedió que un magnate queriendo apoderarse de una fortaleza, promovia en secreto un motin contra los cristianos nuevos de la poblacion, y con el pretesto de sosegarlo, acudia con sus tropas y ocupaba la plaza.

Los perseguidos de Andalucía pasaron á Sevilla, é imploraron la proteccion del duque de Medina Sidonia. Este no pudo admitirlos en la ciudad, y el pueblo salió contra éllos, les quitó lo que tenian, y dió muerte á muchos. Los restos de aquellos infelices vagaron por los barrancos del Genil, hasta que al año siguiente les proporcionó el mismo duque establecerse en Gibraltar, que estaba por él, y egercer libremente sus profesiones en aquella plaza. Asi se añadió la intolerancia religiosa á los demas azotes que destrozaban el reino.

En el año de 1474 el rey de Sicilia, habiendo vuelto de la campaña de Rosellon, fué á ver á su esposa que estaba en la fortaleza de Segovia; y con este motivo visitó á don Enrique, y recibió de él un acogimiento benigno y cariñoso: mas aunque volvió otra vez á la fortaleza, nunca hizo larga mansion en ella; pues no ignoraba que el de Villena tenia concertado con el rey de Castilla prender á él y á la princesa cuando estuviesen mas descuidados: bien que don Fernando confiaba justamente en la honradez y vigilancia de Andres Cabrera, alcaide del castillo.

El de Villena hizo un viage á Estremadura

para tomar posesion de Zalamea y otras plazas que el rey le habia dado en aquella provincia, y para verse entre Yelves y Badajoz con el rey de Portugal á fin de activar las negociaciones relativas al casamiento de doña Juana. Despues de esta conferencia falleció en un pueblo cercano á Trujillo este hombre ambicioso, pérfido é incapaz de ninguna idea elevada. Su privanza fué una calamidad para Castilla; porque aumentó el poder y la insolencia de los magnates para engrandecerse y no temer la suerte de don Alvaro de Luna, que muy al contrario de él sometió el orgullo de la aristocracia y la hizo tascar el freno de la autoridad real. Don Juan Pacheco es el único egemplo de un valído que conservó y aumentó su influencia sobre el príncipe no con la adhesion ó la lisonja, sino engañándole perpetuamente, siéndole traidor y conspirando contra él. Esto supondria un gran talento en el de Villena si no fuera mas notoria en nuestros anales la incapacidad intelectual de Enrique IV que su impotencia física.

Este favorito poseia al tiempo de morir, ademas del estado considerable de Villena, en que le sucedió su hijo don Diego Lopez Pacheco, todas las plazas del maestrazgo de Santiago, muchas del de Alcántara en Estremadura, las fortalezas de Madrid, Alcaraz, Escalona y otras que el rey le habia dado, ó de que él se habia apoderado con violencia; porque jamas creyó tener bastantes fortalezas en que asegu-

rarse contra la suerte que habia tenido el privado de Juan II.

Su hijo fué muy favorecido del rey, y lo manifestó muy bien poco despues. Solicitaban el maestrazgo de Santiago el nuevo marques de Villena y otros señores, de los cuales tenia mas probabilidad para la eleccion el conde de Paredes. El de Villena se vió en Villarejo de Salvanés con el conde de Osorno, hermano del de Paredes, para solicitar que éste cediese: pero el de Osorno cometió la felonía de prenderle y encerrarle en la fortaleza de Fuentidueña.

Apenas se supo esto en la córte, don Enrique, siempre tan débil y descuidado, y además enfermo á la sazon, juntó tropa y voló á dar la libertad al hijo de su privado. Sitió á Fuentidueña, y obligó al conde á soltar la presa de que se habia apoderado. Esta fué la última espedicion de don Enrique. El rey de Sicilia habia vuelto á Aragon en socorro de su padre, porque Luis XI, en cuya palabra nadie podia ni debia fiarse, habia entrado en el Rosellon con egército poderoso.

El rey de Castilla, fatigado de su espedicion y del mal de estómago que le aquejaba aun antes del sitio de Fuentidueña, falleció el 12 de diciembre de 1474 á los 49 años de edad y 20 de reinado. Diósele sepultura en el monasterio de Guadalupe. Nombró en su testamento heredera del reino á la infanta doña Juana. El príncipe fué perverso hijo, y mal padre si doña Juana fué verdaderamente su hija;

pues en este caso nunca debió celebrar convenios á favor de su hermano don Alonso ni de doña Isabel. Si efectivamente no fué su hija doña Juana, ¿por qué sumergió á Castilla en tan grandes calamidades solo por encubrir su defecto físico, y para atropellar todas las leyes divinas y humanas coronando el fruto de un adulterio consentido? De todas maneras su reinado fué el mas indecente que ha tenido la monarquía castellana. El cetro que Enrique IV recibió de Juan II, ó por mejor decir, de Alvaro de Luna, lleno de fuerza y respetado de todas las clases de la nacion, se hallaba envilecido y debilitado cuando murió: las leyes violadas; los sentimientos naturales y políticos pervertidos; la guerra civil hecha habitual; la anarquía y el feudalismo triunfantes. Corregir estos males y volver á crear la nacion y el gobierno fué la inmensa tarea impuesta á sus sucesores; pero estos sucesores eran Fernando é Isabel, fundadores de la gran monarquía española, y autores del rápido engrandecimiento que logró en menos de medio siglo.

CAPÍTULO XLVI.

Doña Isabel I y don Fernando V, por sobrenombre Católicos.

Doña Isabel I y don Fernando V, reyes de Castilla y Leon. Guerra entre Castilla y Portugal: pérdida de Perpiñan. Batalla de Toro: sitio de Fuenterabía. Don Fernando y doña Isabel, reyes de Aragon: doña Leonor, reina de Navarra: don Francisco Febo, rey de Navarra: combate de la Albuera: paz con Portugal. Conquista de la Gran Canaria: establecimiento de la Inquisicion. Juan II, rey de Portugal: principios de la guerra de Granada. Doña Catalina, reina de Navarra: batallas de la Ajarquía y de Lucena: combate de la Lopera. Sitio de Ronda. Sitios de Velez Málaga y de Málaga. Conquista de Baza, Almería y Guadix. Sitio de Granada. Conquista de Granada: espulsion de los judíos: descubrimiento de la América. Recuperacion del Rosellon. Segundo viage de Colon: línea de demarcacion. Guerra entre España y Francia: Gonzalo de Córdoba en Nápoles: toma de Regio: batalla de Seminara: don Manuel, rey de Portugal. Espedicion de Vasco de Gama á la India oriental: sitio de Ostia. Rebelion de las Alpujarras.

Conquista del reino de Nápoles por españoles y franceses. Guerra entre España y Francia: último viage de Colon. Batallas de Cerinola y del Garellano.

DOÑA ISABEL I *y don Fernando V, reyes de Castilla y Leon* (1474). El trono pertenecia legítimamente á doña Juana, hija del último rey, ya porque la impotencia de don Enrique nunca se habia probado de una manera legal, ya porque la infanta habia sido jurada princesa heredera con todas las solemnidades de estilo el mismo año en que nació. Pero la nacion estaba cansada de turbulencias. Las familias mas ilustres, como los Mendozas, los Toledos y los Velascos, se habian adherido á la causa de doña Isabel. Las ciudades deseaban un poder protector que las libertase de la funesta ambicion de los magnates: y este poder se encontraba en la hermana de Enrique IV, no solo por su prudencia y por la capacidad y valor de su esposo, sino tambien por la union de las coronas de Castilla y Aragon, que no tardaria en verificarse atendida la avanzada edad de Juan II.

Así que solo quedó á favor de doña Juana el partido del marques de Villena y de los demas favorecidos de Enrique IV. Estos la juraron reina en Madrid, al mismo tiempo que doña Isabel era proclamada y reconocida en Segovia con asistencia del almirante de Castilla, el conde de Benavente, el duque del Infantado, el conde de

Haro y la mayor parte de los grandes del reino. Su marido, que entonces estaba en Zaragoza atento á la defensa del Rosellon, atacado nuevamente por el rey de Francia, volvió á Castilla apenas supo el fallecimiento de su cuñado don Enrique, y llegó á Segovia á principios del año siguiente.

Guerra entre Castilla y Portugal: pérdida de Perpiñan (1475). Poco faltó para que á los principios del nuevo reinado se introdujese la discordia entre los dos esposos. Los cortesanos del rey le persuadieron que él solo debia mandar en el reino, y Fernando como jóven capaz y ambicioso lo deseaba: pero la reina, atendiendo á su derecho, del cual tenia ya por sucesora una niña, le hizo tantas y tan justas observaciones, que se convino á estar á juicio del cardenal de Mendoza y del arzobispo de Toledo, nombrados jueces árbitros para decidir este negocio. Su sentencia fue que ambos gobernasen igualmente: pero que las tenencias y alcaidías fuesen dadas esclusivamente por la reina. Esta determinacion disgusto mucho al rey: mas su esposa supo aplacarle haciéndole ver que como á su marido siempre le obedeceria sin separarse de su voluntad ni aun en aquellas cosas en que como reina era independiente. Asi se conjuró la tempestad; y la prudencia de Isabel fué tal que no volvió á promoverse otra semejante en todo el resto de su reinado.

El partido de doña Juana adquirió un grande aumento con la defeccion del arzobispo de

Toledo, que celoso del cardenal de Mendoza se retiró de la córte de Segovia y se coligó con el marqués de Villena, y por la resolucion que tomó en fin el rey de Portugal de casar con la hija de Enrique IV, y de apoyar su causa con un egército portugues. La guerra, mezclada de estrangera y civil, se hizo con varia suerte en las diversas partes del reino.

Alonso V penetró en Castilla con sus tropas por Alburquerque, ocupó á Arévalo y se apoderó por inteligencia de Toro y Zamora; pero doña Isabel fué reconocida en Toledo: los de Alcaraz tomaron las armas contra el de Villena, y se entregaron á la reina. Pedro Fajardo, adelantado de Murcia, y del partido de los reyes, acometió los pueblos de este marquesado y se apoderó de Villena y de algunos otros. En las fronteras de ambos reinos hubo entradas y reencuentros entre castellanos y portugueses. En Galicia tomó á Santiago y á Tuy en nombre del de Portugal Pedro de Sotomayor: pero la ciudad de Burgos se declaró por don Fernando: y este príncipe sitió el castillo.

El rey de Portugal, que estaba en Zamora, pasó á Arévalo con el objeto de socorrer el castillo de Burgos: tomó á Valtanas, donde hizo prisionero al conde de Benavente: mas no fué posible introducir tropas ni víveres en el castillo sitiado, porque ademas del egército sitiador acudia desde Palencia doña Isabel con otro no menor. Don Alonso, por no verse cogido entre dos fuegos, se retiró á Arévalo, de donde pasó á Za-

mora por haber tenido noticia que habia entre sus ciudadanos algunos que deseaban entregarlo á la reina doña Isabel. Saliendo algunos dias despues á espugnar á Castrotorafe, casi á su misma vista se declaró Zamora por la reina. De allí á pocos dias entró en ella el rey don Fernando, que solo para esto habia venido desde Burgos con un cuerpo considerable de tropas, y puso inmediatamente sitio al castillo.

La guerra del Rosellon fué desgraciada para los aragoneses. Perpiñan, despues de un largo sitio, en que sus defensores sufrieron todas las calamidades del hambre, no pudiendo ser socorrida por el rey don Juan, hubo de rendirse por capitulacion. Los franceses ocuparon toda la provincia y amenazaron el principado de Cataluña desde las crestas del Pirineo.

Batalla de Toro: sitio de Fuenterabía (1476). Alonso V habia establecido su plaza de armas en Toro, y llamó en su auxilio al príncipe don Juan su hijo con todas las fuerzas de su reino, determinado á decidir la querella en una batalla campal. El castillo de Burgos se rindió á la reina doña Isabel, y la clemencia que usó con los vencidos le produjo la adhesion del conde de Plasencia y de toda la familia de los Estúñigas.

Don Fernando estrechaba de tal manera el castillo de Zamora que no fué posible ni al rey de Portugal ni al príncipe su hijo, que se le habia juntado con un cuerpo numeroso de tropas, entrar socorro en la fortaleza, aunque se acercaron á Zamora para intentarlo, y hubieron de vol-

verse á Toro. Don Fernando los siguió con el grueso de su egército y los alcanzó á legua y media de esta última ciudad, en un campo llamado de Pelayo Gonzalo, donde se dió la batalla de poder á poder. Don Alvaro de Mendoza, que mandaba en la derecha del egército castellano, acometió la izquierda enemiga que estaba á las órdenes del príncipe don Juan de Portugal: el cual lo recibió tan gallardamente que le obligó á retroceder y se desordenó algun tanto aquel ala: pero siendo reforzada, volvió al combate y lo sostuvo con valor. En tanto el cuerpo de batalla, mandado por el rey Fernando en persona, atacó al de los portugueses, donde iba Alonso V. Peleábase con igual teson de una y otra parte, cuando un movimiento atrevido del duque de Alba, que acometió al rey don Alonso por su flanco, decidió la victoria. El centro portugues fue roto, sin que el príncipe don Juan, que peleaba ventajosamente en la izquierda portuguesa, pudiese favorecer á su padre, porque cargó en su ala la reserva castellana mandada por el cardenal Mendoza: de modo que el rey de Portugal, separado de Toro, hubo de huir á Castro Nuño seguido de muy pocos caballeros.

El príncipe don Juan que se sostuvo hasta llegar la noche, tomó un puesto ventajoso en el mismo campo de batalla, encendió fuegos para que con esta señal se le reuniesen los portugueses fugitivos, y permaneció allí hasta la mañana, en que conociendo cuán temerario era esperar en aquel campo todas las fuerzas del egército

vencedor, se retiró á Toro. En la accion murieron 300 portugueses, quedaron prisioneros 800, y setecientos se ahogaron en el rio huyendo del enemigo.

Esta victoria fué decisiva: el castillo de Zamora se rindió al rey: el maestre de Calatrava se pasó al partido de doña Isabel: Madrid, Velez, Trugillo y otras muchas ciudades la proclamaron por reina, y los alcaides que las tenian por doña Juana, sitiados en las fortalezas, se vieron obligados á rendirlas y á someterse. Don Alonso de Portugal, casi bloqueado en Toro y disminuido su egército por la derrota y la desercion, determinó solicitar la asistencia del rey de Francia, con quien habia hecho alianza contra Castilla, y que en efecto tenia en esta época sitiada á Fuenterabía. Creyendo que su presencia obligaria al frances á aumentar sus esfuerzos contra el enemigo comun, dejando en Toro por gobernador al conde de Marialva, pasó á Lisboa, nombró al príncipe don Juan gobernador del reino durante su ausencia, y se embarcó para Francia. Habiendo tomado tierra en el puerto de Colibre, fué á verse con Luis XI, que le recibió muy bien y le prometió todo lo que quiso, pero á condicion que moviese al duque de Borgoña, pariente y amigo del portugues, á desistir de la guerra que entonces hacia al de Lorena.

Poco tiempo despues quedó libre Toro del dominio de los portugueses. Un pastor habitante de la misma ciudad indicó á las tropas castellanas que la bloqueaban unos barrancos es-

carpados, por los cuales si lograban subir sin ser sentidos, les seria fácil hacerse dueños de la plaza. La empresa se verificó con buen éxito. Los castellanos ocuparon la ciudad, y la fortaleza se rindió, prometiendo á doña María Sarmiento, viuda del alcaide Juan de Ulloa, indulto y amnistía completa.

En fin, el marques de Villena, perdídas todas las esperanzas que habia fundado en los egércitos de Portugal, hizo su convenio con los reyes, en virtud del cual conservó el estado de su título, mas no todas las demas fortalezas y pueblos que su padre habia poseido: bien que la reina doña Isabel le dejó algunas, como la de Escalona. Esta princesa habia dado poco antes una prueba ilustre de su prudencia é intrepidez. Movióse en Segovia un tumulto contra Andres de Cabrera, alcaide del alcazar, en el cual se criaba la infanta doña Isabel, hija primogénita de los reyes. Cabrera, viendo al motin que iba entrando por el alcázar, se encerró con la infanta y su tropa en la torre mas fuerte del castillo.

Tal era la situacion de la ciudad cuando llegó la reina, que á la primer noticia del tumulto se habia puesto aceleradamente en camino para Segovia. Los alborotados le espusieron sus quejas: la reina los oyó, destituyó á Cabrera, mandó que saliesen de la fortaleza algunos del motin que ya habian entrado en ella, y fué puntualmente obedecida. Sosegada la plebe, ordenó que se hiciese averiguacion del hecho, y se administrase recta justicia. Cabrera, inocente de

lo que le imputaban, fué absuelto y restituido á su alcaidía, y los autores del motin fueron castigados severamente.

En la raya de Guipúzcoa hicieron este año tres entradas los franceses, y en todas tres sitiaron á Fuenterabía; pero los naturales la defendieron con tanta intrepidez que siempre se vieron obligados los enemigos á retirarse con pérdida. Los reyes de Castilla celebraron este año córtes en Madrigal, y en ellas fue jurada heredera del reino á falta de hijos varones la infanta doña Isabel. La guerra habia cesado en el corazon del reino, y retirádose á la frontera de Portugal: pero era dificil borrar las reliquias de medio siglo de turbulencias: lo que no podia conseguirse sino aumentando la fuerza de la ley, que residia en la potestad real, contra la prepotencia de los grandes.

Fernando é Isabel se consagraron con talento y actividad á este importante fin. Hacian que se administrase justicia sin miramiento alguno personal: castigaron severamente á los que movian bandos en las ciudades: estendieron la institucion de la Santa Hermandad, odiosa á los grandes, porque los privaba de sus ordinarios satélites, que eran los hombres desalmados y facinerosos: derribaron gran número de castillos y casas fuertes que servian de refugio á los caballeros particulares para burlarse de la autoridad pública: y en fin, queriendo algunos magnates en 1477 formar una confederacion para tener el trono en tutela, respondieron á su representa-

cion: que no harian con los nuevos reyes lo que con Enrique IV. Usaban á tiempo de la clemencia, mas no permitian que se violase la justicia, ni se menoscabase la potestad real. A la licencia y osadía de tantos años sucedió la fidelidad, la obediencia y el temor de la ley.

En el mismo año de 1477 pasaron los reyes á Andalucía, y el marques de Cadiz hizo su sumision y se reconcilió con el duque de Medina Sidonia, su eterno rival, y quedó sosegado el reino de Sevilla, concluida la guerra civil que lo habia afligido cerca de 20 años. Entretanto don Alonso de Portugal habia perdido toda esperanza de cooperacion por parte de Francia, porque habiendo fallecido el duque de Borgoña, Luis XI, mas atento á apoderarse de los estados del difunto que á la guerra de Castilla que nada le importaba, trató de hacer paces con don Fernando y doña Isabel.

Alonso V, desairado por la fortuna y burlado en todas sus esperanzas, concibió una tristeza tan grande que escribió á su hijo renunciando en él la corona, y determinó pasar á la Tierra santa, ó sepultarse en un monasterio. Para lograrlo huyó secretamente de los caballeros que le acompañaban: mas éstos le siguieron con tanta actividad que al fin le encontraron, y con sus ruegos y reflexiones le obligaron á volver á Lisboa.

El príncipe don Juan presentó en el consejo la carta de su padre, y con el parecer unánime de los consejeros tomó el título de rey. Pocos

dias despues desembarcó don Alonso en Cascaes, y aunque hizo grandes esfuerzos para no volver á ceñirse la corona, su hijo, postrado á sus pies y renunciando al título que ya habia tomado, le obligó con sus súplicas á subir al trono. Pocos egemplos del triunfo de los sentimientos de la naturaleza sobre la ambicion ha gozado la humanidad. Semejante padre y semejante hijo merecieron ser inmortales.

Al año siguiente de 1478 pasaron los reyes á Córdoba, y arrojaron de allí á don Alonso de Aguilar que durante muchos años habia sido el terror de la provincia. En todas partes se restableció el imperio de la ley, y los alborotadores y malhechores eran reprimidos con mano fuerte. El arzobispo de Toledo, único disidente que quedaba en el centro de Castilla, rodeado por todas partes de las tropas de la reyna, hubo de convenirse en cederle sus plazas fuertes y castillos, recibiendo una indemnizacion pecuniaria. Al mismo tiempo se prorogaron por tres años las treguas con Abul Hacen, rey moro de Granada, que á favor de las disensiones de Castilla habia hecho entradas en los reinos de Murcia, Córdoba y Jaen con vario suceso, y se trataba la paz con el rey de Francia. La guerra era mas lenta en la frontera de Portugal, porque el príncipe don Juan, contrario á ella, reprimia los ímpetus de su padre don Alonso, que creia interesado su honor en sostener la causa ya perdida de la princesa doña Juana.

Don Fernando y doña Isabel, reyes de Ara-

gon: doña Leonor, reina de Navarra: don Francisco Febo, rey de Navarra: combate de la Albuera: paz con Portugal (1479). El 19 de enero de este año falleció en Barcelona á los 82 de su edad el rey don Juan II de Aragon, príncipe célebre por su capacidad, valor y energía, que no le abandonaron ni aun en su estrema vegez: pero estas prendas fueron balanceadas por grandes vicios. No conoció justicia ni humanidad cuandó se entregaba á la ira y la ambicion, sus pasiones dominantes. Fué causa de las turbulencias de Castilla, que solo cesaron cuando hubo conseguido para su hijo el cetro de esta monarquía: usurpó el de Navarra á su hijo Carlos: fué causa de la muerte de su hija Blanca; y por vengar en éllos su enojo arrostró la terrible guerra civil de Cataluña, la pérdida del Rosellon, y los movimientos tumultuosos de Cerdeña, que durante algunos años renovaron en aquel pais la antigua lid feudal contra los aragoneses: bien que los dejó sosegados antes de morir. En una palabra, fué mal vasallo, mal padre y mal rey: aunque tuvo la felicidad de concluir la guerra civil en sus estados, escepto en Navarra, donde desde la muerte del príncipe de Viana no habian cesado un solo momento de ensangrentar el suelo de la patria las facciones de los Beamonteses y Agramonteses.

Sucedióle en esta corona su hija doña Leonor: pero gozó poco tiempo el fruto de la maldad suya y de su padre, debido á la muerte de sus hermanos Carlos y Blanca: pues falleció en

Tudela en 10 de febrero. Fué proclamado rey de Navarra con pésimos auspicios entre los horrores de la guerra civil don Francisco Febo, nieto de doña Leonor, é hijo de su hijo Gaston, conde de Foix, que murió antes que élla.

Recibió el rey de Castilla la noticia de la muerte de su padre cuando se preparaba á terminar la guerra que sostenian aun en Estremadura los adictos á doña Juana. Partió apenas se lo permitieron los negocios de Castilla á Aragon á tomar posesion de aquellos estados y á jurar sus fueros, terminando de paso algunas alteraciones que se habian movido en el reino de Valencia y en otras partes. Concluyóse la paz con el rey de Francia á condicion de que para terminar el negocio de Rosellon se nombrasen jueces árbitros: y entretanto se pusiesen en depósito las plazas fuertes de aquel condado en favor del cardenal de Mendoza.

Sostenian la guerra civil en Estremadura la condesa de Medellin y Alonso de Monroy que se habia apoderado de Medina. Doña Isabel habia hecho su plaza de armas á Trujillo, y sus tropas tenian como bloqueadas aquellas dos plazas. Monroy derrotado por Rodrigo de Cárdenas en un combate, y la condesa, teniendo muy pocas fuerzas para sostenerse, pidieron auxilio á don Alonso de Portugal, prometiendo entregarle á Medellin. Don Alonso envió 800 lanzas y alguna infantería para guarnecer esta plaza: pero salióles al encuentro en la Albuera el maestre de Santiago, y trabóse una porfiada batalla en que la

victoria estuvo indecisa tres horas. Rodrigo de Cárdenas fué arrojado del campo por los portugneses y obligado á rehacerse en una colina: pero el maestre sostuvo con teson su puesto contra la fuerza de los enemigos, hasta que Cárdenas volviendo con los suyos al combate, y auxiliado por don Martin de Córdoba, que entró entonces en accion, rompieron á los contrarios y los obligaron á ponerse en fuga. Murieron 30 portugueses y fueron hechos prisioneros 300, entre éllos muchos hombres de cuenta.

Despues de este combate mandó la reina poner sitio á un mismo tiempo á Medellin, Mérida y Leitosa. En Mérida dieron entrada á los castellanos los de la misma ciudad, y la guarnicion hubo de retirarse á la fortaleza. Leitosa se rindió: pero al mismo tiempo se hizo fuerte Monroy en el castillo de Montanches, que era de su hermana, y fué necesario cercarlo. En esta época comenzaron las negociaciones para la paz en Alcántara, á donde fué la reina á tratarla con doña Beatriz, infanta de Portugal. La resistencia de Alonso V cedió á las instancias de su hijo y de toda su familia, y el tratado se concluyó el 24 de setiembre. Sus principales condiciones fueron las siguientes: que don Alonso no casaria con la hija de don Enrique, ni la daria auxilio para sostener sus pretensiones en Castilla: que la princesa doña Juana elegiria en término de seis meses ó casar con don Juan, hijo de los reyes de Castilla, que á la sazon tenia un año, ó entrar religiosa: que el

infante don Alonso de Portugal, primogénito del príncipe don Juan, casase con doña Isabel, primogénita de los reyes de Castilla: que la navegacion á Canarias quedase reservada á los castellanos, y la de Guinea á los portugueses: que se entregarian de una á otra parte las plazas ocupadas en la guerra, y que se concediese amnistía general y restitucion de sus estados á la condesa de Medellin, á Monroy y á los demas partidarios de doña Juana.

Asi se terminó por la actividad y prudencia de los reyes de Castilla una guerra que á los principios amenazaba ser muy larga. El mismo año que logró la monarquía un aumento tan grande de poder por la union de Castilla y Aragon empezó tambien á gozar los beneficios de la paz. La hija de Enrique IV eligió entrar religiosa en el convento de santa Clara de Coimbra, donde vivió y murió ejemplarmente, y solo desde el momento de su profesion puede mirarse como legal el reinado de doña Isabel en Castilla.

Conquista de la gran Canaria: establecimiento de la Inquisicion (1480). Don Fernando volvió á Castilla á principios de este año, y para arreglar el gobierno se convocaron córtes en Toledo. A peticion de ellas se formó una junta para que volviesen á la corona los pueblos de que en tiempo del reinado anterior se habian apoderado algunos señores, consiguiendo despues como donacion de la debilidad de Enrique IV lo que al principio fué usurpacion y tiranía. No todos podian restituirse, porque Isa-

bel y Fernando habian hecho conciertos particulares con muchos grandes durante la guerra anterior, y para atraerles á su servicio les habian dejado alguna parte de las donaciones de Enrique. Pero todavia se recobraron muchos que acrecieron el patrimonio real en una suma considerable.

Hasta entonces no habian podido los españoles apoderarse de la gran Canaria. Este año la acometió Pedro de Vera, regidor de Jerez, que desembarcó en la isla con solo 20 caballos y 150 ballesteros. Tan corto número de hombres bastó para derrotar á los bárbaros, y someterlos á la obediencia de la corona de Castilla. No tardaron en ser aquellas islas una de las escalas mas importantes del comercio español de Africa, América y Asia.

Este mismo año se estableció en Sevilla el primer tribunal de la Inquisicion bajo las formas secretas que han caracterizado á esta institucion en España; pues en cuanto á su nombre y objeto ya era conocida en Francia, Aragon y otros paises de la cristiandad desde el siglo XIII. Nadie ignora que durante la edad media la heregía ó la apostasía fueran crímenes que se castigaban con la muerte, como atentorios contra el principio religioso, único que existia entonces en el gobierno político. Y asi cuando la secta de los albigenses se estendió en el mediodia de Francia, se erigieron contra éllos tribunales de Inquisicion, cuyos individuos eran nombrados por el Papa.

En Castilla, donde nunca los hubo, pertenecia á los obispos juzgar del hecho; y si al acusado se le declaraba culpable, era relajado al brazo seglar, esto es, á la justicia ordinaria, que le imponia la pena. Mas durante las turbaciones del reinado de Enrique IV, los frecuentes motines que hacian los pueblos contra los cristianos nuevos, y que comprometian á cada paso la tranquilidad pública en todas partes, hicieron que se creyese útil la ereccion del Tribunal de la Fé que persiguiese á los apóstatas de la creencia que ya habian abrazado con la vara de la justicia mejor que un pueblo intolerante y amotinado con el hierro, el fuego y el saqueo, En Sevilla se estableció el primer tribunal, porque allí era mayor el número de cristianos nuevos.

No puede dudarse que Fernando, naturalmente severo y amigo del poder absoluto, miró la Inquisicion como un medio de estender la autoridad real, pues lo era de terror: mucho mas habiendo conseguido de la córte de Roma el derecho de nombrar los inquisidores; pero su esposa Isabel, cuyo corazon era mas recto, y el alma mas elevada y previsora, no gustó nunca de esta institucion; y si cedió fué por las instancias y amonestaciones de su marido y del cardenal de Mendoza. Pero ni élla, ni Fernando ni ninguno de sus consejeros pudieron preveer los resultados del establecimiento de la Inquisicion: porque no les era posible conocer en 1480 el terrible ataque que la Iglesia recibiria

poco despues por los autores de la reforma protestante: ni que la Inquisicion, libertando á España de las guerras de religion, derramaria sobre ella un azote acaso el mas cruel de todos, que es *la destruccion del pensamiento* y la continuacion de la intolerancia civil, cuando ya habia fenecido esta calamidad en otros paises de Europa.

Las formas secretas de este tribunal se introdujeron con el pretesto de favorecer la delacion: medio que ponia en manos de un enemigo la vida, la libertad y la reputacion de cualquier ciudadano. Debe decirse que la Inquisicion en sus últimos tiempos tomaba precauciones muy grandes para no condenar á ningun inocente; pero tampoco puede dudarse que en sus primeros siglos sacrificó muchas víctimas, bien que á ninguno relajaba al brazo seglar si no añadia al error la pertinacia; persiguió á muchos hombres de mérito sin mas culpa que la envidia agena, é infundió en los pechos de los españoles un fanatismo sosegado y sereno que miraba á sangre fria y sin piedad los suplicios de sus semejantes, al mismo tiempo que el terror de una autoridad tan temida como invisible impedia que se desenvolviese el pensamiento humano, y se lanzase á las ciencias y á las artes, de las cuales depende el bien estar material de la sociedad. El Tribunal de la Fé convirtió la España en un vasto convento, donde en ninguna materia, no ya religiosa, pero filosófica, política ó de literatura era lícito, por lo menos seguro,

traspasar los términos prescritos. Esta quietud de la inteligencia hizo que la nacion se atrasase, por lo menos un siglo, á los demas pueblos europeos; pero impidió que sufriese las calamidades de las guerras religiosas, cuyo escarmiento contribuyó tanto á los progresos de la ilustracion en Francia, Inglaterra y Alemania.

Juan II, rey de Portugal: principios de la guerra de Granada (1481). Este año fué jurado el príncipe don Juan de Castilla heredero del reino de Aragon, así como lo habia sido el año anterior del de Castilla. El órden y la justicia recobraban su vigor en todas partes. Galicia, afligida por una multitud de pequeños tiranos, se vió libre de su yugo con el suplicio de dos de éllos. El hijo del almirante de Castilla, pariente tan cercano del rey don Fernando, fué preso y desterrado á Sicilia por haber cometido un acto de violencia contra otro caballero. Los condes de Valencia y de Luna, que empezaron á alborotar el reino de Leon por una diferencia sobre los términos de sus estados, fueron encerrados en dos castillos, y no se les soltó hasta que sus desavenencias fueron terminadas por justicia, y pagaron cada uno una multa. La independencia de la aristocracia iba á concluir.

Al mismo tiempo se terminaron en Navarra las guerras civiles, habiéndose reconciliado por mediacion del rey don Fernando de Castilla y por el cardenal de Foix, tio del rey don Francisco Febo, los gefes de las dos facciones, que eran entonces el conde de Lerin y el mariscal de

Navarra. Despues de tantas calamidades la paz interior se afianzaba en todas las monarquías españolas. Pero en Navarra no tardó mucho en renovarse la lid entre Beamonteses y Agramonteses.

Alonso V, rey de Portugal, falleció en Cintra el dia 28 de agosto: príncipe á que debió mucho su nacion por la conquista de Alcázar, Arcilla y Tánger, y por los progresos de la navegacion y descubrimientos en la costa occidental de Africa. No tuvo mas defecto que su guerra impolítica contra Castilla; bien que lo corrigió á tiempo. Sucedióle su hijo el príncipe don Juan con el título de Juan II.

El marques de Cádiz dió principio á la guerra de Granada, que terminó la reconquista del suelo español con la ruina del último estado mahometano de la península. Hizo una entrada en el territorio de Ronda, lo saqueó y se volvió con la presa. Los moros vengaron esta hostilidad apoderándose por sorpresa de Zahara, y dejando guarnicion en ella para defenderla.

Al año siguiente de 1482 hizo el marques de Cadiz otra conquista de mucha mayor importancia. Sabiendo que la fortaleza de Alhama, ciudad rica y poblada en aquel tiempo, estaba mal guarnecida y con descuido, porque situada en el corazon del reino de Granada no temia las invasiones de los fronterizos, juntó 3000 caballos y 4000 infantes, se puso en marcha para Antequera, dejó en el rio de las Yeguas los equipages, y llegó á vista de Alhama al amanecer del 27 de febrero. Envió un corto número de

hombres determinados que escalaron la fortaleza, mataron las centinelas que estaban descuidadas, y abrieron la puerta al marques y al resto de la gente.

Los habitantes, sabiendo el suceso, se fortificaron en las calles, é impidieron que los cristianos pasasen á la ciudad; pero éstos rompieron un pedazo de la muralla contigua al castillo, penetraron en la poblacion, que les resistió valerosamente, pasaron á cuchillo mas de ochocientos moros, obligaron á los demas á rendirse, y saquearon á Alhama.

El rey Abul Hacen, muy sentido de la pérdida de esta fortaleza, se preparó á recobrarla mientras toda Castilla tomó las armas para defenderla. El rey don Fernando, que se hallaba en Medina del Campo, apenas supo la noticia, imitando al Santo rey, tercero de su nombre, para socorrer á Córdoba, montó á caballo, se dirigió á Andalucía, siguiéndole poco despues su esposa, y á ambos todas las tropas disponibles de Castilla.

Habul Hacen sitió á Alhama, al mismo tiempo que el alcaide moro de Ronda se presentó delante de Arcos, donde estaba la marquesa de Cádiz mientras su marido peleaba hácia la parte de Alhama; pero el duque de Medina Sidonia voló con su gente en socorro de la esposa y del solar de su antiguo enemigo y competidor, y obligó á los moros de Ronda á retirarse.

El rey de Granada estrechó el sitio de Alhama; pero de las ciudades de Sevilla, Córdoba

y Jerez y de las villas cercanas acudieron los cristianos á socorrer la plaza en número de 4000 caballos y 40000 infantes con la principal nobleza de Andalucía. El moro no se atrevió á pelear contra un egército tan poderoso, levantó el cerco y se retiró á Granada. Pero apenas volvió el egército cristiano á Antequera, á donde habia llegado el rey don Fernando, acometió otra vez á Alhama con mayor ahinco, y la dió fortísimos asaltos que fueron rechazados. Fernando salió la vuelta de Alhama para socorrerla, y Abul Hacen abandonó el sitio por la segunda vez. Los granadinos, indignados de la pérdida de aquella ciudad importante y de la persecucion que nunca cesó de hacer aquel rey contra los Abencerrages, le arrojaron del trono, y eligieron por sucesor á su hijo Abul Abdalá, ó Boabdil. Abul Hacen se retiró á Málaga, desde donde hizo guerra al nuevo monarca. Esta division de los granadinos, las grandes fuerzas castellanas que se hallaban reunidas, la terminacion de las guerras civiles de Castilla, y la necesidad de dar pábulo á una nobleza belicosa é idólatra de la gloria, movieron á Fernando y á Isabel á emprender la conquista del reino de Granada, y á no desistir de ella hasta consumarla.

La primer faccion del rey Fernando fué el sitio de Loja; pero los cuarteles se distribuyeron mal: estaban separados unos de otros por tierras quebradas y olivares, de modo que no se podian socorrer contra las surtidas de los moros,

ni impedir que entrasen en la plaza socorros de víveres y gente: y así hubo de levantarse el cerco. Pero esta operacion no se hizo sin que los de la ciudad saliesen contra los cristianos en el momento de levantar los reales. Hubo un combate sangriento y ostinado, en que el mismo rey tuvo que dar una carga á los mahometanos al frente de la caballería. El maestre de Calatrava fué muerto en la accion, y quedaron heridos el conde de Haro, el duque de Medina Sidonia, y el conde de Tendilla. En fin el marques de Cádiz separó al rey del peligro, cargó sobre los moros tres ó cuatro veces, derribó muerto de una lanzada al caudillo enemigo y los echó del campo de batalla. Los cristianos se retiraron á su frontera sin mas pérdida que alguna artillería pequeña, y porciones de harina y vino que dejaron en el campo de Loja por no tener caballerías en qué llevarlas.

Doña Catalina, reina de Navarra; batallas de la Ajarquía y de Lucena: combate de la Lopera (1483). El 30 de enero falleció en su primera juventud el rey Francisco de Navarra, y le sucedió su hermana Catalina. Como la madre de ambos Magdalena de Francia era hermana de Luis XI se temieron novedades en aquella frontera por la enemistad que tenia el frances á don Fernando. Y así su esposa Isabel puso su córte en Vitoria para observar lo que pasaba mientras su marido se preparaba á partir para Andalucía.

Antes que llegase al teatro de la guerra

hubo entre moros y cristianos dos batallas muy considerables y de muy diferente éxito. El maestre de Santiago, que mandaba en la frontera de Écija, reunió en Antequera toda la gente del reino de Sevilla, y entró en la Ajarquía de Málaga, donde habia lugares muy ricos, con el objeto de talarlos. Llegaron á lo fragoso de la serranía, cuyos habitantes habian abandonado los pueblos y retirado sus bienes á parage mas seguro. Pero apenas descendieron imprudentemente los cristianos á los valles cuando se coronaron las eminencias de moros que con todo género de armas arrojadizas hacian estrago en los soldados. La caballería española de nada servia en aquel terreno. Sostúvose todo el dia la pelea con notable desventaja de los cristianos, y llegada la noche se hallaron rodeados de enemigos por todas partes. El maestre de Santiago, el marques de Cádiz y don Pedro Enriquez escaparon por montes muy ágrios, cuyos senderos les mostraron los guías. Pero ademas de mil hombres muertos en el combate quedaron otros mil cautivos en poder de los moros. Algunos de los que escaparon fueron hechos prisioneros por la guarnicion mahometana de Tebar, pueblo que está á cuatro leguas de Antequera; pero consiguieron soltarse de la cadena, dar muerte á sus guardias y apoderarse del castillo: liviano consuelo á la grave pérdida de la Ajarquía.

Boabdil, que aunque enemistado con su padre hacia de acuerdo con él la guerra contra

los cristianos, viendo la gran derrota que habian sufrido, se alentó á hacer entrada en el reino de Córdoba, llegó con sus tropas á Lucena y la puso sitio. Acudió el conde de Cabra con gente muy aguerrida en defensa de la plaza, y el rey solo pensó en levantar el sitio y retirarse. Siguiéronle los cristianos con toda diligencia; y el moro, superior en número, determinó esperarlos puesto en órden de batalla. Los cristianos le acometieron á favor de una densa niebla que ocultaba sus movimientos é impedia ver cuán pocos eran. Los moros creyeron que venia sobre éllos no solo el egército de la provincia de Córdoba, sino tambien estrangeros: porque un cuerpo de caballería que cargó durante la batalla tocaba una trompeta italiana, cuyo sonido desusado persuadió al enemigo á que tenia contra sí tropas de otras naciones.

Los moros se desordenaron y se pusieron en fuga. Siguióles el alcance don Gonzalo de Córdoba, hermano de don Alonso de Aguilar, tan célebre despues en Europa con el título de *Gran Capitan*. Boabdil, abandonado de los suyos, se retiró peleando valerosamente hasta el arroyo de Martin Gonzalez, donde le mataron el caballo. Huyó á pie y se escondió entre unos zarzales. Viéronle dos soldados cristianos, y le acometieron con las picas; y aunque quiso defenderse espada en mano, no pudo resistir á armas tan desiguales, y se rindió. Conocido de los gefes cristianos, fué enviado á la fortaleza de Porcuna. En esta batalla, que se dió el 21 de

abril, perdieron los moros 5000 hombres entre muertos y prisioneros; muchos de éllos de las principales casas de Granada. Esta ciudad, sabida la prision de Boabdil, volvió á recibir por rey á Abul Hacen; pero Guadix y otros pueblos permanecieron fieles al cautivo.

Despues de esta gloriosa jornada llegó el rey don Fernando con las tropas de Castilla, y un cuerpo de suizos que habia tomado á su sueldo, primera contrata de esta especie que celebraron los reyes de España con aquella nacion belicosa. Con estas fuerzas y las de Andalucía juntó un egército de 10000 caballos, 20000 infantes y 30000 gastadores, destinados á la tala de la Vega. Entró por Castro el Rio y Cartizales en el territorio de Illora, se apoderó de esta villa y de Tajara, y apostado en Albendin, mandó dar la tala á toda la vega de Granada, lo que se egecutó con tanto rigor que no quedó en pie molino ni edificio en aquel término. Los moros se vengaron en retirar las aguas: lo que obligó al egército cristiano á volverse á Córdoba con el inmenso botin que habia adquirido.

El rey don Fernando creyó mas conveniente á sus intereses dar libertad á Boabdil, porque las disensiones de este príncipe con su padre eran un medio muy eficaz para quebrantar las fuerzas mahometanas y facilitar la conquista de Granada. Llamóle á Córdoba, hizo paces con él bajo la condicion de vasallage y parias, le entregó á los caballeros granadinos de su partido que vinieron á recibirle, y pasó á Estremadura,

dejando muy encomendado á los capitanes de Andalucía el cuidado de la frontera.

Abul Hacen, apenas supo la partida de don Fernando, envió un cuerpo de 1200 ginetes á hacer entrada en el territorio de Utrera; pero en la sierra de Lopera le acometieron don Luis Portocarrero y otros capitanes de aquella comarca, y le derrotaron tan completamente que no volvieron de todos éllos mas que 200. El marques de Cádiz que los encontró en su fuga hizo prisioneros la mitad de éllos. El mismo marques terminó gloriosamente esta célebre y laboriosa campaña tomando por sorpresa á Zahara.

El tratado de Boabdil quedó sin efecto, porque los granadinos, disgustados de las condiciones, le desconocieron por rey y continuaron en la obediencia de Abul Hacen. Y así, habiendo hecho los cristianos de Andalucía las acostumbradas correrías en los territorios de Alora, Cartama y Málaga durante la primavera de 1484, cuando por el estío se puso el rey don Fernando al frente de las tropas, sitió y tomó la plaza de Alora, dió la tala á la vega de Granada, rindió por otoño á Setenil, taló el territorio de Ronda, y dejando muy bien provistas y guarnecidas á Alhama, Setenil y Alora, que estrechaban ya en gran manera el dominio del rey de Granada, se volvió á Sevilla, donde le esperaba su esposa.

En tanto daba Portugal el horrendo espectáculo de un príncipe de la familia real asesinado por el mismo rey. El año anterior habia subido al cadalso el duque de Braganza, prín-

cipe tambien de la sangre real, acusado y convencido de conspiracion contra la vida y el trono de don Juan II, con el objeto de coronar al duque de Viseo, nieto del rey don Duarte. Muchos grandes del reino conspiraron para vengar su muerte, al frente de los cuales estaba el mismo duque, cuya ambicion habia causado la ruina del de Braganza. Supo el rey don Juan la conspiracion: y habiendo concurrido el duque de Viseo á Setubal donde se hallaba la córte, le llamó aparte, le afeó su traicion y le exhortó á revelar sus cómplices. El duque lo negó todo: y el rey, que se creia bien informado, lleno de enojo por la ostinacion de su silencio, sacó un puñal y le atravesó con él. Despues fueron juzgados y condenados á muerte algunos de los conspiradores: otros huyeron á paises estrangeros. El obispo de Évora acabó sus dias encerrado en una cisterna.

El rey don Juan, despues de esta sangrienta catástrofe, que aterró á Portugal, se dispuso á pasar á Africa, y continuar las conquistas contra los moros, acometiendo la plaza de Azamor; pero sus habitantes, que estaban descontentos del gobierno del rey de Fez, para evitar las calamidades del sitio, le enviaron á Lisboa las llaves de la ciudad, reconociéndose por vasallos de Portugal á condicion de que se les permitiese vivir en su creencia.

Sitio de Ronda (1485). Tan afortunados y poderosos se hallaban los cristianos en la guerra de Granada que el conde de Cabra, acompaña-

do de los alcaides vecinos, se atrevió á penetrar hasta las faldas de Sierra Nevada, y á saquear á Nijar, Guejar y otros pueblos de aquella comarca, ricos por la proximidad á la capital. Es verdad que por consejo de Pedro Ruiz de Alarcon habian dejado guarniciones los cristianos en todos los pasos dificiles del camino: y así cuando se volvieron con la presa pudieron defenderla contra los que salieron de Granada para recobrarla.

El rey se puso al frente de su egército el 15 de abril, y abrió la campaña sitiando á un mismo tiempo las plazas de Coin y de Cartama. Mahomad, por sobrenombre el Zagal, hermano de Abul Hacen, acudió con tropas para socorrerlas; pero rechazado siempre por el egército cristiano, se rindieron ambas plazas, salvas las vidas y los bienes de los habitantes. Fernando amenazó primero á Málaga y despues á Loja. La gente de armas de Ronda fué llamada para defender á Málaga: y cou esta oportunidad envió el rey al marques de Cádiz para ocupar las avenidas de Ronda con 3000 caballos y 8000 infantes. Hecho esto, dirigió contra aquella plaza todas sus fuerzas, y convirtió el bloqueo en sitio formal.

Los habitantes hicieron muchas salidas: Muhamad el Zagal acometió varias veces los reales; pero estos estaban muy bien fortificados, y siempre fueron rechazados los enemigos con grave daño. El marques de Cádiz acometió con su gente un puesto en que desembocaba una mina por

la cual se proveian los vecinos del agua del rio. Habiendo caido en poder de los cristianos, empezó á sentirse la escasez de agua en la ciudad. Poco despues fué entrado el arrabal á fuerza de armas, y las baterías de grueso calibre empezaron á hacer estragos en la muralla y en la poblacion. La guarnicion no pudiendo resistir á tantos males, entregó aquella importante plaza salvas las vidas y los bienes. Los cristianos entraron en ella el 20 de mayo.

A la conquista de Ronda se siguieron las de Casarabonela, Marbella, Fuengirola, Gausin y Mijas: de modo que la frontera de los cristianos que antes de esta campaña tenia por linde el rio Guadiaro, se adelantó hasta el Guadajoz. En la campaña de otoño pasó don Fernando á la frontera de Jaen, tomó los castillos de Cambil y Alhabar, desde los cuales hacian mucho daño los moros en el territorio de Alcalá la Real. Los moros evacuaron á Arenas, Apines y Asnallos: y el clavero de Alcántara tomó por sorpresa á Calela, fortaleza cercana á Alhama y que incomodaba mucho á la guarnicion de esta ciudad.

Una nueva revolucion se verificó este año en Granada. Boabdil tuvo que huir de Almería, donde se habia refugiado, á Córdoba, porque su padre envió contra él tropas con órden de prenderle ó matarle. El rey don Fernando le recomendó á los capitanes de la frontera para que procurasen favorecerle en la empresa de recobrar su trono. Poco despues los granadinos, siempre disgustados de Abul Hacen, que ya era

viejo y ciego, le quitaron la corona, y la dieron á su hermano Mahomad el Zagal.

Tampoco tuvo efecto el nuevo contrato: porque Boabdil y su tio, movidos por el clamor de los *alfaquíes*, ó ministros de la religion mahometana, que veian desplomarse su imperio por la disension de los príncipes, se convirtieron en repartir la ya muy reducida monarquía, obteniendo Mahomad la parte oriental con Granada, y Boabdil la parte occidental con Loja. Así cuando se abrió la campaña de 1486 la primer empresa del rey don Fernando fué el cerco de esta última plaza.

El sitio duró casi un mes, y fué dificil y sangriento tanto por las frecuentes salidas que hizo Boabdil al frente de los suyos, aunque siempre se le rechazó, como porque fué preciso reunir los cuarteles con puentes echados sobre el Genil y sobre los barrancos de que abunda aquel terreno, y sostener la altura de Abul Hacen, que los moros procuraron recobrar, aunque en vano. Entrados los arrabales despues de un combate muy obstinado, se pusieron las baterías contra el cuerpo de la plaza. Boabdil estaba enfermo de las heridas que habia recibido en un encuentro: no se esperaba socorro de Granada, porque Mahomad, como sucede en las disensiones civiles, atendia mas á la ruina de su competidor que al bien de la patria: y así los principales cabos de la ciudad capitularon su entrega, salvas las personas y los bienes. El rey entró en Loja el 29 de mayo.

A esta conquista se siguió la de Illora, cuya alcaidía dió el rey á Gonzalo de Córdoba: la de Moclin, en cuyo cerco concurrió la reina doña Isabel, y una terrible tala que se hizo en la vega de Granada, con lo cual se concluyó la campaña. En ella quedó por los cristianos todo lo que está al norte del Genil desde mas abajo de Granada: porque los alcaides de Montefrio y de Colomera, cortados ya del centro del reino por las fortalezas que poseian los castellanos, sin esperar á que los sitiasen, entregaron estas plazas salvas las personas y los bienes.

Sitios de Velez Málaga y de Málaga (1487). En esta campaña cayó en poder de los reyes de Castilla todo lo que quedaba de la parte occidental del reino, y se pusieron las fronteras cristianas en el rio de Velez Málaga. Esta ciudad fué la primera á que puso sitio el rey don Fernando; porque la derrota de la Ajarquía habia mostrado cuán dificil y peligroso era atacar á Málaga por la parte de la Sierra. Mahomad, mas patriota que el año anterior por el escarmiento de los destrozos que sufrieron sus estados despues de la conquista de Loja, acudió con un egército á impedir el sitio de Velez Málaga. Fernando destacó un cuerpo de observacion contra él; pero nunca se atrevió el Zagal á empeñar un combate decisivo por la inferioridad de sus fuerzas. Entretanto los de la plaza, viendo la ineficacia del socorro de Granada y los grandes refuerzos que recibia el campo del rey, hubieron de entregarse.

Durante el sitio de Velez Málaga se apoderó Boabdil del Albaizin, barrio de Granada, donde tenia muchos parciales, y se sostuvo en él con el auxilio de los que le favorecian en la ciudad y de algunos arcabuceros que le envió don Fadrique de Toledo, capitan de la frontera de Jaen: porque este príncipe tan débil como ambicioso, despues de perdida Loja, se habia puesto segunda vez bajo la proteccion de los cristianos con la esperanza de recobrar el trono de Granada, socavado ya por sus cimientos. Los demas habitantes de esta capital se conservaron fieles á Mahomad por algun tiempo, hasta que viendo lo poco que habia hecho para libertar á Velez Málaga, le negaron la obediencia y se sometieron á su rival. Mahomad se retiró á Guadix, que estaba por él, como tambien Baza y Almería.

Entretanto los cristianos sitiaban á Málaga. Este cerco fué célebre por la ostinacion de los defensores y por la perseverancia de los castellanos. Ibrahim Zegrí, gobernador de la plaza, no quiso dar oidos á ninguna plática de entrega. La plaza fué sitiada por tierra y mar: porque desde los principios de esta guerra mantenian los reyes una armada considerable en el Estrecho con el objeto de impedir todo socorro que pudiese venir de Africa á los moros. Así los sitiados sufrieron todas las calamidades del hambre.

Un moro que salió de la plaza con el objeto de matar á los reyes (porque doña Isabel con-

currió tambien á este cerco) se presentó en el cuartel del marques de Cádiz diciendo que tenia que dar al rey Fernando un aviso importante. No se creyó conveniente despreciarlo; y mientras se avisaba al rey se le introdujo en la tienda de doña Beatriz de Bobadilla, dama muy querida de la reina. Doña Beatriz estaba entonces jugando al agedrez con don Alvaro, hermano del infeliz duque de Braganza, y que fugitivo de Portugal se hallaba en la córte de Castilla. El bárbaro viéndolos tan magníficamente vestidos, y la deferencia que les manifestaban los circunstantes, creyó que eran los reyes; y sacando un alfange corto que llevaba oculto, hirió á don Alvaro en la cabeza. Revolviendo despues sobre doña Beatriz, que habia tenido la precaucion de dejarse caer de la silla, le dió una cuchillada, cuyo efecto impidió el vestido. Los circunstantes se arrojaron al moro, y le hicieron pedazos. Este caso mostró la ostinacion de los defensores de Málaga que le habian enviado para cometer el asesinato.

El Zagal juntó alguna gente en Guadix para socorrer á Málaga: pero Boabdil tuvo la vileza de salirle al encuentro con fuerzas superiores, derrotarle y escribir al rey de Castilla este suceso, dándole aviso de la cruel hambre que se padecia en Málaga. Cuando las costumbres públicas de los granadinos habian llegado á este punto no eran dignos ya de la independencia.

Málaga se sostenia á pesar de tener rota la

muralla en muchas partes. Los cristianos la socavaron por medio de minas; pero los moros las contraminaron, y se peleó debajo de tierra como encima de ella. Gutierre de Cárdenas, capitan muy esforzado, consiguió tomar una torre: pero fué desalojado. Francisco Ramirez derribó otra torre, y ocupó otra cercana, logrando sostenerse en ella. Pero el mayor enemigo de los sitiados era el hambre. Los principales de la ciudad pedian ya á gritos que se entregase; é Ibrahim Zegrí temiendo un alboroto se retiró al castillo de Gibralfaro, que era la fortaleza. Entonces pasaron al campo diputados para tratar de la entrega.

El rey don Fernando, irritado contra una resistencia tan larga, les concedió una capitulacion muy dura, y fué que quedasen esclavos todos excepto los que habian sido de dictámen de entregarse, los cuales tuvieron salvas las personas y bienes. La entrega de la plaza se hizo el 18 de agosto. Gibralfaro se rindió pocos dias despues bajo las mismas condiciones.

El rey don Fernando, conquistada la parte occidental del reino de Granada, emprendió en la campaña siguiente la conquista de la oriental para dejar la capital aislada y sin medios de defensa; y asi en 1488 acometió desde Murcia á los enemigos. El terror de lo que habia sucedido en Málaga y las superiores fuerzas de su egército obligaron á rendirse á la primera intimacion las ciudades de Vera, Huesca y las villas de Velez Blanco, Velez Rubio, Cullar,

las Cuevas, Galera, Benamaurel, Orce y Tijola con todos los lugares y aldeas de sus territorios. Mahomad el Zagal, á cuyo dominio pertenecian estas conquistas, se habia limitado con el corto número de sus tropas á guarnecer á Almería. El rey no tenia medios para sitiar esta plaza: pero taló su término, y despues pasó al de Baza á hacer lo mismo. De esta ciudad, la mas fuerte de aquel pais y mejor guarnecida, se hicieron salidas para impedir la devastacion: pero eran rechazadas constantemente por las tropas castellanas.

Conquista de Baza, Almería y Guadix (1489). En la primavera de este año emprendió el rey de Castilla el cerco de Baza, el mas laborioso y dificil de la guerra última de Granada. Mandaba la plaza Cid Hiaya, uno de los capitanes mas esforzados de los moros: tenia una guarnicion numerosa y escogida: las cercanías estaban llenas de huertas y acequias de riego que impedian los aproches. En fin, antes de llegar á la plaza era necesario apoderarse de Zujar, Freyla, Bacor y Benzalema, fortalezas que el Zagal tenia bien fortificadas y guarnecidas. El se apostó en Guadix ya para defenderla, ya para acudir á donde sus cortas fuerzas se lo permitiesen.

Fernando salió de Jaen al frente de un egército compuesto de 50000 infantes, 7000 gastadores y 13000 caballos, y se dirigió por Sotogordo á la campiña de Baza. El maestre de Santiago sitió á Zujar, que se defendió valerosa-

mente: pero entrado por asalto el arrabal hubo de rendirse. Los otros tres castillos no hicieron resistencia, y las tropas castellanas rodearon la ciudad.

Al principio no pudieron sostenerse en las estancias mas cercanas á la muralla por los contínuos rebatos y salidas de la guarnicion. Fué preciso talar la vega para dejar descubierta la plaza y poder establecer los reales mas cerca de élla. El rey puso el suyo en la llanura, y el marques de Cádiz y otros señores se fortificaron en las alturas vecinas á la ciudad. Las surtidas de la guarnicion eran contínuas y costaban mucha sangre. En una ocasion se puso á los moros una celada, dividida en tres cuerpos mandados por don Francisco de Bobadilla, el marques de Aguilar con el señor de la Palma y Gonzalo de Córdoba, y por el rey en persona. Salieron los mahometanos incitados por algunas tropas que se acercaron á la plaza, fueron cortados y perdieron mas de 500 hombres. Mas no por eso dejaron de salir al dia siguiente y atacar el cuartel de la altura: el rey acudió al socorro y entró en combate; todo el egército al saberlo tomó las armas y rechazó á los moros, que perdieron 500 hombres: pero de los cristianos murieron nada menos que 300.

Durante el sitio se formó un cuerpo de tropas que no hacian falta para él, é invadió los pueblos inmediatos á Guadix. Solo eran 200 infantes y 300 caballos: pero los mandaba el alcaide del Salar Hernan Perez del Pulgar, que

mereció en esta guerra el sobrenombre de *el de las hazañas* por las muchas que hizo. Salieron de Guadix 600 ginetes contra los cristianos y les hicieron volver la espalda. Pero Hernan Perez rodeando á su lanza una toca blanca para que sirviese de bandera á los suyos, los hizo volver al combate, mataron 400 moros y encerraron á los demas en la ciudad.

Entretanto el sitio de Baza continuaba sin grande ventaja para los cristianos: los moros se defendian intrépidamente, y los sitiadores, despues de haber sufrido mucho de enfermedades en el verano, padecian ya entrado el otoño la incomodidad de las lluvias que fueron copiosas y del escesivo frio que las siguió. Los soldados empezaban á manifestarse disgustados, y solo los contenia ver á los gefes sufrir como éllos. Entonces la reina Isabel pasó desde Jaen al campamento con todos sus hijos; y con sola su vista restituyó á los soldados la esperanza de la victoria. Cid Hiaya que hasta entonces habia creido que la llegada del invierno obligaria á los castellanos á levantar el cerco, desmayó enteramente, porque la presencia de la reina le hizo ver que no se abandonaria el sitio sino rendida la ciudad. Su gente estaba muy disminuida por los combates: la escasez empezaba á sentirse: no habia que esperar socorros de Guadix, porque Mahomad apenas tenia gente bastante para defenderse á sí propio; ni de Granada, porque Boabdil, mas fiel á su rencor que á su patria, estaba resuelto á dejar perecer al

Zagal, creyendo neciamente que no llegaria á él el incendio en que se abrasase su competidor.

Estas razones obligaron al valiente Hiaya á entablar negociaciones para la capitulacion: pero antes cumplió su deber pidiendo el permiso para rendirse á su soberano Mahomad, que no pudo menos de aprobar su determinacion. La condicion de la entrega fué que los defensores y habitantes serian mirados como vasallos del rey, y vivirian en su religion conservando sus bienes. Los reyes entraron en la ciudad el 5 de diciembre. Así se terminó este cerco que costó al egército cristiano 20000 hombres entre los que murieron en los combates y los que arrebataron las enfermedades.

Pero la caida de Baza anunció á los mahometanos de España que era llegada la última hora de su imperio: y todos doblaron la rodilla al vencedor. Los alcaides de Almuñecar y Tabernas, el de Purchena y Paterna y la mayor parte de los moros de la Alpujarra se sometieron bajo la condicion de ser vasallos de Castilla. El mismo Mahomad, á persuasion de Cid Hiaya, prefirió á una resistencia inútil ganar el afecto de los reyes entregando las plazas de Guadix y Almería que le quedaban, recibiendo en indemnizacion algunos pueblos, y reconociéndose vasallo de la corona de Castilla.

Ya no restaba á los moros de su grande imperio en España mas que la ciudad de Granada, rodeada por todas partes de pueblos y fortalezas sometidos al rey, y sin mas medios

de defensa ni de subsistencia que los que podia proporcionarles su vega. Fernando exigió de Boabdil que se la entregase: y Boabdil lo hubiera hecho sin dificultad á no haberse opuesto la poblacion, que entonces era de cien mil almas aumentada con las familias que huyendo de la dominacion cristiana se habian refugiado en la capital.

Boabdil, pues, se preparó en 1490 á hacer una defensa vigorosa: acometió á algunos castillos que estaban por los cristianos en la vega, y fué preciso al rey Fernando acudir con sus tropas á defenderlos. Al mismo tiempo se levantaron los moros de la Alpujarra contra el Zagal que poseía allí algunas aldeas, y pusieron sitio al castillo de Salobreña, cuyo gobernador cristiano se defendió valerosamente. Iguales síntomas de rebelion se observaron en Guadix, Baza y Almería: pero la vigilancia de los alcaides castellanos contuvo la esplosion en estas ciudades.

El rey, despues de algunos reencuentros parciales, obligó á los moros á encerrarse en Granada, y taló dos veces la vega, una por la primavera y otra por el estío. Esta segunda tala fué muy cruel, y dejó á los moros sin medios de subsistencia para el año siguiente. Al mismo tiempo envió á Salobreña un cuerpo de tropas, y los de la Alpujarra que tenian sitiada la fortaleza se retiraron á lo mas fragoso de sus montañas.

Mahomad el Zagal, pesaroso de la rebelion

de los suyos, y avergonzado de ser vasallo donde habia sido rey, pidió licencia á don Fernando para pasar á vivir en Africa. Diósele en indemnizacion de los pueblos ofrecidos una suma de dinero, y desapareció de la escena política. Con él emigraron muchos moros: porque el mal espíritu de los de Guadix, Baza y Almería fué castigado mandándoles que saliesen á vivir de estas ciudades á los arrabales: y un gran número de éllos vendieron sus bienes y se retiraron á Granada ó pasaron al Africa.

Sitio de Granada (1491). El 23 de abril de este año se acampó el rey don Fernando con todo su egército en Ojos de Huecar á dos leguas de Granada, fortificó sus reales, envió á la Alpujarra, de donde la ciudad sacaba sus subsistencias, un cuerpo de tropas al mando del marques de Villena, le siguió él mismo en persona con otro mayor, derrotó á los moros que defendian el paso de Tablate y Lanjaron, taló el valle de Orgiba y el de Lecrin, y se volvió á sus reales seguro que de aquella parte poco socorro podria recibir la capital, á la cual puso sitio despues de talada la vega con un egército de 50000 infantes y 12000 caballos. La reina asistió á él para alentar con su presencia los ánimos de los guerreros.

Una noche se prendió fuego por casualidad á la tienda de doña Isabel y se comunicó á las cercanas: pero felizmente ninguna persona murió. La reina para evitar los accidentes de esta

clase mandó edificar en el mismo sitio de los reales una ciudad en cuyas casas se alojasen los capitanes y las tropas con igual órden al que tenian en el campamento. La obra se concluyó en 80 dias, y doña Isabel dió al nuevo pueblo el nombre de Santa Fé.

Los moros hicieron el 25 de agosto una salida que disminuyó en gran manera sus fuerzas: porque derrotados en el combate con pérdida de 600 muertos, 1400 prisioneros y dos piezas de artillería, se volvieron desalentados á la ciudad, donde ya escaseaban notablemente los mantenimientos. Sin embargo, aquella noche sabiendo que los cristianos les tenian puesta una emboscada por si venian segun su costumbre á enterrar los muertos de su nacion, salieron con sumo silencio, dieron sobre los castellanos y les hicieron bastante daño. En este combate se vió Gonzalo de Córdoba en riesgo de caer prisionero, porque le mataron el caballo junto á una acequia: pero escapó en el de un soldado suyo.

Desde este tiempo perdieron los moros la esperanza de defender la ciudad, y se entablaron negociaciones para la entrega. El mismo Gonzalo de Córdoba, cuya capacidad y prudencia eran superiores á sus años, fué uno de los plenipotenciarios. Publicóse una suspension de hostilidades, y se convino en estos artículos: la plaza se entregaria á 6 de enero del año siguiente: los reyes de Castilla recibirian á los vecinos como vasallos suyos, conservándoles sus

bienes, el egercicio de su religion y el privilegio de ser juzgados por sus cadíes: los moros que no quisiesen permanecer en Granada podrian salir con sus bienes y familias á donde mas les acomodase: á Boabdil se le darian algunos pueblos en la Alpujarra, donde viviria como vasallo del rey de Castilla; ó si prefiriese pasar á Africa se le indemnizaría con una suma de dinero.

Conquista de Granada: espulsion de los judíos: descubrimiento de la América (1492). Granada se entregó á los reyes don Fernando y doña Isabel el 2 de enero, porque Boabdil anticipó el dia señalado en la capitulacion temiendo que el vulgo fanatizado por los alfaquíes alborotase la ciudad y la comprometiese con los vencedores. Las banderas castellanas tremolaron en el Alhambra, y su último rey Boabdil partió á Purchena á vivir como simple particular. Al llegar al vico de Padul, desde donde se descubre á Granada, volvió los ojos á su perdida capital y lloró. Su madre, que lo acompañaba con toda su familia, le dijo: *haces bien en llorar como muger, pues no has sabido defender como hombre tu corona.*

Así se terminó la lid de ocho siglos, sin egemplo en la historia, empezada por un corto número de cristianos encerrados en las montañas de Asturias y de Sobrarbe contra todo el poder de los califas; continuada por las flacas monarquías de Leon y Navarra contra el imperio de los Abenhumeyas de Córdoba; sosteni-

da por los reyes de Castilla y Aragon contra los Almoravides y Almohades; decidida definitivamente por Alonso el Onceno en la batalla del Salado, y concluida por Fernando é Isabel con la conquista de Granada. Las causas de los triunfos de los cristianos fueron unas morales, y otras, por decirlo así, materiales. La primera de todas fué el espíritu de religion que no podia avenirse con el sometimiento á un pueblo mahometano y enemigo de la cruz, y el de independencia que siempre ha caracterizado á los habitantes de España.

Las causas materiales fueron: 1.º la pobreza misma de los paises habitados por los primeros reconquistadores. Los moros los dejaron crecer y aumentar su poblacion, porque siendo dueños de la parte mas fértil de la península se les resistia hacer la guerra en un terreno donde solo habia peligros y lanzadas, y no riquezas y placeres: 2.º la invasion de Francia por los árabes, donde perdieron gran parte de su egército, y las conquistas de Pipino y Carlomagno: 3.º el sistema político de los mahometanos dispuestos siempre á variar de monarca cuando la victoria ha decidido; lo que producia entre éllos frecuentes guerras civiles de que se aprovechaban hábilmente los caudillos cristianos: 4.º el gran número de héroes que ocuparon los tronos de Navarra, Leon, Castilla, Aragon y Portugal. Estas causas eran tan poderosas que la restauracion de la monarquía pudo haberse hecho en mucho menos tiempo

á no haber existido otras no menos fuertes que la retardaron.

1.ª El repartimiento que hizo Sancho el mayor de sus estados entre sus cuatro hijos, del cual resultaron las tres monarquías de Navarra, Aragon y Castilla, que se hacian frecuentemente guerra con grande detrimento de la cristiandad de España: 2.ª la desmembracion de Portugal hecha por Alonso VI, que creó un nuevo estado en la península, y por consiguiente un nuevo motivo de guerra entre los cristianos: 3.ª haber abandonado Alonso el Sabio el sistema de guerrear contra los moros, tan constantemente seguido por su padre Fernando el Santo, por solicitar inútilmente la corona del imperio de Alemania: 4.ª Las contínuas turbulencias de los señores y ricoshombres que empezaron en su reinado y solo acabaron en el de Fernando é Isabel: 5.ª que no temiéndose ya el poder mahometano despues de la conquista de Sevilla, atendian los grandes mas bien á sus particulares intereses que á la reconquista: lo que dió lugar á la pequeña monarquía de Granada á consolidarse y sostenerse cerca de dos siglos y medio con el auxilio de los africanos: 6.ª, en fin, el vigor y fanatismo que adquirian los moros cuando á una dinastía envegecida substituian otra nueva y coronada por la victoria. El advenimiento de los Abenhumeyas redujo al último estremo la naciente monarquía de Leon: el de los Almoravides hizo temblar al conquistador de Toledo cuando creia ser ya

dueño de la Andalucía: los Almohades amenazaron de una ruina que parecia inevitable al reino de Castilla venciendo en Alarcos á Alonso VIII; y los Benimerines pusieron en duda, cuando no la existencia de las monarquías españolas, quién habia de ser dueño de la Bética: cuestion que decidió á favor de Alonso el Onceno la memorable victoria del Salado.

Ni son menos notables que sus causas los efectos de la reconquista. Era imposible que una nacion acostumbrada ocho siglos á pelear y casi siempre á vencer, dejase de adquirir un espíritu militar formidable á los demas pueblos, ni que abandonase por las delicias de la paz la carrera de las conquistas. Las circunstancias determinaron sobre qué enemigos debia caer el fanatismo de gloria que despues de la conquista de Granada fué por siglo y medio el espíritu universal de los españoles: pero tan imposible les era entonces dejar las armas como á un péndulo que ha llegado á la vertical permanecer en ella y no subir por la parte opuesta á la que bajó en virtud de la velocidad adquirida. Mucho mas cuando tenian el principal elemento de la victoria, que era una excelente infantería, formada en las guerras de celadas y asechanzas de los moros; cuando las demas naciones apreciaban bien poco esta arma. Solo faltaba á la milicia española un genio que sometiendo el valor á las reglas de la disciplina, de la táctica y de la estrategia, afiliase á sus banderas la victoria, y este genio pare-

ció: fué Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Parece que la providencia se encargó de abrir á los españoles una nueva escena de gloria. El mismo año que Granada se sometió á los reyes de Castilla se verificó el descubrimiento del Nuevo mundo: suceso el mas importante de toda la historia moderna por el inmenso influjo que ha tenido en los progresos de la industria, del comercio y de la riqueza del mundo. Este suceso está ligado con el descubrimiento de la aguja imantada, conocido ya entre los navegantes italianos en el siglo XII, con la invencion de la brújula en el siglo XIII, hecha por el piloto Flavio Gioja, natural de Passitano, aldea del reino de Nápoles cercana á Amalfi, con la aplicacion del astrolabio á la naútica introducida por Martin Behem, Rodrigo y José, médicos de Juan II, rey de Portugal. Conociendo el piloto por medio de este instrumento la distancia á que se hallaba del Ecuador, y sabiendo la direccion del polo á todas horas por la brújula, pudo ya arriesgarse á penetrar en mares desconocidos, sin seguir tímidamente como los navegantes de la antigüedad la direccion de las costas.

Las conquistas de Alejandro Magno proporcionaron á la Grecia un comercio directo con la India que se hacia ó por medio de Alejandria y el mar Rojo, ó por el mar Negro y el Caspio. Pero desde que estas escalas cayeron en poder de los musulmanes recibian de éstos, como de segunda mano, los productos de la India las

repúblicas mercantiles de Venecia, Génova, Florencia y Pisa. Sin embargo, siendo los comerciantes de Italia los últimos vendedores de los productos índicos, los beneficios de este comercio hicieron á aquellas repúblicas opulentas y poderosas, mientras el resto de Europa que yacía en la ignorancia solo sabia el nombre de la India. En cuanto á la China los antiguos no conocieron mas sino que era la última de las tierras asiáticas hacia el oriente: y los europeos de la edad media ni aun esto.

Benjamin de Tudela, judio español, fué el primer europeo que llegó desde Jerusalen hasta las playas de la China, de donde pasó á visitar el inmenso Archipiélago de las islas de Asia. Hizo este viage en el siglo XII, y lo escribió en hebreo. Traducido despues á varias lenguas se hicieron muchas ediciones de él en toda Europa cuando en el último tercio del siglo XV fué inventada la imprenta. En el siglo XIII Ciorpini y Ascelin, religiosos enviados por el papa Inocencio IV para predicar el Evangelio á los mogoles, dueños entonces del Asia central, y Rubruquis, encargado de una comision semejante por Luis el Santo, rey de Francia, escribieron el diario de sus viages: pero ninguno causó en Europa mas admiracion que el libro de Marco Polo. Este veneciano viajó con su padre y su tio en el mismo siglo XIII á la córte de Kublay, hijo y sucesor de Gengiskan, que residia entonces en Pekin. Cuando volvió á su patria escribió el diario de su viage, en el cual

hizo magníficas y aun exageradas descripciones no solo de la China y de otros paises que él mismo habia recorrido, sino tambien del Japon, que en su obra tiene el nombre de Cipangri, y del cual hablaba por las noticias que adquirió en la córte de Kublay. En el siglo siguiente viajó tambien á la China el ingles Juan Mandeville, é hizo en su diario descripciones no menos novelescas de la opulencia y fertilidad de la China.

Cristóbal Colombo, ó Colon, como él mismo se llamó despues, natural de Génova, que en sus primeros años se dedicó con ardor al estudio de la geografía, y sirvió en su juventud en la marina de su patria, sintiendo en sí mismo el genio y la osadía necesarios para hacer nuevos descubrimientos, pasó á Portugal, pais célebre entonces por los que emprendian sus marinos á lo largo de la costa de Africa con el objeto de costearla toda hasta llegar á su punta meridional, y doblándola pasar á la India á comerciar directamente con los paises, cuyas producciones pagaba Europa tan caras á los venecianos, dueños entonces de la parte oriental del Mediterráneo.

Colon, fundado en el principio de la redondez de la tierra, creyó que podria hallarse un camino mas corto y fácil para la China y la India navegando háeia el occidente. Movíanle á ello dos errores, entonces comunes á todos los que se dedicaban á la cosmografía. El primero fué la magnitud, mucho menor que la

verdadera atribuida al grado terrestre por el árabe Alfragano, autor de cosmografía seguido entonces. El segundo consistia en que Marco Polo habia situado la posicion del Japon mucho mas oriental de lo que efectivamente es. De la combinacion de estos dos supuestos se inferia que el camino á la China por el occidente debia ser corto. En efecto, si Colon hubiera sabido la inmensa distancia que realmente hay entre las costas de Portugal y las del Japon, jamas se hubiera atrevido á emprender un viaje tan largo; pues ignoraba absolutamente la existencia del Nuevo mundo entre ambos paises.

Afirmado en su idea, solo le faltaban medios para egecutarla. Solicitólos inútilmente de la córte de Portugal, de su patria Génova, y aun se cree que de los reyes de Inglaterra y Francia. Ultimamente pasó á Castilla cuando sus reyes estaban mas empeñados que nunca en la guerra de Granada, y tuvo que vencer mil dificultades para que se aceptase su propuesta. En fin, concluida aquella grande empresa, la reina Isabel, aficionada á todo lo que tenia un carácter sublime, le facilitó los medios de poner en egecucion su plan de viaje á la India por el occidente.

El 3 de agosto de 1492 salió de Palos, puerto de Andalucía cercano á Moguer, en tres buques pequeños: *la Santa María*, donde arboló su pabellon como almirante y virey de los mares y tierras que iba á descubrir; *la Pinta*, mandada por Martin Alonso Pinzon, y *la Ni-*

ña, á las órdenes de Vicente Yañez Pinzon, hermano de Martin. Dió la vela para Canarias, donde reparó algunas averías, y se dirigió hácia el occidente por aguas no sulcadas antes de ningun bagel. Mostró toda la energía de su carácter, toda la fuerza de su talento en alentar y reprimir á los tímidos marineros que llevaba consigo, y que creian caminar á una cierta perdicion bajo los auspicios de un aventurero italiano. Despues de una navegacion feliz descubrió tierra el 12 de octubre en la isla de Guacanagarí, una de las Lucayas. Este dia quedaron revelados al mundo los secretos del occéano.

La fertilidad de esta isla y de las demas de aquel archipiélago que Colon recorrió se conformaban bastantemente con la idea que tenia formada del clima de la India: mas no halló vestigios ni del imperio de la China ni de las grandes monarquías que él iba buscando. La poblacion sencilla, tímida, y de un carácter apacible, se hallaba en el primer período de la civilizacion. Su gobierno era patriarcal; su religion sin culto. Creian á Colon y á los suyos procedentes del cielo, y esta idea que se hizo universal entre los habitantes del Nuevo mundo contribuyó en gran manera á la conquista.

Colon pasó de las islas de Bahama á la de Cuba, que creyó parte del continente de la India porque no la bogeó toda; y la de Santo Domingo que registró despues, y en cuya par-

te septentrional construyó un fuerte llamado de la Navidad, donde dejó alguna gente para defenderlo y comerciar con los naturales, le pareció alguna de las muchas del archipiélago índico. En la parte nordeste de esta isla halló por la primera vez habitantes feroces y bravos que acometieron á su gente: pero vencidos y apaciguados, trataron con los españoles tan amigablemente como los demas. A principios del año siguiente volvió á España con algunos de los habitantes del pais con muestras de sus producciones, y algun oro ya en preseas con que se adornaban los bárbaros, ya en polvo que recogian entre las arenas de algunos rios.

Dióse el nombre de Indias al Nuevo mundo descubierto, porque Colon, creyendo ser la India de Asia, se le habia impuesto, aunque despues, averiguado ser un nuevo continente, se le distinguió con el título de Indias occidentales: y los indígenas del pais fueron conocidos, y aun lo son, con el nombre de indios. La admiracion que causó este descubrimiento fué igual á su importancia. Desde esta época se dirigieron los españoles con preferencia al Nuevo mundo unos por espíritu de avaricia; otros de ambicion; otros, como los misioneros, de religion. Los reyes de Castilla creyeron de buena fé que las Indias occidentales, descubiertas y conquistadas por los españoles, y convertidas al cristianismo y á la civilizacion por sus cuidados, les pertenecian. Hubo á la verdad escesos y crueldades en esta conquista, como

sucede en todas: mas debe decirse al mismo tiempo que las leyes de Indias, dadas por el gobierno español, fueron sábias y benignas para los indios sumisos: y que ninguna conversion de un pais bárbaro en un pueblo civilizado ha costado menos sangre á sus habitantes que la América.

El mismo año del descubrimiento del Nuevo mundo y de la conquista de Granada fueron espelidos los judíos de los reinos de Castilla y Aragon. El motivo fué conservar en éllos la unidad de creencia. Antes se les habia tolerado por su habilidad en el comercio y por los grandes tributos que de aquella desventurada nacion sacaban la corona y los señores. Pero ya empezaba á ser honrosa la profesion del comercio, y lo fué mucho mas despues del descubrimiento de América. Así que no les consideraba tan necesarios. Los reyes don Fernando y doña Isabel querian evitar las frecuentes sediciones que se movian en los pueblos contra una raza proscrita.

La córte, arregladas las cosas de Granada, pasó á Zaragoza, y despues á Barcelona; y estando el rey el 7 de diciembre en las casas de la diputacion, al bajar la escalera fué herido por un loco en la oreja y el cuello. La herida no fué mortal, y sanó luego. El loco no decia en sus declaraciones otra cosa sino que perteneciéndole á él la corona, habia querido matar al que se la usurpaba. Fué condenado á muerte y ajusticiado.

Recuperacion del Rosellon: segundo viage de Colon: línea de demarcacion (1493). Fernando libre de los cuidados de la guerra de Granada, se dedicó á recobrar el Rosellon, y sacarlo de manos de los franceses que se lo tenian usurpado. En esta época era rey de Francia Cárlos VIII, hijo de Luis XI; el cual, llamado á Italia por los enemigos del rey de Nápoles, tenia por norte de su política revindicar los derechos que él habia heredado de la casa de Anjou á aquella corona. Preparábase á pasar á Italia con grande egército: pero el rey Fernando se presentó en el Pirineo con fuerzas respetables: y Cárlos, que no queria hallar estorbo á su designio principal, y por otra parte conocia la injusticia con que retenia aquel estado, mandó á sus tropas que lo evacuasen y restituyesen á su legítimo dueño.

Este mismo año recibieron los reyes con sumo honor en Barcelona á Cristóbal Colon, que vino despues de su llegada á Palos á darles cuenta de su espedicion. Preparóse inmediatamente para su segundo viage, en el cual llevó 18 buques con 1500 hombres. Embarcáronse tambien 13 misioneros para predicar el evangelio á los indios. En este viage, que duró tres años, descubrió las Antillas menores, la isla de Jamaica, y examinó la parte meridional de Cuba: pero cuando ya le faltaba muy poco para llegar al estremo occidental de esta isla y convencerse de que lo era, el mal estado de sus buques le obligó á volverse á Santo Domin-

go, y nunca renunció á la idea de que Cuba era una parte del continente de Indias.

El fuerte de la Navidad habia sido sorprendido, y muertos sus defensores á manos de los indios indignados de los robos y deshonestidades de los españoles que allí quedaron de guarnicion. Colon fundó la colonia llamada Isabela, tomó todas las precauciones necesarias para su defensa y gobierno, examinó el interior de la isla, costeó su parte meridional; descubrió sus minas, y estableció una línea de fuertes para asegurar la posesion del pais.

Entretanto disputaban los reyes de Castilla y de Portugal sobre la posesion del Nuevo mundo. Fundábase el de Portugal en una bula de Martino V, en que concedia á esta corona el dominio de la India que procuraban descubrir sus navegantes costeando el Africa occidental; y creia por consiguiente que eran suyas las tierras descubiertas por Colon, pues el mismo descubridor decia que eran la India. El rey de Castilla reclamaba los derechos de primer ocupante. Este litigio se sentenció por la córte de Roma. El papa Alejandro VI, natural de Valencia, de la familia de Borja, y por consiguiente adicto al rey Fernando, decidió que dividiese las conquistas de ambas naciones el meridiano que pasa al occidente de las islas Azores á 100 leguas de ellas; que perteneciese á Portugal todo el terreno que pudiese conquistar en India al oriente de aquel meridiano, y á Castilla lo que se hallase al

occidente. Por convenio entre ambas potencias se estableció despues el meridiano de demarcacion á 370 leguas al occidente de las islas de Cabo Verde: lo que valió en lo sucesivo á Portugal la posesion del Brasil, descubierto por navegantes castellanos la primera vez.

Cárlos VIII hizo su espedicion á Italia en 1794: ocupó á Florencia y entró en Roma contra la voluntad del Pontífice. Esta invasion de los estados del Papa estaba espresamente escluida en el tratado celebrado con el rey Fernando para la restitucion del Rosellon: y Fernando se valió de este suceso para advertir á Cárlos por medio de sus embajadores que nunca consentiria en la ocupacion de los dominios pontificios. Este era el pretesto: la verdadera causa el firme propósito que tenia de no permitir que los franceses se afirmasen en el reino de Nápoles. A este fin promovió la liga de los venecianos, el duque de Milan, y otros príncipes del norte de Italia, dirigida á arrojar á los franceses de aquella península.

Guerra entre España y Francia: Gonzalo de Córdoba en Nápoles: toma de Regio: batalla de Seminara: don Manuel, rey de Portugal (1495). Carlos VIII penetró con su egército en Nápoles, y se hizo fácilmente dueño del reino; pero sabiendo que la liga del norte habia reunido sus fuerzas y se preparaba para acometerle, dejando á su lugarteniente Aubigny con un cuerpo de tropas para guarnecer las plazas principales y defender su nueva conquis-

ta, se puso en marcha para el Pó. Encontró en Fornovo al egército enemigo, y se dió una batalla en que la victoria misma, si es que la consiguieron los franceses, solo les sirvió para abrirse paso á su patria.

Don Fernando declaró la guerra á Francia, apostó cuerpos considerables de tropas en el Rosellon y en Guipúzcoa, y envió á Sicilia á Gonzalo de Córdoba, que se embarcó en Málaga con 5000 infantes y 600 caballos. Ya Fernando II, rey de Nápoles, por la renuncia que en él habia hecho su padre Alonso II desde Sicilia, adonde se refugiara cuando los franceses invadieron su reino, habia pasado á la Calabria ulterior con las tropas que le dió el virey de aquella isla don Hugo de Cárdena, y puesto sitio á Regio. Gonzalo de Córdoba se le unió con las suyas, acometió el castillo y lo entró, y la plaza quedó en poder del rey.

Muchas ciudades de aquel pais se declararon por Fernando II, entre ellas Seminara. Aubigny reunió sus tropas y la puso sitio: el rey de Nápoles acudió en su defensa, y contra el consejo de Córdoba presentó batalla á un enemigo superior en número, y fué derrotado; Córdoba, reunidos los restos del egército, entró en Seminara: mas no creyó la plaza defensible, y se retiró á Regio.

El rey de Nápoles se embarcó en la armada de Sicilia, dió la vela para el golfo de Nápoles, y se le sometió esta capital y las ciudades vecinas. Los castillos se le rindieron des-

pues por capitulacion. Gonzalo de Córdoba con la poca gente que tenia hizo sin embargo mucho daño á los franceses por la velocidad y destreza de sus movimientos. Tomó á Fiumar de Muo, á Calana y á Bañara, y derrotó un cuerpo de franceses y suizos que acometieron y entraron á Calana, haciendo prisionera la guarnicion que habian dejado en esta plaza.

Este año falleció el rey don Juan II de Portugal sin sucesion legítima; porque su hijo don Alonso, casado con doña Isabel, hija mayor de los reyes de Castilla, murió antes que él sin dejar hijos. Sucedióle su primo don Manuel, duque de Beja, hermano del de Viseo, á quien Juan II habia dado muerte por su misma mano. Don Manuel, que profesaba una inclinacion particular á la viuda del príncipe don Alonso, que á la sazon se hallaba en Castilla, solicitó su mano, y la obtuvo.

En la laboriosa campaña de 1496 acabaron de ser espulsados los franceses del reino de Nápoles. Mientras Fernando II se apoderaba de las plazas de la Tierra de Labor, Gonzalo de Córdoba tomó sucesivamente á Cosenza, Bisiñano y otros pueblos, disipó junto á Murano un gran número de calabreses adictos al rey de Francia, sorprendió y derrotó á los condes de Melito y Nicastro que le esperaban cerca de Laino con 4000 hombres; se apoderó de ambas plazas, de Gilano, de Gesualdo y de otros muchos pueblos.

El rey de Nápoles y el egército de la liga

tenian sitiada á Atela, plaza fuerte y defendida por el duque de Montpensier. Fernando II, creyendo tener necesidad del cuerpo auxiliar de los españoles para rendir la ciudad, envió á decir á Gonzalo de Córdoba que se reuniese con él. Las hazañas que habia hecho Córdoba en Calabria y su marcha con solo 3000 infantes y 1500 caballos desde el Faro de Mecina hasta el Vulturno por medio de los enemigos, parecieron á los caudillos del egército napolitano acciones tan gloriosas que cuando llegó á los cuarteles del sitio le dieron el título de *Gran Capitan*. Pero aquel héroe estaba todavia en los principios de su carrera. Este título se justificó plenamente con sus victorias posteriores.

Su primera operacion en el sitio fué destruir los molinos que los cercados tenian en el rio, derrotando un cuerpo de suizos que los guardaba: con lo que empezó á padecerse falta de pan en la plaza, y solo comian el trigo cocido. Habíase tambien debilitado la guarnicion con las frecuentes salidas y reencuentros. El de Montpensier capituló entregar, si no era socorrido en el término de 30 dias, la ciudad de Atela y las demas que estaban por los franceses, escepto Gaeta, Venosa, Taranto, y la parte de Calabria que poseia Aubigny, con tal que no saliese de ella.

Pero los franceses ocuparon otros lugares, y Córdoba marchó contra éllos, volvió á recobrar los pueblos que habia ocupado Aubigny, y le arrojó de ambas Calabrias. En este tiempo

falleció sin hijos Fernando II, rey de Nápoles, y le sucedió don Fadrique, hermano de su padre Alonso II. Don Fadrique emprendió el sitio de Gaeta, que no tardó en rendírsele. Don Gonzalo de Córdoba obligó al duque de Sora y á otros señores, restos de la antigua faccion angevina, á someterse al rey de Nápoles. Concluida la guerra pidió licencia para volverse á España, dejando en Italia recuerdos profundos de sus talentos militares.

La guerra en el Rosellon consistió solo en algunas escaramuzas: pero habiéndose hecho una tregua, concluida ésta, los franceses, mas diligentes, se pusieron sobre Salsas, y abierta brecha la entraron por asalto. Este año se celebró el matrimonio de doña Juana, segunda hija de los reyes de Castilla, con Felipe, archiduque de Austria é hijo del emperador Maximiliano I. La infanta partió en una escuadra á Flandes, donde residia el archiduque.

El mismo año volvió Cristóbal Colon de su segundo viaje de descubrimientos. La envidia que daba su gloria á los encargados por el rey de los negocios de Indias habian indispuesto la córte contra él: y aunque habiendo visto á los reyes en Burgos, fué muy bien recibido, y se le prometió suministrarle dinero para el tercer viaje, no le fué posible por varias dificultades que ocurrieron realizarlo hasta dos años despues.

Espedicion de Vasco de Gama á la India

oriental: sitio de Ostia (1497). Los acontecimientos memorables se acumulaban en esta época estraordinaria de movimiento. En fin, los portugueses cogieron el fruto de su perseverancia en seguir el derrotero de la India, que habia adivinado en su gabinete el infante don Enrique, hijo del rey Juan I de Portugal. Ya el célebre navegante portugués Diego Cano habia atravesado la equinocial el primero de todos los marinos europeos en 1484, descubierto el Congo, y llegado hasta la embocadura del Zayre: ya Bartolomé Diaz, navegante de la misma nacion, habia llegado en 1486 hasta el promontorio mas meridional del Africa: mas no pudo pasarle á causa de las tempestades que sufrió, por lo cual le llamó Cabo de las Tormentas: nombre que cambió el rey don Juan II en el de Buena Esperanza que hoy conserva, por la que daba del próximo descubrimiento de la India.

Pero este descubrimiento quedó suspendido en los últimos años del rey don Juan II, y reservado á su sucesor don Manuel, el cual, apenas se encargó del gobierno, mandó aprestar una armada, y dió el mando de ella á Vasco de Gama, noble portugués, con la órden de doblar el Cabo de Buena Esperanza, hasta el cual debia acompañarle Bartolomé Diaz, y de buscar el camino de la India. Gama salio del puerto de Lisboa el 8 de julio de 1497, dobló el Cabo el 20 de noviembre enmedio de los mayores peligros por las tempestades de aquel

mar, y empezó á costear hácia el norte la playa oriental del Africa.

En ella encontró naciones, ciudades y reinos mahometanos pertenecientes á la civilizacion árabe en Mozambique, Mombaza y Melinde, y pilotos prácticos de aquellos mares que le guiaron hasta la costa de Malabar en la península esterior de la India. Los portugueses dieron vista á esta tierra tan deseada el 13 de junio de 1498 en las cercanías de Calicut, emporio de comercio muy floreciente en aquella península: la armada dió fondo no lejos de la ciudad.

Vasco de Gama entabló relaciones amigables de comercio con el rey de Calicut; pero no se sostuvieron por la desconfianza natural entre pueblos tan remotos, y por las intrigas de los mahometanos, enemigos ocultos de los portugueses á causa de la religion, y de los cuales tenia que valerse Gama como intérpretes; pues solo el idioma árabe, aunque corrompido, podia servir de medio de entenderse. Estos persuadieron al rey de Calicut que Vasco de Gama era un corsario. Los portugueses se alejaron de la playa poco satisfechos de la conducta de los naturales. Junto á las islas Ankedivas derrotaron á un corsario mahometano y le apresaron uno de sus buques.

Llegó á principios de octubre á la costa oriental de Africa, destruyó á Magadojo, ciudad mahometana, y se apoderó de los buques que habia en su puerto: derrotó una armada

de los mahometanos de Pale en su camino á Melinde, y entró de paz en esta ciudad aliada el 7 de febrero de 1499. Reconoció á Zanzibar, pasó el Cabo de Buena Esperanza el 20 de marzo, y entró en la barra de Lisboa el 29 de agosto.

Así fué conocido de la nacion portuguesa el derrotero de la India oriental. Sus descubrimientos probaron mas perseverancia; los de Colon mas osadía. Ellos estaban seguros de hallar algun dia el término de su viaje siguiendo la costa de Africa: Colon buscó la India por el occidente, y encontró un nuevo mundo. Los portugueses, mas tarde ó mas temprano, habian de hallar forzosamente el término de sus empresas. Colon nada hubiera emprendido á saber la verdadera distancia á que se halla la India oriental de las costas occidentales de Europa. Vasco de Gama sufrió en su navegacion gravísimos peligros reales: la de Colon fué bonancible en su viaje de ida: pero la incertidumbre de engolfarse en mares desconocidos supone una intrepidez igual á la de Gama. Uno y otro deben colocarse entre los mas grandes bienhechores de la humanidad.

Mientras la Europa admiraba la osadía y los progresos de los navegantes españoles y portugueses, llenaba Gonzalo de Córdoba la Italia con la fama de sus hazañas. Los franceses habian evacuado todas las plazas del estado eclesiástico, escepto á Ostia, que por su posicion en la embocadura del Tiber incomodaba mucho

los abastos y el comercio marítimo de Roma. El papa Alejandro VI pidió al gran Capitan que le ayudase á recobrarla. Gonzalo, obtenido el beneplácito de su rey, pasó con toda su caballería y 500 infantes á Ostia, donde se le juntó la gente del Papa y Garcilaso de la Vega, embajador de Castilla en Roma, con algunas tropas que pudo juntar á su sueldo. La artillería batió las murallas con grande estrago durante cinco dias: y al sesto atacó Gonzalo la plaza por un sitio descuidado de la guarnicion, y Garcilaso por el opuesto. Entraron uno y otro en la plaza, hicieron prisionera la guarnicion francesa, y restituyeron al sumo Pontífice su ciudad.

Este año llegó á España Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano y prometida esposa del príncipe don Juan, hijo de Fernando é Isabel. Las bodas se celebraron con grandes fiestas: pero se convirtieron en luto pocos meses despues por la muerte del príncipe arrebatado de una enfermedad maligna. Margarita, que quedó en cinta, malparió; y Castilla y Aragon quedaron privados de la sucesion masculina de sus reyes; pues don Juan era el único hijo varon de Fernando é Isabel. Casi al mismo tiempo de morir el príncipe pasó á segundas nupcias su hermana Isabel, á quien se ocultaron cuidadosamente las noticias de la enfermedad y muerte de don Juan, con don Manuel, rey de Portugal. Al fin de este año de 1497 fué poblada por los castellanos Melilla, plaza importante de Africa, aunque entonces de-

sierta y abandonada de los moros. Este fué el primer establecimiento de los castellanos en la costa septentrional de Africa.

Al año siguiente de 1498 se hizo la paz con Luis XII, rey de Francia, que habia succdido á su sobrino Carlos VIII: pero la familia real de Castilla fué afligida con nuevas pérdidas. Doña Isabel, reina de Portugal, heredera presuntiva de Fernando é Isabel, pasó á Castilla con su marido don Manuel, y fueron jurados príncipes de Asturias. El rey don Fernando convocó córtes del reino de Aragon en Zaragoza para que fuesen proclamados en ellas herederos de esta corona, y se transfirió con toda su familia á aquella capital. Los aragoneses opusieron alguna resistencia, porque desde los tiempos del rey don Pedro el Ceremonioso se consideraban las hembras escluidas de la herencia del trono, de lo cual se habia visto un egemplar en las hijas de Juan I, bien que Fernando el Honesto hubiese entrado á reinar por el derecho de su madre. Pero cedieron á la voluntad del rey y al derecho comun establecido en los demas reinos de España.

Doña Isabel murió en Zaragoza del parto del príncipe don Miguel, que fué jurado heredero en Aragon, y al año siguiente en Castilla: bien que falleció tambien en 1500; con cuyo motivo fué reconocida por heredera de ambos reinos doña Juana, archiduquesa de Austria, hija segunda de don Fernando y doña Isabel.

Este mismo año partió Colon al Nuevo mundo en una escuadra de seis buques; y siguiendo una latitud mas baja que en los viajes anteriores, descubrió la isla de la Trinidad, el golfo de Paria y el continente que está enfrente, y que él creyó una parte fronteriza de la India oriental. Pasó despues á la isla de Santo Domingo, donde le esperaban grandes sinsabores. Los españoles indisciplinados, que ya habia en gran número en la nueva colonia, se dividieron en partidos: algunos se rebelaron contra su autoridad; y tuvo que valerse ya de la fuerza, ya de la condescendencia para sosegarlos.

La córte de Castilla, sabedora de estos escesos, en vez de sostener á su almirante que representaba en el Nuevo mundo la autoridad real, envió para que examinase su conducta á Francisco de Bobadilla, hombre envidioso y de pasiones ruines, el cual apenas llegó á la colonia, se constituyó juez del almirante, le hizo cargos, y con escándalo del mundo le envió encadenado á España, á donde llegó á fines de 1500.

El año de 1499 se transfirió la córte á Granada para entender en la defensa de las playas de aquel pais recien conquistado acometidas por los corsarios de Berbería. Estos hallaban en los moros que vivian sometidos á los cristianos espías y favorecedores para desembarcar, saquear los pueblos, y llevarse despojos y cautivos. Creyóse que el remedio mas conveniente para este mal sería convertir los musulmanes al cristianismo: y el arzobispo de Granada y el

de Toledo, que lo era entonces el célebre Francisco Gimenez de Cisneros, se dedicaron á esta santa empresa. Sus predicaciones produgeron escelente efecto, y un gran número de moros se convirtió á la fé católica. Pero otros se quejaron diciendo que se les quebrantaban las capitulaciones con que se habian sometido á los reyes de Castilla; porque el rey don Fernando dió orden de que el que no quisiese convertirse, vendiese sus bienes y se pasase á vivir á otra provincia fundando esta determinacion en sus secretas coligaciones con los berberiscos. Esto dió motivo á un alboroto en el Albaicin de Granada, que fué reprimido por la vigilancia del conde de Tendilla, gobernador de aquella ciudad.

Rebelion de las Alpujarras (1500). Mas considerable fué la rebelion de los moros de Alpujarra. Confiados en la aspereza de sus montañas ocuparon á Castil de Ferro, Buñol y Adra, y pusieron sitio á Margena, que hubieron de levantar por haber llegado el adelantado de Múrcia en socorro de la plaza. El rey para apagar aquella rebelion en sus principios se puso al frente de sus tropas el 1.º de marzo, acometió y entró á Lanjaron por fuerza de armas, mientras otro cuerpo de tropas castellanas se apoderó de Andarax. Los moros que quedaron vivos de los ataques fueron hechos esclavos. Los demas pueblos sublevados de aquellas montañas, aterrados con este escarmiento, se sometieron.

Entretanto daba gran cuidado al rey la conquista del ducado de Milan hecha por Luis XII, rey de Francia; el cual, dueño de Génova y aliado con los príncipes de la Italia septentrional, amenazaba ya al reino de Nápoles. Habia hecho paces con Fernando por quedar espedito para la empresa de Lombardía: y ahora solicitaba por medio de sus embajadores en Castilla que Fernando uniese sus fuerzas con él para despojar á Fadrique de Nápoles, mal visto de sus vasallos.

Fernando, superior á todos los estadistas de su siglo en prevision política, envió á Gonzalo de Córdoba, que ya habia vuelto á España, con una escuadra de 52 buques, en que iban 4000 infantes, 300 lanzas y 300 caballos á los mares de Sicilia: pero ocultando su verdadero objeto con el de auxiliar á los venecianos contra los turcos. En efecto el Gran capitan pasó al Adriático, y unido con la escuadra veneciana acometieron la isla de Cefalonia que estaba por los turcos y que fué restituida á Venecia. De esta manera se preparó Fernando á todos los acontecimientos posibles en el mediodia de Italia. Ya habia convenido con el rey de Francia en que los dos acometerian y repartirian el reino de Nápoles, quedando el título de rey, la ciudad de Nápoles y la parte septentrional del reino al de Francia: y las Calabrias, la Pulla y el Abruzo á don Fernando. Tratado absurdo, hecho de mala fé por ambas partes, y cuyas ventajas debia lograr el que mejor hubiese previsto sus consecuencias.

A fines de este año casó el rey don Manuel de Portugal con la infanta doña María, hija tercera de los reyes de Castilla. Casi en la misma época llegó aherrojado á Cádiz Cristóbal Colon. Fué general el grito contra el atroz procedimiento de Bobadilla: dióscle libertad al ilustre reo, y se le permitió venir á la córte que estaba entonces en Granada. Quedó completamente justificado; quitóse á Bobadilla el mando de Santo Domingo: pero se dió á Nicolas de Ovando, con instrucciones secretas de no permitir que en su gobierno egerciese Colon la autoridad de virey. Este intrépido navegante, ageno, como todos los grandes hombres, de las raterías políticas, se preparó para hacer su cuarto viage de descubrimientos, que no pudo emprender hasta dos años despues.

Ya en este tiempo se hicieron grandes espediciones marítimas para descubrir nuevas tierras. Pedro Alonso Niño, de Moguer, descubrió las costas de Venezuela y Caracas: Vicente Yañez Pinzon, de Palos, atravesando la equinocial el primero de los navegantes españoles, dió vista al Brasil, siguió su costa hácia el norte, registró la embocadura del rio de las Amazonas, llegó al golfo de Paria, y continuó su viage por el mar de las Antillas hasta el canal de Bahama. Diego Lepe, tambien de Palos, descubrió de la costa del Brasil mucho mas al sur del cabo de san Agustin, hasta el cual habia llegado Pinzon. Rodrigo Bastidas, de Sevilla, continuó los descubrimientos en la costa firme desde el cabo de

la Vela, marcado por Pedro Niño, hasta el puerto donde se fundó despues la ciudad de Nombre de Dios. Sebastian Cabot, ingles, registró toda la costa del Nuevo mundo desde Terranova hasta la Florida. En fin, despues de la vuelta de Vasco de Gama á Lisboa salió de este puerto una armada de 16 buques, á las órdenes de Pedro Alvarez de Cabral en 1500, con destino á Calicut. Cabral sin saber nada de los descubrimientos de Pinzon ni de Lepe, habiéndose desviado de su derrotero hácia el occidente para evitar las calmas, frecuentes en las aguas cercanas á Guinea, descubrió la costa del Brasil, y tomó posesion de ella en nombre de la corona de Portugal, á la cual quedó adjudicado aquel pais por estar situado al oriente de la línea de demarcacion señalada por las dos córtes de Portugal y de Castilla.

Conquista del reino de Nápoles por españoles y franceses (1501). Este año hizo un viage desde Lisboa al Brasil Americo Vespucio, natural de Florencia, establecido en Sevilla como factor de una casa de comercio florentina. En 1499 habia navegado con Alonso de Ojeda al golfo de Paria, ya descubierto por Colon, y habiendo vuelto á Europa, pasó á Lisboa é hizo el viage de que hemos hablado al servicio de don Manuel, rey de Portugal. La narracion de este descubrimiento fué la primera que vió la Europa sábia publicada por medio de la imprenta: y esto bastó para que se diese al continente del Nuevo mundo el nombre de América, tomado

del navegante Florentin: á la verdad injustamente, no solo porque Colon fué el primero que vió el continente enfrente de la isla de la Trinidad en su tercer viage, sino tambien porque el verdadero descubrimiento, y que debia conducir á los demas, fué el de las grandes islas de Haiti y de Cuba, que son por decirlo asi las fronteras de aquel continente.

A la sumision de los moros de la Alpujarra, sucedió el levantamiento de los de Nijar, Huebar, Belefique y otros lugares cercanos. Belefique fué tomada y castigada severamente: con lo que se sometieron los otros pueblos, asi como Tabernas y Adra que tambien se habian rebelado. Todos estos pueblos pagaron multas considerables. Así quedó enteramente sosegada la rebelion de las Alpujarras.

Pero apenas estuvieron sometidos, se levantó la serranía de Ronda. Acudieron á sujetarla los condes de Cifuentes y de Ureña, y el valiente don Alonso de Aguilar con la gente de guerra de las ciudades de Andalucía. Los moros se refugiaron á lo mas fragoso de la sierra. Algunos cristianos subieron persiguiéndolos hasta la mesa mas alta de aquellas montañas, donde el enemigo tenia recogidos sus bienes y familias. Los cristianos que vieron la presa empezaron el saqueo. En esto sobrevino la noche: los moros valiéndose de la tiniebla dieron sobre los que saqueaban, y los derrotaron porque estaban desordenados, y los cristianos se recogieron á las banderas de los señores que habian subido á la altura para

sostenerlos. Todos se retiraron, escepto don Alonso de Aguilar y su mesnada. Este héroe mas intrépido que prudente dijo que *el pendon de su casa nunca habia vuelto atras.*

Encendióse por una casualidad un barril de pólvora, y á su llama vieron los moros que era muy poca la tropa que habia quedado en la altura. Acometiéronla agabillados, y don Alonso con gran número de los suyos pereció combatiendo. Los restos de su gente, que pudieron escapar, se acogieron á las otras mesnadas. El rey sintió mucho esta pérdida, y fué en persona á sosegar aquella serranía con un egército crecido. Los moros viendo las fuerzas que se desplegaban contra éllos pidieron capitulacion y se les concedió. Las condiciones fueron que se quedasen en España con sus bienes los que se convirtiesen al cristianismo, y los que no pasasen al Africa en buques del rey pagando el flete. Asi se restituyó la tranquilidad al reino de Granada.

Este año pasó á Inglaterra la infanta doña Catalina, hija menor de los reyes don Fernando y doña Isabel, y prometida esposa del príncipe Arturo, hijo primogénito de Enrique VII, rey de aquella isla. Arturo murió poco despues sin sucesion, y su viuda pasó á segundas nupcias con el príncipe Enrique, hermano de su primer marido, y por la muerte de éste heredero de la corona.

Al mismo tiempo espiraba en Nápoles la dinastía fundada por Alonso el Magnánimo de Ara-

gon. Su último rey don Fadrique no pudo resistir á las fuerzas conjuradas en su ruina de dos monarcas tan poderosos como Luis XII y Fernando V, y mandadas por dos generales tan hábiles como el duque de Nemours y el Gran Capitan. Este habia vuelto á Sicilia de su espedicion en el Adriático á principios del año, y desembarcando en la Calabria se apoderó sucesivamente de Santa Agata, Girace y toda la Calabria ulterior, de Nicastro, Cosenza, Galípoli y Manfredonia, mientras los franceses conquistaron á Nápoles y toda la parte septentrional del reino. Don Fadrique se retiró á Francia á gozar de una pension que Luis XII le dió en cambio de la corona: pero su hijo mayor don Fernando, muy digno de la ilustre familia de que descendia, se encerró en Tarento, y la defendió con valor contra el Gran Capitan. Obligado á rendirse, estipuló su libertad, y se fué á vivir á Bari, que aún estaba por su padre.

Acabada la conquista empezaron las diferencias entre los dos egércitos conquistadores. Los franceses querian ocupar la Capitanata: los españoles alegaban que esta provincia era parte de la Pulla, cedida espresamente al rey Fernando. Enviáronse mensageros á París y á Castilla para pedir instrucciones, y los dos egércitos se miraban ya como enemigos.

Guerra entre España y Francia: último viage de Colon (1502). El duque de Nemours y el Gran Capitan tuvieron encargo de sus respectivos monarcas para arreglar las desavenen-

cias entre ambos gabinetes: pero era indudable que tanto Luis como Fernando querian ser único dueño del reino de Nápoles, cuya posesion aseguraba una gran preponderancia en Italia. Fernando supo como político mas hábil cargarse de razon, haciendo proposiciones muy moderadas, hasta la de ceder la Capitanata á los franceses. En efecto, Córdoba llegó á ofrecerlo en ocasion que el de Nemours acababa de recibir de Francia un cuerpo considerable de tropas, y no quiso dar oidos á ninguna propuesta. Las hostilidades comenzaron.

El general español, inferior en número, concentró sus fuerzas en Barleta, y se redujo á la defensa de las plazas que estaban por él, y á la guerra de sorpresa y celadas en que los castellanos acostumbrados á pelear con los moros eran superiores á los franceses. Ni por eso dejó de presentar la batalla al enemigo siempre que éste pareció buscarla: pero tomaba posiciones ventajosas que suplian la inferioridad de su número. Asi la guerra durante toda la campaña se redujo á acciones parciales con vario suceso. El duque de Nemours sitió á Cáceres, y obligó á evacuarla por capitulacion á Pedro Navarro, que la defendia, el primer hombre de su siglo para el ataque y defensa de las plazas: el primero tambien que redujo á reglas la práctica de la fortificacion. Los españoles vengaron este reves apoderándose de Minorbino, obligando al duque de Nemours á levantar el sitio de Tarento que habia emprendido, y derrotando á los ba-

rones napolitanos de su faccion junto á Cosenza. Aubigny, lugarteniente de Nemours, derrotó un cuerpo español junto á Terranova; y poco despues los españoles destrozaron gran parte de la guarnicion de Canosa en una salida que hizo para impedir que talasen su territorio. Asi terminó la campaña de 1502.

En este mismo año salió Cristóbal Colon para su cuarto y último viage de descubrimientos; en el cual convencido por los que habia hecho en el tercer viage y por los de Bastidas, Pinzon y Lepe, que la costa del continente se prolongaba desde el cabo de la Vela hasta mas allá de la equinocial en el continente austral, examinó si desde dicho cabo hasta el sur de la isla de Cuba habria algun paso para las tierras de la India oriental, que acababa de reconocer Vasco de Gama, y para el pais que produce la especería, objeto principal del comercio en aquella época.

En efecto, despues de haber tocado en Santo Domingo, donde el gobernador Ovando tuvo la crueldad de no permitirle entrar, se dirigió por la costa oriental de Jamaica á la meridional de Cuba; y desde ella al sudoeste: descubrió tierra en la costa de Honduras. Siguióla hácia el oriente, registró la de los Mosquitos, la Costa Rica, la de Veragua y el Istmo de Darien, donde llegó hasta el mismo punto que habia examinado Bastidas por la parte del occidente. Quedó, pues, demostrado que desde la costa de Honduras hasta la del Brasil no habia paso ni estrecho para la India oriental, y que existia un

gran continente en el Nuevo mundo, que oponia obstáculos por todas partes para la navegacion de las islas de la especeria ó del Maluco, como se las llamaba entonces.

Colon volvió con su armada casi deshecha á Santo Domingo, donde entonces fué recibido con muestras de aprecio y deferencia: pero sin permitirle egercer ninguna autoridad. Agobiado ya por el peso de los años y por la ingratitud de los hombres, volvió á España en 1504, y se estableció en Sevilla: Falleció el 20 de mayo de 1506 á los 69 años cumplidos de su edad. Su descendencia obtuvo la dignidad de grande de España con el título de duque de Veragua, tomado del último pais descubierto por este intrépido navegante, cuya gloria vivirá tanto como los hombres.

Batallas de Cerignola y del Garellano (1503). Gonzalo de Córdoba habia elegido para su plaza de armas la posicion de Barleta, donde podia recibir por el mar los refuerzos que esperaba de España, Austria y Roma, y comunicarse con Tarento, la plaza mas importante que poseia. Su intencion era decidir la guerra en una batalla apenas se hallase con las tropas necesarias para darla: pero antes logró ventajas considerables contra los franceses. El 20 de enero derrotó Diego de Mendoza cerca de Trani á un cuerpo mandado por el general frances Lapalisse. Pedro Navarro tomó á Castellanata el 12 de febrero, cogiendo prisionera la guarnicion: al mismo tiempo que el capitan Lezcano, embarcando alguna

gente en las galeras que habia en Brindis, dió sobre Perijuan, corsario frances que con cuatro galeras infestaba las costas de la Pulla, y embarazaba los socorros que el Gran Capitan recibia de Sicilia; le encerró en el puerto de Otranto que estaba por los venecianos, le quitó algunos buques, y le obligó á dar barreno á los demas.

El Gran Capitan sorprendió á Rubo, plaza que incomodaba á sus cuarteles, y ántes que pudiese ser socorrida la entró por asalto, cogiendo prisionero á Lapalisse y á otros capitanes de cuenta con toda la guarnicion: la toma de Rubo fue el 22 de febrero. El 5 de marzo llegó á Mecina el señor de la Palma con la armada de refuerzo y ejército de desembarco que constaba de 10000 hombres. El 10 de abril llegaron á Manfridonia 2500 alemanes procedentes de Trieste: poco antes habian desembarcado en Cotrona 300 hombres reclutados por el embajador español en Roma, y el marques del Vasto, que estaba en correspondencia secreta con Gonzalo de Córdoba, levantó bandera por España en la isla de Ischia. En fin el 21 de abril fué derrotado en Seminara con pérdida de 2200 hombres, la artillería y el bagage el general Aubigny por don Fernando de Andrade, sucesor en el mando de las tropas recien llegadas de España del señor de la Palma, que habia fallecido de enfermedad. Aubigny se retiró á la Roca de Anguito, donde Andrade le sitió é hizo prisionero con la gente que tenia de guarnicion.

El Gran Capitan, viendo ya aseguradas las

Calabrias por la victoria de Seminara y la ruina de la division de Aubigny, y habiendo recibido todos los refuerzos que esperaba, determinó empezar las grandes operaciones, y poniéndose al frente de sus tropas, salió de la Barleta con direccion á Cerignola. El duque de Nemours, que habia previsto su designio, reunió su ejército á vista de aquella plaza, y apenas llegaron los españoles, para no darles lugar á descansar de la fatiga de la marcha, los acometió. Esta batalla decisiva se dió el 28 de abril. La artillería española hizo mucho daño al enemigo al principio de la accion: pero se voló el repuesto de pólvora, y desmayaron algun tanto: mas gritándoles Córdoba: *ánimo, amigos: estas son las luminarias por la victoria*, acometieron tan denodadamente al enemigo que le rompieron, le quitaron la artillería y se apoderaron de su campamento. El valiente duque de Nemours pereció en la accion. Cerignola y Canosa se entregaron. Las reliquias del egército frances se refugiaron en Nápoles y Gaeta.

Esta fué la célebre victoria de Cerignola, en que por la primera vez se conoció la superioridad de la infantería española que tantos triunfos dió á nuestra nacion por el espacio de siglo y medio hasta que fué vencida por la francesa en la batalla de Rocroy. El reino de Nápoles, que llevaba muy á mal la dominacion francesa por la viveza de este pueblo, su desprecio á los estrangeros, y su poco cuidado de respetar los usos y costumbres de los sometidos, escepto la de los espa-

ñoles, igualmente duros, si se quiere, pero mas constantes en lo que una vez resuelven y mas atentos á grangearse la venevolencia de los italianos. El Gran Capitan entró en Nápoles el 16 de mayo, sitió la fortaleza de Castelnovo que entró por asalto el 12 de junio, y encargando á Pedro Navarro el sitio del castillo del Ovo, que no tardó en rendirse, pasó el 18 del mismo mes á sitiar á Gaeta, única plaza que ya quedaba á los franceses en el mediodia de Italia.

Pedro Navarro tomó el castillo del Ovo minando la roca sobre que está fundado. En la esplosion cayó una parte de la muralla, y 20 hombres que quedaban de la guarnicion se rindieron. El Gran Capitan no fué tan feliz en Gaeta: pues aunque ocupó el burgo y plantó las baterías, la plaza recibió un gran refuerzo por mar, que era la vanguardia de un nuevo egército enviado por Luis XII para recobrar el reino de Nápoles. Gonzalo de Córdoba hubo, pues, de levantar el sitio y se apostó en Castelnovo. En esta marcha rechazó una salida que hicieron los de la plaza contra su retaguardia y les mató 200 hombres. El pueblo de Roca Guillermo llamó á los franceses, ofreciendo que estarian por éllos si enviaban alguna fuerza. Vinieron 600 hombres, entraron en la poblacion abriéndoles las puertas los vecinos, y prendieron al gobernador don Tristan de Acuña y á algunos españoles que estaban oyendo misa: pero el cortísimo número de los que quedaban en la fortaleza no quiso rendirse, y dió lugar á que llegase Pedro

Navarro, destacado por Córdoba apenas supo el suceso. Navarro acuchilló á los franceses, los persiguió hasta Pontecorvo, donde buscaron asilo los pocos que escaparon de muertos ó prisioneros, y Roca Guillermo fué saqueada, y sus murallas demolidas.

Entretanto se acercaba á la frontera de Nápoles el grueso del egército frances á las órdenes del marques de Mántua, compuesto de 12000 hombres entre franceses y suizos y 600 lanzas. Este número se aumentó hasta 1000 lanzas cuando entró en campaña. El Gran Capitan tomó por línea de sus operaciones el Garellano, puso su cuartel general en San German, reforzó á Rocaseca, y mandó á Pedro de Paz, general de la caballería, que guardase el paso del puente. Apenas supo que el de Mántua habia llegado á Pontecorvo, se apoderó por asalto, casi á su vista, de la fortaleza de Monte Casino. Esta accion se dió el 10 de octubre.

El 15 del mismo mes los franceses pasaron el Garellano é insultaron á Rocaseca. Los de la plaza en una salida que hicieron les mataron 200 hombres. Córdoba envió 3000 hombres en socorro de la plaza, y los franceses se retiraron. Mas felices fueron los españoles en el ataque de Roca de Bandra, que tomaron á viva fuerza el 16. Despues de varios asaltos infructuosos para tomar el puente que defendia Pedro de Paz, echó el marques otro puente sobre el rio: pero inpedia el paso por él el terrible fuego de la artillería española. Al fin lograron pasarle 1000

hombres de los mas esforzados del egército enemigo: pero fueron esterminados por la infantería española ó ahogados en el rio.

El marques de Mántua, desacreditado y enfermo, dejó el mando del egército frances al marques de Saluces: el cual se limitó á fortificar su puente. Gonzalo de Córdoba, dejando enfrente del enemigo un simulacro de egército, robó una marcha, pasó el rio seis leguas mas arriba, y marchó contra los franceses por la misma orilla que poseian. Este movimiento se hizo el 27 de diciembre. El 29 presentaron los españoles la batalla: el de Saluces procuró escusarla retirándose á Mola, donde se fortificó muy bien con la artillería pequeña, porque habia enviado la gruesa á Gaeta por el rio: pero las barcas en que iba se sumergieron con el peso. Los españoles acometieron á Mola y la entraron con gran mortandad del enemigo, que perdió en esta batalla 600 hombres de armas, 1500 caballos, mucha infantería y todos los bagages y artillería.

El fruto de la victoria del Garellano fué la toma de Gaeta, que se entregó por capitulacion: en virtud de la cual los restos del egército frances pudieron volver libres á su patria. Esta fué la célebre campaña de 1503, que comenzó en las playas del Adriático y acabó en las del mar Tirreno. Gonzalo de Córdoba fué en ella verdaderamente grande y digno de su fama, porque desde las campañas de Annibal en Italia y de Cesar en la guerra civil no se habia visto otra en que un general aniquilase dos egércitos poderosos de

una nacion tan fuerte y belicosa como la francesa, auxiliada de la infantería suiza, que era tenida entonces por la mejor de Europa, siendo el precio de la victoria un reino como el de Nápoles.

El Gran Capitan le gobernó como virey, mostrando tan gran talento en las artes de la política y de la paz como habia mostrado antes en las de la guerra. Contrabalanceó en toda Italia con ventaja el influjo de los franceses. Protegió á Pisa y á Luca contra los florentines, aliados de Francia. Ocupó á Piombino en las marinas de Toscana como un puesto avanzado para hacerse respetar en el norte de aquella península. Comenzó, en fin, á crear la potencia española, y á hacerla dominante en la patria de los Césares y de los sumos Pontífices. Luis XII, perdidas las esperanzas de recobrar el reino de Nápoles, hizo treguas por tres años con el rey don Fernando.

En el de 1504 falleció el 26 de noviembre, á los 53 años de edad y 30 de reinado, la reina doña Isabel de Castilla, con sumo sentimiento de castellanos y aragoneses. Fué sepultada en la capilla real de Granada, que habia mandado labrar. Sus hijos fueron la infanta doña Isabel, casada en primeras nupcias con don Alonso, heredero de Portugal, y en segundas con el rey don Manuel, del cual tuvo un hijo que murió poco despues que ella, y una y otro antes que la reina Católica. El príncipe don Juan, que falleció antes que su madre, dejando en cinta á su esposa Margarita de Austria, que malparió: la

infanta doña Juana, que sucedió en la corona, y por la cual entró á reinar en España la dinastía austriaca, habiendo casado con Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, hijo del emperador Maximiliano I: la infanta doña María, que casó con don Manuel, rey de Portugal, viudo de su hermana Isabel, y la infanta doña Catalina, que casó en primeras nupcias con Arturo, príncipe de Gales, y en segundas con su hermano Enrique, despues rey de Inglaterra con el título de Enrique VIII.

Isabel la Católica, modelo de virtudes domésticas á pesar de la corrupcion de costumbres de las cortes de Juan II y Enrique IV, estuvo adornada de prendas verdaderamente reales. Tenia el valor de un militar y la política de un grande hombre de estado. Su elogio está hecho comparando la situacion en que halló el reino cuando se ciñó la corona, destrozado por los grandes, sumido en la ignorancia, en la pobreza y en la perversidad, con el estado que tenia Castilla cuando Isabel descendió al sepulcro: lanzados los mahometanos al África y amenazados en ella, descubierto un Nuevo mundo, sometidos los nobles, pero sin abatimiento, al imperio de la ley, respetada en todas partes la justicia, honradas las letras y el saber, preparados los caminos para todos los géneros de prosperidad y gloria; y en fin, conquistado el reino de Nápoles contra la monarquía mas poderosa de Europa, que era entonces la de Francia. A la verdad no puede negarse la parte que tuvo en tan grandes sucesos

el valor y la capacidad de su esposo Fernando: pero ademas de que este príncipe fué un don que Isabel hizo á Castilla eligiéndole por esposo, siempre conservó la autoridad en el reino de que era propietaria; siendo una de sus mas grandes prendas el haber sabido conciliar las obligaciones de reina y esposa.

Isabel mereció el título de Católica, que en su reinado empezó á dar la córte de Roma á los reyes de Castilla, Leon y Aragon, y que desde entonces quedó consagrado en la diplomácia; pero no era fanática. Ya hemos referido la repugnancia con que aprobó el establecimiento de la Inquisicion. Aborrecia la violencia en las conversiones de moros y judíos: y mas bien quiso perder estos vasallos que verlos cristianos por fuerza. Deseaba ardientemente la propagacion del cristianismo, y este fué uno de los motivos que la empeñaron en favorecer la empresa de Colon: pero queria que las conversiones se hiciesen no con el hierro y la llama, sino con la predicacion y el buen egemplo.

Su córte era una escuela de la galantería decente entre los caballeros y las damas jóvenes que deseaban unirse con el vínculo del matrimonio. Toda otra especie de comunicaciones amorosas estaban severamente prohibidas en su palacio. En la guerra de Granada el amor inspiraba grandes acciones á los guerreros que ó peleaban á vista de sus damas cuando la reina venia á campaña, ó esperaban que sus hazañas serian referidas con elogio en Córdoba ó Sevilla, y que la

buena acogida que hallasen en ella durante los cuarteles de invierno premiase su intrepidez y los servicios hechos á la pátria. Entonces se formó en nuestra juventud el espíritu caballeroso que tanto trabajo ha costado al filosofismo corruptor del último siglo para desarraigarlo de los corazones españoles.

CAPÍTULO XLVII.

Doña Juana y don Felipe I el Hermoso, reyes de Castilla: don Fernando el Católico, rey de Aragon.

Doña Juana y don Felipe I el Hermoso, reyes de Castilla y Leon. Muerte de Felipe I el Hermoso. Liga de Cambray: sitio de Arcilla. Restauracion de Oran. Conquista de Bugía y Trípoli: jornada de los Gerbes: sitio de Safin. Batalla de Ravena: conquista de Navarra. Batalla de la Mota: conquista de Azamor.

Doña Juana *y don Felipe I el Hermoso, reyes de Castilla y Leon* (1504). Por el testamento de la reina Isabel y por las leyes del reino heredó el trono de Castilla su hija doña Juana, archiduquesa de Austria, y se designa-

ba á Fernando por administrador del reino hasta que Cárlos, hijo primogénito de los archiduques, llegase á 20 años de edad; porque su madre doña Juana, despues de uno de sus partos, habia quedado espuesta á una especie de demencia, sosegada á la verdad, pero que la hacia incapaz del gobierno.

Fernando dejó al instante el título de rey de Castilla, é hizo proclamar á su hija. Escribió al archiduque para que viniese á España con su esposa: pero Felipe, fundándose en los derechos de marido, y confiado en un gran número de señores castellanos que preferian por sus intereses el gobierno de un rey jóven y estrangero al de un hombre envegecido en el mando, capaz é imperioso, respondió á su suegro que solo al marido de la reina y al padre del príncipe de Asturias pertenecia el gobierno de Castilla.

Don Fernando que, ademas de esta contestacion del archiduque, recelaba de Gonzalo de Córdoba, cuya gloria envidiaba y cuyo nombre en Italia era casi el de un príncipe, quiso traer su yerno á un ajuste, en que por la distancia de España á Flandes se tardó casi todo el año de 1505: pero al fin se convinieron en que Felipe, Fernando y Juana gobernasen igualmente á Castilla. Mas no por eso dejó el astuto rey de Aragon de tomar precauciones para lo futuro. Hizo paces con Francia, y pasó á segundas nupcias con Germana de Foix, sobrina de Luis XII. Esto era amenazar á Felipe de que si este ma-

trimonio producia hijos varones, las coronas de Aragon, Sicilia y Nápoles serian perdidas para él, su muger y su descendencia.

Este mismo año de 1505 se preparó en Málaga una espedicion contra Oran. Mandaba la armada don Ramon de Cardona, y la tropa de desembarco don Diego de Córdoba. Llegaron el 11 de setiembre á Mazalquivir: de allí pasaron á cercar á Oran. La artillería de los cristianos desmontó la de la plaza; y cuando ya se preparaban á asaltarla, los moros la entregaron salvas las personas. Ya en este tiempo era muy temida la potencia lusitana en la India. Muchos de los reyezuelos de la costa oriental de Africa se hicieron tributarios del rey de Portugal: otros contrataron alianza y comercio; con el cual, y con las presas de los buques mahometanos de Egipto y de los príncipes indios que como el de Calicut se manifestaban enemigos de los portugueses, se enriquecia esta nacion. El almirante Francisco de Alburquerque fundó junto á Cechin en la costa de Malabar en 1503 el fuerte de Santiago, primer establecimiento de los portugueses en la India. En el año de 1510 don Alonso de Alburquerque, á quien los portugueses dan con justicia el renombre de *Grande*, estableció en Goa la capital del poder lusitano en la India; y de ella dependieron en lo sucesivo los demas establecimientos y conquistas que los portugueses hicieron en aquel pais, en su grande Archipiélago y en las costas de Arabia.

Muerte de Felipe I el Hermoso (1506). Fe-

lipe I llegó con su esposa á España, desembarcó en la Coruña el 26 de abril, y manifestó su resolucion de no cumplir el convenio del año anterior. Fernando, no queriéndose empeñar en una lucha inútil porque casi todos los grandes de Castilla estaban contra él, hizo con su yerno una nueva concordia que se firmó el 27 de junio, en virtud de la cual renunció á tener parte en el gobierno del reino, reteniendo sin embargo los legados que le pertenecian por el testamento de la reina doña Isabel, y la administracion y rentas de los maestrazgos militares que se habian reunido á la corona en el reinado anterior; porque el poder de los maestres habia llegado á ser peligroso para el trono é insufrible para los pueblos.

Fernando el Católico pasó con su nueva esposa á Aragon; y el 4 de setiembre se embarcó en Barcelona para visitar su reino de Nápoles. En un puerto de la república de Génova tuvo la noticia de la muerte de Felipe el Hermoso, acaecida en Burgos el 25 de setiembre. Cuando apenas habia tomado en sus manos las riendas del gobierno le arrebató una calentura maligna. Su muerte aumentó la tristeza habitual de la reina, que le idolatraba, y la perturbacion de su espíritu: por lo cual estaba mas incapaz que nunca para el gobierno; y toda Castilla volvió los ojos al rey Católico lanzado del reino algunos meses antes con tan poco miramiento. El rey don Fernando respondió á las cartas de su hija y de los amantes del bien público, que le

instaban á que volviese á Castilla, que no podia dejar el viaje á Nápoles; pero que apenas hubiese arreglado los negocios de Italia, volveria á España á encargarse del gobierno de los estados de su hija. Prosiguiendo su navegacion llegó á Gaeta el 19 de octubre, é hizo su entrada en Nápoles el 1.º de noviembre.

Su principal negocio era restituir los estados á los varones napolitanos que habian seguido la causa de Luis XII; lo cual se habia estipulado en el último tratado de paz con este monarca. Habria sido muy dificil esta empresa, porque la mayor parte de aquellas tierras se habian dado en premio de sus servicios á los guerreros españoles que las conquistaron, si el desinterés heróico y la lealtad de éstos no hubiese hecho fácil la operacion. El gran Capitan, Pedro de Paz, Antonio de Leiba, Fernando Alarcon, Gomez Solís y Diego García de Paredes cedieron inmediatamente el precio de sus hazañas solo con la promesa que les hizo el rey de darles otros estados equivalentes en el mismo reino ó en España.

Don Fernando, ajustadas las cosas de Nápoles, dejó por virey al conde de Ribagorza, y se embarcó para volver á España el 4 de junio de 1507, trayendo consigo al gran Capitan, cuya gloria le incomodaba, aunque siempre le trató con sumo aprecio. Tuvo vistas en Savona con Luis XII, desembarcó en Valencia el 20 de julio, y pasó inmediatamente á Castilla, donde su presencia era necesaria, porque algunos

grandes querian renovar los tiempos anárquicos de Enrique IV: pero su autoridad, el hábito de respetarle y obedecerle, y la fuerza y energía que desplegó cuando no bastaban la prudencia y las amonestaciones, restituyeron la tranqüilidad al reino.

Este año perdieron los españoles á Oran, acometida la guarnicion y casi esterminada por los moros en una salida que hizo. Indemnizacion de este reves fué para la cristiandad la conquista de Safin, ciudad del Africa en el reino de Fez, cercana á las posesiones portuguesas de Mauritania. Esta adquisicion se hizo de una manera muy estraordinaria. Habia en Safin bandos entre dos caudillos moros que traian alborotada la ciudad. Un judío, agente de los portugueses, trabó conocimiento y amistad con los dos, y tuvo arte para que ninguno de éllos conociese su intimidad con el otro. Al uno persuadió que pidiese socorro al capitan portugues Diego de Azambuja, que mandaba en Castel Real, fortaleza cercana á Safin, para triunfar de su rival: al otro que hiciese la misma peticion y con el mismo objeto á García de Melo, que mandaba la escuadra portuguesa en el Estrecho. Llegadas las tropas auxiliares portuguesas á Safin, se hicieron dueñas de la ciudad, y arrojaron de ella á los dos competidores.

Liga de Cambray: sitio de Arcilla (1508). El rey don Fernando, ó movido de su carácter imperioso, ó por vengarse de los insultos que

recibió de los grandes de Castilla en tiempo de Felipe su yerno, ó porque juzgase necesario abatir la altanería de los ricoshombres, ó persuadido del cardenal arzobispo de Toledo el célebre fray Francisco Gimenez de Cisneros, hombre de genio vigoroso é inflexible, gobernaba á Castilla con justicia, pero con severidad estraordinaria no conocida de la nobleza castellana. El marques de Priego, implicado en algunos alborotos que hubo en el reino de Córdoba, fué juzgado por el Consejo Real, cosa inaudita antes, y sentenciado á destierro y á la pérdida de sus estados. Con igual y mayor rigor fueron tratadas otras muchas personas de distincion, creidas hasta entonces inviolables á favor de la anarquía feudal, y que ó tenian tratos secretos con el emperador Maximiliano, neciamente creido de que le pertenecia el gobierno de Castilla durante la menor edad de su nieto Cárlos, ó que formaban planes de confederacion para reconquistar su antiguo predominio.

Entretanto Pedro Navarro salió de Málaga con una escuadra, persiguió á los piratas beriscos que infestaban las costas de España, apresó muchos de sus buques, y acometió á Velez de la Gomera, isla y puerto de la costa de Africa, que era la madriguera de los corsarios. Los moros abandonaron la plaza á la llegada de la escuadra. Navarro la ocupó, y poniéndola en buen estado de defensa, se volvió á España. No tardó en volver á Africa para socorrer la plaza de Arcilla perteneciente á los

portugueses, sitiada por el rey de Fez al frente de cien mil hombres.

Los portugueses se defendian como leones desde el castillo, porque se habian visto obligados á evacuar la poblacion. Don Juan de Meneses, almirante de Portugal con su escuadra, y Ramiro de Guzman, corregidor de Jerez, con un buque de 300 hombres de tripulacion, hicieron mucho daño en los moros con la artillería de sus naves. En fin, llegó Pedro Navarro, y despues de haber barrido á cañonazos toda la playa, empezó á desembarcar su gente. El de Fez, sabiendo que no tardaria en llegar el rey don Manuel que estaba en Tavira con 25000 hombres, levantó el sitio. En él habia perdido mucha gente por los tiros de los buques, contra los cuales no tenian defensa alguna los cuarteles de los sitiadores cercanos á la costa.

Este año se firmó á 10 de diciembre el célebre tratado de Cambray, llamado la *Liga santa*, contra los venecianos entre el papa Julio II, el emperador, el rey Católico y el de Francia. Todos tenian reclamaciones que hacer: el Pontífice por algunas plazas de Romaña que ocupaban aquellos republicanos: Maximiliano por las disputas acerca de los límites en el Friul: Luis XII por las ciudades que tenian en el estado de Milan, y Fernando por las plazas de Otranto, Trani y otras de la costa del Adriático que poseian los venecianos desde la invasion de Cárlos VIII en el reino de Nápoles.

Restauracion de Oran (1509). El rey Fer-

nando, como tan profundo político, previó el fin de la liga santa: porque sabia muy bien que un papa del temple de Julio II no podria prestarse largo tiempo al engrandecimiento de los franceses en el norte de Italia: y asi, aunque envió una armada y cinco mil hombres por su contingente, no tuvieron necesidad de pelear; porque los venecianos, conociendo las disposiciones del rey Católico, le cedieron las plazas que ocupaban en el reino de Nápoles; único motivo que le habia incitado á firmar la coalicion de Cambray. Ni Luis XII tenia necesidad de sus auxilios. Pasó á Italia al frente de un egército respetable, derrotó el de los venecianos en Agnadel, tomó las plazas que la república habia conquistado del estado de Milan, mientras el Papa ocupaba las de la Romaña, y el emperador se apoderaba del Friul y de las demas de la tierra firme. Los venecianos en una sola campaña se vieron reducidos á las lagunas donde nació su señorío.

Mas aquejaba á don Fernando la pérdida de Oran: porque nunca perdió de vista el proyecto de conquistar la Berbería y hacer á España señora única de la navegacion del Mediterráneo en la parte comprendida entre sus costas y las de Nápoles. Estimulado al mismo tiempo por el cardenal Cisneros, celoso por la propagacion de la fé, dispuso una espedicion á Africa. Pedro Navarro mandaba la armada y el egército. Cisneros quiso ponerse al frente de las tropas; y en efecto las mandó en todo lo re-

lativo al gobierno y organizacion de ellas.

La armada, compuesta de ochenta velas entre pequeñas y grandes, y diez galeras con 14000 hombres de desembarco, salió de Cartagena el 16 de mayo, y al dia siguiente llegó á Mazalquivir, donde se quedó el cardenal. Pedro Navarro marchó al frente de las tropas la vuelta de Orán, y derrotó un egército de 15000 moros que defendia la sierra que está delante de la plaza, sin que se salvase de los enemigos mas que un corto número: porque los de la ciudad, temiendo que los cristianos entrasen detras de éllos, les cerraron las puertas y no quisieron abrirlas. Poco les valió esta precaucion; porque la artillería española hizo callar el fuego de la muralla, y la ciudad fué entrada por asalto y saqueada. Murieron en el ataque 4000 moros, y se hicieron 5000 cautivos. Pedro Navarro la dejó muy bien fortificada y con guarnicion competente.

Conquista de Bugía y Tripoli: jornada de los Gerbes: sitio de Safin (1510). El feliz éxito de la espedicion de Oran incitó en gran manera al rey don Fernando á proseguir la conquista de Africa: y así desde el 6 de enero se puso delante de Bugía Pedro Navarro con una armada de 13 navíos y 10000 hombres de desembarco. Abdurramel, rey de aquella ciudad, se apostó en un monte cercano á la plaza con 10000 hombres entre ginetes é infantes. Los cristianos desembarcaron, hicieron terrible destrozo en los enemigos, los obligaron á huir unos á los

montes, otros á la ciudad, entraron con éstos en ella y la tomaron y saquearon. Construyóse una fortaleza, y púsose guarnicion competente. Con el terror que causó esta conquista se declararon vasallos de la corona de Castilla los reyes de Argel, de Tunez y de Tremecen. Rindiéronse á Pedro Navarro Tendoles y Guijar, lugares cercanos á la costa: y se hubieran rendido los demas á no ser por el rey Abdurramel que se mantenia en campaña con los beduinos que se le juntaron.

Navarro, habiendo recibido refuerzos de las islas Baleares y de Cerdeña, salió contra él valido de la oscuridad de la noche para sorprenderle al amanecer: pero la vanguardia cristiana acometió sin esperar el órden, y espantó al rey de Bugía que se puso en salvo. Navarro se apoderó de los reales con muerte de muchos moros y prision de 300. Cogióse un gran botin que se trasladó á la ciudad, no sin pelear dos veces en el camino con moros que estaban en celada, y fueron rechazados por los arcabuceros. Una manada de camellos que aguijonearon contra los cristianos para desordenarlos, heridos unos y otros asombrados con los tiros, cayó toda en poder del vencedor.

Puesta ya Bugía en estado de defensa, pasó Navarro el 7 de junio á Sicilia, donde reunió los buques y gente de esta isla y de Nápoles. Formada una escuadra de 50 navíos, 11 galeras y muchas embarcaciones menores con 14000 hombres de desembarco, llegó el 25 de julio á

Trípoli, acometió inmediatamente y ahuyentó la morisma que le impedia tomar tierra, entró la ciudad por asalto, la saqueó, y la puso en buen estado de defensa. Esta plaza fué agregada por el rey á la corona de Nápoles, á la cual se habia vuelto á reunir Sicilia despues de tres siglos de separacion.

Al mismo tiempo se reunia en Málaga otra armada con 7000 hombres á las órdenes de don García de Toledo, hijo del duque de Alba, y jóven de grandes esperanzas. Todas las fuerzas navales del rey Católico dirigidas á la empresa de Africa debian obrar bajo su mando. Don García llegó á Trípoli, reuniósele la armada de Navarro, y navegó en demanda de la isla de Gerbes, ennoblecida con una de las mas crueles derrotas que han sufrido los españoles.

Navarro habia incitado á Hiaya, gefe de esta isla, á que se sometiese: esta intimacion no produjo efecto; pero al ver el alcaide las grandes fuerzas que venian sobre él, ofreció rendirse y pagar vasallage. El conde, hombre tenaz y violento, indignado del desaire que le habia hecho antes, aconsejó que no se admitiese otra propuesta que la de rendirse á discrecion: y por desgracia se adoptó este dictámen.

Don García desembarcó, y con mas valor que prudencia resolvió ocupar el puesto de vanguardia. Seguíanle los demas. El dia era el 28 de agosto, el calor escesivo, la arena abrasadora y movediza. A las dos leguas de marcha empezó á desordenarse el egército para buscar

agua con que satisfacer la insufrible sed que padecia. Los moros que aunque en número de cerca de 10000 hombres solo tenian de tropa reglada 2500 infantes y 120 ginetes, aprovecharon la ocasion, acometieron á un egército desordenado y desfallecido por la sed, la fatiga y cansancio, y lo derrotaron con muerte de 4000 hombres. Don García pereció combatiendo entre los primeros con un valor digno de su sangre. Los restos de esta jornada infeliz se embarcaron y arribaron á Trípoli.

Esta derrota, aunque muy sensible para España y la cristiandad, no era capaz de entibiar el ardor de Fernando el Católico por la conquista de Africa. Pero ya la liga de Cambray empezaba á producir en Italia los efectos que él habia previsto. Julio II estaba enemistado con Luis XII, y era necesario en una guerra que se acercaba al mediodia de Italia tomar un partido mas decidido, y enviar fuerzas en defensa del reino de Nápoles, eventualmente amenazado por los franceses. Así no tardó en verse obligado á dejar por entonces la guerra de Berbería.

Este año sitiaron á Safin los moros de Azamor, Almedina y otras plazas del Almagreb en número de 50000 hombres de infantería y 5000 de caballería. Era gobernador de la plaza Nuño Fernandez de Atayde, que con los refuerzos que recibió de Portugal y de la isla de la Madera sostuvo el 27 de diciembre un combate de seis horas, rechazó el asalto de aquella numerosa morisma, la ahuyentó despues de haber hecho

en ella terrible estrago, salió de la plaza y la persiguió matándole mucha gente y haciendo un gran número de prisioneros.

El año de 1511 se hizo una liga en Italia contra Francia. Entraban en ella los venecianos, reconciliados ya con el sumo Pontífice, la córte de Roma, y los suizos, incitados por el cardenal de Sion. Luis XII formó el proyecto de deponer al Papa, auxiliado por tres cardenales que eran de su partido, y á este efecto convocó un concilio en Pisa. Fernando el Católico, que miraba entonces á Roma como el antemural del reino de Nápoles, adhirió á la causa del Papa y á la nueva liga, que tomó el nombre de *Union santa*, y se publicó en Roma el 4 de octubre. Nombróse general de la liga al virey de Nápoles don Ramon de Cardona.

Los moros del Almagreb sitiaron el mismo año las plazas de Tanger y de Arcilla, pertenecientes á los portugueses: pero fueron rechazados con pérdida. Contribuyeron mucho á la defensa de Tanger Berenguel de Olms y Rodrigo de Bazan, marinos del rey Católico, que con algunas galeras y gente habian pasado á quemar los corsarios berberiscos en el rio de Tetuan, donde se abrigaban. Concluida esta comision, sabiendo que Tanger estaba sitiada pasaron á sus aguas: Bazan desembarcó, y desalojó á los enemigos de un puesto ventajoso que ocupaban. Al dia siguiente salió la caballería portuguesa de la plaza, é hizo grande estrago en los moros, lo que les obligó á levantar el sitio.

Batalla de Ravena: conquista de Navarra (1512). Esta campaña que parecia haber de afirmar para siempre el poder de Luis XII en Italia, acabó evacuando los franceses la península. Mientras los venecianos ocupaban á Brescia y obligaban á la guarnicion francesa á retirarse al castillo donde fué sitiada, el egército de la liga, numeroso y bien dispuesto, á pesar de ser invierno todavía, entraba en campaña.

El rey Católico sabiendo que el emperador estaba preparado á adherirse á la liga de Roma; que los suizos no tardarian en bajar á Italia contra los franceses, y que Enrique VIII, su yerno, rey de Inglaterra, acometeria tambien á Francia, aconsejó al virey de Nápoles, general de la liga, procediese con lentitud y esperase á que todas las minas contra Luis XII estuviesen á punto. Este prudente consejo no fué seguido ya por la impaciencia de Julio II que queria ver en su poder á Bolonia, ciudad que ocupaban los franceses, ya por la tenacidad del conde Pedro Navarro, que daba por segura la toma de la plaza sin necesidad de un sitio regular.

Decidióse, pues, la empresa de Bolonia; y en efecto el habil ingeniero abrió brecha con la artillería y las minas: pero el general frances Aligre, que mandaba en la plaza, habia construido detras de la muralla otros fosos y otras fortificaciones que era necesario vencer. Gaston de Foix, duque de Nemours, jóven valiente y capaz, que mandaba las tropas francesas en Italia, acudió con una marcha rápida desde Final, é introdujo

en Bolonia un socorro de 5000 hombres; lo que obligó á Cardona á levantar el sitio. Pasó despues á Brescia con igual rapidez, y arrojó de ella á los venecianos. Reunidas despues todas sus tropas marchó en demanda del ejército de la liga resuelto á darle batalla. Púsose sobre Ravena, plaza que no podia permitir Cardona que fuese tomada sin gran deshonor suyo y de las armas que mandaba; y así se presentó con todas sus tropas á vista de los sitiadores.

La accion se dió el 11 de abril, y fué calamitosa para ambos partidos. Para el de la liga, porque las tropas del Papa, aunque lograron penetrar, seguidas de la infantería española, en el centro enemigo, fueron derrotadas y arrojadas del campo de batalla por la caballería francesa, quedando solos y sin caballería los españoles, que empezaron á retirarse ordenadamente: para los franceses, porque el heróico Gaston de Foix, empeñado en hacer prisionera aquella formidable infantería, que se retiraba sin ser vencida, la acometió al frente de sus gendarmas, y halló entre sus filas una muerte gloriosa; dejando á su patria una victoria inútil y lamentable.

Perecieron 7000 hombres del egército de la liga y otros tantos del frances. Quedaron prisioneros en poder de los enemigos el conde Pedro Navarro y Próspero Colona, general de los italianos. Ravena abrió sus puertas al vencedor, y Cardona se retiró á Nápoles á rehacer su egército. Pero el general Lapalisse, que muerto el

duque de Nemours tomó el mando del egército frances de Italia, no pudo continuar el curso de sus victorias por dos razones: la primera fué que Luis XII tuvo que sacar 400 lanzas de Italia para defender su reino y el de Navarra contra los ingleses y españoles; y la segunda, que le amenazaban por la espalda los suizos y los venecianos, que se apoderaron de Verona, y acometiendo á Novara, amenazaron á los franceses cortarles el camino de Francia. Lapalisse, disminuido su egército con sus mismas victorias y con las guarniciones que tenia que dejar en las plazas, no se creyó con fuerzas suficientes para resistir á aquellos nuevos enemigos, y evacuó á Italia, mientras Fernando el Católico daba un golpe decisivo en la frontera del Pirineo apoderándose del reino de Navarra.

Catalina de Foix, reina de Navarra, habia casado con Juan de Albret, que ademas de poseer en Francia grandes estados, se hallaba ligado á la dinastía de Valois con los vínculos del parentesco, así como su esposa. Por esta razon en las desavenencias del rey Católico con Luis XII siempre fué adicto á la causa de Francia; aunque temeroso del poder de Castilla y Aragon seguia el partido de los débiles que es la neutralidad. Existian todavía en aquel reino infeliz los bandos de los Beamonteses y Agramonteses: adictos éstos á la familia reinante de Foix, y aquellos despues de la muerte de Cárlos, príncipe de Viana y de su hermana Blanca, á la del rey Fernando; porque ademas de creerle ino-

cente de las persecuciones de Juan II contra ambos príncipes, era el único potentado de quien podian esperar favor para sus pretensiones particulares. El rey don Fernando los favorecia en efecto con el objeto de neutralizar la adhesion mal disimulada á Francia del rey Juan de Albret.

En fin llegó el caso de que se pusiesen en accion tantos elementos de ruina. Luis XII para hacer frente á la liga creyó aumentar sus fuerzas haciendo alianza con el rey de Navarra, y no logró mas que derribarle la corona de la cabeza y verse obligado á emplear sus propias tropas para defenderle. Fernando declaró la guerra al navarro.

El duque de Alba mandaba el egército castellano, y su vanguardia el conde de Lerin, que estaba refugiado en Castilla y era cabeza del bando Beamontes. Reuniéronsele al punto todos sus parciales. Apoderóse el duque de Huarte, y puso sitio á Pamplona, que se entregó igualmente que todo el reino, jurados sus fueros y privilegios por el rey, excepto Tudela y Estella. Tudela se rindió el 9 de setiembre al arzobispo de Zaragoza, hijo natural de don Fernando. El de Alba pasó los montes, y se apoderó de San Juan de Pie de Puerto, donde puso una guarnicion competente, fortificándola con un murallon.

Pero ya en este tiempo habia reunido Juan de Albret los socorros que le daba el rey de Francia y los de los navarros que permanecian

fieles á su causa. Pasó los montes el 15 de octubre, tomó á Ochagavia y Burgui, y se puso sobre Pamplona, á donde volvió el duque de Alba para defenderla. Fernando envió al duque de Nágera con nuevas tropas; llegó este caudillo á Puente la Reina y se puso en marcha para hacer levantar el sitio de Pamplona. Juan de Albret, cuyo egército habia padecido infinito por la escasez de víveres, interceptados por los destacamentos españoles, no creyéndose en estado de resistir al nuevo egército que venia sobre él, se retiró por el puerto de Maya perseguido por las tropas guipuzcoanas y vizcainas que le mataron mucha gente en los desfiladeros. Durante el sitio de Pamplona por los franceses se apoderó de Estella el alcaide de los Donceles don Diego de Córdoba.

Asi se unió á las coronas de Castilla y de Aragon el antiquísimo reino de Navarra: acontecimiento útil á la nacion española por la incorporacion de sus fuerzas, y quizá mas que á ella al mismo reino de Navarra, espuesto antes por su debilidad relativa al capricho de las monarquías poderosas que lo rodeaban, protegido despues por todo el poder de la monarquía española, y partícipe de sus glorias y ventajas, sin perder nada de su *nacionalidad*: pues hasta ahora le han sido conservados sus fueros y privilegios. El tiempo mas brillante de los navarros, considerados como nacion particular, fué el reinado de Sancho el Mayor, que fué dueño de toda la España cristiana, y repar-

tió en su dinastía los diferentes cetros de élla.

Don Ramon de Cardona, repuesto ya su egército de la derrota de Ravena, pasó con él á Lombardía sabida la evacuacion de Italia por los franceses, y se aprovechó de este suceso para separar á los florentines de la alianza de Francia: á cuyo efecto penetró en el territorio de la república, se apoderó de Prato, y obligó á Florencia, restituidos los Médicis, enemigos entonces de Francia, á entrar en la liga de la Iglesia, igualmente que á Pistoya, Sena y Luca. Habiéndose rebelado Génova contra los franceses envió á Berenguer de Olms, que mandaba la escuadra del rey Católico en el Tirreno, para que sostuviese á aquellos republicanos contra Luis XII. Atravesó despues el Po, se apoderó de Legnago y Peschiera, donde quedaban todavía tropas francesas, recibió la plaza de Brescia del general frances Aubigny, que no quiso entregarla á los venecianos que la tenian sitiada, y colocó en el trono ducal de Milan á Maximiliano Esforcia, cuya familia habia arrojado Luis XII de Lombardía. La política española con el nombre de la Santa union, y el pretesto de libertar á Italia de los franceses, dominaba en toda aquella península. El egército vencido en Ravena concluyó la campaña dictando leyes á los potentados de Italia.

Batalla de la Mota: conquista de Azamor (1513). Luis XII solicitó este año treguas con España en la frontera del Pirineo para atender mejor á los negocios de Italia, donde tenia es-

peranzas de recobrar el Milanesado: porque los venecianos descontentos del emperador y del virey de Nápoles, que les disputaban muchas de las plazas tomadas á los franceses y que antes habian sido de la república, se separaron de la Union santa é hicieron alianza con Francia.

Así Luis XII envió un nuevo egército á Italia á las órdenes del señor de la Trimouille para recobrar el Milanesado, y los venecianos se prepararon contra el virey de Nápoles que estaba apostado en el Trebia atento á los movimientos de franceses y venecianos. La Trimouille se apoderó de Génova y Milan: pero fué derrotado completamente por los suizos junto á Novara, y obligado á volver á Francia. Cardona entonces se movió con su egército contra los venecianos; y enviando á Génova, que habia vuelto á sublevarse contra los franceses, un cuerpo de 3000 infantes á las órdenes del marques de Pescara, se puso en marcha hacia Verona que estaba sitiada por los venecianos, los obligó á levantar el sitio, ocupó á Bérgamo y obligó al general enemigo Bartolomé de Albiani á encerrarse en Padua, donde fué sitiado por los imperiales, auxiliándolos en este cerco las tropas del virey. Levantado el sitio por la heróica resistencia de Albiani, taló Cardona toda la campiña de aquella ciudad y del Dogado: tomó el castillo de Mestre por asalto, quemó unas casas que servian de aduana para entrar en Venecia, y cañoneó esta soberbia capital del Adriático.

En este tiempo ya habia recibido Albiani numerosos refuerzos, y trató de encerrar al virey entre el Brenta y la mar. Cardona le robó la marcha de una noche y pasó el rio sin embarazo dos leguas mas arriba de la posicion de Albiani. Este salió en su busca y le halló cerca de Vicencia. Interceptó el camino de esta ciudad á Verona; y como el virey procurase abrirse paso por el mismo camino, le presentó la batalla junto al pueblo llamado la Mota. La infantería española y tudesca acometieron con tanto brio al enemigo, superior en número, mas no en la calidad de las tropas, que pusieron en fuga á los venecianos, matándoles 5000 hombres y cogiéndoles 24 piezas de artillería y muchas banderas. Dióse esta batalla el 13 de octubre. El egército de la Union ganó en ella sus cuarteles de invierno que puso en el territorio de la república. Durante estas operaciones militares falleció Julio II, y le sucedió con el nombre de Leon X el cardenal de Médicis, aliado por su familia con la córte de España.

Este año los moros del Almagreb acometieron las posesiones portuguesas de aquella provincia: pero fueron siempre rechazados con grande pérdida por Duarte de Meneses, gobernador de Tánger, Nuño Fernandez de Ataide, que lo era de Safin, y otros capitanes portugueses. El rey don Manuel envió una escuadra mandada por el duque de Braganza con 16000 infantes y 2000 ginetes destinada á apoderarse

de Azamor. El duque desembarcó en Mazagan y se puso en marcha para aquella plaza; sus habitantes viendo que no eran socorridos la evacuaron la noche del 30 de agosto, y los portugueses entraron en ella sin resistencia. Los de Almedina y Tite, por evitar los peligros del sitio, se hicieron vasallos de la corona de Portugal.

Al año siguiente de 1514 emprendieron el valiente Nuño de Ataide y don Juan de Meneses, gobernador de Azamor, sorprender al rey de Marruecos en Tenez, pueblo de hermoso camino y cielo, donde se estaba solazando. Nuño de Ataide llegó el primero: pero ya el rey teniendo noticia de su llegada habia escapado. Siguióle el alcance, mató muchos moros en la persecucion, recogió un gran despojo de ganado y cautivos, y se apoderó de Tenez.

Habiendo llegado Meneses determinaron embestir á Marruecos: pero hubieron de renunciar á esta empresa atrevida por haber recibido noticia de que los reyes de Mequinez y de Fez marchaban contra Azamor, y de que su vanguardia no estaba muy distante. Replegáronse, pues, sobre Azamor y Safin cuando ya la vanguardia enemiga estaba en Balba. Reunieron su gente, dieron sobre los moros al amanecer y los ahuyentaron, matando 2600 de éllos, dejando heridos á 4000 y trayéndose como unos 3000 cautivos.

El rey de Mequinez llegó hasta Almedina: pero allí fué derrotado con mucha pérdida por

los moros sometidos á Portugal, capitaneados por su geque Javentafuz; el cual prendado de la fidelidad con que los portugueses cumplian sus palabras, y de la justicia que observaban con los que estaban bajo su dominio, hizo causa comun con éllos contra los reyes, ó por mejor decir, tiranos de la Mauritania.

La guerra continuaba en Italia con vario suceso. El general veneciano Albiani peleaba con desventaja, pero con valor y habilidad, contra el virey de Nápoles. La Francia, exausta por tantas derrotas, no pudo enviar egército á Italia en 1514. Cardona abrió la campaña apoderándose de Civitella, donde los españoles despues de tomada la muralla hallaron otro nuevo foso, al cual fué preciso bajar descolgándose por las picas: pero Albiani sorprendió á Robigo que estaba por los españoles. El virey formó el proyecto de cortar el egército enemigo junto á aquella plaza: mas Albiani imitó el hábil movimiento del virey en la campaña anterior, y logró por caminos no conocidos de los españoles llegar salvo á Padua. Bérgamo, donde entraron los venecianos por traicion de los habitantes que estaban mal hallados con la guarnicion española y alemana, volvió al poder del virey. Estas fueron las principales operaciones militares de esta campaña.

Pero la siguiente produjo una revolucion en el norte de Italia. El 1 de enero de 1515 falleció Luis XII, y le sucedió Francisco I, jóven, amante de la gloria, soldado valeroso y hábil

capitan: el cual formó poderoso egército y organizó una infantería capaz de oponerse á la española, segun la táctica que le enseñó el conde Pedro Navarro, prisionero en la batalla de Ravena, y que tomó servicio en las tropas francesas indignado de que el rey Fernando no hubiese querido pagar su rescate.

Pasó los Alpes el rey Francisco burlando la vigilancia de los suizos que los guardaban, sorprendió á Villafranca, donde hizo prisionero á Próspero Colona, general de las tropas del Papa, rindió á Novara y derrotó el 14 de setiembre á los suizos en la memorable batalla de Marignan, que duró dos dias, tan completamente que no volvieron los soldados de esta nacion á presentarse en Italia. Cardona, que apostado en el Po, se habia limitado á impedir que los venecianos se juntasen con los franceses, sabida la victoria de éstos se retiró á Náp oles para cubrir aquel reino. El papa hizo la paz con Francisco I, y la Union santa desapareció. Al mismo tiempo acometieron los franceses las fronteras de Navarra.

Hallábase, pues, la potencia española en Italia en una situacion bastante crítica, reducida á defender sus posesiones del mediodia despues de haber dictado leyes en el norte. Tal era el estado de los negocios cuando el 23 de enero de 1516 falleció en Madrigalejo, aldea de Estremadura cercana á Trugillo, el rey Católico don Fernando de Aragon, á los 42 años de reinado en Castilla, contado tambien el tiempo

que fué gobernador, y á los 64 de edad. Fué sepultado en la capilla real de Granada.

De su primera muger doña Isabel de Castilla tuvo, como ya hemos dicho, á don Juan y doña Isabel, que fallecieron antes que él; á doña Juana que sucedió á sus padres; á doña María, reina de Portugal, y á doña Catalina, reina de Inglaterra. De su segunda esposa doña Germana de Foix solo tuvo un infante llamado don Juan, que vivió muy poco. De doña Aldonza Iborre tuvo antes de casarse á don Alonso de Aragon, que fue arzobispo de Zaragoza y Valencia, y á doña Juana de Aragon, que casó con el condestable de Castilla. De otras dos mancebas tuvo una hija de cada una llamadas ambas María, que entraron religiosas en el convento del Madrigal.

Fernando el Católico fué uno de los mas grandes reyes que ha tenido España. La conquista de Granada, la recuperacion del Rosellon, el descubrimiento del Nuevo mundo, la adquisicion de Nápoles y de Navarra, los primeros ensayos para la de Berbería, y el influjo que tuvieron sus armas en la suerte de Italia le hacen acreedor á aquel título, así como tambien el restablecimiento de la justicia en lo interior del reino, y el sometimiento de los grandes al imperio de la ley sin humillarlos ni envilecerlos. Para saber cuánto le debió la monarquía basta contemplar que á fines del reinado de don Enrique IV no sabian los castellanos mas que pelear por los mezquinos in-

tereses de la aristocracia feudal que alborotaba el reino y lo conmovia hasta sus cimientos por poseer una almena mas ó percibir un aumento de sueldos: y á fines de su administracion en nombre de su hija peleaban sobre el Po y en las playas del Adriático por los intereses generales de Europa. Tal fué el espíritu que Fernando supo inspirar á la nacion. Esta fué la primera, y probablemente la última vez, que se mostró como conquistadora y dominante en la escena del mundo.

Fernando fué el último rey de la ilustre dinastía de Borgoña que dió tan grandes monarcas á España. Los tres Alonsos de Castilla, el VII, el VIII y el XI, Alonso V el Magnánimo de Aragon, Fernando el Santo, y el célebre infante de Antequera fueron sus antepasados. Todos éllos aumentaron la fuerza y extendieron el territorio de la monarquía. El rey Católico no se mostró inferior á éllos en las prendas del valor y de la prudencia, y les aventajó en la felicidad: pero no debemos olvidar que tuvo por cooperadora en sus empresas á la magnánima reina de Castilla su esposa Isabel, á la cual pertenece de derecho gran parte de los laureles adquiridos en esta época gloriosa, señaladamente contra los musulmanes: Fernando no perdió nunca de vista el gran proyecto de perseguirlos al Africa, civilizar la costa de Berbería, y crear un grande imperio al rededor del Mediterráneo occidental. Por desgracia estos grandes designios se olvidaron, porque los intereses de la

dinastía austriaca, que sucedió á la de Borgoña, dieron otra direccion á nuestras armas y á nuestra política.

Fernando fué un gran rey: mas no pudo merecer el título de grande hombre. Su política tortuosa, aunque siempre prudente y previsora, sus sentimientos frios y sin estar animados, como los de su esposa, por el calor de la humanidad; su suspicacia natural que le hizo ser injusto con el Gran Capitan, y mucho mas con Cristóbal Colon: su tendencia conocida al despotismo, que le movió á abrazar con ansia el instituto de la Inquisicion, eran muy agenas de la noble franqueza, de las miras elevadas á favor del género humano, de la intrépida osadía que halla recursos aun en los mayores peligros; en fin, de las inspiraciones de un corazon recto y generoso, que caracterizan á un grande genio colocado al frente del poder. Fernando no sabia sentir: pero fué el mejor calculador de su siglo. Esta disposicion de ánimo que tanto contribuyó á la felicidad de sus empresas, le movió á examinar aun los acasos menos probables; y tal vez cayó por demasiada sutileza en errores y en injusticias. Es verdad que sabia enmendarlos y corregirlas.

La época de su reinado fué ademas ilustre por grandes sucesos. El descubrimiento del Nuevo mundo y del camino á la India oriental: la literatura y las ciencias trasmigrando al Occidente desde Constantinopla, sometida ya á los otomanos: la invencion de la imprenta: los úl-

timos suspiros del régimen feudal y el aumento del poder monárquico, que se estableció sobre las ruinas bárbaras de la edad media, fueron acontecimientos coetáneos con la entrada de los españoles en la escena política. No es estraño, pues, que antecediesen á las demas naciones de Europa en todos los géneros de gloria: militar, naval, política, científica y literaria.

A la muerte de Fernando el Católico era ya mucho mejor conocido el Nuevo mundo que á la de Colon. Ovando, gobernador de Santo Domingo, bojeando á Cuba descubrió que era una isla, en lugar de una parte del continente de la India occidental como habia creido el ilustre genovés. Juan Diaz de Solís y Vicente Yañez Pinzon reconocieron en 1506 la costa occidental de Yucatan, y vieron que era continuacion del mismo continente que se estendía hasta el Brasil, cuyo conocimiento aumentó el mismo Solís descubriendo en 1515 la embocadura del inmenso rio de la Plata, cuando ya Pedro Ponce de Leon habia descubierto en 1512 la costa de la Florida, que en un viaje emprendido desde Jamaica en 1519 reconoció Alonso Alvarez de Pineda ser prolongacion del continente megicano. Vasco Nuñez de Balboa en 1514 descubrió el mar del Sur atravesando el istmo de Darien; despues fueron registradas las costas del Perú, y empezó á conocerse que la América es un gran continente que separa entrambos occéanos: mucho mas despues que en 1517 y 1518 descubrieron Francisco Hernandez de Córdoba y Juan

de Grijalba la bahía de Campeche y la costa de Méjico. Asi se prepararon los caminos á la conquista de las dos grandes monarquías de Méjico y del Perú, únicas naciones poderosas y civilizadas que poseia entonces el Nuevo mundo.

Ni eran menos rápidos los progresos de la potencia naval de los portugueses en la India. El grande Alburquerque, establecida en Goa la capital de esta potencia, facilitó las conquistas y establecimientos que se multiplicaron en los diferentes puntos de aquella vastísima region. En 1511 conquistó á Málaca, metrópoli de la península ulterior del Ganges. En 1513 se empezó á fundar la célebre fortaleza de Dio, cuya defensa habia de dar tanta gloria á los portugueses en la costa de Cambaya. Desde las de Abisinia, en el mar Rojo, hasta las islas de la Sonda se estendian las relaciones políticas y comerciales de esta nacion. En fin, Fernan Perez de Andrade tuvo la gloria de ser el primer europeo que arribó á las playas de China; de aquel pais riquísimo y afortunado, cuyo descubrimiento habia costado tantos desvelos inútiles y adquirido tanta gloria al inmortal Colon. En 1518 llegó á las costas de Canton, y estableció relaciones de comercio entre los dos pueblos mas distantes del continente antiguo.

Tantos y tan grandes sucesos, la mayor comunicacion entre los diferentes pueblos de Europa, el espíritu de exámen, de descubrimiento y de discusion que se estableció en todas las sociedades europeas puso término á la ignoran-

cia, á la barbarie y á los errores de la edad media. Entonces empezó la de las luces y de los verdaderos conocimientos en materias de física y ciencias naturales, auxiliadas con los progresos de las matemáticas. Los idiomas se perfeccionaron: las costumbres se suavizaron: los goces de la vida se multiplicaron por el gran número de objetos nuevos que los satisfacian. El comercio, despreciado antes, empezó á ser honrado: las artes fabriles se cultivaron con mas esmero: y como los intereses materiales de la sociedad inspiraban grande interes, aumentó la influencia de las poblaciones grandes é industriosas, y la clase media salió en fin del yugo de la barbarie feudal. La guerra dejó de ser el estado habitual de los hombres: un sabio ó un artista consiguió aprecio por lo menos igual al del soldado: y los mismos grandes prefirieron á la mansion triste y solitaria de sus castillos y fortalezas, donde solo poseian los goces de la independencia, los magníficos palacios que construyeron en las capitales. Entonces se dió principio á la actual civilizacion europea: y el estudio de esta época es de los mas importantes de la historia, porque en ella pudo preveerse ya la ruina completa de la barbarie setentrional, dominadora de Europa por tantos siglos.

CAPITULO ADICIONAL.

Historia de la China.

La noticia del antiquísimo y opulento imperio de la China debe ser un capítulo adicional de la historia de España, no solo porque las primeras relaciones entre aquel pais y la Europa fueron entabladas con los portugueses que lo hicieron conocer á las demas naciones, sino tambien porque las inexactas noticias que de él se tenian por los viages del judío de Tudela, de Marco Polo y de Mandeville fueron el verdadero impulso que tuvo el genio de Colon para el descubrimiento del Nuevo mundo.

Dividiremos, pues, este capítulo en tres secciones: la primera comprendera desde el orígen de la nacion china hasta Confucio, el primero de sus filósofos é historiadores: la segunda desde Confucio hasta la conquista de la China por los mogoles; y la tercera desde la dinastía de los mogoles hasta nuestros dias.

SECCION PRIMERA.

HISTORIA DE LOS CHINOS DESDE EL ORÍGEN DE ESTA NACION HASTA CONFUCIO.

Orígen de los chinos. La mayor parte de los historiadores, refiriéndose á los anales de la China, suponen el principio de este imperio en el año 2207 antes de Jesucristo, es decir, 141 despues del diluvio universal; y aún antes de esta época enumeran 8 reyes electivos: á saber, Fohi, personage fabuloso, al cual se atribuye la primera civilizacion de los chinos; Chinnong, que perfeccionó las artes y las ciencias; Hbangti, inventor de la aritmética, Chacha, Chuenhio, Tico, Chi, que fué depuesto, su hermano Yao, y Chun, que fundó la monarquía hereditaria, no á favor suyo ni de su familia, sino de Yu, por sobrenombre el Grande, que mereció por sus insignes cualidades.

Este período que hemos descrito sumariamente es rechazado por unos críticos como fabuloso, y admitido por otros refiriéndolo á épocas posteriores. La verdad es que la cronología china no puede considerarse como exacta hasta Confucio, que floreció seis siglos antes de Jesucristo: y que el deseo de dar una grande antigüedad á su patria hizo que los autores de memorias anteriores á aquel filósofo prolongasen escesivamente la duracion de los reinados y

de las dinastías. Mas no teniendo otro medio de someter á una regla cierta la cronología de los chinos, habremos de adoptarla á pesar de que á críticos de muy buena nota les parece que el principio de la primera dinastía fué 860 años posterior á la época que señalan los chinos. Esta hipótesi nos parece muy probable; pero ignoramos absolutamente de qué reinados ó dinastías se han de rebajar los años que aumentan las memorias chinas de modo que la suma de estas rebajas produzcan el mencionado número 860.

Créese generalmente que los chinos descienden de Magog, hijo de Jafet. En un suelo delicioso, á propósito para la cultura y terminado por la mar, debia hacer la civilizacion grandes progresos en poco tiempo; y esto basta para esplicar la grande antigüedad de la monarquía china, así como tambien la tenacidad con que en ella se conservaron las primitivas costumbres. La religion, como en todas partes, degeneró en el politeismo, es decir, en el culto de los genios, que dominan en las diversas partes de la naturaleza, y en el de los antepasados mas ilustres por su valor, su saber, sus beneficios y sus virtudes. Su gobierno al principio patriarcal, ha sido perpetuamente la monarquía despótica y hereditaria, templada solamente por las costumbres, y mas aún por la estraordinaria poblacion de un pais, que un mal príncipe no tardaria en reducir á la mas espantosa miseria y á la mas peligrosa desesperacion.

Las primeras provincias que se suponen pobladas en la China fueron las de Chensi y Honan á las orillas del Hoan Ho, ó rio Amarillo: prueba de que los primeros pobladores vinieron de la Tartaria. Al principio usaron de una especie de escritura, como la de los amautas peruanos, y que consistia en la varia combinacion de diversos cordones con nudos. Pero este método cedió al de la escritura verdaderamente dicha así, que es la de los signos inventados para espresar las ideas, y trazados á mano. Los chinos actuales la conservan: y nunca han conocido la escritura silábica que representa directamente los sonidos pronunciados y por medio de ellos las ideas. Su método de escribir es sumamente contrario á los progresos del saber: porque como cada nocion requiere un signo diferente, se necesita casi la vida de un hombre para aprender á leer y á escribir. La naturaleza ha indemnizado á los chinos de los pocos adelantos que han hecho en las ciencias, dándoles una disposicion estraordinaria para las artes de necesidad y de lujo, en las cuales han hecho descubrimientos envidiados de los artistas europeos.

Dinastía I: de Hia (A. M. 1797. A. J. 2207). Esta dinastía tuvo 17 *emperadores*: esta palabra equivale en las lenguas europeas al gefe de una nacion donde hay otros príncipes subalternos, que en aquella época primitiva no podian ser sino los patriarcas de las familias que iban á poblar paises todavía incultos y separados de la residencia del gobierno. Bajo los Hia se esten-

dió la poblacion de la China hasta las orillas del Kiang.

Yu el Grande, primero de esta dinastía, reinó adorado de los pueblos por su justicia y moralidad. Prohibió el uso dèl vino de arroz, inventado en su tiempo, porque aquella bebida fermentada privaba de la razon y producia mil desórdenes. Sucedióle su hijo Tiki, virtuoso y guerrero: venció á un príncipe chino, que quiso hacerse independiente. Esta es la primer guerra feudal en la China. Multiplicó los gérmenes de este pésimo sistema de gobierno, haciendo príncipes á cinco hermanos suyos.

Taikang, hijo y sucesor de Tiki, degeneró y se entregó á los placeres. Entre estos el de la caza era el mas pernicioso porque sus monteros, caballos y perros destruian todos los sembrados. El pueblo se amotinó y fué depuesto el emperador. Los grandes nombraron por sucesor á Chonkang su hermano, que empleó su reinado en vigilar la conducta del faccioso Is, que mandaba las tropas en tiempo de Taikang y contribuyó en gran manera á su deposicion.

A Chonkang sucedió su hijo Tisiang, que murió peleando contra el rebelde Kiao, hijo de Is. Su esposa refugiada entre unos pastores dió á luz un hijo póstumo, llamado Chaokang, que se educó muy pobremente y tuvo que ganar su vida sirviendo en casa de un príncipe ó gobernador de provincia. Usurpaba entonces el poder supremo Hantso, amigo y consejero de Kiao. Chaokang se dió á conocer al príncipe á quien

servia: el cual le casó con su hija, y le dió un egército. El príncipe legítimo recobró su trono venciendo y castigando á Hantso y á Kiao, y reinó con gloria.

Los reinados de su hijo Chus y de su nieto Tihoai fueron pacíficos; pero este último se entregó á los placeres del palacio, y dejó las riendas del gobierno en manos de sus ministros. Imitóle su hijo y sucesor Mangu: mas no su nieto Tisie, célebre por su amor á la justicia, su actividad en la administracion y el cuidado que tuvo en tener sumisos á su autoridad á los príncipes y gobernadores de las provincias.

Sucedióle su hijo Tipukiang, y á este su hermano Kong, pospuesto Kongkia, hijo de Tipukiang. Parece que no estaba fijado ni por la ley ni por la costumbre el sistema de sucesion. A Kong sucedió su hijo Tikin, despreciable por sus vicios; y así despues de su muerte desecharon los grandes á su hijo y colocaron en el trono al hijo de Tipukiang. Kongkia fué aun mas despreciable que su antecesor. Entregado á los vicios y á la indolencia, vió tranquilamente sacudir el yugo de su autoridad á los príncipes y gobernadores de las provincias.

Su hijo Tichao no fué mejor. Su nieto Tifa logró por lo menos restringir la independencia de los príncipes; pero fué desgraciado en haber tenido por hijo y sucesor á Kia, último emperador de esta dinastía, y el hombre mas execrable de su siglo, porque á la torpeza reunió la crueldad. Su muger tan deshonesta é inhumana

como él se asoció á todos sus infames placeres y á todos sus actos de ferocidad. Los ministros que le aconsejaban que enmendase su conducta fueron condenados al último suplicio.

Parece que los chinos no hallaron otro remedio que la sublevacion: pues un hombre tan moderado y virtuoso como Ching, príncipe de una provincia, y descendiente, segun se decia, de Hoangti, se puso al frente de los enemigos del emperador, le venció, le obligó á prometer que se corregiria, le restituyó el trono, y se retiró á su principado. Kia añadió á sus antiguos delitos el de la ingratitud. Juntó un egército para arruinar á Ching; pero cuando llegó el momento de la batalla todas sus tropas le abandonaron y proclamaron emperador á Ching. Kia salió desterrado del imperio y acabó sus dias en la miseria y la ignominia. En él concluyó la primera dinastía.

Dinastia II: de Chang. (A. M. 2238. A. J. 1766). Esta segunda dinastía, que tuvo 28 emperadores, tomó su nombre del pais montuoso de Chang, situado al Sur del rio Amarillo y en los confines de las provincias de Chensi y Honan, donde era príncipe Ching antes de ser elevado al imperio. Ching, despues de haberse resistido á ceñir la corona, que no aceptó sino por las instancias y súplicas de toda la nacion, gobernó como se esperaba de él: restableció el órden y la justicia, decaidos en los últimos reinados de la dinastía anterior, y volvió á someter á la autoridad suprema los príncipes y gobernadores. En

su tiempo se descubrieron minas de oro muy ricas en las montañas que separan las provincias de Chensi y de Petcheli; y permitió á sus vasallos beneficiarlas sin pagar por ello tributo algúno.

Despues de él reinaron sucesivamente con gloria y justicia sus dos nietos Taykia y Voting. Fueron sus ministros Jin, amigo de Ching, é Ipu, hijo de Jin: hombres uno y otro muy estimados en el imperio por sus virtudes. Jin para corregir el carácter díscolo de Taikia en los principios de su reinado le tuvo recluso tres años en el palacio que servia de sepulcro al emperador Ching. Salió de la clausura enmendado y agradecido á su ministro.

Taykeng, Siaokia y Yongki, hijos de Voting, reinaron sucesiva y pacíficamente; pero en el reinado de Yongki algunos príncipes se negaron á concurrir al congreso anual que segun costumbre antigua se celebraba todos los años en la córte. Mas Tayvu, hijo tambien de Voting, idolatrado por sus virtudes, los obligó á asistir al congreso. Una de sus leyes, que aun se observa en el dia, manda que en cada poblacion se separen del tesoro público las sumas necesarias para mantener un cierto número de ancianos.

A Tayvu sucedió su hijo Chonting, que estableció su córte en la provincia de Petkeli, y venció á los pueblos que habitaban al sur del Kiang, y que habian hecho una irrupcion en la provincia de Honan. Su hermano y sucesor Vaiging reinó pacíficamente. Sucedióle su hermano

Hotankia, y á éste su hijo Tsuyé. En esta época á la muerte de cada emperador habia una guerra civil entre sus hermanos y sus hijos sobre quien habia de sucederle. Estos males nacian de la falta de una ley fundamental clara y terminante.

A Tsuyé, sucedió su hijo Zuzin, á pesar de las pretensiones de sus tios, favorecido por Yen, ministro de su padre: mas no pudo dejar la corona á su hijo Zuting y le sucedió su hermano Vokia. Zuting supo ganar el afecto de su tio, y logró por sus escelentes cualidades tanta influencia en el imperio, que muerto Vokia, fué elevado al trono escluyendo á sus primos. Para evitar la guerra de sucesion despues de su muerte dejó á sus ministros la facultad de nombrar su heredero; y estos eligieron á Nankeng, hijo de Vokia. Pero los príncipes y gobernadores de las provincias, atentos siempre á aumentar sus privilegios y su dependencia entre las revueltas del imperio, se declararon por Yangkia, hijo de Zuting.

Nankeng supo mantenerse en el trono mientras vivió; pero despues de él entró á reinar Yankia, el cliente de los príncipes. Estos resueltos á romper el yugo de la autoridad suprema, levantaron egércitos y se hicieron independientes en sus provincias. Muerto Yankia, usurpó la corona escluyendo á su hijo, su hermano Puangcheng; pero este usurpador, hábil y valeroso, fué sumamente útil al trono y á la patria: pues no solo sometió á los príncipes rebeldes, sino estableció la ley de la sucesion directa, que evi-

taba las guerras civiles y destruia las pretensiones de los colaterales. Puangcheng no tuvo sucesion, y despues de su muerte subió al trono su hermano Siaosin, príncipe afeminado. Sucedióle su hijo Siaoyé, que imitó los vicios de su antecesor; pero rescató los suyos siendo padre de Vouting uno de los mas grandes monarcas que ha tenido la China.

Habiendo heredado la corona muy jóven, dedicó los tres años de luto que debia llevar por la muerte de su padre, segun la costumbre, á estudiar los deberes de buen príncipe, que cumplió exactamente durante los 59 años que reinó. Sucedióle su hijo Zukeng, y á este su hermano Zukia, vicioso y soberbio. Linsin su hijo le imitó. El esceso de sus desórdenes destruyó su temperamento y le arrojó en el sepulcro á los seis años de reinado.

Kingting su hermano le sucedió, y á éste su hijo Vuyé, impío, cruel y que falleció en una montería herido del rayo. En su tiempo se establecieron colonias chinas en algunas islas del mar oriental. Taiting, hijo de Vuyé, le sucedió y movió guerra contra un príncipe que poseia el pais de Yen en la provincia de Petkeli. Pekin, que hoy es la capital de la China, era entonces una aldea de aquel señorío. Tiyé, hijo y sucesor de Taiting, concluyó aquella guerra por medio de su general Kilic, que se apoderó del principado. El emperador, en premio de su victoria, se lo dió en herencia para él y sus descendientes.

A Tiyé sucedió su hijo Cheu, último empe-

rador de la segunda dinastía, y uno de los príncipes mas crueles que ha tenido el mundo. Tanto él como su muger Taykia se complacian en inventar tormentos esquisitos y en verlos sufrir á los condenados á muerte. Gozaban con frecuencia de este bárbaro placer, porque enviaban al suplicio á todos los ministros que reprendian su conducta, ó hacian la menor oposicion á su voluntad.

Uno de éllos llamado Venvang, estimado por su virtud, y el único á quien respetaba el tirano, se atrevió á hacerle representaciones. Cheu se contentó con arrestarle. Los vasallos del principado de Venvang, que le querian sobremanera, enviaron de regalo al emperador una doncella hermosísima. Cheu, prendado de sus gracias, les concedió la libertad de su príncipe.

Venvang se retiró á sus tierras, y se declararon por vasallos suyos 40 príncipes, no viendo otro remedio á los males públicos que la deposicion del tirano. Venvang era de la misma opinion; y así al morir dejó su principado á su hijo menor Vuvang, adicto á su mismo dictámen, escluyendo á su hijo mayor, que no creia lícita la deposicion del tirano, y que sin reclamar su herencia, pasó al otro lado del Kiang. y fundó el reino de Ive en las fronteras del Setchuen.

Vuvang, solicitado por los grandes del imperio, declaró guerra á Cheu. Llegado el trance de la batalla, el emperador se vió abandonado de todas sus tropas, que se pasaron á las ban-

deras de su rival. Huyó á su palacio, le prendió fuego, y se abrasó en el incendio. Vuvang le siguió, dió muerte con su propia espada á la detestable Taikia, y subió al trono dando principio á la tercera dinastía.

Algunos cronologistas juiciosos, señalando el principio de la poblacion de la China el año 2114 antes de Jesucristo, no empiezan á contar la fundacion del imperio sino desde el año de 1357 antes de Jesucristo: esto es, en la época que los anales chinos señalan al reinado de Siaoyé, padre de Vouting, el escelente emperador de que antes hemos hablado. Todas las apariencias favorecen esta opinion. Hasta esta época carece la historia de la China de hechos, y casi se reduce á nombres y reflexiones morales y políticas. La caida de la primer dinastía es idéntica con la de la segunda. Kia y Cheu fueron malvados y crueles, igualmente que sus mugeres: y fueron destronados por príncipes de provincia, que usurparon el poder y fueron grandes monarcas. Esto inclina á creer que los chinos hicieron dos de una sola dinastía para dar mas antigüedad á su imperio. En fin Confucio se queja de la falta de hechos en los tiempos primitivos de su nacion, y no comenzó su historia sino desde los tiempos en que era cierta y averiguada: esto es, desde el siglo VIII antes de Jesucristo.

Dinastía III: de Cheu. (A. M. 2882. A. J. 1122). Vuvang reinó con gloria, restableció el imperio de las leyes, é hizo respetable el trono á los príncipes. Su hijo y sucesor Chingvang imi-

tó su egemplo y estendió la fama de su nombre fuera de los límites de la China, como prueba la embajada que recibió del rey de Cochinchina, colonia probablemente de los chinos, fundada bajo la dinastía anterior.

Kanvang, hijo de Chingvang, siguió los egemplos de su padre y abuelo; pero su hijo Chaovang, inclinado desenfrenadamente á la caza, como se dijo de Taikang, tercer emperador de la primer dinastía, hacia gravísimos daños en los sembrados. Un dia que volvia de la caza y tenia que atravesar un rio para volver á la córte, la barca que lo conducia se abrió en medio del raudal por industria de los que la habian fabricado, y perecieron ahogados él y todos los de su comitiva.

Movang, su hijo y sucesor, rechazó de sus fronteras á los tártaros occidentales que las infestaban. Konvang, su hijo, comenzó á reinar por un acto de crueldad inaudita. Solia pasearse á las orillas de un lago donde concurrian á verle las jóvenes del pais. Enamoróse de tres de ellas; pero eran recatadas, y conocidos los deseos del monarca, no volvieron al paseo. Konvang, atribuyendo su ausencia á los hombres de aquel distrito que las habrian robado ú ocultado, los hizo degollar á todos. Arrepentido de este crímen, lo borró en el resto de su reinado, que fué de 12 años, gobernando con suma equidad y mansedumbre.

Su hijo y sucesor Yevang solo es conocido por los versos satíricos que escribieron contra él

los poetas de su tiempo. Despues de su muerte usurpó el trono su hermano Hiaovang, y se mantuvo en él escluyendo á los hijos de su antecesor. Su hijo y sucesor Ivang fué indolente é imbécil, pero Livang, hijo de Ivang, fué pródigo y cruel. Los chinos se rebelaron contra él y mataron toda su familia, escepto á él que logró escaparse y al último de sus hijos, llamado Suenvang, que se educaba segun la costumbre en casa de su ayo el ministro Chaokong. El pueblo amotinado fué á buscarle para darle la muerte. Chaokong les entregó su propio hijo por salvar al que consideraba como á su rey. Cuando amortiguado el ódio del pueblo y muerto Livang en el destierro se trató de llenar el trono, vacante por algunos años, Chaokong presentó á su alumno, declaró la manera cruel con que le habia salvado, y logró con su elocuencia que se le proclamase emperador.

Suenvang, fué escelente príncipe: rechazó á los bárbaros que habitaban al mediodia del Kiang, y sometió al trono los príncipes de los diferentes distritos de la China. Sucedióle su hijo Yeuvang, que no tuvo ninguna de sus buenas cualidades. Entregado al amor de una concubina, cometió muchas veces por divertirla una imprudencia que le costó la vida. Estaba en guerra con los tártaros occidentales, dió órden á las tropas acampadas de acudir á una cierta señal, y se entretenia en repetirla para dar á su dama el gusto de verlos acudir y de reirse de la burla que hacia de éllos por el afan con que

emprendian un movimiento tan inútil. Sucedió, como al zagal de la fábula, que una noche llegaron los enemigos con intencion de sorprenderle. Dió la señal, y las tropas, acostumbradas á verla con desconfianza, acudieron tarde y cuando ya Yeuvang habia perecido á manos de los tártaros.

Su hijo y sucesor Pingvang, huyendo de los tártaros que devastaban el imperio, se refugió en la provincia de Honan y fijó en ella su residencia; pero los príncipes, reuniendo sus fuerzas, obligaron á los enemigos á volverse á sus desiertos. Esta victoria solo fué útil á éllos: porque los mas poderosos fundaron monarquías en las provincias que habian libertado, y se hicieron independientes del imperio. Las mas notables fueron cinco: la de Tsin, en el Chensi: la de Tsu en el Hucoan y Kiansi: la de Tsi en la parte septentrional del Shanton y las de Tsièn y Ovei en el Setchuen. Este fué el orígen de contínuas guerras civiles que devastaron la China durante muchos siglos. Pingvang reinó sin gloria 51 años.

Su hijo Hoanvang y su nieto Chuanvang hicieron inútiles esfuerzos para someter las nuevas monarquías. El rey de Tsi tenia tanto influjo en la córte imperial que cuando falleció Changvang logró que fuese elevado al imperio un pariente suyo, llamado Livang, con cuya connivencia estendió sus fronteras y tomo el título de Pa, esto es, *caudillo de los príncipes.* A Livang sucedió su hijo Hoeivang, en cuyo

reinado los tártaros septentrionales hicieron una irrupcion en el imperio y sitiaron á Taytonfú, plaza fronteriza del Chausi; pero el emperador juntó un egército, cuyo mando dió al rey de Tsi, y este príncipe los derrotó completamente junto á aquella ciudad, y los arrojó del imperio.

Sinvang, hijo de Hoeivang, manifestó mas firmeza que su padre y abuelo, y supo hacerse respetar de los reyes, mucho mas despues que habiendo fallecido el de Tsi, sus cinco hijos se disputaron la posesion de aquel reino. Pero Chotai, hijo del emperador, deseoso de apoderarse de la corona, se unió para lograrlo con los tártaros, penetró con un poderoso egército de aquella nacion en el Honan, y se proclamó emperador, mientras su padre fugitivo reunia los auxilios de los príncipes tributarios. Cuando los tuvo juntos, marchó contra los tártaros, los derrotó, sitió á su hijo en Honanfú, capital entonces del imperio, tomó la plaza, y mandó dar muerte á Chotai que cayó en sus manos.

Kiangvang I, su hijo, y Quangvang, su nieto, reinaron con justicia y conservaron la paz en el imperio. Tinvang, hermano de Quangvang, y Kienvang, su hijo, se hicieron respetar por su rectitud y firmeza. En este tiempo empezó á propagarse en la China la secta mitad filosófica y mitad religiosa de Laokiam, que aumentó el culto de los genios invisibles, haciéndoles sacrificios é invocaciones para obtener la piedra filosofal que todo lo convirtiese en oro, la inmortalidad, ó por lo menos una larga vida y otros

efectos maravillosos de la mágia. Esta secta tuvo muchos alumnos en el pueblo, y no fué despreciada de los doctores y sabios, porque en medio de los dislates mágicos predicaba una moral conforme al espíritu filosófico de los chinos: pues aconsejaba el desprecio de las riquezas y de las dignidades, y hacia consistir la suprema felicidad en la tranquilidad del ánimo. Admitia ademas el sistema de las emanaciones, y suponia que de un Dios solo habian procedido todas las cosas.

Linvang, hijo de Kienvang, supo conservar su autoridad á pesar de las guerras crueles que los reyes de los diversos distritos de la China se hacian entre sí. A pesar de la ambicion de estos tiranos subalternos que destrozaban el seno de la patria para aumentar sus dominios, se vió un raro egemplo de amor fraternal y de desinteres en el reino de Hu, fundado en el Setchuen. Habiendo fallecido el rey sus dos hijos se disputaron el derecho de ceder la corona. El mayor, usando de la violencia, revistió á su hermano de los ornamentos reales y le saludó como á su señor; pero el nuevo rey, apenas se vió instalado en el palacio, huyó á un desierto, donde se mantuvo cultivando la tierra, y obligó con su fuga á su hermano á encargarse del gobierno.

SECCION SEGUNDA.

DESDE CONFUCIO HASTA LA CONQUISTA DE LA CHINA POR LOS MOGOLES.

En el reinado de Lingvang y el año 551 antes de Jesucristo nació en el reino de Lu, fundado en el Shanton, el ilustre Kong-fu-tsee, llamado Confucio por los europeos, el hombre mas sabio y respetado que ha producido la China. Tuvo un gran número de discípulos, y les enseñó una moral tan pura como la de Sócrates, con la diferencia de que las lecciones del filósofo griego se dirigian á formar buenos ciudadanos para una república, y la de Confucio á crear vasallos virtuosos y hábiles ministros para una monarquía. No dogmatizó en materia de religion, pero corrigió los libros canónicos de los Chinos, y pugnó por despojar la antigua creencia de su patria de muchas supersticiones que el transcurso de los años y la ignorancia de los pueblos le habian añadido.

En esta época empezó á descaecer el poder imperial, y á aumentarse algunos de los reinos á costa de otros mas débiles. A Linvang sucedió su hijo Kingvang II; el rey de Hu, en lugar de reconocer su supremacía, se declaró vasallo del rey de Lu. El de Ching, fundado en el Chensi,

comenzaba entonces á hacerse célebre por la sabiduria de su monarca, que consiguió establecer por algun tiempo la paz entre los dueños de la China.

La muerte de Kingvang II dió origen á una guerra de sucesion entre los partidarios de su hijo, todavia niño, y de su hermano, llamado tambien Kingvang. Éste triunfó, y subió al trono con el nombre de Kingvang III. En su reinado comenzaron con mayor furor las guerras feudales. El rey de Song, que dominaba parte del Honan, se apoderó del reino de Tsao, fundado en la parte meridional del Shanton, y el de Tsu conquistó la monarquía de Ching.

Ivenvang, hijo y sucesor de Kingvang III, tenia valor y firmeza, y todos los reyes se le sometieron, escepto el de Lu, al cual se atrevió á declarar rebelde, le hizo la guerra, y le quitó gran parte de sus estados. Al mismo tiempo el rey de Iven conquistó los estados del de Hu, y acabó con su dinastía. Chinting, hijo de Ivenvang, sostuvo tambien con valor y prudencia la autoridad imperial. Mereció el sobrenombre de *Casto*, porque despues de la muerte de su esposa observó continencia. Cuando murió dejó tres hijos en edad de reinar. El segundo asesinó al mayor, y el tercero al segundo.

Chaovang, que habia castigado un fratricidio con otro, fué universalmente detestado, y todos los reyes se separaron del trono imperial. Su hijo y sucesor Guilievang fué testigo pacífico é impotente de las guerras civiles entre los reyes

de Tsin, Ovei y Han. Este último poseía una parte del Hucoan. El rey de Chu, establecido en el Coeitcheu, venció al de Tsin, le dió muerte en una batalla, é hizo de su cráneo una copa para beber. Los reyes de Lu y de Tsi devastaron el Shanton con sus guerras.

Ganvaug I, Lievang é Hienvang, el primero hijo, y los otros dos nietos de Guilievang, reinaron sucesivamente de nombre: porque el verdadero poder existia en los reyes. El de Han derrotó al de Ching y conquistó sus estados. Chinsin, hijo de Hienvang, vió levantarse entre las ruinas del occidente chino el poder de los reyes de Tsin, que despues de subyugar á los de Chao, Tsu, Han, Ovei y Yeu, y de haber conquistado algunos paises fuera de la China por la frontera del Setchuen, amenazaban al trono imperial.

En el reinado de Ganvang II, hijo de Chinsin, los reyes de Tsi y de Tsu conquistaron y repartieron el de Song: y el de Tsu se apoderó del de Lu, patria de Confucio. El rey de Tsin, llamado Chaosiang, tomó el título y la autoridad de emperador, ofreciendo un solemne sacrificio al Dios del cielo; atribucion esclusiva de los emperadores. El rey de Tsi fue el único que se atrevió á oponerse á la usurpacion: Chaosiang le derrotó completamente en una batalla, y Ganvang II, sin medios de resistencia, cedió el trono á su rival, y se retiró á la provincia de Chensi, donde falleció el año siguiente. En vano los adictos á la dinastía de Cheu dieron la corona á Cheukiun, biznieto de Chinting el Casto. Este

fantasma imperial, apenas se acercó el egército de Tsin, renunció á la dignidad imperial. Chaosiang falleció antes de la abdicacion de Cheukiun. Sucedióle su hijo Chuangsiang, fundador de la cuarta dinastía.

IV Dinastia: de los Tsin. (A. M. 3758. A. J. 246). Las dos primeras dinastías cayeron por los crímenes y maldades de sus últimos emperadores: la tercera por la debilidad misma de la potencia imperial, notablemente disminuida desde la formacion de los reinos y principados feudales. La caida de los Cheu fue como la de los Carlovingios en Francia, y la elevacion de los Tsin como la de los Capetos. En ambas ocasiones se reunió el título de la autoridad suprema á la baronía mas poderosa.

Chuangsiang apenas se ciñó la corona formó el proyecto de acabar con la aristocrácia monárquica que eclipsaba el poder del trono imperial. El primero á quien acometió fué al rey de Oei: pero los de Han, Hian, Tsi, Tsu y Chao, temerosos de ser despojados sucesivamente, se confederaron entre sí, juntaron un egército poderoso, y vencieron al emperador en una batalla decisiva. Poco despues falleció Chuangsiang.

Sucedióle su hijo Chihoangti, célebre en la história por tres empresas gigantescas, aunque de muy diferente mérito. La primera fue la de acabar con todos los reinos y señoríos particulares, valido de las guerras que tenian entre sí los príncipes. El valor y la habilidad le dieron la victoria, y la crueldad la consumó: pues mandó

matar á todos los varones de las familias reinantes. Jamas quiso dar á sus hijos infantazgos como los emperadores de las anteriores dinastías: sino mandó construirles palacios en algunas capitales de provincias, donde vivian con todo el lujo y ostentacion que correspondia á su clase, pero sin poder alguno. Esta costumbre se observó hasta el siglo XVIII, en el cual prevaleció el uso de darles palacio en la capital del imperio.

La segunda empresa de Chihoangti fué la construccion de la gran muralla. Durante las contiendas civiles no cesaban los tártaros de invadir el territorio del imperio: y despues de pacificado este por las victorias del emperador ocupaban las provincias de Chensi, Chansi y Petcheli devastándolas impunemente. Chihoangti se puso al frente de su egército, marchó contra los tártaros, los venció, los arrojó á sus desiertos y mandó construir en las fronteras de aquellas tres provincias la muralla colosal que los separa de la Tartária, guarneciéndola con torres de trecho en trecho y con un egército permanente que debia defenderla: monumento que solo tuvo egemplar en las murallas que construyeron los romanos en Inglaterra, aunque no tan grandes, para defenderla contra los pictos y escoceses.

El tercer acto notable de Chihoangti fue mandar destruir todos los libros que hasta entonces se habian escrito, escepto los de jurisprudencia y medicina. Los historiadores atribuyen esta resolucion bárbara al deseo que tenia el emperador de que pereciese la memoria del valor

y de las virtudes de sus antecesores, y de que solo su nombre fuese celebrado. Si este fué su motivo verdadero, una envidia tan ruin y una ambicion de gloria tan mezquina aumenta si es posible la atrocidad del acto.

A Chihoangti sucedió su hijo segundo Eulchi, escluyendo al mayor, que fué condenado á muerte por su bárbaro hermano. Eulchi eligió para primer ministro, ó *Colao*, á un enemigo mortal de la familia de los Tsin, tanto mas temible cuanto ocultaba su odio con el velo de la adulacion y del celo; y asi su único cuidado era tener al emperador adormecido en los placeres, y darle consejos pérfidos que le hacian aborrecer de sus vasallos. No tardó en manifestarse una rebelion á favor del hijo de su hermano á cuya rama habia usurpado el trono.

Como estaba tan reciente la memoria del anterior régimen feudal, en breve se volvieron á formar los reinos de Tsi, Tsu, Hien, Chao y Oei, y fué nombrado rey en cada uno el guerrero mas hábil ó mas querido. El rey de Tsu envió contra el emperador dos egércitos mandados por los generales Lieupang é Hianghiu. Este derrotó las tropas de Eulchi; y su pérfido Colao, temiendo que estos desastres abriesen al emperador los ojos acerca de su conducta, lo hizo asesinar ocultamente, y elevó al trono imperial que ya amenazaba ruina á Ingvang, sobrino de Eulchi. Este, sabedor de la traicion del Colao, le mandó matar á él y á todos sus parientes.

Pero la caida de los Tsin era ya inevitable.

Lieupang marchó hácia la córte: sobornó por medio de sus emisarios el egército imperial, que se pasó á sus banderas, y entró en la capital del reino de Tsin. Tomó el título de rey de este principado: porque el rey de Tsu, á cuyo servicio estaba, lo habia prometido al primero de los generales que se apoderase de aquella ciudad. Hianghiu, despechado de haber acudido mas tarde, se vengó en quitar la vida al infeliz Ingvang, cuarto y último emperador de su dinastía, se volvió al reino de Tsu, y quitó el trono y la vida á su soberano. Lieupang sostuvo contra él la guerra con vário suceso. Al fin le venció en una gran batalla. Hianghiu se dió la muerte desesperado, y Lieupang fué elegido emperador por todos los príncipes y grandes de la China.

V Dinastía: de los Han. (A. M. 3801. A. J. 203). Lieupang dejó el imperio pacificado á su hijo Hoeiti, que entregado á los placeres, abandonó á su madre el gobierno, y murió de sus desórdenes á los siete años de un reinado inglorioso. Su madre Lienheu, cruel, ambiciosa y desnaturalizada, no queriendo que pasase la corona á ninguno de los hermanos de su hijo, la dió á un niño, que supuso ser hijo de Hoeiti: reinó ocho años bajo su nombre, y le mató cuando se creyó bastante fuerte para mandar por sí sola, habiendo repartido entre sus parientes y adictos los principados del imperio. Los nuevos príncipes, avaros, crueles é incapaces, hubieran suscitado una rebelion universal á no haber muerto súbitamente la emperatriz: mas no se liber-

taron de la indignacion pública, y todos fueron asesinados.

Dióse la corona imperial á Venti, hermano menor de Hociti, y modelo de monarcas por su justicia, sobriedad, aplicacion y valor. Sus virtudes adquirieron al imperio las provincias de Koansi y Canton que se sometieron voluntariamente. Su valor rechazó á los tártaros lejos de las fronteras. Su hijo Kingti y su nieto Vuti siguieron su egemplo: Vuti, guerrero por inclinacion, despues de haber rechazado una invasion de los tártaros, marchó con su egército á la India, conquistó los reinos de Pegu, Bengala, Siam y Camboya, y los dió á sus generales. Poco antes de morir cometió una accion abominable: porque para asegurar la sucesion á su hijo Chaoti, que habia tenido de una concubina, condenó á muerte á su propia madre, temiendo que favoreciese á sus hermanos.

Chaoti hizo paz con los tártaros, primer egemplo de un tratado entre ambas naciones. Murió sin sucesion. Su tio Hiaoti subió al trono, pero por sus torpezas y vicios fué arrojado de él, y le sucedió Suenti, nieto de Vuti. Este y su hijo Iven gobernaron con gloria: pero su nieto Chingti, entregado al vino y á la deshonestidad, fué un mónstruo. Los consejos de sus ministros eran premiados con la muerte. Su odioso reinado duró 26 años. Sucedióle su sobrino Hiaongai, que reparó con la firmeza y moderacion de su gobierno los males que habia causado su antecesor.

Habiendo muerto sin sucesion, ascendió al imperio el primer año de la era cristiana Hiaoping, descendiente del emperador Iven. Hiaoping eligió por Colao á Vangmang, hombre ambicioso, pérfido é intrigante. Dió muerte con veneno al emperador, y puso en el trono á Jutseing, niño de dos años, que descendia del emperador Suenti: repartió los principados entre sus parciales, y creyéndose ya bastante poderoso, depuso á su pupilo y se ciñó la corona. Un grito universal de indignacion se levantó en todo el imperio y produjo una guerra civil. Vangmang, que no carecia de valor ni de capacidad, la prolongó 14 años, pero vencido y hecho prisionero en una batalla, pagó sus maldades con la vida.

Hoaiyang, descendiente de Kingti, cuarto emperador de esta dinastía fué elevado al trono: pero se le depuso á los dos años por sus vicios é incapacidad, y se le dió por sucesor á Quangvu, descendiente tambien de Kingti por su décimo hijo. Quangvu, que se habia educado entre los aldeanos, se distinguió por el gran cuidado que puso en aliviar la miseria del pueblo y la suerte de los agricultores, sin dejar por eso de favorecer las ciencias y las letras. Su hijo y sucesor Mingti, muy amado por su clemencia, fundó en su palacio una academia de ciencias, en que se educaban los hijos de los príncipes y grandes, é hizo construir un magnífico dique de 10 leguas de largo para impedir las inundaciones del Hoanho. En su tiempo se introdujo en

la China la idolatría de la secta índica de Fó, que tuvo por sectarios á casi todos los hombres del vulgo: bien que los letrados y grandes conservaron el antiguo culto del Dios del cielo y de los génios, mas sábio y filosófico que las trasformaciones de las divinidades índicas.

Changti sucedió á su padre y reinó pacíficamente. Dejó la corona á su hijo Hoti, niño de 10 años, bajo la tutela de la emperatriz viuda. Panchao, general de este emperador, en una espedicion al Asia occidental hizo grandes conquistas. Los anales chinos dicen que llegó hasta la Judea, que ellos llaman Tatsin: pero á principios del segundo siglo de la era cristiana, en que floreció Hon, los romanos dominaban hasta el Tigris y los partos hasta el Inde: sin que nada cuente la história romana de esta irrupcion de los chinos. Es evidente, pues, que los analistas de esta nacion exageraron las conquistas de su héroe.

A Hoti sucedió Changti II su hijo, niño de muy corta edad, y que falleció á los pocos meses. Fué elevado al trono su primo Nganti, nieto de Changti I. Solo tenia 13 años de edad, y se dió la regencia á su madre, que hizo felices á los pueblos por su atencion á todo lo que pudiera contribuir al alivio de la clase menesterosa.

La emperatriz, esposa de Nganti, era estéril; y supuso por suyo el hijo de una muger del pueblo, dando muerte á ésta con veneno para que nunca pudiese descubrir la superchería. Este niño, llamado Chunti, sucedió á su supuesto

padre: y adquirió mucha fama por las victorias que consiguió contra los *bárbaros*: asi llaman los chinos á todos los pueblos estrangeros. Cuando falleció la emperatriz, viuda de Nganti, no quiso que se le hiciesen los honores fúnebres debidos á su clase; castigando asi la crueldad de haber dado muerte á su inocente madre. Chunti promulgó una ley en virtud de la cual no se permitia elevar á la magistratura sino á los que hubiesen llegado á la edad de 40 años, escepto el caso de un mérito sobresaliente.

En el reinado de Chunti habian adquirido mucho poder los eunucos de palacio, encargados de velar sobre la castidad de las mugeres, y sabandijas indispensables donde quiera que se establece la poligámia. Su insolente altivez, protegida por el poder de los emperadores, cuyo afecto ganaban con su adulacion y servilismo, causaron desórdenes y turbulencias, y acabaron por arruinar la dinastía de los Han.

A Chunti sucedió su hijo Changti III, niño de dos años, y que falleció antes de llegar á los tres. Sucedióle Cheti, príncipe de la familia imperial, á la edad de 8 años, bajo la tutela de su madre. Liangki, hermano de esta princesa, abusando de la influencia que tenia con ella, manifestaba muy poco respeto al niño monarca, y como este diese muestras de resentimiento, Liangki le hizo matar con veneno.

A Cheti sucedió su hermano Honun, gran partidario de la secta de Laokim y de los prestigios mágicos. El influjo de los eunucos se au-

mentó, y como la avaricia es la única pasion de que son capaces, vendieron las magistraturas. Los hombres sábios é instruidos huyeron de una córte tan corrompida. Liangki, asesino del último emperador, se hizo odioso por su arrogancia á Honan y á los eunucos, que enviaron tropas para prenderle. Sitiado en su casa, dió la muerte á su muger, y despues á sí mismo por no caer en manos de sus enemigos. Honan, despues de un reinado infame de 21 años, murió sin sucesion.

Dióse la corona á Lingti, que descendia de Changti I. En su tiempo se aumentó el influjo y poder de los eunucos, que gobernaron el imperio mientras él se entregaba en lo interior de su palacio á diversiones estravagantes. Una de ellas era hacer un mercado en que se vendian al mayor postor joyas, vestidos y otras curiosidades, y ver á sus mugeres decirse injurias por adquirirlas.

A estos desórdenes, que formaban un contraste ridículo con el cuidado que tuvo de grabar en tablas de mármol las máximas mas sábias de los libros religiosos de los chinos, y de ponerlas en el vestíbulo de la academia, era consiguiente la guerra civil. Formóse un partido que llamaron de los *bonetes amarillos*, porque los usaba de este color, que juntó grandes egércitos y devastó la China, al mismo tiempo que los tártaros hicieron una irrupcion. Pero las armas de Lingti fueron mas felices que su gobierno. Los generales del emperador arrojaron al ene-

migo esterior, y disiparon los ejércitos de los rebeldes.

A Lingti sucedió otro príncipe de la familia imperial llamado Pienti, que abdicó la corona á favor de su hermano menor Hienti; último emperador de la dinastía de los Han, y uno de los príncipes mas estúpidos que han ocupado el sólio de la China. Su pésimo gobierno produjo la desmembracion de la China en cuatro soberanías diferentes, que cada una tenia su rey.

Tongcho, general del emperador, conspiró contra él, le dió muerte, quemó el palacio, robó los sepulcros de los emperadores, trasladó su corte al Chensi, y fundó una nueva monarquía: pero el pueblo se sublevó apenas habia reinado un año, le asesinó, colgó su cadaver en una horca, y confiscó las inmensas riquezas que habia robado á favor del emperador que aun no existia.

Los bonetes amarillos volvieron á aparecer en medio de estas turbulencias, pero fueron vencidos por un guerrero llamado Tsaosao, que usurpó el poder supremo. Su propio hijo Tsaopoi le despojó de la autoridad: mas no parece que lo hizo con intencion de apoderarse de ella: pues casi al mismo tiempo aparece en los anales chinos el primer emperador de la dinastía siguiente.

VI dinastía: de los Heu Han (220). Esta dinastía solo tuvo dos emperadores. Llamóse de los Heu Han, ó Han posteriores, porque descendian de los primeros. Chaolia, primer emperador de los Heu Han, descendia de Kingti, cuar-

to emperador de la dinastía anterior. Ignórase de qué manera subió al trono: pero es celebrado en la história china su valor, asi como su igualdad de ánimo en la próspera y en la adversa fortuna. Solo reinó tres años y dejó el cetro á su hijo Heuti.

Este príncipe carecia del valor necesario para sostenerse en las difíciles y críticas circunstancias que se hallaba la monarquía, dividida en varios estados que hacian guerra al emperador y entre sí. Sin embargo tuvo dos generales escelentes, que sostuvieron por mas de 30 años su trono vacilante. El primero de éllos llamado Quangyu fué despues de su muerte colocado por los chinos idólatras en el número de los dioses, y adorado como Marte por los romanos. El segundo llamado Coleano, aunque vencido muchas veces por el rey de Oei, tenia la habilidad de retirarse sin pérdida en presencia del enemigo vencedor.

El rey de Oei estaba tambien en guerra con los de Han y Hu: cuyos estados yacian al sur del Kiang: y marchó contra éllos al frente de un egército formidable. Llegando á las orillas del rio, entónces crecido é impetuoso, esclamó: "sin duda este es el límite que el cielo ha puesto á la ambicion de los mortales," y se volvió á sus estados. Su general Songchao se rebeló contra él, le venció y le destronó; y alentado con este triunfo marchó contra el emperador Heuti.

Heuti tenia un hijo lleno de intrepidez tanto como su padre era pusilánime. Aconsejóle que

reuniese sus fuerzas y marchase al enemigo, resolviéndose á vencer ó morir. No pudiendo inspirar á Heuti su valor, se retiró á la sala de los antepasados que estaba en el mismo palacio, y dió muerte á su muger y á sí mismo. Songchao derrotó facilmente el egército imperial, que peleó sin gefe, destronó al cobarde emperador, y le envió á un pequeño principado, donde vivió siete años, y murió despreciado universalmente.

VII dinastía: de Tsin (264). Aunque el nombre de esta dinastía se escribe en los idiomas europeos con las mismas letras que el de la cuarta, los chinos lo pronuncian con diferente acento, y lo escriben con diverso signo. El primer emperador de esta dinastía, fué Chitsuvuti, hijo de Songchao, el destructor de la dinastía anterior. Fué príncipe magnánimo, hábil y justo. Puso su córte en la provincia de Honan. Tuvo guerra con los soberanos que dividian entre sí la China, y que todos aspiraban á la dignidad imperial.

El emperador consiguió poner bajo su obediencia las provincias septentrionales. Pasó con su egercito el Kiang, y sometió al rey de Hu, poderoso en las meridionales, dándole en resarcimiento de sus dominios un pequeño principado. Así consiguió hacerse dueño de todo el imperio: mas cometió la imprudencia de licenciar su egercito, y con ella renacieron las esperanzas de los reyes destituidos.

Su hijo mayor Hoeiti, que le sucedió, carecia de valor y de capacidad: pero tenia minis-

tros hábiles que sostuvieron la dignidad del imperio. Una de sus mugeres, ambiciosa y malvada, le movió á desterrar de su palacio á la emperatriz, dió muerte con veneno al hijo mayor del monarca, formó un partido numeroso, que asesinó á los grandes que no la eran favorables, y pereció en uno de los frecuentes combates que las facciones se daban en la capital. El mismo emperador hubiera perecido á no haberse salvado por la fuga.

Los reyes, aprovechándose de estos desórdenes, volvieron á recobrar su independencia. El de Tsi aspiró al trono imperial; pero fué muerto en un combate. Poco despues falleció envenenado el emperador sin dejar sucesion; y fué elevado al trono Hoaiti, su vigésimoquinto hermano. Lieuyven, uno de sus tributarios, le declaró la guerra: y habiendo fallecido despues de conseguidas victorias considerables, Lieutsong su hijo se apoderó de la capital y del palacio, hizo servir á su mesa al emperador vestido de esclavo, y despues le dió muerte.

Los grandes elevaron al trono á Minti, nieto de Chitsuvuti, fundador de la dinastía: pero al cabo de tres años fué depuesto, dándosele un pequeño principado, que un año despues le quitó con la vida el rey de Han. Sucedióle en el trono imperial Iventi II, nieto tambien de Chitsuvuti, y que trasladó la silla del imperio á Nankin, ciudad fuerte edificada sobre el Kiang, y muy á propósito para tener sometidas las provincias meridionales. Sucediéronle su hijo Ming-

ti, que reinó tres años, y su nieto Chingti en menor edad bajo la regencia de su madre. A éste sucedió su hermano Kangti, cuyo heredero fué Moti, su hijo, á la edad de dos años bajo la tutela de la emperatriz.

Cuando Moti llegó á mayor edad manifestó escelentes disposiciones, y pareció capaz de restituir al trono su dignidad perdida. Hizo guerra á los príncipes tributarios del norte, y venció y sometió á uno de éllos: pero la muerte detuvo el curso de sus victorias, y tuvo por sucesor á Ngaiti, su tio, hijo de Chingti. Este falleció á los cuatro años de reinado, y los grandes elevaron al trono á su hermano Tiyé.

Mandaba las tropas de este emperador el general Vangven, que despues de haber conseguido una gran victoria contra los príncipes del norte, se rebeló contra su soberano, le arrojó del trono, le recluyó en una fortaleza, y elevó al imperio á Kienven, hijo de Iventi II, que solo reinó dos años, y dejó el cetro á su hijo Vuti II.

En este tiempo estaba dividida la China en dos grandes imperios: el del mediodia, cuya capital era Nankin, y el del norte, cuyos príncipes habian sido subyugados por un guerrero llamado Fukien, que deseoso de reunir toda la China bajo su dominacion, acometió los estados de Vuti II. Este emperador hábil y valeroso le acometió antes de que hubiese podido reunir todas sus fuerzas, forzó el campamento enemigo, y derrotó completamente su

egército. Fukien en su fuga fué asesinado por sns mismos generales, y los príncipes del norte, rebelándose contra su sucesor, hubieran presentado al emperador una presa fácil y segura si hubiera sido tan activo para aprovecharse de la victoria como lo fué para conseguirla. En vez de marchar al norte se volvió á Nankin, y se entregó á los placeres. Fué ahogado en su mismo lecho por una de sus mugeres ofendida de que chanceándose con ella la hubiese llamado vieja.

Su hijo y sucesor Nganti II fué un príncipe indolente é incapaz que causó la ruina de su dinastía. Los príncipes tributarios se rebelaron, y se entregaron con furor á las disensiones y guerras feudales. Un nieto del rey de Tai despojó de sus estados al de Yen, y fundó otra nueva monarquía. Lienyu, hombre cuya primera profesion habia sido la de vender zapatos, habiendo entrado en la milicia y elevádose por sus hazañas hasta la clase de general, se rebeló contra el emperador, le dió muerte y se apoderó de la autoridad. Kongti, hermano de Nganti II, fué elevado al trono; pero dos años despues Lienyu le mandó ahogar, y se ciñó la corona.

VIII dinastía: de Song (420). Lienyu, á pesar de su humilde estraccion, era notable por su continente noble y magestuoso, por su intrépido valor, por su modestia y frugalidad. Pero como hombre del pueblo era adicto á la idolatría de Fo y á la secta de los Bonzos, que

eran los sacerdotes de este culto, y los emperadores de su dinastía la favorecieron y propagaron.

Su hijo y sucesor Chaoti, nulo é imbécil, fué destronado y muerto por su primer ministro, que puso en el trono á Venti II, hermano de Chaoti. Este declaró la guerra á Taivuti, emperador del norte, y consiguió sobre él señaladas victorias por medio de su ministro y general Tantaotsi: pero sospechando de su fidelidad pagó sus servicios dándole la muerte.

La falta de este insigne guerrero varió la suerte de la guerra. Las tropas de Venti II fueron derrotadas en muchos combates. Taivuti penetró en los estados del mediodia; los saqueó, destruyó los templos de los ídolos, y mató todos los Bonzos que pudo haber á las manos. La guerra habia tomado el carácter de religiosa; porque los pueblos del norte eran adictos á la antigua religion de la China reformada por Confucio, y detestaban la nueva idolatría introducida por los indios, y protegida por los emperadores de la dinastía de Song.

Vuti III, hijo de Venti II, le quitó el trono y la vida. Este parricida solo se distinguió por su habilidad en la equitacion y en el manejo del arco, y por su dureza en el trato familiar. Siempre lanzaba contra los que asistian á su lado espresiones mordaces y satíricas. Su hijo Futi, cruel y sanguinario, hizo morir sin causa á muchas personas inocentes, y pereció á manos de sus vasallos el primer año de su reinado.

Sucedióle Mingti II, undécimo hijo de Venti II. Fué bárbaro y cruel. Mandó matar á 13 de sus sobrinos por el derecho de sucesion que les competia no teniendo él hijos. Para adquirirlos permitió á algunos hombres el uso de sus concubinas. Eligió por primer ministro á Siataoching, hombre ambicioso y sin probidad, que fué el destructor de la dinastía.

A Mingti II sucedió Zangmisang, hijo habido de la manera que hemos dicho. Su carácter duro é intratable sirvió de pretesto á la traicion de su ministro Siataoching, que le dió muerte á los 15 años de edad y 4 de reinado, y puso en el trono á Chunti II su hermano. Con respecto á éste no tuvo necesidad de pretesto. Creyéndose ya bastante fuerte le privó del trono y de la vida y se ciñó la corona.

IX dinastía: de Tsi (479). Siataoching no era militar, pero sí hábil administrador, ó á lo menos se creia tal: pues decia que si reinaba diez años haria que el oro fuese tan abundante en el imperio como el lodo. Sucedióle su hijo Vuti IV, que limitó á tres años el gobierno de los *mandarines* ó magistrados, y prohibió el matrimonio entre parientes. En su tiempo apareció un filósofo llamado Funchin, que enseñaba el epicureismo mas exagerado, la formacion del mundo por el acaso, la igualdad del hombre con los brutos, y negaba la inmortalidad del alma. Su doctrina, aunque refutada en muchas obras y proscrita por el gobierno, ha llegado hasta nuestros dias, y algunos letra-

dos la profesan en secreto. De donde ha nacido la imputacion de ateismo atribuida injustamente á todos los sabios de la China.

Siaoyven, ministro de Vuti IV, político hábil y ambicioso, formó el proyecto de elevarse al trono sobre las ruinas de la dinastía naciente. El emperador murió sin sucesion, y su tio Mingti III, hermano de Siataoching, adquirió la corona por un crímen dando muerte á dos hijos de este fundador de la dinastía cuya educacion le habia encargado.

A Mingti sucedió Hoenheu su hijo, príncipe voluptuoso, cruel, enemigo de los buenos, y que trató de restablecer el poder y crédito de los eunucos. No eran necesarios tantos pretestos para la traicion de Siaoyven su ministro, que le dió muerte y puso en el trono á su hermano Hoti II. El asesinato de éste en el primer año de su reinado fué el último escalon del colao para subir al imperio.

En esta época gozaban las provincias del norte de una paz profunda. Sometidas á un solo monarca, viviendo en paz con los tártaros sus vecinos, respetada la autoridad imperial, y sometidos los príncipes tributarios, hicieron en ellas grandes progresos las ciencias y las artes: cuando en el mediodia las frecuentes elevaciones y caidas de las dinastías y las traiciones de los ministros anunciaban el descaecimiento del principio monárquico: efecto sin duda del perverso carácter de la mayor parte de los emperadores, que temiendo á cada instante perder

la corona usurpada por éllos ó por su padre, no creian posible conservar su poder sino valiéndose de la crueldad.

X dinastía: de Leang (502). Esta dinastía, que solo tuvo cuatro emperadores, se llamó *de Leang* porque el rey tributario de este pais situado en el Setchuen, auxilió á Siaoyven para usurpar la corona. El nuevo emperador activo, laborioso, instruido en las ciencias y en el arte militar, acometió las provincias del norte, consumió sin embargo diez años y su numeroso egército delante de una plaza del Shansi.

Heuking, rey de Honcon, vasallo suyo, se rebeló contra él, y despues de haber tomado á Nankin, se apoderó de su palacio y de su persona, y le hizo morir lentamente de hambre quitando todos los dias alguna cosa de su alimento. Siaoyven manifestó en su infortunio grande serenidad de alma. Pocos dias antes de morir pidió alguna miel para mitigar la amargura del paladar, y le fué negada. Falleció á los 86 años de edad y 48 de reinado.

Sucedióle su hijo Kienventi, que fué muerto y destronado dos años despues por el rey de Honan; pero éste fué vencido y muerto por Chinpasien, colao de Iventi III, hijo tambien de Siaoyven, que reinó algun tiempo tranquilamente hasta que se rebeló contra él su mismo ministro. Iventi, destrozado su egército, se rindió al rebelde, que le mandó matar. Kingti II, noveno hijo de Iventi, despues de dos años de un reinado tempestuoso, fué muerto por

Chinpasien, y en él acabó su dinastía. En este tiempo Cheu, emperador del norte, persiguió á los Bonzos y los hizo quemar con sus templos.

XI dinastía: de los Chin (557). Chinpasien reinó solo tres años, y le sucedió su hermano Venti III, que despues de tantos usurpadores y monarcas débiles, pareció digno del trono. Suya es la órden de señalar las horas de la noche tocándo un tambor en el palacio: práctica que se observa hasta hoy. Conociendo las malas disposiciones de su hijo Linghai, quiso dejar por heredero del trono á un hermano suyo rey de Naugtchan: pero sus ministros le hicieron acerca de esto tantas representaciones que le obligaron á mudar de resolucion.

Su hijo Linghai, que le sucedió, fué destronado por el rey de Nanthan su tio: pero Suenti, hijo de otro hermano de Chinpasien, arrojó del trono al usurpador, y subió á él con el título de Suenti II. Sucedióle su hijo Changching, que se entregó á todos los vicios. Kien, ministro del emperador del norte, casado con una de las hijas de este príncipe, y rey tributario de Sui, señorío situado en el Hucoen, determinó destronar á Suenti, detestado y despreciado universalmente.

Atravesó, pues, el Kiang al frente de numeroso egército, y entró en Nankin sin resistencia. Suenti se arrojó á un pozo por no sobrevivir á su ignominia: pero se le sacó vivo de él y se le desposeyó de la corona. En este emperador acabó su dinastía.

XII dinastía: de los Sui (590). Kien, despues de reinar siete años en Nankin, heredó el imperio del norte, ó se apoderó de él: despues de tres siglos de separacion volvieron á reunirse estos dos imperios. Aunque el emperador no era instruido, tenia el buen sentido natural que suple por la educacion científica: y asi prohibió en la música todo lo que pudiera afeminar los ánimos, y en la elocuencia todos los adornos y flores capaces de enervar el pensamiento.

En el gobierno fué activo, hábil, y se mostró siempre amante de los pueblos. Estableció pósitos para los años de esterilidad: castigó severamente el cohecho en los magistrados y el latrocinio; y escluyó de las magistraturas á los que profesaban el comercio y las artes industriales. Este escelente príncipe fué asesinado, juntamente con su primogénito, por su hijo segundo Yangti, que adquirió la corona por medio de este parricidio.

A pesar del crimen que le elevó al trono, y de su aficion desmedida á la música y á la caza, tuvo Yangti cualidades dignas de un gran monarca. Su reputacion aumentó las fuerzas del imperio, y muchos príncipes de las provincias cercanas á la China se pusieron bajo su proteccion. Reparó la grande muralla que defendia el imperio contra las incursiones de los tártaros. Prohibió al pueblo llevar armas, y esta prohibicion se observa hasta el dia. Hizo revisar y reimprimir (porque la imprenta era ya conocida en la China) las mejores obras de

Arte militar, política, medicina y agricultura. Estableció, en fin, el grado de doctor como un medio necesario para aspirar á los empleos civiles y militares.

Fué el primer monarca de la China que emprendió la conquista de Corea, pais antiguamente poblado, segun se cree, por los mismos chinos. Sus primeras espediciones no fueron felices; pero al fin obligó á los coreos á enviarle embajadores y reconocerse por vasallos suyos. Este emperador fué asesinado á los 13 años de su reinado por un hombre de la ínfima plebe cuando visitaba las provincias meridionales del imperio en la de Kiannan.

Sucedióle su hijo Kongti II; pero el primer año de su reinado fue depuesto por Liyven, príncipe tributario suyo, y en él acabó su dinastía que solo tuvo tres emperadores. Liyven redujo á cenizas el palacio imperial, "porque, decia, un edificio tan soberbio solo sirve para afeminar á los reyes y fomentar su codicia."

XIII dinastía: de Tang (619). En fin, despues de tantas dinastías efímeras llegó al trono imperial una que supo sostenerse cerca de 300 años: lo que se debió sin duda á los progresos del principio monárquico, debilitado antes por el de la aristocracia feudal y el poder escesivo de los ministros y de los príncipes tributarios.

Su fundador Liyven disminuyó el rigor de los suplicios, moderó los impuestos, sometió á los que no reconocieron al principio su autoridad, y dió la paz al imperio. Su creencia era

la secta epicurea de Laokium, y asi no es estraño que prohibiese á los bonzos, cuyo número ascendia á 100.000, permanecer en el celibato. Despues de un reinado glorioso de 9 años renunció la corona en su segundo hijo Taitsong.

Este monarca es uno de los mas celebrados en los anales de la China por su amor al pueblo, por su clemencia y justicia, por su sabiduría y frugalidad. Era enemigo declarado de los magistrados que se dejaban sobornar, y manifestó siempre el mayor desprecio á los adivinos. Ademas de restablecer en su palacio la academia de las ciencias, erigió una escuela militar donde se instruia la juventud en el manejo de las armas, y á la cual asistia muchas veces y tomaba parte en los egercicios.

En el reinado de este príncipe hácia el año de 636 penetró el cristianismo en la China, y fué protegida su predicacion por Taitsing. Estas primeras semillas de la religion evangélica se perdieron dos siglos despues por un edicto del emperador Vutsong dirigido contra todos los bonzos ó sacerdotes de creencias estrangeras, entre los cuales se nombran espresamente los de *Tatsing*, ó Judea: asi llamaban los chinos el pais de donde procedian aquellos primeros misioneros. Créese con fundamento que pertenecian á la secta nestoriana, muy propagada entonces en Armenia y Persia, que huia de los mahometanos, á cuyas armas se sometieron en el siglo VII los paises situados entre el Eufrates y el Indo.

Taitsong falleció cuando preparaba una es-

pedicion contra los coreos rebelados. Sucedióle su hijo Kaotsong, cuyo reinado fué venturoso y justo á los principios; pero tuvo la desgracia de entregarse al amor de una joven llamada Vuchi, tan célebre en los anales chinos por su hermosura como por su perfidia y crueldad. El emperador, á pesar de las representaciones de sus ministros, repudió á su muger para colocar á Vuchi en el trono. Esta furia cortó las manos y los pies, y algunos dias despues la cabeza, no solo á la emperatriz anterior, sino tambien á otra de las concubinas del emperador que era muy amada de él.

Este crímen fué castigado por el remordimiento que producia en ella accesos frecuentes de frenesí. El emperador, que cada dia la idolatraba mas, le dió el título de *Reina del cielo*, y le entregó el mando del imperio. Vuchi mató con veneno á su hijo mayor, y desterró al segundo dándole un principado para que sucediese á Kaotsong su hijo tercero, en quien por ser mas jóven esperaba mas docilidad para gobernar en su nombre. Kaotsong, envilecido en su palacio, aunque sometió á los coreos y conservó la tranquilidad en el imperio, falleció á los 34 años de reinado.

Vuchi, despues de la muerte de su marido, gobernó despóticamente el imperio bajo el nombre de su tercer hijo Vuhen. Mandó matar á muchos señores que eran enemigos de su usurpacion, y persiguió á los cristianos. Pero su ministro la hizo representaciones tan enérgicas

á favor de Chungtsong, su hijo segundo, á quien pertenecia el imperio, que le permitió venir á la córte, y subió al trono despues de la muerte de su hermano Vuhen.

Casi al mismo tiempo falleció la detestable Vuchi; mas no por eso se mejoró la suerte del imperio. Chuntsong, abandonado á los placeres, entregó las riendas del gobierno á su muger. Juitsong, hermano del emperador, se declaró contra élla, y la guerra civil estalló. Chungtsong murió envenenado. La emperatriz puso en el trono á su hijo Chang: pero Juitsong, apoderándose de la capital y del palacio, dió muerte á su cuñada y á una hija suya, y Chang no se libertó sino cediendo la corona á su tio.

A Juitsong sucedió su hijo Iventsong, monarca dotado de grandes cualidades y que restituyó al trono la dignidad perdida en los reinados anteriores. Fué enemigo del lujo, protector de las ciencias, y durante treinta años gozó la China de profunda paz. Pero este emperador dió á los eunucos de palacio demasiada influencia en los negocios públicos. Las vejaciones que cometieron produgeron una guerra civil. Nganlochan, general de reputacion, se puso al frente de los rebeldes, derrotó el egército imperial, se hizo fuerte en las provincias del norte, y tomó el título de emperador.

Las injusticias de los eunucos habian producido en el imperio un incendio espantoso: sus intrigas ensangrentaron el palacio. Por ellas

repudió el emperador á su muger, dió muerte á tres de sus hijos, y recibió por esposa á una entenada suya. Con estos desórdenes se levantó en el mediodia un nuevo egército de rebeldes, el egército imperial fué vencido segunda vez, y el emperador hubo de huir de su capital para ocultarse en el Setchuen.

Su hijo Sotsong, guerrero hábil y afortunado, tomó en sus manos las riendas del gobierno, esterminó á los facciosos, y restituyó la tranquilidad al imperio. Iventsong volvió á su capital, pero falleció poco despues, dejando el cetro á su ilustre hijo. En el norte todo era confusion. El usurpador Nganlochan pereció á manos de su hijo, y éste á las del general del egército. Despues de esta catástrofe se sometieron al emperador aquellas provincias.

Sotsong, despues de un reinado glorioso de seis años, tuvo por sucesor á su hijo Taitsong II. Una sublevacion de algunos príncipes tributarios proporcionó á los tártaros la ocasion de invadir la China, que robaron á su placer sacando de ella inmensas riquezas. A Taitsong II sucedió su hijo Tetsong, que logró al fin someter los rebeldes y tranquilizar el imperio. En su reinado falleció el célebre Kotsui, gran protector de los cristianos, que habia sido colao con suma gloria bajo cuatro emperadores. Los eunucos, reprimidos durante su ministerio, cobraron nuevas alas cuando les faltó el obstáculo que oponia á sus miras ambiciosas este varon, cuya muerte lloró todo el imperio.

Tetsong dejó la corona á su hijo Chuntsong, capaz y valeroso; pero viéndose afligido de una enfermedad incurable, renunció el imperio en su hijo Hientsong, hábil para el gobierno y amante del pueblo, al cual abrió los graneros públicos y socorrió por todos los medios posibles en los años de escasez; pero se entregó con demasiada credulidad á las imposturas de los bonzos. Los de la secta de Tao se decian poseedores de un elixir que daba la inmortalidad: Hientsong le bebió y murió al momento. Este suceso no sirvió de escarmiento á otros emperadores, y tuvieron la misma suerte que él, ya porque la bebida comprendiese alguna sustancia venenosa, ya porque los eunucos la mezclasen con veneno al propinarla.

Sucedió á Hientsong su hijo Mutsong, que triunfó de algunos príncipes rebeldes; pero habiendo licenciado su egército, los soldados que se hallaban sin medios de subsistir asolaron las provincias con sus latrocinios. Su hijo y sucesor Kingtsong pereció á manos de los eunucos, los cuales pusieron en el trono á su hermano Ventsong. Los eunucos llevaron la insolencia y la barbarie hasta asesinar á los ministros del emperador y á muchos grandes del imperio que se oponian al poder de aquellos monstruos. Ventsong murió de la tristeza que le causaban tantos males que veia sin poderlos remediar. Los eunucos dieron la corona á su hermano Vutsong, sin hacer caso de un hijo que dejó Ventsong.

Vutsong era prudente y guerrero: arrojó á los tártaros de la provincia de Shansi á donde habian entrado; y tranquilizó el imperio acabando con los ladrones que lo devastaban desde los tiempos de Mutsong. Fué célebre por su discernimiento para la eleccion de ministros: y promulgó la ley que hasta ahora se observa, y que obliga á todos los mandarines de las provincias á enviar cada cinco ó siete años al emperador una confesion escrita de todas las faltas que en el intermedio hayan cometido.

A la muerte de este monarca los eunucos desecharon á su hijo, y dieron la corona á Suentsong, nieto de Hientsong, undécimo emperador de la dinastía reinante. Suentsong, dotado de escelentes cualidades, no pudo, sin embargo, acabar con el poder de los eunucos aunque lo deseaba. Era adicto á los bonzos, bebió su elixir de inmortalidad, y pereció poco despues comido de gusanos que le salieron por todo el cuerpo.

Su hijo y sucesor Itsong, pródigo y deshonesto, dejó gobernar á los eunucos. A su muerte fué elevado al trono su hijo Hitsong, que entregado al juego, música y caza no se curó del imperio. En todas las provincias, afligidas por las vejaciones de los eunucos, hubo sediciones y motines. Hoantsiao se puso al frente de los descontentos, marchó á la capital, arrojó de ella á Hitsong, y se proclamó emperador: pero Likeyong, comandante del egército imperial, acometió al rebelde, consiguió de él una

victoria completa, y el emperador legítimo volvió á su palacio, donde murió tres meses despues.

Sucedióle su hijo Chaotsong, que fué encerrado por los eunucos en una prision porque habia formado el proyecto de acabar con su poderío: pero Tsuyu, colao del emperador, le libertó, y haciendo entrar en la capital á Chüven, un gefe de bandidos, esterminó á todos los eunucos, dejando solo 30 de los mas jóvenes para el servicio de palacio.

Chuven, ambicioso é inmoral, dió muerte al colao, obligó al emperador á pasar su córte de la provincia de Chensi á la de Honan que tenia á su devocion, le dió muerte, y puso en el trono á Chaosuensong, hijo de Chaotsong; el cual despues de dos años de reinado no tuvo mas medio para evitar la suerte de su padre que ceder la corona á Chuven. En Chaosuensong concluyó la dinastía de los Tang.

XIV dinastía: de Heu Leang, ó de los Leang posteriores (907). Chuven, usurpada la corona, tomó el nombre de Taitsu. Separáronse de la obediencia del emperador un gran número de principados, y al sesto año de su reinado pereció á manos de su hijo mayor. Moti, el tercero de sus hijos, deseoso de vengar la muerte de su padre, reunió un egército, atacó al parricida, le derrotó completamente, y se ciñó la corona.

Una nacion belicosa, llamada los Sietanos ó Kitanos, aumentada con varias colonias de la

Corea, se hallaba establecida en esta época en la provincia de Leaotong, nombre procedente del de Leaos, que tomó despues aquel pueblo. Esta provincia es probablemente el *Catay* de Marco Polo: nombre inmortalizado despues por el poema de Ariosto. Changtsong, hijo del general Likeyong, cuyas victorias habian restituido el imperio á Hitsong, décimo octavo emperador de la dinastía precedente, creyéndose mas digno del mando que el hijo de un usurpador, ganó el egército, venció las tropas de Moti, que se dió la muerte, y fundó una nueva dinastía. La de Heu Leang solo tuvo dos emperadores, y no duró mas que 16 años.

XV dinastía: de Heu Tang, ó de los Tang posteriores (923). Esta duró solo 13 años, aunque contó cuatro emperadores. Changtsong, su fundador, fué al principio un monarca guerrero cual le necesitaba el imperio, y tan endurecido en las fatigas militares que en todas sus campañas dormia en el suelo con una campanilla al cuello para impedir que el sueño fuese demasiado profundo.

Pero despues se entregó á la molicie y á los placeres del palacio; y llegó á envilecerse hasta el punto de representar papel en los dramas que se hacian para divertir á la emperatriz y princesas. Aumentóse el ódio público contra él por su escesiva avaricia. Teniendo sus arcas llenas de oro jamas sacó nada de ellas para aliviar la miseria de los pueblos. Habiendo acudido á sosegar una rencilla que se movió entre

los soldados, murió de una herida que recibió en el combate.

Sucedióle su hermano adoptivo Mintsong, que fué escelente monarca, liberal, amante de sus pueblos, piadoso y adicto á la antigua religion de la China, protector de los sábios. En su tiempo se perfeccionó la invencion de la imprenta como se halla actualmente entre los chinos. Siempre tenia en su palacio muchos hombres instruidos, con los cuales consultaba los escelentes reglamentos que hizo, señaladamente el que prohibia á los eunucos egercer ningun empleo público. En los 8 años que reinó gozó el imperio de una paz constante y profunda.

Sucedióle su hijo Mintsong II. Su cuñado Chakingtang, con el auxílio de un egército de 40,000 leaos, se hizo dueño del palacio y quitó el trono y la vida á Mintsong. Su hijo Fiti, que le sucedió, no hallándose con fuerzas para resistir al usurpador, se retiró con toda su familia á otra ciudad, donde perseguido por Chakingtang, se encerró en el palacio con sus mugeres, hijos y riquezas, prendió fuego al edificio y murió abrasado con los suyos. En él acabó su dinastía.

XVI dinastía: de Heu Tsin, ó de los Tsin posteriores (936). Chakingtang usurpó el trono, tomó el nombre de Caotsu, y fundó una dinastía efímera que solo duró 11 años. Las tropas auxiliares del Catay se manifestaron poco dispuestas á reconocerle, y hubo de ganar su afec-

to cediendo á su gefe 16 ciudades de la provincia de Petcheli, las mas cercanas al Lenotong; y se obligó á pagarle anualmente un tributo de 300,000 piezas de tela de seda. Así se engrandeció la nacion belicosa de los leaos ó sitanes, y pudo sostener una guerra continua contra el imperio que duró cerca de 4 siglos.

Tsivang, sobrino y sucesor de Caotsu, acometido por los sitanes, confió el mando de sus tropas á Lieuchiyvon, el cual en vez de acometer al enemigo, le dejó llegar á la capital y destronar al emperador; entonces tomó este título, y fundó la mas miserable de las dinastías chinas; pues solo duró 4 años.

XVII dinastía: de Heu Han, ó de los Han últimos (947). Lieuchiyven tomó el nombre de Caotsu II. Los leaos devastaron á su sabor las provincias septentrionales de la China; pero al pasar á las meridionales encontraron tanta resistencia, que abandonando el proyecto de conquistar el imperio, y contentos con el inmenso botin que habian hecho se retiraron á su pais.

A Caotsu II sucedió su hijo Inti. Hizo guerra á los sitanes y envió contra ellos á su general Coghei, guerrero hábil y animoso que consiguió victorias señaladas contra el enemigo. Los eunucos de palacio, aprovechandose de la ausencia del egército, escitaron una sedicion para recobrar su antiguo poderío, y dieron muerte al emperador. Su viuda solicitó poner en el trono á un hermano del difunto; pero á esta sazon llegó Coghei triunfante á la córte, fue procla-

mado por los soldados, tomó el nombre de Taitsu y fundó nueva dinastía.

XVIII dinastía: de Heu Cheu, ó de los Cheu posteriores (951). Taitsu II estableció su residencia en Caifon, capital de la provincia de Honan. En estos tiempos empezó á ser conocida en la China la religion de los musulmanes; aunque nunca tuvieron muchos prosélitos en el imperio, porque su creencia no se funda en la persuasion, sino en la fuerza que allí no podian egercer.

Taitsu reinó tres años, y no teniendo sucesion dejó la corona á su hijo adoptivo Chitsong, que se hizo amable por sus virtudes. Era muy aficionado á las ciencias y el guerrero mas hábil de su tiempo: estaba tan convencido de la utilidad de las artes, que entre los muebles preciosos de su palacio hizo colocar un telar y un arado. En tiempos de carestía mandó abrir los graneros públicos, y distribuir á los pobres el arroz farináceo que en la China equivale al pan, á bajo precio, sin exigir la paga hasta que pudiesen satisfacerla; para lo cual mandó fundir las estátuas de los ídolos, que eran de metales preciosos, y labrar de ellas moneda que repartió al pueblo.

La fama de sus virtudes fue muy útil al imperio; porque muchos principados y soberanías que en las revueltas anteriores se habian sustraido á la autoridad de la corona, volvieron á someterse á ella. Chitsong despues de un reinado de 6 años falleció á los 39 de su edad, dejando la corona á su hijo Kongti III en menor edad, bajo la tutela de su primer ministro Chaocuang-

yu, que habia hecho grandes servicios al estado en las últimas guerras. Los príncipes no queriendo ser gobernados por un niño de 7 años, destituyeron á Kongti dándole un pequeño principado, y elevaron al trono al ministro, que tomó el nombre de Taitsu, y fundó la dinastía de Song, una de las mas duraderas y célebres de la China.

XIX dinastía: de Song (960). Taitsu III estableció su residencia en las provincias septentrionales de la China para reprimir las incursiones de los tártaros y de los leaos. Bajo su mando empezó á respirar el imperio de las calamidades anteriores. Este monarca poseia en alto grado todas las cualidades que honran á un soberano. Mandó que estuviesen siempre abiertas las cuatro puertas del palacio que miran á los puntos cardinales del mundo. "Quiero, decia, que mi »casa esté abierta á todos mis súbditos como lo »está mi corazon." Cuando su egército peleaba en el norte contra los tártaros durante un invierno muy cruel, envió su vestido de martas al general, escribiéndole que "quisiera hacer el »mismo regalo á cada uno de los soldados."

La mayor parte de los príncipes, atraidos por su bondad y prudencia, se sometieron á la corona. Sin embargo, el de Nanking le hizo resistencia; y esta ciudad, una de las mas considerables del imperio, sufrió un sitio largo y sangriento. Taitsu receloso de los estragos que haria la tropa en la plaza cuando fuese tomada por asalto, se fingió enfermo; y manifestándole sus oficiales grande interes por su salud, les dijo:

"el remedio mas eficaz para mi mal depende de »vosotros: jurad que no derramareis la sangre »de los nankinenses." Los oficiales juraron y cumplieron su juramento cuando se apoderaron de la ciudad. El emperador envió á Nanking grandes remesas de arroz para aliviar al pueblo afligido por la escasez despues de un cerco tan penoso.

Taitsu III despues de un reinado de 17 años glorioso y feliz eligió al morir por sucesor á su hermano Taitsong III, prefiriéndole por su valor y capacidad á sus propios hijos. Taitsong fué protector de las letras y amigo del estudio. Juntó una biblioteca de 80,000 volúmenes. Pero su amor á las ciencias no le apartó de los cuidados de la guerra y del gobierno.

Teniendo sitiada la capital de un príncipe tributario que se habia revelado, hubo una noche gran movimiento en el cuartel que mandaba su hermano Chao: y aunque se sosegó, se esparció al dia siguiente por todo el egército la noticia de que las tropas alborotadas habian querido poner en el trono á Chao su caudillo inmediato. El emperador disimuló, estrechó el sitio y tomó la plaza. Chao hablando algunos dias despues con su hermano, le preguntó por qué diferia tanto premiar á los soldados que se habian distinguido durante el cerco. *Yo esperaba*, respondió el emperador, *que fueses tú quien los premiase.* Chao conmovido por estas palabras, que anunciaban desconfianza en su lealtad y cariño, se retiró; y pocas horas despues se dió la

muerte. El emperador lloró con amargura la imprudencia de sus espresiones.

Taitsong llevaba muy á mal la pérdida de las 17 ciudades del Petcheli entregadas á los leaos por Caotsu, fundador de la dinastía XVI, y trató de recuperarlas. La guerra fué sangrienta, ostinada y sin resultados, porque el interior del imperio no estaba aun bastante sosegado para aplicar todas las fuerzas de la China á aquella importante conquista.

Despues de un reinado de 21 años sucedió á Taitsong III su hijo Chingtsong. Este príncipe comenzó bajo los mas felices auspicios, perdonando las contribuciones y dando libertad á los presos por culpas leves. Pero estos actos de clemencia procedian del terror supersticioso que le causó la aparicion de un cometa.

La supersticion era su vicio dominante. Los gefes de la secta de Laokium fijaron una noche en una de las puertas de la capital el libro de los conjuros para evocar los espíritus infernales, y esparcieron la voz de que habia caido del cielo. El crédulo Chingtsong lo trasladó con toda solemnidad á palacio, lo encerró en una arquita de oro y se entregó al estudio de la mágia. Deseando gozar de tranquilidad para dedicarse á esta supersticion, hizo la paz con los leaos sometiéndose á un vergonzoso tributo, á pesar de las victorias que sus generales habian conseguido sobre aquel pueblo.

El censo hechoel año 16 de su reinado manifestó que habia en el imperio 21.976.965 hom-

bres capaces de cultivar la tierra; lo que supone cuando menos una poblacion de 90 á 100 millones de almas. Mandó tambien reimprimir los libros antiguos. Falleció despues de un reinado de 25 años, y le sucedió su hijo Gintsong en menor edad, bajo la tutela de su madre.

Gingtsong era benigno, religioso, adicto á la religion primitiva de los chinos, y enemigo del culto índico de Fo, á cuyos adoradores arrojó de su palacio. En tiempo de una gran sequedad salvó la vida con los socorros que repartió á mas de 500.000 personas que hubieran perecido de hambre. Cultivó las virtudes pacíficas; pero su amor á la tranquilidad le hizo cometer la grave falta de pagar tributo á los tártaros y á los leaos: estos últimos querian renovar la guerra para recobrar 10 ciudades que los chinos les habian quitado en los reinados anteriores, y el emperador deseoso de evitar esta contienda, se obligó á pagarles cada año 200.000 taels y 200.000 piezas de seda.

El reinado de su sobrino y sucesor Ingtsong fué pacífico y feliz. Sucedióle su hijo Chintsong, cuyo colao Sumacuang fué reverenciado por su sabiduría. En su tiempo comenzaron algunos filósofos á esparcir las doctrinas del ateismo. Uno de éllos viendo al emperador afligirse por una gran sequedad que habia, y dirigir sus súplicas al cielo, le dijo que eran inútiles sus oraciones, y que todo lo que habia en el mundo era obra de la casualidad. *¿Qué doctrina es esa?* replicó Sumacuang que estaba presente: *¿sabes que no*

hay maldad de que no sea capaz un emperador que no tema á Tien? (es decir , *al cielo ó al Dios del cielo*). Sumacuang y otros filósofos se dedicaron á combatir la doctrina antisocial de aquellos epicúreos. Este mismo colao fué uno de los mas célebres historiógrafos de la China, y dejó escrito un cuerpo de historia estraido de 2,000 volúmenes que consultó y que comienza en Hoangti, tercer emperador. Es muy probable que esta obra tan autorizada por la dignidad y sabiduría del escritor diese orígen á la creencia que tienen los chinos de la escesiva antigüedad de su imperio.

Chetsong, hijo y sucesor de Chintsong, reinó bajo la tutela de la emperatriz su abuela, por haber quedado en la menor edad de 10 años. Falleció á la de 25, y subió al trono su hermano Hoeitsong. Este príncipe amante de las ciencias y de los placeres, era ademas adicto á las supersticiones de la secta de Laokium, é hizo buscar cuidadosamente todos los libros que contenian su doctrina.

En su reinado se verificó una grande revolucion. Los Niuches ó tártaros orientales hicieron guerra á los leaos. El emperador creyendo oportuna aquella ocasion para acabar con el reino de Leatong, enemigo siempre de la China, se confederó con el caudillo de los tártaros, Los leaos fueron esterminados, escepto algunos pocos que huyeron á las montañas de occidente.

Pero los vencedores riñeron sobre el repartimiento de la conquista. El gefe tártaro orgu-

lloso con sus victorias, dió el nombre de Kin (*oro*) á la monarquía que habia fundado, y entró en las provincias de Chensi y de Petcheli llevándolo todo á fuego y sangre. Hoeitsong poco aficionado á la guerra, hizo proposiciones al tártaro, tuvo una conferencia con él, y se arregló un tratado de límites entre los dos imperios muy desventajoso al de la China.

Cuando el emperador volvió á la córte sus ministros le representaron cuán vergonzoso era aquel convenio, y le exhortaron á no cumplirlo. El tártaro entró de nuevo en el Chensi, y convidó al emperador á una entrevista. Hoeitsong, para quien nada era mas terrible que la guerra, se presentó en el lugar de la conferencia; pero el tártaro le mandó prender y conducir al desierto de Chamo, donde acabó en cautiverio sus dias.

Sucedióle su hijo Kintsong, que no tuvo la fuerza necesaria para resistir al enemigo. Los tártaros, ocupadas las provincias septentrionales, penetraron en el Honan, pasaron el rio Amarillo, se apoderaron de la capital, hicieron prisionero á Kintsong y á todas sus mugeres, y se los llevaron cautivos despues de saqueados el palacio y la córte.

Kaotsong II, hermano y sucesor de Kintsong, se puso al frente de las tropas, y consiguió ventajas sobre los tártaros en algunos reencuentros; pero entregado á las supersticiones mágicas de la secta de Laokium y á los consejos de algunos aduladores sin probidad ni honor, dejó todo el

peso del gobierno á su hijo adoptivo Hiaotsong, descendiente del fundador de la dinastía. Esta determinacion salvó á la China: porque Hiaotsong prudente y hábil encargó el mando de los egércitos á generales decididos y valientes.

El caudillo de los tártaros llamado Hitsong por los chinos, para grangearse el afecto de sus nuevos vasallos y civilizar á los antiguos, mostró grande afecto á las ciencias y á los sábios, é hizo grandes honores á la memoria de Confucio. Su proyecto era nada menos que conquistar toda la China. Desde la provincia de Honan pasó al frente de su egército á poner sitio á Nanking, donde Kaotsong II habia fijado su residencia.

El rey de los Kin se hizo dueño de la ciudad; pero ya se habia retirado de ella la familia imperial. Sabiendo que un egército numeroso de chinos venia contra él, saqueó y quemó el palacio y se retiró á las provincias del norte; mas los chinos llegaron á tiempo de hacer mucho daño en su retaguardia.

Algunos años despues el emperador hizo con los Kin una paz vergonzosa; pues en ella se reconoció por vasallo y tributario suyo. No tardó en renovarse la guerra. El rey de los Kin al frente de un egército formidable penetró en el Kiannan y se apoderó de Yangtcheou; pero queriendo obligar á sus tropas á que pasasen el Kiang por cerca de su embocadura, y donde por su anchura y profundidad era el paso mas dificil y peligroso, se amotinaron contra él, le dieron muerte y se volvieron á las provincias

septentrionales, donde se manifestaban tambien síntomas de rebelion contra los Kin. Chetsong, su nuevo rey, los sosegó fácilmente: y siendo de un carácter pacífico, permitió al imperio chino respirar algun tanto de tan largas calamidades.

Kaetsong II, despues de 36 años de reinado, abdicó la corona en su hijo adoptivo Hiaotsong: y vivió todavia 20 años como particular. Falleció sin sucesion á los 84 de edad. Hiaotsong reinó pacíficamente 27 años, y le sucedió su hijo Quangtsong, que cinco años despues fué arrebatado por un ataque de apoplegía, y dejó la corona á su hijo Ningtsong, crédulo, imbécil y descuidado.

En este tiempo (1207) acababa de fundar el célebre Gengis Kan el imperio de los mogoles, estendido entonces desde las fronteras occidentales de la China hasta las de Bucaria. Su valor en los combates le habia elevado desde el grado de gefe de una tribu subalterna de los mogoles al de gran Kan de los mogoles y de los tártaros occidentales: su elocuencia inspiró á sus bárbaros súbditos el deseo de subyugar toda el Asia; y su crueldad helaba los corazones de los pueblos que acometia.

Dueño del Asia central, y caudillo de sus tribus valientes y feroces, trató de invadir los pueblos civilizados, donde el botin era seguro, y que afeminados ya por su misma cultura no podian resistir al denuedo indómito de los tártaros sino por la superioridad de su táctica y las fortificaciones de sus ciudadelas. Los mogoles, no

acostumbrados en sus guerras de tribu á tribu á asaltar murallas, ni á pelear con disciplina, hallaron muchas dificultades en sus conquistas: pero su perseverancia triunfó de todos los obstáculos, y aprendieron de sus enemigos mismos el arte de vencer.

Gengis Kan dividió su egército en dos partes. Confió la una á su hijo Jugi para que subyugase las tribus del Kipzak al norte y occidente del mar Caspio. Este príncipe partió de Karakaron, córte de su padre, en 1209 y sus conquistas fueron tan rápidas, que sometidos todos los paises desde el Jaik hasta el Don, fundó el reino del Kipzak, y envió á su hijo y sucesor Batukan á devastar la Rusia, la Polonia y la Ungría. En el año de 1224 fueron vencidos los rusos en la batalla del Kalka; y 14 años despues, derrotados completamente en las de Colòmna y Site, se vieron obligados á sufrir el yugo del vencedor. Esto en el occidente.

En el oriente acometió Gengis Kan en el mismo año de 1209 en que salió su hijo para el mar Caspio el reino de Tangut ó de Hia, formado en las fronteras occidentales del Chensi y en parte de esta provincia. Probablemente debió su principio á algun señor tributario del imperio de la China que en las turbulencias de este imperio habia conseguido hacerse independiente. El Tangut fué el primer pais civilizado que acometieron los mogoles.

Ligantsuen, rey de Hia, amenazado en su capital misma por las fuerzas superiores del Kan,

se sometió á pagarle tributo, y á dejar libre paso por sus estados á los mogoles para la conquista del reino de los Kin ó del Catay, cuyo monarca Yongtsi le habia enviado á pedir el tributo que los mogoles antes de su engrandecimiento pagaban igualmente que otros pueblos tártaros á los reyes del Catay. Gengis respondió á esta intimacion: "los chinos deben tener por señores á los hijos del cielo, pero ahora no han sabido escoger un hombre."

En 1211 acometióGengis con numeroso egercito la muralla de la China, y forzó sus pasos. Derrotó cerca de Suenhuafú un cuerpo de los Kin, y tomó esta plaza mientras sus generales se apoderaban de Poagan y Yenking, y llegaban con sus incursiones hasta cerca de Pekin. Hasar, cuñado de Gengis, penetró con un cuerpo en el Leatong para dar calor á Lieuko, descendiente de los antiguos reyes leaos del Catay: el cual poniéndose al frente de cien mil hombres de esta nacion, reliquias de los que fueron vencidos y subyugados por los Kin, hizo guerra á Yongtsi, derrotó un egército suyo, y se hizo dueño de muchas plazas, señaladamente de Tonkim, una de las metrópolis del Catay. Al mismo tiempo Ningtsong, emperador de la China, creyendo la ocasion oportuna de arruinar á los Kin, perpétuos enemigos de su imperio, se confederó con el Kan de los mogoles, y declaró la guerra á Yongtsi. En vano este príncipe le representó varias veces "que los mogoles, destruido el imperio del norte, acometerian el del sur." El rencor pu-

do mas que la política, y el rey de Catay tuvo que defenderse á un mismo tiempo de Gengis, de los leaos sublevados y de los chinos.

En la campaña siguiente de 1212 derrotó Gengis Kan un egército de 300.000 kins en las cercanías de Suenhuafú, pero habiendo puesto sitio á Taitongfú, antemural de la China en el Chensi, fué rechazado y herido peligrosamente en un asalto, lo que le obligó á volverse á Tartaria. Los Kins, animados con este suceso, recobraron á Paogan, Suenhuafú y otras fortalezas del Petcheli y del Chensi que habian tomado los mogoles. Pero al año siguiente volvió el terrible Kan, invadió á Petcheli, el Shanton y la parte septentrional del Honan, saqueó y arruinó mas de 80 ciudades y un gran número de aldeas, hizo inmensa matanza en la poblacion, y redujo á esclavitud los habitantes capaces de trabajar.

El imperio del Catay sufrió ademas de las calamidades de la invasion estrangera los males de la traicion intestina. Hajacu, general de Yongtsi, irritado de un desaire de este monarca, le dió la muerte y puso en el trono á Sun, príncipe de la familia real. Poco despues pereció el traidor á manos de otro general, llamado Koaki, cuya ruina habia jurado. Lienko, proclamado ya rey del Leatong, y auxiliado por un cuerpo mogol, ganaba victorias y quitaba plazas á los Kin, y hasta el rey de Hia, feudatario de Gengis, se apoderaba de las ciudades que poseia en el Chensi el rey del Catay.

En 1214 sitió Gengis Kan á Pekin, capital de los Kin, llamada Hambalik por los historiadores árabes y mogoles, de donde provino el nombre de Cambalú, que le dió Marco Polo en la relacion de su viage. Sun, viendo obstruidos todos los medios de salvacion, hizo entonces paz con los tártaros, dándoles una cantidad considerable de seda y dinero, 500 jóvenes y otras tantas doncellas, entre las cuales se contaba una hija de Yongtsi su antecesor.

Esta paz fué poco duradera. Sun viendo el peligro á que estaba espuesta Pekin, tan cercana á los paises que poseian los mogoles, trasladó su córte á Kaifú, capital del Honan: y Gengis mirando esta especie de fuga como un medio para sustraerse al cumplimiento del tratado, declaró de nuevo la guerra á los Kin. No la hizo en persona, porque ya entónces preparaba su grande espedicion á Bucaria y al Karasam, pero dejó por su lugarteniente en el Catay á Muhuli, uno de sus mejores generales.

Muhuli se apoderó en 1215 de Pekin, despues de haber derrotado un cuerpo numeroso que Sun envió en defensa de su antigua capital. Despues entró en el Leaotong y auxilió á Lienko para acabar la conquista de aquel reino, mientras Sankepa, su lugarteniente, penetraba en el Honan, y lo llevaba todo á fuego y sangre. En la campaña siguiente tomó Muhuli á Quanning y derrotó y castigó un rebelde que se habia hecho fuerte en Kingchew. Los mogoles, que entonces no recibian refuerzos de Tartária, y que fueron

derrotados junto á Pingyang en el Chensi por Suting que mandaba las tropas de Sun en aquella provincia, abandonaron el Honan y se redugeron á conservar la parte septentrional de la China que habian conquistado en esta primera espedicion, y á estender sus conquistas en la Corea y en la provincia de Shanton.

Entretanto Gengis Kan conquistaba el Asia central. Hízose dueño de Bokara en 1219, de Samarcanda en 1220, del Karasam en 1221, del Irac Agemi y de la parte septentrional de la India en 1222, y de la gran Bukaria en 1223. Entónces volvió á Tartária. La conquista de Pérsia y del imperio de los califas hasta el Eúfrates fué hecha por su nieto Hulacu, hijo de Tuli, en 1258.

En 1225 falleció Ningtsong, emperador de la China. Su reinado, fecundo en tantas revoluciones, fué casi insignificante para su imperio, que solo se distinguió por la guerra que hizo á los Kin sin suceso notable. Sin embargo, ya podian preveer los Song su próxima ruina, observando la potencia colosal de los mogoles, que se levantaba en el centro del Asia y la amenazaba á ella y á la Europa.

A Ningtsong sucedió Litsong, su hijo, príncipe de la familia imperial, poco afecto al egercicio de las armas, y entregado á los delirios de la secta de Laokium. Sin embargo, continuó la alianza con los mogoles, y la guerra contra Cheeu, hijo y sucesor de Sun en el reino, ya tan reducido, del Catay.

Muchas fueron las causas que llamaron á

Gengis desde el centro de Persia y de la India á las fronteras de la China. Su amigo y aliado Lienko, rey del Leaotong, habia fallecido, y su viuda se habia presentado al Kan pidiéndole socorros para defender la corona de su hijo. Muhuli falleció tambien poco despues: y no tenia Gengis general en quien mas confiára para entregarle el mando del egército oriental. En fin el rey tributario de Hia habia hecho paces con el de los Kin, y era de temer que se declarase contra los mogoles, cuyo dominio llevaba muy á mal.

Por estas causas resolvió hacer la guerra en la China con suma actividad. En 1225, irritado contra el rey de Hia por el tratado de paz que habia hecho con los Kin, entró en sus estados con poderoso egército y los conquistó, agregándolos á su inmenso imperio. El rey vencido falleció de pesar. Al año siguiente penetró su hijo Octai en el Honan, y puso sitio á Kaifú su capital y residencia entonces de los reyes del Catay; pero fué rechazado con pérdida. En 1227 conquistó Gengis Kan las plazas que aun quedaban á los Kin en las provincias que están al norte y al occidente del rio Amarillo, algunas de las cuales estaban en territorio tártaro.

Habiéndose retirado á la montaña de Lupan, situada entre el Chansi y el Chensi á pasar los calores del estío, le sobrevino la enfermedad de que murió el 18 de agosto de 1227, dejando por sucesor del vasto imperio que habia fundado á su hijo Octai con el título de *Kaan*, ó gefe de los Kanes. A sus demas hijos repartió los diver-

sos estados conquistados por él, y que comprendian una zona anchísima, estendida desde el Don hasta el mar oriental.

El primer cuidado de Octaikan, despues de haber tomado posesion del imperio de los mogoles, fué continuar la conquista del Catay hasta la entera ruina de este imperio. La guerra continuaba siempre en las fronteras del Chensi y del Honan con vario suceso; pero no se hizo en grande hasta el año de 1230, en que Octai, dejando arreglados los negocios de Tartaria, marchó con fuerzas considerables contra los Kin, penetró en el Chensi, y no pudiendo apoderarse de Tongquam, dividió su egército en dos partes. Con la primera se mantuvo observando el egército Kin que defendia aquella fortaleza, llave de la frontera del Honan, y envió con la segunda á su hermano Tuli para sitiar á Fontsiang: plaza que se defendió valerosamente, y que no fué tomada hasta abril de 1231.

Despues de esta conquista, egecutó Tuli uno de los movimientos mas atrevidos que se cuentan en los anales militares. Viendo que la frontera del Honan por la parte del Chensi y del rio Amarillo era inespugnable, proyectó entrar en la misma provincia por la frontera del sudoeste: mas para lograrlo era necesario atravesar el Chensi meridional que pertenecia al emperador de la China, y envió un oficial al gobernador del distrito de Hanchong que le pidiese el paso. El gobernador chino tuvo la imprudencia de dar muerte al parlamentario

en vez de pedir instrucciones á su córte.

Tuli, firme en su propósito, forzó los pasos de la provincia, asoló las ciudades de Oeiyang y de Fontcheu, atravesó horribles precipicios, cegándolos á veces con piedras arrancadas de las montañas, se apoderó de Hangchong, y esterminó 100.000 chinos de aquella provincia que halló refugiados en una sierra. Atravesó en balsas el Kyaling, y á fines de diciembre penetró en el Honan al frente de 30.000 caballos.

La córte de Kaifú se halló en la mayor consternacion, viendo acometido el centro de la monarquía por la parte que era menos de temer. Fué necesario acudir al peligro que parecia mas cercano, y los generales Hota é Ilipua salieron al opósito de Tuli con mas de 150.000 hombres; pero para formar este egército fué preciso desguarnecer la frontera del rio Amarillo. Octaikan se preparó á atravesarla.

Tuli por su parte pasó el rio Han el último dia de enero de 1232, fué acometido por los generales Kin, se defendió valerosamente sin lograr ni darles la victoria mientras Octai, atravesando el Hoanho, mal defendido por la parte del Chensi, avanzó hasta Chencheu, se apostó en esta plaza frontera del Honan por aquella parte, y envió á Suputay, el mejor de sus generales, para que pusiese sitio á Kaifú.

El rey del Catay, viendo amenazada su capital, llamó en su socorro á los generales Hota é Ilipua, los cuales se pusieron inmediatamente en marcha. Tuli los siguió, los derrotó junto á Ya-

cheu, al mismo tiempo que Octai, apoderándose de Kuncheu, les cerró todo medio de comunicacion con Kaifú. Aquel numeroso egército, esperanza del Catay, fué esterminado. Hota murió peleando: á Ilipua se le ofreció darle un mando en el egército vencedor; pero él respondió: *quiero morir en las tierras de mi amo*: y los mogoles le complacieron.

El imperio de los Kin estaba desorganizado. El egército que defendia á Tongquam llamado en defensa de la capital, aunque todavía era de mas de 100.000 hombres, fué esterminado por los mogoles que ocupaban el Honan en diversos reencuentros y por el hambre y la miseria que acabó con los que se refugiaban en las montañas para evitar á los enemigos. El general Suputay, á quien Octaykan encargó que pusiese sitio á Honanfú, antigua capital de la provincia, la cercó. Pero los Kin, vencidos en los campos de batalla, se defendieron tan valerosamente en aquella plaza que obligaron á Octay, deseoso de volver á Tartaria, á aceptar la paz con Cheeu bajo la condicion de que pagase tributo á los mogoles.

Esta paz no duró. Un general mogol, que habia conquistado algunos territorios en el Kianan, descontento de Octay porque no le dió el mando de aquella provincia, se pasó al rey del Catay, el cual creyéndose invencible con semejante apoyo, mandó matar á los plenipotenciarios mogoles que habian venido á Kaifú. Octaykan no por eso dejó de hacer su viage á Tarta-

ria en compañía de Tuli su hermano, que estaba enfermo y falleció poco despues: y encargó á Suputay el mando del egército de China.

Suputay ó por sí ó por sus lugartenientes, entre los cuales era el mas célebre Tachar, derrotó las fuerzas de Cheeu que se atrevieron á presentarse en campaña, y puso sitio á Kaifú á principios de 1233 mientras Tachar se apoderaba de Honanfú. El infeliz rey de los Kin salió de su capital y se retiró á una ciudadela del Petcheli, que aun estaba por él. Kaifú pudo haberse defendido largo tiempo; pero Tsuli uno de los generales á quienes Cheeu encargó al partir la defensa de su capital la entregó á los mogoles, despues de haber reunido grandes riquezas con las contribuciones y saqueos de las casas ricas: bien que parte de este infame botin cayó en poder de los mogoles: porque al entrar en Kaifú la primer casa que saquearon fué la de Tsuli.

Cheeu, no creyéndose seguro en el Petcheli despues de la pérdida de su capital, se trasladó á Yunningfú, única plaza que ya le quedaba de su dilatado imperio: allí le sitiaron el general mogol Tachar, y el célebre Menkong, general de Litsong, emperador de la China: Menkong se habia unido con un egército de su nacion á los mogoles en virtud de un tratado celebrado entre Litsong y Octaykan, por el cual la parte meridional de la provincia de Honan debia quedar á los chinos despues de la conquista.

Yunningfú se defendió valerosamente; pero fué tomada por asalto en enero de 1234. Cheeu

murió peleando. Así cayó el grande imperio del Catay, formado por los leaos y los Kintan, célebre entre los novelistas europeos. Reliquias de los Kin fueron los mantcheus, que algunos siglos déspues salieron de la Tartaria oriental y volvieron á conquistar la China.

Concluida la conquista del Catay comenzó, como era de esperar, la guerra entre los mogoles y los chinos. Estos se apoderaron de las plazas del Honan que segun el tratado les pertenecian. Los mogoles los arrojaron de ellas con el pretesto de que no habian recibido órdenes de Octaykan para dejarlas en su poder. Tal fué el princio de una guerra sangrienta y asoladora, que duró cerca de medio siglo, y acabó con la dinastía de los Song.

En los primeros años consiguieron los mogoles grandes ventajas, se apoderaron de Setcuen, penetraron en el Hucoan, é hicieron progresos en el Kiannang: porque el emperador Litsong, naturalmente descuidado, confió el mando del imperio á Kiatsetao su primer ministro y hermano de la mas amada de sus mugeres. Este privado, siguiendo la costumbre de sus semejantes, temia el mérito sobresaliente del general Menkong: no le empleó contra los mogoles hasta el fin de 1236, en que los rápidos progresos que hacia el enemigo obligaron al ministro á dar el mando de un egército á aquel guerrero que era mirado como el baluarte del imperio.

Apenas Menkong apareció al frente de las tropas chinas cambió la fortuna de la guerra.

Los mogoles fueron arrojados de las plazas conquistadas: el Hucoan quedó defendido por los numerosos atrincheramientos que el general chino mandó construir. Sus tropas conquistaron una parte del Honan, y la guerra, que antes amenazaba el centro del imperio, estaba reducida en 1241, año en que falleció Octaykan, á la provincia del Setcuen, fronteriza de la Tartaria.

A Octai sucedió en el trono de los mogoles su hijo Cayuk, en cuyo reinado la guerra de la China se redujo á algunas irrupciones de los tártaros, enfrenadas siempre por el valor y vigilancia de Menkong. Pero este grande hombre falleció en 1246: pérdida irreparable para el imperio de los Song. Sin embargo Cayuk, atento á otras empresas, no reforzó el egército de la China: y así no hizo espediciones de importancia.

A Cayuk, que falleció en 1248, sucedió su primo Mangukan, hijo de Tuli y nieto de Gengis: el cual nombró á su hermano Kublay lugarteniente suyo en todos los paises orientales, y comandante del egército de la China: paises á que uno y otro habian cobrado grande aficion desde que acompañaron á su padre Tuli en la célebre campaña del Honan: señaladamente Kublay, que se habia entregado con ardor al estudio de las ciencias y de la literatura de los chinos.

Pero hasta el año de 1253 no recibió Kublay los refuerzos necesarios para continuar la conquista de la China, tanto por las dificultades

que tuvo que vencer Mangukan para subir al trono de los mogoles y consolidar su autoridad, como por los inmensos preparativos que fué preciso hacer para la espedicion de Hulacu contra el califa de Bagdad, verificada en este tiempo.

En febrero del citado año penetró Kublay por el Chensi en el Setcuen, llegó á las orillas del Kiang, pasó este rio, sometió varias ciudades del Yunnan, y penetró en el Tibet, cuya mayor parte se le sometió voluntariamente. Mangukan llegó en esta época á las fronteras del Chensi; y sabiendo el mal estado de las provincias conquistadas, su despoblacion y las ruinas de las fortalezas, mandó reedificar las murallas de las ciudades mas importantes, y tomar las providencias convenientes para mejorar la suerte de los labradores.

Entretanto el general mogol Huliang concluyo la conquista del Tibet; de paso subyugó el reino de Tonkin, tomando y saqueando su capital en 1255 precisamente cuando el Kan proyectaba atacar á los chinos en el centro de sus estados. Penetró al frente de su numeroso egército en el Setcuen, se apoderó de Longanfú y de Lancheu en el año de 1258. En el mismo año Huliang penetró por el Tonkin en la provincia de Choansi, se apoderó de Keilin, su capital, y entró en el Hucoan meridional á principios del año siguiente.

Mangukan sitió poco despues á Hocheu, plaza del Setcuen, que una vez tomada le facilitaba la entrada en el Hucoan para reunirse con

su hermano Kublay y con Huliang, y emprender el sitio de Vuchan capital de esta provincia. Pero Hochen se defendió valerosamente. Los mogoles fueron rechazados en varios asaltos, y en el último, que Mangukan quiso mandar en persona, pereció este príncipe peleando valerosamente.

La muerte del gran Kan dejaba á su hermano Kublay una grande herencia: mas no creyó digno de su valor pasar á Tartaria á solicitarla sin haber hecho alguna grande hazaña: y así puso sitio á Vuchan, para cuya empresa tenia hechos todos los preparativos. Kiatsetao le propuso condiciones de paz muy ventajosas: una de ellas fué que el emperador de la China le pagaria tributo en dinero y en sedas. Kublay aceptó, porque sabia que su hermano menor Alipuko habia reunido un gran partido en Tartaria y solicitaba el cetro de los mogoles.

Establecidos los límites de ambos imperios pasó Kublaykan á Tartaria, y sostuvo una guerra civil contra su hermano, en la cual quedó vencedor; pero desde entonces comenzó á ser absoluta la independencia de los mogoles del Kipzak de Persia, de India y de Bucaria con respecto al gran Kan, cuyo nombre era respetado á la verdad en todos los paises citados; pero solo se estendian sus órdenes á Tartaria y á China.

Desde 1260 hubo paz entre chinos y mogoles hasta la muerte del emperador Litsong acaecida en 1265. Este príncipe murió sin conocer el verdadero estado de las cosas: porque su mi-

nistro Kietsetao consiguió persuadirle que la retirada de los mogoles provenia no del tratado que habia hecho, vergonzoso para el imperio, sino de los hábiles movimientos militares que él habia dirigido.

Sucedióle su sobrino Tutsong, á quien el ministro Kietsetao tuvo siempre encenagado en los placeres, mientras él gobernaba el imperio de una manera propia á acelerar su caida. Kublaykan, sosegadas las cosas de Tartaria, estableció su córte en Pekin, y determinó continuar la conquista de China, donde era muy amado por su justicia y por su aficion á los usos y literatura del imperio. La manera con que gobernaba el Catay hacia desear á todos los chinos vivir bajo su dominacion mas bien que bajo la de un príncipe imbecil y un valído incapaz como Tutsong y Kietsetao.

En 1267 comenzaron las operaciones militares. La primer empresa de los mogoles fué el sitio de Syangyang y de Fanghien, plaza del Hucoan, colocada en la confluencia de los dos rios Han y Pe. Empezaron construyendo un puesto fortificado en la desembocadura de este último rio, y equipando una escuadra de buques menores para oponerse á la de los chinos que intentase socorrer la plaza. Los mogoles, no acostumbrados hasta entonces á la milicia naval, se egercitaron en ella con tanto ardor que vencieron en varios encuentros los bageles chinos; pero en el tiempo de las avenidas los chinos, mejores marinos que éllos, introducian víveres y

tropas en Syangyang: lo que fué causa de que el sitio se prolongase nada menos que hasta principios de 1273; ya los mogoles habian tomado á Fanghien por asalto, destruido una escuadra enemiga que llegó en socorro de la plaza, y estrechado el cerco de la ciudad. El gobernador la rindió pasándose al servicio de los mogoles.

Peyen, nombrado por Kublaykan general de las fuerzas mogoles en la China, se preparó á atravesar el Kiang, única barrera que quedaba ya á la dinastía de los Song para resistir á sus poderosos enemigos. La primer operacion de este hábil lugarteniente fué hacerse dueño de todo el curso del Han: para lo cual puso sitio á Nganlo y tomó por asalto esta plaza el 2 de diciembre de 1273.

La campaña siguiente se empleó toda en marchas y contramarchas para alucinar á los chinos que tenian bien guardados y defendidos los pasos del Kiang. En fin, Peyen puso sitio á Hanyang, plaza situada en la confluencia del Han y del Kiang; y los chinos, creyendo que los mogoles se dirigian á su capital Hantcheu, que es la que ahora lo es del Chekian, acudieron á defender la ciudad amenazada: lo que proporcionó á Achu, general mogol, la facilidad de pasar el Kiang mas arriba de Hanyang, no sin tener un ostinado combate con las tropas chinas que salieron de Vuchan contra él, y que fueron derrotadas. El paso del rio se verificó á principios de 1275. Pocos dias antes habia fallecido el emperador Tutsong á la edad de 25

años, despues de haber reinado 10, dejando el imperio muy próximo á su ruina, y por sucesores tres hijos en menor edad. Kontsong, el segundo de éllos, fué elevado al trono bajo la tutela de su madre la emperatriz su abuela. En esta época, tan triste para la China, tan gloriosa para los mogoles, hizo su viage al Asia oriental el célebre Marco Polo, cuyo libro y mapa del Asia sugirió á Colon la idea de buscar los hermosos paises que describió navegando hácia el occidente.

Los mogoles, dueños ya de entrambas riberas del Kiang, aseguraron su dominacion en este rio, apoderándose de Haniang y de Vuchan. Peyen penetró entonces en el Kiannan meridional, dejando en la capital de Hucoan á Alihaya, uno de sus lugartenientes, con 40.000 hombres para defender aquel puesto importante y se apoderó de Kicheu y Ganking, puso sitio á Chicheu y entró en ella sin oposicion, venció á Kietsetao que habia reunido una grande escuadra en el Kiang, ocupó á Nankin, á Changcheu, á Sucheu, y penetró en el Kiansi: mientras Alihaya, despues de derrotar una escuadra china en el lago de Tangting, se apoderaba de Yocheu, ciudad fundada en la orilla del mismo lago, ocupaba toda la parte meridional del Hucoan, y amenazaba el Kiansi.

La ineptitud de Kietsetao, tan útil á los mogoles como la capacidad de Peyen, obligó á la emperatriz á removerlo del gobierno. Cuando hubo formado el nuevo ministerio, propuso la

paz á Kublaykan á condicion de que el emperador pagase tributo á los mogoles. Esta proposicion no fué admitida, y el gobierno chino hizo los últimos esfuerzos para levantar nuevas tropas y salvar el imperio moribundo.

Estas nuevas tropas ocuparon á Changcheu, y presentaron en Yangtcheu un nuevo obstáculo al valor de los mogoles, que derrotaron junto á esta plaza el egército y la escuadra de los chinos. Peyen dejó un cuerpo de egército para que la sitiase, pasó de nuevo el Kiang, sitió á Changcheu, la tomó por asalto con mucha dificultad y pérdida, y pasó á cuchillo todos sus habitantes en castigo de su anterior rebelion: único acto de crueldad que la historia reprende en este guerrero. Dueño ya del Kianan, del Hucoan y del Kiansi, en cuya capital no hallaron oposicion los mogoles, se presentó con todas sus fuerzas en las cercanías de Hantcheu, córte del emperador de la China.

Entretanto Alihaya tenia puesto sitio á Changsha en el Hucoan meridional. Cuando se proponia dar el asalto, el gobernador de la plaza, llamado Lifu, cuyas fuerzas no eran suficientes para resistir al enemigo, se dió la muerte: egemplo que fué seguido por casi toda la poblacion de la ciudad. Alihaya, dueño de Changsha, pasó á Keilin, capital del Chansi, y la rindió igualmente.

Hantcheu, residencia de los Song, se entregó sin resistencia á Peyen á principios de 1276: porque la emperatriz no tuvo la fuerza de alma

necesaria para seguir el consejo de Ventyen y de Changshi, generales chinos, adictos y leales á la dinastía reinante, que aconsejaron abandonar la córte y restablecer la fortuna del imperio en las provincias marítimas del mediodía. Viendo despreciadas sus representaciones, Changshi consiguió apoderarse de los dos hermanos del emperador y se retiró con ellos y con el egército á Wentcheu, ciudad marítima, cercana á la frontera del Chekian y del Fokien.

Los mogoles entraron en Hantcheu sin cometer el menor esceso en esta inmensa capital. El emperador Kongtsong, las emperatrices su madre y abuela y toda la familia imperial, escepto los dos hermanos del monarca que la lealtad de Changshi habia salvado, fueron conducidos á Tartaria al desierto de Shamo, donde acabaron sus dias. Pero el cuerpo de tropas que los llevaba tuvo que pelear en el camino contra un egército chino que á las órdenes del general Kiantsay le atacó cerca de Yangtcheu; pero acudiendo tropas del cuerpo que tenia sitiada esta plaza, y con las suyas el general mogol Argan que mandaba en las cercanías del Hoanho, hubo de retirarse Kiantsay sin conseguir su intento.

Peyen envió á Pekin, residencia de Kublay, y cuna de la nueva dinastía que se elevaba, todas las inmensas riquezas y preciosidades que habia en el palacio imperial de Hantcheu. Poco despues salió él para Pekin, á donde fué llamado por Kublaykan, dejando el mando del egér-

cito á los generales Argan y Tonvenping.

Entretanto la dinastía espirante de Song recibia una vida efímera y galbánica en Wencheu. Todos los amantes de la independencia china se reunieron en esta ciudad, donde tenia ya el general Chanshi un núcleo de egército. Fueron declarados generalísimos del imperio los dos hermanos del emperador cautivo, y cuando se supo el viage de éste á Tartaria, de donde no habia esperanza de que volviese, el mayor de los dos, pero que solo tenia nueve años, llamado Ivang, fué proclamado emperador con el nombre de Tuontsong. En este tiempo Ventyen, enviado á Pekin por embajador de la emperatriz regente antes de la entrada de los mogoles en Hantcheu, sabiendo en el camino este suceso, se escapó de los mogoles que le escoltaban, y por senderos estraviados y corriendo grandes peligros pudo llegar á Fucheu, donde el nuevo emperador tenia su córte. Fué recibido con el mayor entusiasmo, y nombrado comandante general de todas las tropas.

Pero su lealtad y valor no consiguieron restablecer la fortuna de las armas chinas. Kiantsav y Litingchi, generales chinos que defendian á Yangtcheu, estaban siempre sitiados por Achu, y se resistian como leones á los enemigos. Cuando supieron la proclamacion de Tuontsong, salieron de la plaza al frente de 7000 hombres para reunirse con el egército principal en el Fokien; pero Achu los siguió con fuerzas superiores, los obligó á encerrarse en Tayoheu,

donde fueron sitiados y hechos prisioneros. Yangtcheu, privada de sus valientes defensores, se vió obligada á capitular.

El general Argan, sometido todo el Chekian, penetró en la provincia de Fokien. El emperador no tuvo mas recurso para libertarse de caer en manos de los enemigos que embarcarse con su egército en una numerosa escuadra, y recorrer con ella las ciudades marítimas y fortificadas del Fokien y del Canton.

Los generales chinos Venoyen y Pseufong penetraron en la campaña siguiente en el Kiansi; pero Liheng, que mandaba en esta provincia las tropas mogolas, se interpuso entre los dos, impidió con sus hábiles movimientos que se reuniesen, y venció y casi esterminó sus cuerpos de egército en varios reencuentros. Los dos generales hubieron de evacuar la provincia. Al mismo tiempo el general mogol Tachu penetró en la provincia de Canton, puso sitio á la capital y la rindió. Por cúmulo de desgracia la escuadra imperial, que estaba en las aguas de Macao para aprovechar toda ocasion favorable de socorrer á Canton, fué acometida de una terrible tempestad, en la que perecieron muchos buques y soldados, y el emperador niño cayó en el agua, de donde lo sacaron medio muerto del susto. La armada se retiró á Chaocheu puerto situado en la parte oriental del Canton. Otro general mogol, llamado Sayten, penetró en el Yunnan, concluyó su conquista, y pasó despues al reino de Pegú en la península oriental de la

India, y lo sometió al imperio de Kublaykan.

Los mogoles acabaron de reducir en la primavera de 1278 algunas plazas que se conservaban fieles al emperador; pero el infatigable Ventyen consiguió recobrar á Canton. El emperador Tuontsong, retirado á la isla de Kangchuen, cercana á la costa del Canton al nordeste de Luitcheu, cayó enfermo y falleció á la edad de 11 años.

Muchos grandes de su córte cansados de tantas desgracias se redugeron al dominio de Kublaykan, y aun los que quedaban hubieran hecho lo mismo; pero Lusyenfu, uno de éllos, los persuadió á que proclamasen emperador á Quangvang, hermano de Tuontsong, á la sazon de ocho años, y continuasen la noble empresa de defender la independencia nacional.

El nuevo emperador tomó el nombre de Tipping y estableció su córte en la pequeña isla de Yaishan, situada entre Canton y Macao, y en la cual dió sepultura á su predecesor. Contaba todavía con un egército de mar y tierra compuesto de 200.000 hombres. La escuadra estaba á las órdenes de Changshi, y las tropas de tierra á las de Ventyen. Su marina se hubiera aumentado prodigiosamente con un gran número de marineros del Kiansi si el general mogol Alihaya, teniendo noticia de su emigracion, no la hubiera impedido poniendo en las fronteras de aquella provincia y del Canton numerosos destacamentos.

Kublay resuelto á concluir la guerra envió grandes refuerzos y al general Hongfan; el cual

embarcándose en Yantcheu con 20.000 hombres escogidos, llegó á las costas de Canton, desembarcó sus tropas, las unió al egército mogol que habia en el pais, buscó al enemigo y le derrotó completamente. En vano buscó Ventyen la muerte, ya en el combate, ya habiendo sido hecho prisionero fingiendo ser el general Lieutsetsun su amigo, á quien los mogoles buscaban para matarle, ya en la crueldad del enemigo. Ventyen fué conducido á Pekin con todas las personas que restaban de su familia: pues ya habia perdido en los combates dos hijos y muchos parientes.

Llegó en fin la última hora de los Song. Dueño ya Hongfan de todo el territorio chino, solo le faltaba vencer la escuadra que contenia el único baluarte de la independencia. Habiendo reunido todas las fuerzas, é instruídose en la situacion de las costas y número de tropas del enemigo, se acercó á él con su armada resuelto á darle la batalla decisiva. El valiente Changshi se anticipó, y en la noche del 29 de marzo atacó la escuadra de los mogoles; pero fué rechazado con pérdida.

Hongfan dió la batalla el tres de abril, habiendo dividido su escuadra en cuatro partes, que acometieron á un mismo tiempo é introdugeron el terror en la armada china, menos pronta para los movimientos por la costumbre de ligar con amarras unos buques á otros porque así creían que conservarian mejor su línea.

Lusienfu, general chino, cuando vió perdi-

da la batalla, acudió al bagel donde estaba el emperador; y despues de haber arrojado al mar á su muger y á sus hijos, dijo al monarca. "Morid, príncipe soberano, antes que vivir esclavo de una nacion estrangera: y tomándole sobre sus hombros, se precipitó con él á las ondas. Tipping fué el último emperador de la dinastía de Song.

En la batalla naval de Yaishan perecieron 100.000 chinos, y 800 de sus buques cayeron en poder del vencedor. Los generales y mandarines chinos que escaparon del combate unos se sometieron á Kublaykan, proclamado emperador de la China, y otros que no quisieron sobrevivir á la ruina de la independencia buscaron en el mar su sepulcro.

SECCION TERCERA.

DESDE LA CONQUISTA DE LA CHINA POR LOS MOGOLES HASTA NUESTROS DIAS.

XX dinastía: de Iven (1279). Las naciones de orígen tártaro habian estado en guerra perpétua con los chinos casi desde el principio de su imperio: pero aunque los leaos y los Kin habian ocupado gran parte de él, nunca le poseyeron enteramente como los mogoles. Kublaykan fué el primer estrangero que se ciñó la corona de China.

Pero este suceso no quitó á los chinos su independencia; antes bien aumentó sus fuerzas y su poderío. El tártaro Kublay se habia hecho por estudio y aficion un verdadero chino. Las leyes del imperio, sus usos y costumbres quedaron los mismos; y su territorio se estendió á todo el reino del Catay, al Tibet, al Pegú y á las posesiones del Kan en Tartaria. La China vencida se halló señora de dominios mas dilatados que los que antes poseia.

La nueva dinastía tomó el nombre de los *Iven*, impuesto sin razon ostensible por un doctor bonzo á cuya secta era muy adicto el nuevo emperador que, segun la costumbre, al ascender al trono del imperio celeste, como le llaman los mismos chinos, recibió el nombre de Chitsu.

Este príncipe gobernó con suma moderacion y rectitud. A él debe la China el gran canal que la atraviesa de norte á sur, y que tanto facilita la navegacion y tráfico interior. Cultivó las ciencias, y mandó buscar el orígen del rio Amarillo que atraviesa la China del occidente á oriente.

Continuó el plan de conquistas que parecia ser una necesidad de los monarcas de orígen mogol: en efecto hizo tributarios del imperio ó por las armas ó por el terror que inspiraba su poderío á los reyes de Bengala, Ava, Laos, Malaca y Sumatra; pero fué desgraciado en sus espediciones al Tonkin, donde sus tropas, despues de conseguir grandes victorias, debilitadas

por sus mismos triunfos, tuvieron que evacuar el pais por tres veces; y en su grande espedicion contra el Japon mandada por el general Argan, en la cual perecieron en el campo de batalla 30.000 hombres y quedaron 70.000 prisioneros de los japoneses.

A Kublay, que falleció en 1294, sucedió su nieto, llamado Timur por los mogoles y Chintsong por los chinos: príncipe humano, amigo de la paz, feliz en la guerra, y querido igualmente de los chinos y de los mogoles. Firmó tratados con los monarcas de la isla de Borneo, del Japon y del Tonkin: y el comercio con estos paises dió mas riquezas á la China que hubieran podido adquirirle las mas brillantes conquistas.

Sin embargo tuvo que sostener en Tartaria una guerra civil contra Haytu, príncipe descendiente de Gengis Kan, y que se creia con derecho al trono de los mogoles. Este, habiendo formado un gran partido en el Asia central, se levantó contra Kublay y le hizo la guerra. Su rebelion comenzó poco despues de concluirse la conquista de China por aquel monarca: y aunque vencido muchas veces ya por las tropas de Kublay, ya por las del kan del Kipzak, cuyos dominios quiso tambien invadir, se reponia de sus pérdidas con los bárbaros que reclutaba en el monte Altay y en las orillas del Irtis: de modo que cuando ascendió Timur al trono estaba casi entera la guerra.

Habiendo muerto en 1295 el valiente Pe-

yen, lugarteniente del emperador en Tartaria, que habia logrado grandes victorias contra Haytu, Timur nombró por sucesor en aquel mando á Kanmala, hermano suyo. Bajo sus órdenes fué vencido Tuva, hermano de Haytu, por Chohangur, príncipe de la sangre real del Kipzak: y los rebeldes se retiraron á la Tartaria septentrional. Haytu falleció en 1301 de pesar de haber sido completamente derrotado por el mismo Chohangur cerca de Karakoron: su hermano Tuva y los demas caudillos de la faccion, cansados de una guerra sin fruto contra un monarca amado generalmente por sus virtudes, se sometieron á él, y fueron acogidos con todo amor y humanidad.

Dentro de la misma China concluyó Timur otra guerra que tambien podia llamarse civil. En las serranías de las provincias meridionales, á favor de las guerras contínuas entre los leaos, los Kin y los mogoles con los chinos, se habia establecido un pueblo llamado los Myaotses, diferente en lengua y en leyes de los chinos; y hacia notable daño en las campiñas que devastaba con frecuentes incursiones. El emperador repartió tierras á los soldados en aquellas provincias con la obligacion de tener encerrados en sus guaridas á los bandoleros; los cuales, pereciendo de hambre y de miseria, hubieron de someterse.

Muy semejantes á éllos eran los habitantes de Papesifú, llamado hoy Cassay, pais situado entre el Yunnan y Bengala: poseido por un

rey, ó mas bien capitan de ladrones feroces y aguerridos que hacian frecuentes incursiones en las provincias limítrofes de la China y de sus feudatarios. Timur envió contra éllos al general Lyeushen con 20.000 hombres que perecieron de hambre y de enfermedades en un pais montañoso, estéril y mal sano. Aquel pueblo bárbaro invadió el Yunnan, y reunido con los restos de los Myaotses y otros habitantes de las fronteras, formaron un egército temible: pero Koko, llamado Cograkan en la relacion de Marco Polo, hijo de Kublay y tio del emperador, reuniendo las gentes de guerra del Hucoan, del Setcuen y del Chensi, los arrojó del Yunnan: sus lugartenientes penetraron en el Papesifú, y lo sometieron no sin grandes pérdidas y dificultades.

La única guerra que Timur no pudo acabar felizmente fué la del Pegú. El rey de este pais, tributario de la China, fué destronado y muerto en 1300 por uno de los señores de su córte. Un hijo del difunto se refugió en Pekin, é imploró el auxilio de Timur contra el usurpador. Timur ordenó al general que mandaba en la frontera de Yunnan que entrase con el egército en el Pegú y castigase al rebelde: pero el general chino fué derrotado y hubo de volverse á su provincia.

En el año de 1299 anunció el tribunal de matemáticas en el calendario imperial, cuya redaccion está á su cargo, un eclipse de sol que no se verificó. Los matemáticos se disculparon

diciendo que el cielo, en favor del emperador, habia dispensado por aquella vez el eclipse: disculpa muy poco astronómica. Timur disimuló, y se contentó con decirles que procurasen restablecer el órden en los cuerpos celestes: pero en 1302, habiendo ocurrido un eclipse de sol no anunciado en el calendario, destituyó á algunos de los astrónomos, bajó á otros á grados inferiores, y á otros disminuyó sus sueldos.

Este príncipe construyó en Pekin el palacio de Confucio, edificio consagrado á la memoria de este grande hombre: instituyó el colegio de ciencias: estableció reglas fijas para el culto de Tien; porque siendo enemigo de las supersticiones de los bonzos procuró hacer mas solemne y magestuosa la antigua religion de la China. Falleció en 1307 llorado por todos sus súbditos.

Timur murió sin sucesion varonil y sin haber designado su sucesor. El ministro Alaasun y los grandes y generales del imperio querian por emperador á Hayshan, sobrino de Timur é hijo de Chengkin, hijo de Kublay. Hayshan era á la sazon lugarteniente general en Tartaria, y se habia distinguido como buen soldado y escelente capitan en la guerra civil de Haytu.

Pero la emperatriz Peyen, viuda de Timur, temia á Hayshan, porque en el reinado anterior habia hecho desterrar de la córte á su madre por ódios mugeriles; y ganando á algunos ministros, formó un partido á favor de Honanta, hijo bastardo de Mangkola y nieto de Kublaykan. Segun una ley dada por este empe-

rador están escluidos los bastardos de la sucesion al trono.

Alaasun, sabedor de esta conspiracion, suspendió fingiéndose enfermo las juntas que habian empezado á celebrarse para tratar de la sucesion: y dió lugar á que llegase á Pekin Ayyulipalipata, hermano de Hayshan que estaba con su madre en el Honan, y Tula, príncipe de la sangre imperial adicto á Hayshan, con un cuerpo de tropas considerable. Los gefes de la conspiracion fueron presos, la emperatríz y Honanta tuvieron guardias de vista; y Pekin esperó tranquilamente la llegada del nuevo monarca.

Hayshan llegó al frente de su egército y fué proclamado emperador. Los chinos le llamaron Vutsong, segundo de este nombre. Su primer acto fué ejecutar la sentencia de muerte que los tribunales habian dado contra los principales conjurados. Honanta y la emperatriz perdieron tambien la vida. Hayshan en su corto reinado de cuatro años dió muestras de capacidad para el gobierno: pero tuvo defectos muy considerables; entre ellos la ingratitud, la inhumanidad, la embriaguez y la incontinencia (que destruyeron en pocos dias su temperamento), y la superstición con que se adhirió á la secta de los *lamas* del Tibet hasta tal punto que publicó un decreto imponiendo la pena de mano cortada al que pegase á un lama, y de lengua cortada al que le digese injurias.

Al primer ministro Alaasun, á cuya pru-

dencia y actividad debia la corona, le destituyó por la acusacion de un favorito, bien que le nombró gobernador de Tartaria. Alaasun, siempre el mismo, trató de introducir en aquellos pueblos feroces la agricultura, la instruccion y las artes de la China. Sus esfuerzos fueron coronados de un éxito feliz; pues en un radio de 25 leguas desde Karakoron se encontraban bajo su gobierno tantos recursos para la subsistencia de las tropas como en las provincias mas pobladas de la China.

Al príncipe Tula su pariente, que le habia hecho dueño de Pekin y sofocado las pretensiones de Honanta, le mandó matar porque en una ocasion le faltó al respeto. La inhumanidad con que castigó la rebelion de Honanta fué tambien notable; pues no era emperador todavía, y podia dudarse de sus derechos en una nacion como los mogoles donde la corona era electiva.

A Hayshan, aunque dejó hijos varones, sucedió su hermano Ayyulipalipata, declarado príncipe heredero en vida de su antecesor. Los chinos le llamaron Gintsong, segundo de este nombre: y en su historia es celebrado como el mejor de los emperadores de la dinastía de Iven ó mogola. No tuvo ninguno de los defectos de su hermano. Es verdad que al fin de su reinado empezó á entregarse á la bebida: pero se apartó inmediatamente de este vicio por los consejos de su ministro Matsuchang, censor del imperio.

Abolió el ridículo decreto de Hayshan á favor de los lamas; y aun se cree que si permitió la secta de Fo, adoptada por los mogoles, fué por no desagradar á esta parte tan considerable de sus vasallos. Castigó con justa severidad á los mandarines que habian abusado de su poder y de la negligencia de Hayshan entregado siempre á los placeres para vejar los pueblos. A unos condenó á muerte, á otros á destierro, sin perdonar ni aun á los príncipes de la sangre imperial.

Ni fué mas indulgente con los que él mismo nombraba. Uno de ellos aumentó los tributos en el Kiansi, y redujo aquella provincia á la miseria, de la que resultó una rebelion. El emperador castigó al mandarin delincuente, alivió los tributos de aquella provincia y de las demas, y la sedicion fué comprimida y castigada. Otro mandarin, que trajo de Corea un príncipe desterrado para conmover el pueblo á su favor, fué preso y castigado con todos sus cómplices.

A los principios de su reinado en 1313 se levantó contra él en Tartaria un príncipe de su familia: pero el valiente Chohangur, príncipe del Kipzak, le venció en dos batallas, y le arrojó hasta el desfiladero de las *Puertas de hierro* que está en la gran Bucaria. Hoshila, hijo mayor de Hayshan, fué nombrado gobernador del Yunnan: pero descontento de su tio que pensaba dejar el imperio á su hijo Chotepala, no quiso admitir aquel honor, y se retiró á

Tartaria. Sin embargo, no se atrevió á rebelarse: tal era el respeto que el monarca habia sabido granjearse por su firmeza y sus virtudes.

Entre éstas no era la menor su aficion á los sábios, á quienes recompensó generosamente, y á la propagacion de los conocimientos útiles. Fué el que estableció los certámenes de literatura que aun se observan, en los cuales eran premiados tres mogoles y tres chinos. Este príncipe, despues de un reinado pacífico y glorioso, falleció en 1320.

Sucedióle su hijo Chotepala, á quien los chinos llamaron Inutsong, segundo de este nombre: príncipe que en la edad de 13 años parecia el modelo de todas las virtudes. Al principio de su reinado era ministro Tiemutiel, hombre de capacidad, pero perverso, avaro, y que cometió todo género de vejaciones y de injusticias apoyado con el favor de la emperatriz viuda. Chotepala, por respeto á su madre, se contentó con reprenderlo; hasta que al fin dió la plaza de colao á Paychu, comandante de la guardia imperial, y uno de los hombres mas valientes, instruidos y virtuosos del imperio. Entonces concibieron los chinos grandes esperanzas de este reinado.

Pero Chotepala por su piedad filial mal entendida dejó á Tiemutiel alguna apariencia de crédito, de la cual abusaba. Al fin le negó la entrada en el palacio; y esta desgracia hizo morir de pesar al ministro ambicioso. Tenia dos hijos: Sonam, natural, y Tieshe, adoptivo; és-

tos, tan malvados como su padre, conspiraron para vengar su muerte con otros mandarines depuestos, criaturas de Tiemutiel; y escribieron á Yesun, hijo de Kanmalà, hermano del emperador Timur que mandaba un egército en la Tartaria oriental, que su proyecto era elevarle al trono.

Yesun, príncipe virtuoso, prendió al emisario que le enviaron los traidores, y avisó con repetidos correos á Chotepala de la traicion; pero su aviso llegó tarde. Los conjurados habian ya asesinado al emperador y á su ministro Paychu en Changtu, ciudad de Tartaria en el pais de los mogoles. Chotepala pereció en 1323 despues de un reinado de tres años. No dejó sucesion.

Los conjurados se apoderaron de las insignias imperiales y las llevaron á Yesun, que fué proclamado emperador. Los chinos le dieron el nombre de Taiting. El nuevo monarca publicó una amnistía general, y creyó que debia dar los principales empleos de ministros á Tieshe y sus cómplices. Pero la indignacion general que produjo el asesinato de Chotepala, que era la delicia del pueblo, le hizo titubear. Agregábase á esto que Paychu, tambien asesinado, pertenecia á una de las familias mas poderosas del imperio; pues descendia de Muhuli, el célebre general mogol que en tiempo de Gengis Kan contribuyó tanto á la conquista de Catay.

El príncipe Maynu le acabó de decidir representándole que si no castigaba la maldad to-

dos le creerian cómplice en ella, y su nombre pasaria á la posteridad con una mancha indeleble. Tieshe y los demas asesinos de Chotepala fueron condenados al último suplicio y confiscados sus bienes: pero el emperador, á pesar de las instancias de sus ministros, reservó á algunos de éllos de la perdicion. Tampoco quiso dar oidos á las representaciones que le hacian para que esterminase del imperio la secta de los lamas, temeroso de que los mogoles se levantasen si veian atacada su religion: pero reprimió la insolencia de aquellos sacerdotes, y puso fin á las vejaciones que causaban en los pueblos los que venian del Tibet alojándose y subsistiendo á costa de los particulares.

El reinado de Yesun fué pacífico; pero afligido por los terremotos, inundaciones y epidemias que padeció la China. El emperador se aplicó á remediar los males de sus vasallos con un cuidado verdaderamente paternal. Mandó repartir en las provincias estampas y libros que esplicaban las enfermedades y su curacion, y ademas contenian los métodos de cultivar la tierra y de criar los gusanos de seda. En su tiempo se estableció la escuela de la ciencia del gobierno abierta en el palacio, y á la cual concurrian los hijos del emperador y de los grandes: costumbre que aun subsiste.

Yesun falleció en Changtu el mes de febrero de 1328. Su hijo Asukipa, declarado príncipe heredero durante la vida de su padre, debia ascender al trono segun las leyes de la Chi-

na: pero Yentemur, gobernador de Pekin, hijo de Chohangur, príncipe del Kipzak, y tan gran capitan como su padre, formó el designio de elevar al imperio á Hoshila y Tutemur, hijos del emperador Hayshan, á quien su familia habia debido grandes favores. Hoshila se hallaba oscurecido en Tartaria, y Tutemur en el Hucoan, donde habia sido desterrado en el reinado de Chotepala.

El nombre de Yentemur y su autoridad le adquirieron un gran partido en el egército y entre los generales mas acreditados: pero Asukipa fué proclamado en Changtu, y tenia á su favor la justicia que le adquirió egércitos y generales. La guerra civil estalló, y se peleó á un mismo tiempo en Tartaria, en el Petcheli, en el Honan y en el Fokien.

Yentemur venció todos estos obstáculos con su actividad y prevision. Dueño de Pekin mandó prender á todos los mandarines del partido contrario: hizo que su egército se prosternase hácia el sur, de donde venia Tutemur, á quien pensaba dar el imperio por estar mas cercano que su hermano mayor Hoshila: se apoderó de Kupeku, una de las puertas principales de la gran muralla; y cuando llegó Tutemur le proclamó emperador: bien que este príncipe declaró que no aceptaba la corona sino para cederla á su hermano.

Yentemur dió una rota decisiva á las tropas del partido de Asukipa junto al rio Yu, confluente del Pe: y despues otra al egército

principal de los enemigos que llegó hasta dar vista á Pekin. En esta batalla perecieron los mejores oficiales y soldados del partido de Asukipa. Las tropas que se habian declarado en Tartaria por Tutemur sitiaron á Changtu, y despues de un sangriento y porfiado cerco la obligaron á rendirse á discrecion. Asukipa huyó dejando en aquella ciudad todas sus riquezas, sin que la historia esplique de qué manera pereció.

Divulgada la noticia de su muerte, cesó la guerra civil en las provincias centrales de la China. Solo hubo un general del partido de Asukipa que tomó el título de emperador en el Yunnan; pero se sometió con la promesa que Tutemur le dió de perdonarle, y fué muerto poco despues. Entretanto Hoshila fué proclamado emperador en Karakoron de acuerdo con Tutemur, que pasó á Tartaria para recibirle. La entrevista de los dos hermanos se verificó á dos jornadas de Changtu en el camino de Karakoron. Hoshila dió un banquete á los señores de ambas córtes: pero cuatro dias despues, que fué el 6 de agosto de 1329, se le halló muerto en su tienda. Atribuyóse su muerte á Tutemur á pesar del respeto hipócrita que mostraba á los derechos de su hermano mayor. Los chinos llamaron á Hoshila, Mintsong, tercero de este nombre.

Tutemur, que le sucedió sin dificultad, reinó solo tres años. El único suceso memorable de su reinado fué la rebelion de Tukien, prín-

cipe mogol en el Yunnan y en el Setchuen donde mandaba un cuerpo de tropas. Despues de un año de contínuas batallas se sometieron aquellas provincias. Los chinos llamaron á Tutemur, Ventsong, segundo de este nombre. Habiendo fallecido su hijo Alatenala, á quien habia declarado príncipe hereditario, designó al morir por sucesor suyo á Ilinchipin, hijo segundo de Hoshila, que falleció dos meses despues, y por esa razon no se le cuenta en el catálogo de los emperadores de la China.

Sucedióle su hermano mayor Tuhan, á quien los chinos llamaron Chunti, y en el cual acabó la dinastía mogola despues de un reinado largo y turbulento. Tuhan era cruel, inaplicado é incapáz. Nombró por colao á Peyen, hombre perverso, sin honor y entregado á todos los vicios. Un hermano de Yentemur quiso, despues del fallecimiento de este guerrero, elevar al imperio un príncipe tártaro, indignado contra Tuhan porque habia dado á su válido Peyen todos los títulos y magistraturas de Yentemur. Esta conspiracion fué descubierta, y los reos castigados con pena de muerte, que se estendió hasta la emperatriz por ser hermana tambien de Yentemur. Esta atrocidad se disculpó con la ley del imperio que condenaba al último suplicio toda la familia de un traidor.

Peyen fué derribado por un sobrino suyo, y éste por un mandarin que se sucedieron en la dignidad de colao. El segundo, aunque no tan perverso como Peyen, era injusto siempre

que se interesaban en algun negocio sus parientes y amigos. El tercero, mas infame que todos, acabó de depravar al emperador y de hacerlo despreciable.

Hubo al principio del reinado terremotos, inundaciones, epidemias y hambres. En un imperio tan poblado como la China cuando ocurren semejantes calamidades los estragos son mayores y mas espantosos: y por lo mismo los emperadores acostumbraban á abrir entonces su tesoro, á socorrer las familias indigentes, á dirigir palabras de consuelo y de esperanza á los hombres, á enviar, en fin, mandarines á las provincias que examinasen las necesidades públicas, é indicasen los mejores arbitrios y mas prontos para aliviarlas. Nada de esto hizo Tuhan ocupado esclusivamente en sus placeres mientras el pueblo perecia.

Ademas de las calamidades naturales hubo otra causada por el gobierno. A Tuhan le pareció una obra capaz de inmortalizar su reinado obligar al rio Amarillo, el mayor de la China, á que bañase las murallas de su capital. Empezóse la obra; y bastaron las primeras operaciones para arruinar muchas de las provincias que atraviesa el Hohanho, señaladamente la de Shanton.

El desprecio y aborrecimiento del gobierno empezó á manifestarse por piraterías que asolaron las costas de la China, y por insurrecciones parciales en las provincias meridionales y del centro, en las cuales varios gefes toma-

ron el título de emperadores. Los mogoles no se habian olvidado de su antiguo valor, y la guerra civil fué muy encarnizada y de vario suceso.

El año 1355 se hizo caudillo de rebeldes el célebre Chu, que dió el golpe mortal á la dinastía de los Iven. Este hombre estraordinario habia pasado su juventud sirviendo de criado en un monasterio de bonzos, y aun algunos historiadores dicen que de mozo de cocina. Nada tiene de particular en un hombre de tan baja estraccion el valor ni aun la capacidad militar que puede dar la esperiencia: pero las virtudes y prendas necesarias para gobernar bien eran una verdadera maravilla. Chu se mostró desde sus primeras victorias digno de mandar el imperio. Prohibió la crueldad á sus tropas; y no derramó mas sangre que la necesaria para vencer, ni permitió saquear ninguna de las ciudades que se le rendian.

Sus primeras operaciones militares fueron en el Riannan, de donde era natural; y en la segunda campaña ya se habia apoderado de Nankin. Empleó hasta el año 1359 en cimentar su poder en las provincias meridionales, mientras los otros rebeldes, que no poseian ni sus virtudes ni su capacidad, comenzaban á debilitarse en la China central, y eran casi siempre derrotados por los mogoles. Otro gefe rebelde llamado Chenyeuliang fué vencido y muerto en el Kiansi por Chu en 1363. Al año siguiente se hizo dueño de Vuchan y de todo el Hu-

coan, y tomó el título de rey. Su poder era ya tal que en 1367 sometido el Kiannan, pasó por la primera vez el rio Amarillo, y envió al Shanton un egército de 250,000 hombres, la mayor parte de caballería, precedido de un manifiesto en que declaraba los principios que pensaba seguir en su gobierno. Esta declaracion le grangeó el afecto de todos los chinos. Sometido el Shanton fué proclamado en Nankin emperador de la China en 1368. Su egército marchó á Pekin, y el imbécil Tuhan, incapaz de resistir al vencedor, se retiró á Karakoron; donde reinó todavía 2 años oscuramente sobre las tribus bárbaras del desierto.

XXI dinastía: de Ming (1368). Chu cuando subió al trono tomó el nombre de Taitsu IV, y dió á su dinastía el de Ming. El imperio de la China se separó del de la Tartaria occidental ó Mogolistan, y esta separacion produjo una guerra casi perpétua entre éllos. Pasó su córte de Nankin á Pekin, y gobernó el imperio con la misma sabiduría y firmeza que lo habia adquirido. Sus generales pasaron la gran muralla, y consiguieron grandes victorias sobre los mogoles.

Sucedióle en 1399 su nieto Kienventi, jóven de escelente natural; pero su tio Yoanglo, hijo de Chu, se rebeló contra él, penetró en la capital, la inundó de sangre, puso fuego al palacio, en el cual pereció el emperador, dió muerte á todos sus ministros, y despues de tantas crueldades se ciñó la corona y tomó el nombre de Chingtsu.

Chingtsu aunque cruel y ambicioso era firme y valiente. Arrojó á los bonzos de los monasterios, mandó quemar todos los libros de Alquimia que trataban del secreto para conseguir la inmortalidad: no quiso que se cultivase una mina de piedras preciosas, despreciando esta clase de riqueza, que "en caso de necesidad, decia, »no puede vestir ni alimentar al pueblo." Hizo tres espediciones á Tartaria, y arrojó á los mogoles hasta 200 leguas mas allá de la gran muralla.

Falleció en 1425 y dejó el imperio á su hijo Gintsong III, que falleció pocos meses despues víctima de la astrología á que era muy inclinado. Creyendo ver en las estrellas señales de su próxima muerte se angustió de modo que sacó verdadera aquella ridícula ciencia. Sucedióle su hijo Suentsong II, que derrotó completamente á los mogoles que habian hecho una irrupcion en el imperio. Falleció despues de 10 años de un reinado pacífico y glorioso, y le sucedió su hijo Intsong III en la menor edad de 9 años, bajo la tutela de la emperatriz viuda.

Los mogoles, deseosos de vengar las derrotas pasadas, aprovechando la ocasion de hallarse el imperio en minoría, hicieron una irrupcion en las provincias septentrionales que devastaron muy á su sabor. Intsong llegado á mayor edad juntó numeroso egército, pasó la muralla y penetró en la Tartaria; pero debilitadas sus tropas por la fatiga de la marcha y la escasez de víveres fueron derrotadas en una gran ba-

talla, é Intsong quedó prisionero de los mogoles.

Los grandes de China elevaron al trono á un hijo suyo que solo tenia 2 años, bajo la tutela de su tio, hermano de Intsong. La emperatriz, esposa de este monarca, envió una gran cantidad de joyas y dinero para el rescate de su marido. El Kan de los mogoles lo recibió todo, y condujo á Intsong á las fronteras de la China para entregarlo; pero entonces el tutor despojó á su pupilo de la corona, y subió al trono con el nombre de Kingti.

El tártaro deseando conservar en su poder á Intsong para tener en sus manos un modo de introducir la guerra civil en la China, se negó á entregarlo con el pretesto de que el rescate dado ya era insuficiente. Hízose, pues, un nuevo tratado, y al entregar el cautivo se quejó de que solo un pequeño número de grandes de la China hubiesen salido á recibir su emperador; pero Intsong declaró que no queria comitiva alguna y que renunciaba á la corona, y fué preciso dejarle partir. Llegó á Pekin, entró en esta capital sin ser conocido, abrazó á su hermano, y se retiró á vivir oscurecido al palacio de Mediodia, que toma su nombre de su posicion relativa á lo demas de Pekin.

Kingti reinó 7 años, y aunque manifestó su deseo de nombrar príncipe hereditario á su hijo, siempre se opusieron á ello los ministros, que miraban al hijo de Intsong como heredero legítimo de la corona. Habiendo fallecido

Kingti, restituyeron el trono á Intsong, que reinó otros 7 años, y tuvo por sucésor á su hijo Hientsong.

Este príncipe vengó en 1465, el segundo año de su reinado, la prision de su padre y las frecuentes irrupciones de los tártaros en la China. Despues de haberlos vencido en varios reencuentros, los derrotó en una gran batalla. Quedaron tan escarmentados que la China quedó libre de sus depredaciones en todo el resto del siglo XV.

A Hientsong sucedió su hijo Hiaotsong II, muy adicto á las supersticiones de los bonzos, mas no por eso dejó de castigar con el último suplicio al gefe de esta secta que tramó una conspiracion contra él. En 1504 á fines de su reinado hicieron los mogoles una nueva irrupcion en el imperio qne estaba descuidado y pacífico, é hicieron en las provincias del norte y occidente inmenso botin.

Dos años despues murió el emperador, y le sucedió su hijo Vutsong III. Este príncipe, violento en sus resoluciones y entregado á los placeres, reinó con muy poca tranquilidad. Hubo frecuentes rebeliones en las provincias del Shanton y del Honan, asoladas por la escasez y las inundaciones. Enviáronse contra ellas egércitos que reprimieron la sedicion y las acabaron de arruinar. Entretanto los mogoles hacian sus irrupciones acostumbradas en las provincias septentrionales. Vutsong quiso salir á pelear contra ellos, pero de incógnito, y tomando solamente

el título de generalísimo; mas sus ministros le disuadieron de este proyecto desatinado.

Despues formó otro que no lo era menos: con el pretesto de que la córte estaba espuesta en Pekin á los ataques de los tártaros, resolvió trasladarla á las provincias meridionales. Los ministros hicieron mayor oposicion á este designio que al anterior. Vutsong irritado sacó el sable, y uno de éllos le presentó la cabeza. Contúvose su furia con esta accion; pero les mandó que estuviesen de rodillas 5 dias á la puerta del palacio.

En 1517 en el reinado de este príncipe arribó á la costa de Canton el primer buque portugues mandado por Fernando Perez de Andrade. Estableciéronse relaciones amistosas y de comercio entre ambas naciones, y los misioneros cristianos hallaron en aquel vasto imperio abundante asunto para egercer su celo. A Vutsong III sucedió en 1522 Chitsong II, su hijo, príncipe valeroso y capaz, aunque por desgracia adicto á las supersticiones de los bonzos, y bastante obcecado para creer en el elixir de inmortalidad.

Pero esto no impidió que gobernase bien el imperio, y diese escelentes reglamentos para socorrer á los pueblos en los años de esterilidad. Para impedir las correrías de los mogoles en las provincias septentrionales mandó reparar la gran muralla de la China, diruida ya en muchos parages. Es verdad que los mogoles lograron penetrar en el Pekeli con poderoso egército

en 1550; pero las tropas del emperador salieron contra éllos, y casi los esterminaron en una gran batalla que se dió á vista de Pekin. Solo el número de oficiales tártaros que se hicieron prisioneros ascendió á 200.

Diez años despues penetró en Tartaria un egército chino; pero los mogoles se retiraron á sus bosques con todo lo que poseian, y los chinos volvieron á entrar en su territorio con muy poco botin. Cuatro años antes fué derrotado en el Chekian un cuerpo de japoneses, antiguos enemigos del imperio, que habian desembarcado en aquella provincia. Chitsong II falleció despues de 45 años de reinado. En tiempo de este príncipe en el año 1559 adquirieron los portugueses la isla de Macao, cercana á la costa del Canton, donde construyeron una factoría que por la comodidad del puerto para el comercio llegó á ser ciudad. El emperador les concedió la isla en premio de haber destruido con sus fuerzas navales las de un pirata que era terror de las provincias marítimas del imperio, y que tenia puesto sitio á Canton. El pirata vencido se retiró á las aguas de Macao, donde los portugueses le dieron caza y acabaron con él.

A Chitsong II sucedió su hijo Motsong que reinó pacíficamente; bien que la historia reprende en él su indocilidad á los consejos de sus ministros, á los cuales degradaba á la clase inferior de mandarines cuando se manifestaban contrarios á sus deseos. Despues de 6 años de reinado falleció en 1573, dejando por heredero

á su hijo Chitsong II en la menor edad de 10 años, bajo la tutela de la emperatriz y de su colao Changkinching.

El reinado de este príncipe fué feliz mientras vivió su tutor, que le aconsejaba como se debe á los reyes. Desde su primera juventud se acostumbró Chintsong á despachar al dia siguiente todos los memoriales que recibia. Por un decreto suyo se imprimió cada año una especie de *Guía*, en que estaban los nombres de todos los mandarines del imperio; costumbre que se observa todavía. En 1574 fué completamente derrotado un egército de mogoles que habia penetrado en el Leaotong. En 1582 Liching, general chino, los volvió á derrotar en otra escursion que hicieron matándoles 10,000 hombres. Al año siguiente en que por el escesivo frio se helaron los rios de China, al favor de ellos entraron en gran número en el imperio; pero tambien fueron derrotados, y desde entonces no volvieron á pasar la gran muralla.

Pero precisamente en esta época empezaban á hacerse célebres por sus conquistas en la parte nordeste del Asia los tártaros mantcheus, tribu descendiente de los leaos y kin, que en los siglos anteriores á Gengis Kan poseyeron la parte septentrional de la China, y fundaron en ella el imperio del Catay destruido en el siglo XIII por los mogoles. Los Kin que se retiraron á la Tartaria oriental vivieron primero sometidos á los mogoles, y despues cuando esta nacion decayó se hicieron independientes, sostuvieron

guerras con las tribus vecinas, las subyugaron, y con el nombre de mantcheus fundaron un imperio respetable limítrofe de la China.

El emperador Chintsong II despues de la muerte de su colao, se entregó á los malsines de palacio, y fué muy diferente de sí mismo. Por las sugestiones de sus nuevos validos infamó la memoria del ministro que le habia enseñado á reinar, se hizo suspicaz, despues cruel, y el resto de su reinado fué una larga série de calamidades.

Sin embargo logró una victoria señalada contra los japoneses que habian desembarcado en el imperio con el objeto de apoderarse de él, y los obligó á hacer una paz ventajosa para China; pero á principios del siglo XVII comenzó la guerra contra los mantcheus. Su orígen fué una injusticia de los mandarines de la frontera, que no contentos con vejar de muchas maneras á los mercaderes tártaros, se apoderaron alevosamente del rey de los mantcheus, le cortaron la cabeza, y envistieron algunas de sus plazas.

Tienning, hijo y sucesor del rey difunto, dió sus quejas á la córte de Pekin, que las desatendió; penetró con su egército en el Leaotong, se apoderó de algunas de sus plazas, y juró que "vengaria la muerte de su padre con la sangre "de 200,000 chinos." Hizo una irrupcion en el Petcheli llevándolo todo á sangre y fuego, y llegó á dar vista á la capital; pero rechazado por las tropas chinas, se volvió á Leaotong don-

de tomó el título de emperador de la China. Dos años despues atrajo al egército chino á las fronteras de Tartaria fingiendo retirarse; revolvió sobre el enemigo, y le dió una rota considerable. Al año siguiente pelearon de poder á poder los chinos y los mantcheus, y despues de una batalla porfiada y sangrienta, fueron derrotados los chinos con tanta pérdida que se trató en el consejo del emperador si convendria retirarse á las provincias meridionales.

Chitsong II falleció despues de un largo reinado de 48 años, y le sucedió su hijo Taichang en 1621; pero murió dentro de un mes, y dejó la corona á su hijo Hitsong. Este príncipe reunió fuerzas de todas las provincias del imperio; pidió á los portugueses de Macao que le enviasen artilleros para servir los cañones, egercicio en que los chinos tenian muy poca práctica, y consiguió echar á los tártaros de Leaotong. Su rey Tienming estaba ocupado en otra guerra en Tartaria.

Pero apenas se desembarazó de las guerras interiores de su reino, volvió al Leaotong, puso sitio á la capital de esta provincia, y la tomó por inteligencia despues de haber muerto al pié de sus murallas 30,000 chinos y 20,000 tártaros. Maovenlong, general del egército chino, fortificó la plaza de Tchan en la fontera de la China para cerrar á los tártaros la entrada del imperio.

A las calamidades de la guerra con los mantcheus se juntaron las sediciones y latro-

cinios comunes en todas las provincias por la debilidad del emperador. Falleció este príncipe en 1628, y le sucedió su hermano Hoaitsong, último de esta dinastía. El mismo año murió Tienming, rey de los mantcheus, hombre valiente, pero feroz. Sucedióle su hijo Tientsong, que reunia á las prendas militares la clemencia, la afabilidad y la instruccion, porque se habia educado con maestros chinos.

Hoaitsong, nuevo emperador de la China, era enemigo del lujo y de los eunucos, raza mil veces desterrada de la escena del poder, pero que siempre encontraba medios de volver á ella. Aunque adicto á las supersticiones de los bonzos, era tolerante y favoreció los progresos del cristianismo predicado en la China por los misioneros europeos desde la llegada de los portugueses á las costas de Canton.

Pero las cualidades del emperador no pudieron salvar al imperio de su ruina. Las sediciones se multiplicaban en las provincias mientras las tropas imperiales peleaban contra los tártaros. Hoaitsong quiso hacer paces con éllos para tener medios de sosegar el interior; pero confió el mando del egército y las negociaciones á un traidor, llamado Iven, que firmó una paz vergonzosa. La córte no quiso ratificarla, é Iven despues de haber dado veneno en un convite á Maovenlong, general hábil y leal, aconsejó al rey de los tártaros que marchase á Pekin y le dejó el camino abierto. El emperador, conocida la perfidia de Iven, le mandó venir en

defensa de la córte sitiada por los enemigos; pero apenas llegó fué castigado con el último suplicio. Los tártaros, sabida su muerte, se retiraron al Leaotong cargados de inmenso botin.

Tientsong falleció en 1636, y dejó por heredero de su reino y de sus virtudes á su hijo Tsonté. Entretanto se hacian mas sérias las conmociones interiores del imperio, porque tenian caudillos acreditados y ambiciosos, que haciéndose guerra entre sí se redugeron á dos; Chang, que dominó el Setchuen y el Hucoan, y Li que se apoderó de una parte del Chensi y del Honan, dió muerte á los mandarines, tomó el titulo de emperador, marchó hácia Pekin, donde tenia muchos partidarios que le introdugeron en la ciudad. Hoaitsong, que estaba en su palacio entretenido con las supersticiones ridículas de los bonzos, no supo el suceso hasta que ya era dueño Li de la capital. La emperatriz su esposa se ahorcó de un árbol del jardin, y él la imitó despues de haber dado muerte á una hija suya.

El usurpador Li dominaba todo el imperio por el terror, y solo se negó á reconocerle Usanguey, príncipe de la familia imperial que mandaba las tropas chinas en la frontera del Leaotong. Li marchó contra él al frente de un numeroso egército, le obligó á encerrarse en una fortaleza, y le amenazó si no se rendia con que daria muerte á su padre, á quien llevaba consigo aherrojado. Usanguey, postrado en la muralla, pidió perdon al autor de sus dias del sacrificio que se veia obligado á hacer de la ter-

nura filial á su deber. El anciano alabó la resolucion de su hijo, y el bárbaro Li mandó matarle.

Usanguey resuelto á vengar á su padre, á su patria y á la humanidad, llamó en su socorro á los mantcheus. Su rey Tsontó acudió inmediatamente con un cuerpo de 80,000 hombres, obligó á Li á levantar el sitio, le persiguió hasta Pekin y le arrojó de esta capital. Li se retiró al Chensi cargado de los despojos del imperio y de la execracion universal. Tsonté murió pocos dias despues, y su hijo Chinki fué proclamado emperador de China en la menor edad de 6 años, bajo la tutela de Amavan hermano de su padre. Li pereció, segun es probable, en un combate; pues ni los anales de la China, ni las memorias de los misioneros europeos vuelven á hablar de él.

XXII y última dinastía: de los Tsing (1645). Segunda vez cayeron los chinos en poder de los tártaros, pero sin perder su nacionalidad y adquiriendo nueva estension de territorio; pues la Tartaria oriental poseida por los mantcheus, llamada hoy Tartaria China, admitió las leyes, las ciencias y la civilizacion del imperio.

Mas aun todavía no dominaban los tártaros sino en las provincias septentrionales. El afecto de los chinos á su dinastía era tal que fué necesaria una guerra de mas de 20 años para someterlos. El mismo Usanguey que llamó á los mantcheus, y á quien Amavan dió el gobierno

del Chensi, solia decir, no sin despecho, que *habia llamado leones para arrojar canes.*

La primer empresa de los tártaros antes de acometer las provincias meridionales fue subyugar la Corea, cuyo rey adicto á la dinastía anterior se defendió vigorosamente; pero conociendo la inferioridad de sus fuerzas prestó homenaje al nuevo monarca. Los mantcheus se dirigieron despues al mediodia, donde los chinos habian proclamado emperador á Hongquang, descendiente de la anterior familia imperial. Este se hizo fuerte en Nankin; pero sitiado por un egército formidable, huyó de la plaza, que cayó en poder de los enemigos, fué hecho prisionero en su fuga y condenado al último suplicio.

Los mantcheus penetraron despues en el Chekian. Lovang, virey de esta provincia, puesto de rodillas en el muro de la capital, prometió entregarse á discrecion si los tártaros se convenian en perdonar la vida de los habitantes. Entretanto era proclamado emperador en el Setchuen, Canton, Coansi y Fokien un príncipe de la antigua familia imperial llamado Longvu. Sosteníale el almirante chino Chingchilong que, habiendo reunido bajo su mando todas las fuerzas navales del antiguo imperio, infestaba las costas que dominaban los tártaros, y desembarcando cuerpos numerosos, les quitaba no solo ciudades, sino tambien provincias enteras.

Pero los tártaros le hicieron prisionero en una batalla; y habiendo caido en poder de los

mantcheus y muerto á sus manes su protegido Longvu, se vió obligado á someterse. Mas su numerosa armada quedó á las órdenes de Chinchikong su hijo, llamado Coxinga en las relaciones europeas, el cual continuó la guerra marítima contra los tártaros. Esto no les impidió penetrar en el Coansi y Fokien, poner sitio á Canton, donde los chinos habian proclamado otro emperador, que cayó con la plaza en poder del enemigo y fué muerto. Al mismo tiempo una division de la armada de Chinchikong que venia en auxilio de Canton, viéndola rendida, saqueó sns arrabales.

Tantos desastres no amortiguaron el valor de los chinos. Tomas Kin, virey de la provincia de Coansi, y Lucas Chin, general en élla de las tropas chinas, ambos cristianos y valientes guerreros, dieron batalla á los tartaros y los derrotaron completamente, Despues proclamaron emperador á Yonglie, descendiente de la anterior dinastía, el cual estableció su córte en Chaoking, ciudad de la provincia de Canton. La noticia de esta victoria hizo que en el Fokien, en el Kiansi y en el Chensi se levantasen á favor de Yonglie muchos caudillos que derrotaron á los mantcheus en varios encuentros parciales. El grueso del egército tártaro que puso sitio á Chaoking se vió obligado á levantarlo por una rota que le dió Yonglie. Uno de sus caudillos, Chankienchong, se hizo dueño de las provincias del centro; pero cometió en éllas tantas crueldades que los pueblos recibian como libertadores

á los tártaros que le hacian la guerra. Fué muerto en un reconocimiento, y se pacificó el pais comprendido entre el rio Amarillo y el Kiang.

Tal era la situacion de los negocios en 1651 cuando falleció el regente Amavan, á cuyo valor y prudencia debian los mantcheus sus conquistas. El emperador Chunki solo tenia entonces 14 años: pero estaba ya casado con la hija del Kan de los mogoles, y se decidió en el consejo que no se nombrase nuevo regente, sino que se le entregasen las riendas del imperio. Chunki manifestó en el gobierno mucha prudencia y rectitud, y no menos amor á las ciencias. Era entonces misionero en la China el célebre jesuita Adam Schaal, no menos prudente y virtuoso que hábil en la astronomía. El emperador conoció su mérito, y le nombró principal mandarin del tribunal de matemáticas para que corrigiese, como hizo, los inumerables defectos del Calendario chino, mejorase sus escuelas, y estableciese el observatorio astronómico de Pekin. Los enemigos de los jesuitas en Europa censuran en un misionero esta atencion á propagar las ciencias profanas; como si los conocimientos útiles á la humanidad estuviesen reñidos con la predicacion del Evangelio.

La política de Chunki con respecto á los chinos fué escelente: no solo reformó abusos, dió vigor á las leyes del imperio y castigó á los contraventores, sino tambien dió á los naturales del pais los principales empleos civiles, y con-

vidó con su clemencia y proteccion á los mismos que peleaban contra él: de esta manera consiguió en breve tiempo ver toda la China sometida y tranquila bajo su dominacion.

El mas terrible de sus enemigos era el almirante Coxinga, que despues de tomar varias plazas en el Fokien, el Chekien y el Kiannan, puso sitio á Nankin. Era virey en esta provincia un mandarin chino. El gefe tártaro que mandaba las tropas le dijo que para defender una ciudad tan estendida convenia no tener enemigos dentro de ella; y como la poblacion era afecta á la anterior dinastía, era necesario esterminarla. *Comenzad por mí*, le respondió el animoso virey; y esta palabra salvó la vida á 200,000 habitantes.

Coxinga emprendió con mucho ardor los trabajos del sitio: pero el dia aniversario de su nacimiento fué celebrado en el campo con grandes convites y borracheras, y á la noche quedaron sus tropas aletargadas. La guarnicion de Nankin que lo habia previsto hizo una salida en que mató gran número de enemigos, y obligó á los demas á levantar el sitio. Coxinga vengó este reves acometiendo una division naval de los tártaros y echando á pique muchos de sus buques.

Viendo que no podia luchar con ventaja contra el emperador, demasiado poderoso en el continente, dirigió sus fuerzas contra la isla de Formosa, ocupada entonces por los holandeses, que habian sucedido á los portugueses en el im-

perio marítimo de la India. Apoderóse de aquella isla y estableció en ella una especie de reino.

Chunqui, libre de este enemigo, dirigió todas sus fuerzas contra Yonglie, le arrojó de la China y le obligó á refugiarse al Pegú, cuyo rey, temiendo el poder del emperador, le entregó con todos los suyos. Yonglie fué muerto, pero su madre y su esposa fuerou tratadas con mucho honor, y se les destinó un palacio separado donde acabaron sus dias en la fé cristiana convertidas por el padre Schaal.

La China estaba ya pacificada en 1661: al año siguiente falleció el emperador Chunki del pesar que le causó la muerte de una de sus mugeres, á la cual amaba estraordinàriamente. Sucedióle su hijo Canghi, en la menor edad de ocho años, bajo la tutela de cuatro principales mandarines.

Durante su menor edad se movió por los regentes una terrible persecucion contra los cristianos y los misioneros. Los mandarines chinos son los hombres mas orgullosos del universo por su saber; y es proverbio comun entre ellos que "su nacion tiene dos ojos, los europeos uno, y los demas pueblos de la tierra son ciegos." Ya se deja entender con cuanta envidia mirarian la superioridad de Schaal y de sus compañeros en las ciencias matemáticas y fisica, y su influencia en la córte del monarca anterior: prescindiendo del odio que profesaban hombres cuya religion se acercaba mucho al deismo puro, á los que predicaban la fé católica, cuya moral está tan ligada

con el dogma. Formaron, pues, una memoria llena de calumnias contra los misioneros, que fueron puestos en prision, y prohibido el egercicio del culto cristiano.

Esta situacion de cosas varió cuando Canghi tomó en sus manos las riendas del gobierno. El nuevo gefe del tribunal de matemáticas introdujo tantos errores en el Calendario, que fué condenado á muerte, y Canghi encargó al misionero Verbiest el arreglo de los cómputos astronómicos, la direccion del tribunal y la enseñanza de las ciencias exactas. Con este motivo consiguió una declaracion de los mandarines en que se decia que "el cristianismo nada contenia de malo" pero esta religion quedó mas bien tolerada que consentida en el imperio: no fué posible borrar el efecto de las calumnias anteriores.

El reinado de Canghi fué perturbado por sediciones. Usanghei, príncipe de la dinastía anterior, que habia llamado los mantcheus contra el usurpador Li, ya al fin de sus dias se rebeló en 1674, y se hizo dueño del Yunuan, del Setchuen y de una parte del Hucoan. Al mismo tiempo se rebelaron los vireyes del Fokien y del Canton, auxiliados por Chingchingmai, hijo y sucesor de Coxinga en el principado de Formosa. Pero estos caudillos no se unieron suficientemente para contrarestar el poder de los tártaros, y fueron vencidos uno despues de otro. Usanghei falleció y su hijo Honghoa, que tomó el título de emperador, fué vencido y se dió la muerte para evitar el suplicio que le es-

peraba. El imperio estaba ya tranquilizado en 1682. En este mismo año Chinkesan, hijo de Chingchingmai y príncipe de Formosa, entregó esta isla al emperador, recibiendo otro estado en el continente, y dos años despues se celebró el primer tratado de límites entre la China y el imperio de Rusia, que ya habia conquistado la Siberia. Los misioneros Gerbillon y Pereira fueron encargados por Canghi de los trabajos geodésicos necesarios para fijar la frontera.

En 1688 empezó una guerra civil entre dos tribus mogolas, los Eluths, llamados Calmucos por los europeos, que ocupaban desde el mar Caspio hasta el monte Altay, y los Kalkos, nombre que se daba entonces á los descendientes de los mogoles que habian poseido la China. Caldan, Kan de los Eluths, venció á los Kalkos. Canghi, á quien empezó á hacerse temible el poder de este guerrero, le declaró la guerra en 1690 y la continuó contra él y su sobrino y sucesor Reptan hasta 1716. Los chinos conquistaron en las diversas campañas que sostuvieron contra estos tártaros el Tibet y una parte de la Bucaria, y llegaron con sus armas victoriosas hasta las montañas del Imao. Canghi, despues de un reinado glorioso de 60 años, falleció en 1722, dejando la corona á su hijo Yongching.

Este príncipe activo, aplicado al despacho y solícito siempre por el bien del imperio, estaba sin embargo preocupado contra los misioneros, y los mandó salir todos de su córte, escepto uno que era excelente pintor. Los mandarines y le-

trados en las memorias que le presentaron contra el cristianismo le hicieron creer que si esta religion se propagaba en el imperio los reyes de Europa se harian fácilmente dueños de la China; y esta persuasion dió origen á los decretos de Yongching prohibiendo la predicacion del Evangelio.

Demoliéronse las iglesias: prohibióse la entrada á los misioneros, y los que se arriesgaron á pisar el territorio del imperio fueron condenados al último suplicio: los que existian en el imperio fueron confinados á Canton, y obligados despues á pasar á Macao: todo anunciaba la intencion de esterminar el cristianismo en la China. Sin embargo Yongching, que siempre habia tratado con bondad á los misioneros de Pekin, en virtud de sus contínuas representaciones, deseó conocer mejor la doctrina de los jesuitas acerca del *culto de los mayores*, materia que habia sido la piedra de escándalo entre los misioneros de la Compañía y los Dominicos: mirando éstos aquel culto como una idolatría, y los jesuitas como una veneracion tributada inocentemente á los mayores; pero ántes de que esta cuestion se ventilase falleció Yongching en 1735.

Kienlong, su hijo, le sucedió. El aprecio que este príncipe hacia de los misioneros de Pekin, siempre tolerados en razon de sus conocimientos en las ciencias exactas y naturales, templó en las provincias la persecucion contra los cristianos, escepto en la de Fokien, cuyas relaciones

con los españoles de Filipinas inspiraban recelos al gobierno chino. Cinco misioneros Dominicos (porque ésta órden se habia encargado de predicar el cristianismo en el Fokien) fueron presos, puestos en el tormento y degollados.

El reinado de Kienlong fué uno de los mas gloriosos que ha tenido la China, no solo por los progresos de las letras, á las cuales se aplicaba el mismo emperador, autor de varias poesías sobre asuntos serios y de otros muchos escritos históricos: no solo por la perfeccion del sistema administrativo, al cual se dedicó constantemente durante 60 años, sino tambien porque en este periódo llegó á estenderse el territorio del imperio mas de lo que habia sido en ninguno de los reinados anteriores, y probablemente hasta donde podrá ampliarse en lo sucesivo.

Kontaish, descendiente de Kaldan, el Kan de los mogoles vencido por Kanghi, sometido bajo el imperio de la China en sus principios, levantó hácia los años de 1755 el estandarte de la rebelion en Bucaria, se ligó con los cosacos del Jaik, venció en repetidos encuentros á los generales chinos, y estendió su dominacion en el Asia central. Kienlong, naturalmente suave y benigno, pero implacable y aun cruel contra la rebelion y la negligencia, condenó á muerte los generales vencidos, levantó nuevas tropas, y confió su mando á Tchanhoei, general hábil, que restableció el honor de las armas chinas; y valiéndose de las frecuentes divisiones que habia entre los caudillos mogoles, venció á Kontaish, recon-

quistó el pais de que éste se habia apoderado, y le puso en tanto estrecho que le obligó á refugiarse en Siberia, é implorar la proteccion de Isabel, á la sazon emperatriz de Rusia. Kienlong envió embajadores á Petersburgo á reclamar la entrega de su rebelde: pero el gobierno ruso se negó á entregarlo, y solo permitió á los enviados chinos verle: añadiendo que era una ley inviolable entre los rusos proteger la vida del que hubiese buscado asilo en su imperio.

Tchanhoei persiguió y venció á los mogoles en la Bucaria y en el pais de los cosacos. Kienlong dividió todas estas tribus y su territorio en cuatro grandes principados, é hizo todos los esfuerzos posibles para asegurar en aquellos vastos paises el órden y la felicidad: pero por mas benéfico que fuese el yugo desagradó á los tártaros, porque les impedia hacerse guerra entre sí y vivir de rapiñas. Hubo algunos Kanes que se rebelaron: pero fueron sometidos y castigados rigorosamente. Despues pasó Tchanhoei al pais de Kasgor, y lo conquistó imponiendo contribuciones, y dejando tropas para guarnecerlo. Asi se terminó la guerra en 1759; época la mas brillante del imperio chino, que se estiende por las conquistas de Kienlong desde el mar del Japon hasta la cordillera del Imao.

Este monarca dirigia desde su gabinete las operaciones militares: y la victoria era tanto mas importante cuanto una espedicion tan atrevida se habia emprendido contra el dictámen de muchos mandarines. Por esta causa castigó con su-

ma dureza, que no era propia de su carácter, hasta las negligencias de los generales subalternos. Entre éllos hubo uno que habiendo hecho grandes servicios contra los mogoles, cometió una pequeña falta que en Europa se hubiera castigado con una sencilla reprension. Kienlong le condenó á muerte: pero su virtud le salvó. El correo que llevaba la sentencia habia cinco dias que habia salido de la capital cuando el emperador, á instancias de un anciano mandarin, concedió el indulto, pero á condicion que lo llevase el hijo de aquel anciano. Por mas diligencia que éste hizo hubiera sido inútil su viage, porque ya el correo anterior habia llegado con el decreto de muerte, á no haberse diferido su ejecucion. El general condenado á morir dijo al comandante militar que le notificó la sentencia: "Ya ves que me faltan pocos dias para concluir un trabajo del cual puede depender la salvacion del egército. Como aquí no se trata de mi interes particular puedes retardar la ejecucion." Asi se hizo, y entretanto llegó el indulto.

El gobierno de Kienlong en las circunstancias ordinarias, era suave y paternal. Habiendo destruido una inundacion repentina la ciudad de Yantcheou envió á los infelices habitantes dinero y arroz en abundancia y todo género de auxilios. Cuando el general Tchanhoei volvió victorioso de los Eluths tuvo el emperador la dignacion de salir á recibirle á cinco leguas de la capital, y de presentarle una taza de

té, sin permitirle que se pusiese de rodillas para tomarla de su mano.

Poco despues comenzó la guerra de los miaotses. Estos montaraces habitantes de las sierras del Setchuen y de otras provincias del mediodia, aunque muchas veces vencidos, no habian podido ser sometidos ni esterminados. Vivian independientes desde tiempo inmemorial; y solo se hallaban bajo la jurisdiccion de los mandarines cuando bajaban á las llanuras para comerciar. Vivian en riscos inaccesibles: mas no por eso habian dejado de adquirir cierto grado de civilizacion. Se empleaban en la cria de caballos, que eran escelentes, y en la ganadería: fabricaban tambien tapices de seda; y adquirian esta primer materia vendiendo cuernos de búfalo y corazas que hacian de la piel de este animal revestidas con láminas de cobre. Eran orgullosos y vengativos: reñian frecuentemente unos con otros, y se egercitaban en la rapiña. Como esta especie de libertad no podia conciliarse con el sosiego de los pueblos vecinos, el gobierno habia hecho construir en los desfiladeros algunas fortalezas que impedian las escursiones de los miaotses: pero los oficiales chinos que mandaban en los fuertes acometian algunas veces á aquel pueblo en sus mismas habitaciones. Los miaotses, que no sabian el arte de tomar los castillos, se vengaban sorprendiendo y robando las aldeas. Entonces marchaban las tropas cercanas contra éllos: y despues de algunas demostraciones de guerra se escribia á la

córte que el pais se habia pacificado por el valor de los soldados y la pericia de los oficiales: éstos adquirian grados y honores, y los infelices labradores de las provincias vecinas eran los que pagaban aquel simulacro de hostilidades.

Kienlong deseaba acabar con los enemigos domésticos, formidables y encastillados en sitios seguros. La ocasion no tardó en presentarse. Dos caudillos de los miaotses no solo maltrataron á unos oficiales chinos que les llevaban un órden del emperador, sino tambien destrozaron con desprecio el diploma.

Tomóse, pues, la determinacion de someter á los rebeldes, que por su parte se prepararon á hacer resistencia muy vigorosa, tanto mas cuanto creian imposible el paso por las gargantas de sus montañas. El emperador eligió para el mando de las tropas á Akoui, tártaro de nacion; en el cual, aunque solo habia servido hasta entonces como subalterno, habia descubierto Kienlong con su penetracion ordinaria la union de las dos prendas mas necesarias para esta especie de guerra, que son circunspeccion y audacia.

El nuevo general halló el pais sin caminos, lleno de precipicios y cubierto de bosques. Los miaotses tenian armas de fuego y burgos fortificados: ademas no podia cortárseles la comunicacion con sus compañeros de las montañas del Coansi, cuando el soldado chino tenia que atravesar peñascales estériles llevando al hombro sus víveres y municiones.

Akoui, despues de haber pedido y obtenido facultades muy estensas, reunió gran número de paisanos para los transportes, y por su medio llevó hasta el centro de las montañas hierro, bronce, y todos los artistas necesarios para fundir cañones, que no hubieran podido pasar por desfiladeros. Los batallones adelantaban con mucha precaucion, y no sin sufrir pérdidas. Al cabo el egército logró penetrar hasta Karai, plaza que se tenia por inespugnable y que defendió hasta la última estremidad Sonom, el caudillo principal de los miaotses, detestado por su crueldad. Viéndose reducido al mayor apuro, pidió una suspension de armas: Akoui solo le concede rendirse y someterse. Desechó esta propuesta, y 20 dias despues se vió reducido á entregarse á discrecion. Esta guerra se concluyó en 1776.

Akoui volvió triunfante á Pekin, y fué recibido con los mismos honores que Tchanhoei, el vencedor de los Eluths. Concluidos los regocijos se renovó una costumbre antigua y bárbara interrumpida por el desuso; y Sonom y los mas señalados prisioneros, despues de sufrir el tormento, fueron entregados al último suplicio. Los demas miaotses quedaron reducidos á la esclavitud, y se dispersaron por las provincias.

Poco antes, en 1770, una tribu de calmucos sometida á la Rusia, y que habitaba entre el Jaik y el Volga, mal vista de los rusos porque seguia la religion de los lamas, emigró á la Tartaria china para ponerse bajo la obedien-

cia del imperio, donde aquella religion estaba menos perseguida. La tribu, despues de una marcha de mas de mil leguas, llegó á la China en 1771 en número de 200 á 300 mil personas en estado de suma miseria. Kienlong los asignó un territorio en el cual habia tenido cuidado de fortificar los puntos mas importantes: les dió heredades, caballerías y dinero, y recibió á los caudillos de la tribu con la mayor benevolencia. Al año siguiente otras tribus de calmucos vinieron tambien á sometérsele. La transmigracion de estos tártaros, la victoria sobre los mogoles, y principalmente la sumision de los miaotses son los tres grandes sucesos que hicieron el largo reinado de Kienlong uno de los mas brillantes del imperio chino.

El emperador para celebrar dignamente sus triunfos perdonó á los desterrados y desertores, y concedió gratificaciones al gran colegio de los letrados. Habiendo muerto su primer ministro Chouhedé nombró sucesor suyo al valiente Akoui, que no adquirió menos gloria en las funciones pacíficas de colao que en sus espediciones militares. Kienlong perdió al mismo tiempo su madre, y con este motivo perdonó un año de tributo á todas las provincias, dividiéndolas en tres series para que el sacrificio del erario se redugese cada año al tercio de las entradas. En el intervalo de 32 años libertó por tres veces al imperio de todas las contribuciones.

Hácia el año de 1785 fueron perseguidos de nuevo los cristianos. Hubo una sedicion en el

Chensi, que se reprimió: pero los cristianos celebraron con demasiada ostentacion una de las principales festividades; y los gobernadores chinos sin poderles echar en cara ningun delito, decian que su camino *no era derecho*, y fueron presos los misioneros: pero no tardó en darles libertad el emperador.

Poco despues se levantaron los habitantes de las montañas de Tayotian ó isla Formosa. Sometiólos el general Fouchangnan: pero esta guerra costó á los chinos mas de cien mil hombres. Siguióse á ella una invasion en el Tonquin, que solo sirvió para asegurar la sumision de aquel monarca, mas nominal que verdadera, al emperador de la China.

Kienlong, ya muy avanzado en edad, queria abdicar la corona: pero reprimió su deseo por un motivo muy singular y característico de la política china. Los matemáticos habian anunciado un eclipse, y conservó las riendas del gobierno hasta que se verificase, temeroso de la impresion que haria en el pueblo aquel fenómeno celeste, siempre de mal agüero para los chinos á los principios de un reinado. En fin, en 1796 cerca ya de los 90 años de edad cedió el cetro á su hijo Kiaking, y se retiró á un palacio donde habia hermosos jardines para terminar con descanso su larga y gloriosa vida.

Kienlong fué aplicado al trabajo, hábil político, feliz en las guerras que emprendió, y conservó hasta que descendió del trono la fir-

meza de carácter y juicio que se necesita para el gobierno. Amaba y cultivaba las letras: dibujaba y pintaba bien. El mismo compuso las inscripciones que se grabaron en los monumentos destinados á celebrar la victoria contra los mogoles, y escribió un poema en celebridad de Mougden, antiguamente capital de la Tartaria oriental.

El reinado de Kiaking no fué tan venturoso. Rebeliones en el interior nacidas del odio de los chinos á los mantcheus con quienes nunca se avenian, inquietudes por el asombroso poder que la Inglaterra adquiria diariamente en las orillas del Gánges, y el temor de que penetrasen en el imperio las doctrinas antimonárquicas, cuando existian en lo interior de la China sociedades secretas para arrojar del trono la dinastía tártara, y elevar en su lugar otra indígena, llenaron de turbacion el ánimo de Kiaking y destruyeron la tranquilidad pública.

En 1798 se sublevó el Setchuen, el Chensi, el Coansi y el Hucoan. En el Setchuen se atribuyó la sedicion á los cristianos porque eran aborrecidos. Esta guerra civil fué muy calamitosa, y no se logró la completa sumision de las provincias rebeldes hasta 1806. Entonces comenzó nueva persecucion contra el cristianismo, tan sostenida que en 1811 dos mil familias cristianas del Setchuen abandonaron la fé.

En 1813 hubo otra sedicion. Los descontentos al mismo tiempo que sublevaban una provincia lejana amenazaron al emperador mismo

en su palacio, y solo pudo salvarle el valor de su guardia. Este espíritu de sedicion, nacido del odio de los chinos á una dominacion estrangera, dura todavía, y ha producido ya desde 1813 hasta 1835 dos guerras civiles. Semejante disposicion de los ánimos acabará probablemente con la dinastía de los mantcheus.

Kiaking falleció en 1820 y tuvo por sucesor á su hijo Taokuang, que reinaba todavía en 1831.

El pueblo chino es de todos los que actualmente existen el mas antiguamente civilizado, aunque no se admitiese por verdadera su historia sino desde cinco ó seis siglos antes de Confucio. Solo la civilizacion del Indostan, fundada sobre la distincion de las castas, asi como la de China reconoce por fundamento el principio patriarcal, puede comparársele en antigüedad y duracion, mas no en pureza. Los indios han sido conquistados muchas veces y han tenido que sufrir las ideas de los conquistadores ya mahometanos, ya cristianos, ya tártaros. A lo menos no han conseguido hacer que sus señores adoptasen sus principios sociales como los chinos, que habiendo sido dos veces subyugados por los tártaros, han obligado en ambas á sus vencedores á adoptar sus ideas, su literatura y aun sus costumbres.

El orígen de esta diferencia es fácil de esplicar. A cualquier conquistador que llegue á reinar pacíficamente sobre el pueblo chino ha de lisongearle mucho el ser mirado como *el pa-*

dre de su pueblo: porque esta máxima moral y religiosa asegura la sumision, la obediencia y la tranquilidad. Pero ni Gengis Kan, ni Timurbeck, ni Koulikan podian mirar con agrado que los bramas del Gánges se creyesen superiores en clase á sus conquistadores. La civilizacion índica tiende á concentrar los sentimientos de la humanidad, asi como la de Confucio á estenderlos y propagarlos. No es extraño, pues, que la doctrina del celeste imperio haya sometido á los mogoles y á los mantcheus; fenómeno que la historia europea no ha presentado sino en los griegos que hicieron discípulos suyos á sus vencedores los romanos.

Los chinos, mejor que otro ningun pueblo, han conservado la religion natural en su primitiva pureza. La creencia del imperio es en un solo Dios, así como en un solo monarca, padre y sacerdote del pueblo. Esta es la religion de los hombres mas instruidos, que siempre han pugnado contra el epicureismo de la secta de Tao y contra los desatinos de la de Fo, á pesar de tolerarlas las leyes y permitir su introduccion y propagacion. Es digno de observarse que los letrados chinos, á pesar de no haber hallado nada que impugnar, ni censurar en la fé cristiana, la han perseguido con mas severidad que á otras creencias: fenómeno que no podemos atribuir sino al temor que les inspira la inteligencia superior que no pueden menos de reconocer, á pesar de su orgullo, en las naciones europeas.

En efecto, la China nada tiene ya que temer de los pueblos de orígen tártaro ó índico: porque la Tartaria china es ùna provincia de su imperio, la rusa recibe leyes de Petersburgo, y la llamada antes *independiente* se divide ya en posesiones moscovitas, chinas ó persas. Tonquin y el imperio de los birmanes podrán defenderse de los chinos, pero no hacerles daño sin el auxilio de la Inglaterra, omnipotente en la India. El Japon es harto inferior á la China en poblacion, tropas y riquezas para que pueda pensar en invadirla; y ademas ¿qué ventaja sacaria de ponerse en contacto con dos naciones tan poderosas como Rusia é Inglaterra, conquistadora la primera por esencia, y la segunda siempre que lo exija la necesidad de abrir nuevos mercados?

En la actual situacion del mundo político, nada tiene que temer la China sino de los rusos ó de los ingleses. Estas dos naciones, cuyos dominios en Asia tocan con las fronteras septentrionales y occidentales del imperio, no le permitirán engrandecerse; y probablemente las conquistas de Kienlong serán las últimas que haga el emperador de la China. A la verdad no las necesita el monarca que tiene bajo su dominacion cerca de 200 millones de almas: pero si quiere conservar su independencia y dignidad debe observar cuidadosamente á aquellas dos naciones que pueden disputarse algun dia el cetro del Asia: y si alguna de éllas queda victoriosa en la lid, esa será cuando quiera señora de la China.

No es extraño, pues, que la nacion mas suspicaz en política mire con ceño la religion que profesan los pueblos de quienes recela. La civilizacion de la China puede recibir un golpe mas funesto de los principios democráticos, que segun aseguran algunos escritores de esta época empiezan á introducirse en el imperio: tanto mas cuanto encuentran en él una masa disgustada de la dinastía reinante, cuya dominacion sufren con impaciencia casi todos los chinos por ser contraria al orgullo de su independencia. *Un tártaro mandando á los chinos* es un espectáculo á que no pueden habituarse.

El principio moral, político y religioso de los chinos, es decir, *la estricta unidad* del poder que gobierna, es muy conforme á las necesidades de un imperio vasto y escesivamente poblado. El caracter paternal, que se supone en el emperador, no es allí una frase como en otras monarquías: es una realidad necesaria: pues apenas el monarca se olvidase un momento de ser padre reduciria á la indigencia con solo una ley mala millones de habitantes: y la sedicion, á la cual como se ha visto en la historia de este pueblo sigue casi siempre la mutacion de dinastía, era cierta. El monarca mas absoluto de la tierra tiene que someterse á la ley de mirar á sus vasallos como hijos.

Los chinos son ademas tolerantes, de carácter apacible y dulce: sus costumbres estan llenas de urbanidad: en fin, poseen todas las cua-

lidades esteriores que son propias de una familia bien educada, y donde es castigado inmediatamente el que falta á su deber. Pero esto no destruye la ferocidad que aun conservan en muchas cosas, y que manifiesta que su civilizacion moral es mas aparente que verdadera. Se creen obligados al suicidio en algunos casos, como el de perder las esperanzas de salvar el imperio de un usurpador: esponen á los hijos que no quieren ó no pueden mantener: castigan en familias enteras el delito de un solo individuo: imponen á los gefes de los vencidos la pena de muerte y á los soldados la de esclavitud: está en uso entre éllos la poligamia, y por tanto la dependencia del bello sexo, los eunucos y la servidumbre doméstica; y no escrupulizan en engañar á los que contratan con éllos. Todo esto anuncia una moral bastarda que se queda en el hombre esterior y no penetra á su corazon.

En cuanto á la civilizacion intelectual basta decir que su escritura es *geroglífica* y no alfabética. Por consiguiente consta de tantos signos como palabras hay en el idioma, ó como ideas hay en los entendimientos: y así el arte de la lectura y de escritura es tan dificil que hay muy pocos chinos que lo posean perfectamente, y será mas dificil á proporcion que se aumenten los conocimientos y sus signos. Los filósofos de China emplean toda su vida en este estudio: y poco tiempo puede quedarles para adelantar en aquellas ciencias que requieren un trabajo constante y una grande contencion de

espíritu para poseerlas. Hemos visto en su historia que á pesar de lo antiguo que son entre éllos los estudios físicos y matemáticos habian hecho cortísimos progresos en astronomía cuando los misioneros europeos llegaron á penetrar en el imperio. En vano conocieron la pólvora antes que nosotros; no por eso tuvieron buenos artilleros, ni supieron la balística. En vano inventaron la imprenta con tanta antelacion: su sistema de escritura puso siempre un obstáculo invencible á los progresos de las ciencias naturales y exactas: y solo son algo en la política, que se aprende mas bien en la sociedad que en los libros, y en la moral y poesía, que nacen del sentimiento.

Pero este pueblo tan atrasado en las ciencias y que nada nuevo ha enseñado al mundo, sin saber química ni docimástica es dueño de secretos en las artes que son la desesperacion de los sabios europeos. Tales son los de su porcelana, de sus colores, de sus manipulaciones en la cria y elaboracion de la seda, y en otras muchas artes en que trabajan con una perfeccion á la cual no nos podemos acercar. Los chinos han recibido de la naturaleza el don de la industria, y atendido su genio el de la ciencia: pero este lo ha malogrado su sistema de geroglíficos. A haber adoptado el alfabético desde tiempos antiguos pudieran haber hecho verdad su proverbio, que es notoriamente falso: *las chinos tienen dos ojos; los europeos uno; y los demas pueblos de la tierra son ciegos.*

Tabla *cronológica de la historia de China.*

Años del mundo.		Años antes de J. C.
1797	I dinastía, llamada *Hia*. Su fundador fué Yu, por sobrenombre el Grande. Régimen feudal. Esta dinastía tuvo 17 emperadores. El último, llamado Kia, fué vencido y destronado por Ching, príncipe del Chensi. Estendíase entonces el imperio desde el Hoanho hasta el Kiang.	2207
2238	II dinastía, llamada *Chang*. Fundóla Ching, príncipe del Chensi, y tuvo 28 emperadores; entre ellos Puancheng, que aunque usurpador, dió á la China la ley de la sucesion directa, y Vouting, uno de los mejores monarcas que ha tenido el imperio. El último de esta dinastía fué Cheu, vencido y desposeido por Vuvang, príncipe del Petcheli. Progresos del feudalismo.	1766

Años del mundo.		Años antes de J. C.
2882	III dinastía, llamada *Cheu*, fundada por Vuvang. Prepotencia de los príncipes, que toman el título de reyes y se hacen casi independientes. Guerras con los tártaros occidentales. Confucio. Esta dinastía tuvo 35 emperadores. El último de éllos Cheukiun fué despojado del trono por Chuangsiang, rey de Tsin en el Setchuen.	1122
3758	IV dinastía, llamada de *Tsin*, fundada por Chuangsiang. Tuvo cuatro emperadores. Fundacion de la gran muralla y quema de los libros por Chihoangti, segundo monarca de esta dinastía. Ingvang, que fué el cuarto, murió á manos de un general del rey de Tsu en el Hucoan.	246
3801	V dinastía, llamada *Han*, fundada por Lieupang, otro general del rey de Tsu. Decadencia del feudalismo. Conquistas de los chinos en la India. Poder de los eunucos del palacio imperial. Esta dinastía tuvo 25 emperadores. Hienti, el último	203

Años de J. C.		Años antes de J. C.
	de éllos, produjo por su mal gobierno una guerra civil, y pereció á manos de su mismo general.	
220	VI dinastía, llamada *Heu Han*, ó de los *Han*, posteriores. Chaolia, su fundador, descendia de la dinastía anterior: pero la suya no pasó de su hijo Heuti, que fué destronado por Songchao, rey de Oei.	
264	VII dinastía, llamada *Tsin*. Fundóla Chitsuvuti, hijo de Songchao. Traslacion de la córte á Nankin. Renovacion de las guerras feudales. Esta dinastía tuvo 15 emperadores. Kongti, el último de éllos, fué destronado y muerto por su general Lieuyu.	
420	VIII dinastía, llamada *Song*, fundada por Lieuyu, y que tuvo ocho emperadores. Division de la China en dos imperios, el del mediodia y el del norte. Zangnuisang, último emperador de esta dinastía, fué asesinado por su colao Siataoching.	
479	IX dinastía, llamada *Tsi*, funda-	

Años de J. C.		Años antes de J. C.
	da por Siataoching. Solo tuvo cinco emperadores. Introduccion del epicureismo. Hoti II, último príncipe de esta dinastía, fué asesinado por su colao Siaoyven.	
502	X dinastía, llamada *Leang*, fundada por Siaoyven, y que solo tuvo cuatro emperadores. El último de éllos Kingti II fué muerto por su colao Chinpasien. Cheu, emperador de la China septentrional.	
557	XI dinastía, llamada *Chin*, fundada por Chinpasien, y que tuvo cinco emperadores. Suenti, el último de éllos fué destronado por Kien, heredero presuntivo del imperio del norte.	
590	XII dinastía, llamada *Sui*, fundada por Kien, tuvo tres emperadores. Reunion de los dos imperios del norte y del mediodia. Imprenta en la China. Kongti II, último príncipe de esta dinastía, fué depuesto por Liyven, tributario suyo.	
619	XIII dinastía, llamada *Tang*, fun-	

Años de J. C.		Años antes de J. C.
	dada por Liyven: tuvo 20 emperadores, entre ellos á Taitsong, uno de los monarcas mas ilustres de la China. Los nestorianos predican el evangelio en el imperio. Subyugacion de la Corea. Prepotencia de los eunucos. Chaosuensong, último emperador de esta dinastía, fué depuesto por Chuven, su general.	
907	XIV dinastía, llamada *Heu Leang* fundada por Chuven, y que no pasó de su hijo Moti, vencido y muerto por Changtsong, general del imperio. Invasion de los kitanos ó leaos en la China septentrional, y fundacion del reino de Catay.	
923	XV dinastía, llamada *Heu Tang*, fundada por Changtsong: tuvo cuatro emperadores. El último de éllos Mintsong II fué vencido y destronado por su cuñado Chakingtang con el auxilio de los kitanos.	
936	XVI dinastía, llamada *Heu Tsin*, fundada por Chakingtang, y que acabó en Tgivang, su so-	

Años de J. C.		Años antes de J. C.
	brino y sucesor, destronado por Lieuychiven, su general, á quien habia encargado hacer guerra al Catay.	
947	XVII dinastía, llamada *Heu Han*. Su fundador Lieuychiven tuvo por sucesor á su hijo Inti, que fué muerto por los eunucos, y en él acabó esta dinastía.	
951	XVIII dinastía, llamada *Heu Cheu*, fundada por Coghei, general del imperio que habia conseguido grandes victorias contra los kitanos. Tuvo tres emperadores: Kongti III, el último de éllos, solo tenia siete años cuando heredó la corona. Los grandes no quisieron tener por monarca á un niño, y le destituyeron, nombrando á su colao Chaocuangyu.	
960	XIX dinastía, llamada *Song*, fundada por Chaocuangyu, y que tuvo 18 emperadores. Conquista del Catay por los niuches ó tártaros orientales, que añaden á su imperio las provincias de Petcheli y Chensi, é invadieron el mediodia.	

Años de J. C.		Años antes de J. C.
1211	En el reinado del emperador Ningtsong, imbécil y negligente, fuerzan los mogoles la gran muralla y penetran en el Catay.	
1215	Toma de Pekin y conquista del Catay septentrional por los mogoles.	
1234	Ruina del reino de Catay por los mogoles. Principio de la guerra entre mogoles y chinos: guerra que duró cerca de medio siglo.	
1276	Toma de Hantcheu por los mogoles. Esta ciudad era capital del imperio chino en aquella época.	
1279	Concluyen los mogoles bajo los auspicios de su gran Kan Kublay la conquista de China. Batalla naval de Yaishan y muerte de Tipping, último emperador de la dinastía de Song.	
	XX dinastía, llamada *Iven*, nombre que dieron los chinos á los mogoles. Fué su fundador Kublay, quinto sucesor de Gengis Kan. Tuvo esta dinastía nueve emperadores. Progresos de	

Años de J. C.		Años antes de J. C.
	la civilizacion política y científica del imperio. Tuhan, el último de los monarcas mogoles de la China, llamado Chunti por los chinos, perdió su dinastía por sus perversas costumbres y su negligencia en el gobierno. Guerra civil larga y sangrienta entre la córte y varios gefes de faccion que se levantaron en las provincias. Chu, el mas virtuoso, valiente y capaz de todos éllos, venció á Tuhan, y le obligó á retirarse á los desiertos de Tartaria.	
1368	XXI dinastía, llamada *Ming*, fundada por Chu: tuvo 16 emperadores. Guerra contínua entre los chinos y los mogoles.	
1517	Llegada de los portugueses á la China en el reinado de Vutsong III.	
1559	Cesion de Macao á los portugueses en el reinado de Chitsong II.	
	Imperio de los mantcheus en la Tartaria oriental. Sus guerras con los chinos.	
	Hoaitsong, último emperador de	

Años de J. C.		Años antes de J. C.
	esta dinastía, fué destronado por un usurpador llamado Li, que gobernó con suma crueldad. Usanguey, príncipe de la familia imperial, no queriendo someterse á Li, y no teniendo fuerzas para resistirle, llamó en su socorro á Tsonté, rey de los mantcheus, que arrojó á Li de la China y se apoderó del imperio.	
1645	XXII dinastía, que reina actualmente, de los mantcheus, llamada en chino Tsing. Su primer emperador fué Chunki, hijo de Tsonté.	
1662	Canghi, hijo de Chunki. Persecucion contra el cristianismo. Adquisicion de Formosa. Guerra contra los mogoles. Conquista del Tibet y de la Bucaria.	
1712	Yonking, hijo de Canghi. Persecucion contra los cristianos.	
1735	Kienlong, su hijo. Conquistas en la Tartaria independiente. Sometimiento de los miaotses. Emigracion de una tribu calmuca á China.	

Años de J. C.		Años antes de J. C.
1796	Kiaking, su hijo. Sublevacion de varias provincias. Persecucion contra los cristianos.	
1820	Taocuang, su hijo.	

Fin del tomo III de la historia de España, XX de la moderna, XXVIII de la obra.

ÍNDICE

de los capítulos comprendidos en este tomo.

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

por don Alberto Lista.

Capítulo XL.

CAPÍTULO XLI.

CAPÍTULO XLII.

CAPÍTULO XLV.

CAPÍTULO XLVI.

CAPITULO ADICIONAL.

SECCION I.

SECCION II.

SECCION III.







2
SEGUR
HISTORIA
UNIUERSAL
28
239


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm